• Yanira García •

Luces, cámara, ¡FOLLÓN!




Luces,
cámara,
¡FOLLÓN!

Luces, cámara, ¡follón!
Primera edición: mayo 2021
Copyright @ Yanira García, 2021
Diseño de portada: Yanira García
Ilustración de portada: Aitor del Río. Instagram: @soyartestudio
Corrección: Raquel Antúnez
Maquetación: Raquel Antúnez



Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Me paso las noches en vela
Escribo tu nombre en mi cabeza
Desnudo las horas que quedan
Dibujo tu cuerpo en una servilleta
Me invento un mundo para que te pierdas
Quiero verte soñar bajo las estrellas
Quiero ser de tus labios centinela
Y volverán las ganas de bailar
Aquellas noches locas recorriendo Portugal
No dejaré que vuelvas a extrañar
Los besos que nos dimos prometiendo no olvidar
Me perderé en tu boca una vez más
Fundiendo nuestros cuerpos como el sol al despertar…

Juramento eterno de sal
Álvaro de Luna

Para mis padres
Soy quien soy gracias a vosotros.

Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1 ME CONOCES, TE CONOZCO
CAPÍTULO 2 PEGGI HA LLEGADO, *BABY*
CAPÍTULO 3 TRAMANDO MALDADES
CAPÍTULO 4 EN LA DIANA
CAPÍTULO 5 NO ESTOY BORRACHA, SOLO CONTENTILLA
CAPÍTULO 6 ¿QUÉ CLASE DE CHALADA ES ESTA MUJER?
CAPÍTULO 8 ¿Y TÚ QUÉ SABES?
CAPÍTULO 9 ¿QÚE ME VAS A PEDIR?
CAPÍTULO 10 ESTEFANÍAAAAAAAAAAAA
CAPÍTULO 11 UNA TARDE DE MARTES CUALQUIERA
CAPÍTULO 12 NO PIENSO HABLAR DE ESE TEMA
CAPÍTULO 13 ¿CÓMO ME HE METIDO EN ESTE LÍO?
CAPÍTULO 14 FABIÁN, TENEMOS UN PLAN
CAPÍTULO 15 ¿A QUE ESTÁIS FLIPANDO EN COLORINES?
CAPÍTULO 16 ¿QUÉ DÍA ES HOY, CÉSAR?
CAPÍTULO 17 ¿QUÉ COÑO HA SIDO ESO?
CAPÍTULO 18 LAS HERIDAS, LAS LLAGAS Y LOS ABRAZOS
CAPÍTULO 19 ¡QUE NO SE ENTEREN DE QUE HA SIDO TODO PROVOCADO!
CAPÍTULO 20 QUE PAREZCA UN ACCIDENTE
CAPÍTULO 21 SI ME PINCHAN, NO SANGRO
CAPÍTULO 22 LA TENTACIÓN QUE ME PROVOCAN TUS LABIOS
CAPÍTULO 23 LOS SECRETOS Y LAS VIRTUDES
CAPÍTULO 24 ¡TE VAS A QUEDAR MUERTA, MARICHOCHO!
CAPÍTULO 25 LA SERPIENTE DE OCHO CABEZAS
CAPÍTULO 26 UNA DOSIS DE REFLEXIÓN, POR FAVOR
CAPÍTULO 27 WASAP VA, WASAP VIENE
CAPÍTULO 28 TORTELLINI DE PALABRAS
CAPÍTULO 30 ROSADITA Y GORDOTA
CAPÍTULO 31 LA HERENCIA COMO ARMA DESTRUCTIVA
CAPÍTULO 32 JUGANDO AL GATO Y AL RATÓN
CAPÍTULO 33 LOS PROBLEMAS DE UNO EN UNO

CAPÍTULO 34 BIENVENIDO, FABIÁN
CAPÍTULO 35 VERDADES COMO PUÑOS
CAPÍTULO 36 LAS LOCAS IDEAS DE MUNIA
CAPÍTULO 37 ESTOY MUY ORGULLOSA DE TI
CAPÍTULO 38 ERES UNA PROVOCACIÓN
CAPÍTULO 39 FOLLAR O NO FOLLAR, HE AHÍ LA CUESTIÓN
CAPÍTULO 40 CHICOS, ESTO NO ES UN SIMULACRO
CAPÍTULO 41 LA FAMILIA COMO ARMA DE DOBLE FILO
CAPÍTULO 42 ESCRIBIENDO…
CAPÍTULO 43 DEFINIENDO TÉRMINOS
CAPÍTULO 44 LA CARNE ES DÉBIL
CAPÍTULO 45 ¡VESTÍOS, COÑO!
CAPÍTULO 46 UNA DE CHINO, POR FAVOR
CAPÍTULO 47 ¿QUÉ QUIERES?
CAPÍTULO 48 SEGURO QUE SON COSAS TUYAS
CAPÍTULO 49 LUCES, CÁMARA, ¡FOLLÓN!
CAPÍTULO 50 TENGO UNA CITA
CAPÍTULO 51 EMPIEZO A COGERLE EL GUSTO A LOS AZULEJOS
CAPÍTULO 52 POCO MÁS DE SEIS HORAS
CAPÍTULO 53 ERICEIRA
CAPÍTULO 54 DESPLEGAR LAS ALAS
CAPÍTULO 55 VERDADES Y EMOCIONES
CAPÍTULO 56 ASÍ ES LA PIEL
CAPÍTULO 57 LA GRAN CAGADA
CAPÍTULO 58 SI LAS PAREDES TUVIESEN OÍDOS
CAPÍTULO 59 MORDER EL POLVO
CAPÍTULO 60 DOS PUTOS DÍAS
CAPÍTULO 61 LA TRAICIÓN TIENE NOMBRE PROPIO
CAPÍTULO 62 CONSEJOS QUE VALEN ORO
CAPÍTULO 63 LA TRAIDORA
CAPÍTULO 64 LA DESAPARICIÓN DE MORCILLA
CAPÍTULO 65 SI ME DEJAS HABLAR…
CAPÍTULO 66 DE VUELTA AL PASADO
CAPÍTULO 67 QUE COMIENCE EL JUEGO
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA

PRÓLOGO

—La idea es bastante sencilla, chicos. No podemos mantener ambos programas en emisión. Tenemos que quedarnos con uno, el que, sin ánimo de ofender, tenga más audiencia.

¿«Sin ánimo de ofender» ha dicho? ¿Cómo pretende que no nos ofenda cuando nos está diciendo que esto se va a convertir en una carrera por ver quién es el vencedor? Esto será como *Los juegos del hambre* televisivos. Y, para colmo, con él. Lo peor de todo es que es con él. ¿He dicho ya que es con él? No lo suficiente, seguro…

Visto de otra forma: un punto añadido para querer ganar.

—Lo que quieres decir es que… y, sin ánimo de ofender —replica mi enemigo acérrimo. Me reiría de su tonito si no me cayese mal. Jodidamente mal—, ¿uno de los dos se va a quedar sin trabajo?

Suspiro y evito poner los ojos en blanco.

—Dicho así…

—¿Qué? —inquiero cuando veo que mi jefa…, perdón, rectifico, nuestra jefa, nos insinúa que uno de los dos va a formar parte de la larga fila de desempleados de este país. Que será él, insisto en el pronombre personal, lo sé; mi irritante compañero, eso lo tengo claro. Sentiría pena por su persona, más de la que siento cada día cuando lo veo cruzar la puerta; lástima que solo me despierte animadversión.

—Munia, respira. Ya sabemos que tu programa es muy polémico y que el papel se te da de lujo —aduce Ciro para provocarme. Urticaria es lo que me provoca.

—Mi programa no es polémico. Es… controvertido.

—No lo definiría yo así —replica con una sonrisa petulante en los labios. De un guantazo, se la borraba de un guantazo, palabrita de chica sincera.

—Es un programa que enfrenta a parejas que se acaban de divorciar, ¿qué esperas? ¿Que se choquen los cinco y se regalen bombones?

Mil veces. Me he repetido mil veces que no debo caer en sus desafíos, que estoy por encima de eso y que no hay mejor forma de

dar por saco que ignorando al contrincante, sin embargo…, ¡me lo pone difícil el maldito! Y siempre termina el discurso con una enorme sonrisa en los labios por haber conseguido sacarme de mis casillas. Como la que me dedica en este preciso instante.

Esta noche una de dardos en casa a su costa.

—Pues eso, que es polémico y que la gente se aburre de ver enfrentamiento tras enfrentamiento. Siempre echándose en cara cosas que no nos importan.

—¿Perdona? No te importarán a ti. Hay que desahogarse, soltar lastre, contar todo porque en los divorcios, como en la vida misma, nos quedamos con una única visión y no siempre es real, por lo que es importante escuchar las dos versiones y entender a ambos. Empatizar y eso, cosa que a ti se te da más bien mal, entiendo que no sepas hacerlo.

—¿Y a quién le importa lo que piensen ambos? Se separaron. *C´est fini*. Chao, pescao. A otra cosa, mariposa. A rey muerto, rey puesto.

—Te hemos entendido, Ciro —tercia Pili, nuestra jefa, al ver por dónde van los derroteros de nuevo.

Esta es la tónica constante entre nosotros.

—¿No lo ves? Mi programa tiene mucha más audiencia que el suyo. A la gente le gusta el morbo.

—Y el amor —se defiende él ante Pili.

—La gente se cansa de tu emisión televisiva. Para empezar, es irreal. ¿Crees que alguna de esas parejas que van a tu programa en busca del amor terminan congeniando?

—Por supuesto. —Si es que se lo cree y todo. No lo entiendo. De verdad. Más tonto y no nace.

—Ambos programas tienen buena audiencia. Una audiencia excelente, para ser sinceros, porque el hecho de que sea una mujer la que defiende los divorcios y un hombre el que defiende el amor, con toda la controversia que ello genera en el cambio de roles, funciona.

—Y digo yo, sin ánimo de ser absurda…

—¡Ja! —musita mi archienemigo.

—¡Ja! ¿Qué? —lo increpo.

—Nada, nada. —Simula un gesto con su mano para que prosiga.

Esta me la apunto. Y lo digo de forma literal.

—Sin ánimo de ser absurda —insisto. Le dedico una mirada, y él parece retirar algún tipo de mota de su pantalón sin siquiera mirarme, eso sí, sin perder la sonrisa. Cabeza hueca—, ¿no sería más sencillo que nos dejases a los dos y poder continuar nuestra labor? Quiero decir, Pilar —añado mientras la observo. Nos conocemos desde hace años y nos llevamos bien, no obstante, en público siempre nos tratamos como lo que somos, jefa y empleada —, no retirar de antena un programa que funciona. No tiene lógica alguna.

—Munia… —Suspira y se recuesta en su silla—. No es una decisión que dependa de mí. Lo ha decidido el señor Jiménez.

—¿Por qué? ¿Hay algo que no nos estés contando? —indago.

La mota desaparece y la atención de Ciro también se centra en mi pregunta, ¿a que ahora ya no te parezco tan absurda?

—Son temas que escapan de mis manos. No puedo hacer nada al respecto más que recomendaros que os esforcéis al cien por cien y que deis todo de vosotros para quedaros. Me dará mucha pena prescindir de alguno. Sois buenos profesionales y para la cadena será un duro golpe.

—Lo dice por mí —suelto vanidosa.

—¡Ja! —susurra de nuevo él.

Gruño en voz alta. No puedo evitar que me saque de mis casillas, y Ciro interpreta mi gesto como una victoria. ¿Y no le ha costado más que soltar un jodido «¡ja!»? Contrólate, Munia, contrólate.

«Uno, dos y tres, yo me calmaré. Cuatro, cinco, seis, todos lo veréis».

Que mi lema puede estar muy manido lo tengo claro, eso sí, me funciona. Para situaciones extremas, soluciones extremas.

«Siete, ocho y nueve, en el culo se te mueve».

Sin embargo…, hay que darle un toque personal y es complicado encontrar una rima con nueve. Podéis probar, lo dejo en vuestras manos, aunque sé que la mía os gusta, lo veo en vuestras caras. No disimuléis.

—¿Alguna pregunta? —nos dice Pilar.

—¿Es cierto que nuestro espacio se lo van a dar al hijo del jefe? —y lo suelta así el muy… Grrr. Gruñido aquí, por favor. Bien alto, que retumbe.

—¿Cómo? ¿Lo sabías? —«¿Y no me lo habías dicho?». Muy lógico todo, ¿cómo me lo va a decir si solo cruzamos palabra para insultarnos? Si es que, Munia, hoy estás que lo bordas, chica.

Podría permitirme el lujo de dedicarle una mirada reprobatoria a Ciro, pero lo de que ignorar a alguien es la mejor técnica para tocar la moral regresa a mi cabeza como un *flashback* de esos, así que me limito a mirar a Pili a los ojos y esperar que no sea cierto, porque, de serlo, la cosa se complica y mucho.

Ya no es que tengas que luchar por ser líder de audiencia, y hacerlo contra Ciro, sino que competir contra el hijo del jefazo es tarea imposible hasta para mí. Y para mi archienemigo. Que ya sabemos bien que lo de las influencias está a la orden del día y no quiero señalar a nadie, ya que quizá acabo en la cárcel. Cantando mi lema en el trullo.

—No sé si me corresponde a mí decir algo al respecto —se disculpa Pili.

—Venga, Pili… —La susodicha mira a Ciro con mala cara—. Pilar —rectifica al darse cuenta de que eso es extralimitarse, que con ella lo hace con su nombre y conmigo…, conmigo se limita a joderme la vida día sí y día también.

Diría que esa es su meta en la vida, por encima de la audiencia y de salir como un condenado modelo en su programa, porque Ciro es mucho Ciro, queridas. Yo, está de más decirlo, soy inmune a sus encantos —de serpiente—, en cambio, no puedo decir lo mismo del resto de mujeres, a las que se les volatilizan las bragas cuando él les sonríe o las mira y les guiña un ojo. Si con la técnica de ligue es poco ingenioso, haceos una idea del resto de su vida. Os la resumo: patética y monótona. Como sus camisas y sus pantalones. Sus chaquetas y esa mierda de pañuelos que se pone en el bolsillo y que son de lo más variopintos: ballenas, tortugas, peces payaso —muy apropiado—, tiburones, focas… y podría seguir mentando animales, aunque me quedaría sin nombres, y él seguiría llevando esos ridículos pañuelos que no siente ponerse.

—Sí. Es el hijo del señor Jiménez el que va a ocupar el puesto. Y os advierto que esto no puede salir de aquí.

—Bien —consiento.

—Vale —afirma Ciro.

—Copión —le acuso.

—Copiarse implica hacer una réplica de lo que ha hecho o dicho el otro, y yo, en este caso, he utilizado otra palabra para afirmar. Munia, eso es de primero de primaria. Deberías plantearte regresar a la escuela y dejar a los profesionales cualificados que hagan su trabajo —me reta.

«Uno, dos y tres, yo me calmaré. Cuatro cinco y seis, todos lo veréis… Siete, ocho, nueve…».

—Yo iré a primaria si tú vas a parvulario. Te queda mucho que aprender, Ciro.

—¿Y jugaremos al pilla pilla? —me suelta burlón.

¿Entendéis la frustración que cargo? Y eso que acabáis de conocerme…

—Chicos… —interviene Pili cuando se da cuenta de que mi siguiente paso es muy sencillo: asesinarlo, cortarlo en cachitos, esconderlo bajo las baldosas del baño y huir como alma que lleva el diablo. Ahh, sin contar lo de negarlo todo en rotundo.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —La pregunta del millón.

Pilar me mira y en su gesto veo pena por tener que ser ella la que nos lo diga.

—Un mes.

—¿Un mes? —pregunto atónita.

—Es poco tiempo —argumenta Ciro y, muy a mi pesar, tengo que darle la razón.

—Lo siento —se disculpa nuestra jefa.

Una llamada al teléfono interno hace que la conversación finalice. Pilar nos invita a salir del despacho y dejarla a solas.

Nos damos varios codazos y empujones por el camino, nada voluntario, todo muy accidental.

Salimos y me dirijo hacia mi zona, donde se encuentra mi despacho. Estamos en distintas áreas. Cosa que me alegra porque así no le tengo que ver el *gepeto* a Ciro cada día y con asiduidad.

—Munia, pienso pisotearte sin piedad.

Me giro al escuchar sus palabras. Comienzo a caminar con extrema lentitud, acercando mis pasos hacia donde se encuentra él, con sus manos en los bolsillos y su actitud de «soy el rey del mundo», y lo encaro con mi dedo índice en alto. Desafiante.

—Espero que tengas hambre, Ciro. Mucha.

Él sabe, al igual que yo, que no debería responder, sin embargo, le puede la curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque vas a morder el polvo.

Si replica, no lo escucho, porque salgo como un vendaval.

Tengo que ganar esta competición.

Soy Munia Visier y yo siempre consigo lo que quiero.

1. ME CONOCES, TE CONOZCO

Ciro come pepino

Escribiendo…

Su «¡ja!» me repatea.

Ha repetido «¡ja!».

Sabía que el puesto lo iba a ocupar el hijo del jefe y se calló como un bellaco.

Mmmm…, ¿me olvido de algo? Ah, sí…

Ciro come pepino

Sigue siendo mi enemigo número uno.

—Buenos días, diosa del olimpo, de los olimpos de los dioses, la más bella e intelig…

—¿Qué te pica, Loreto?

Es hora de que hagamos esta presentación. No me lo tengáis en cuenta, ya sabéis que lo de los programas de televisión es lo mío y lo de escenificar también.

Loreto. Mi amiga. Mi compañera de trabajo. Mi vecina. Mi cómplice. La chica que utiliza las técnicas más viejas de la escuela de técnicas para llevarte al huerto y a la que siempre le suelen salir bien, aunque ya la haya utilizado con anterioridad, como esta, la de halagarme para beneficiarse de algún modo. Ah, y que está como un cencerro, sin contar que está pillada por David. Lo de presentar a David lo dejaremos para más adelante, cuando llegue su turno.

—Necesito que me cuides a Peggi esta tarde.

—Ni de coña.

—No seas mala persona.

—Hasta hace nada era una diosa del olimpo y ahora soy mala persona, ¿en qué momento has cambiado de opinión?

—En el que has denegado mi petición. Una altruista y nada egoísta.

—Me estás pidiendo que cuide a tu cerda y la respuesta es no.

Peggi. La mascota de Loreto. Una minipig Göttingen, —que no es que se me haya trabado la lengua ni sea alemana, que la raza es esa — que siente un profundo amor por comerse los zapatos —de quien sea, que ella no se pone exquisita— y luego ese amor se convierte en una cosa flatulenta y apestosa que deja por toda la casa. No es necesaria más información. Lo entiendo.

—Porfa, porfa, porfa —me suplica con las manos unidas, como si estuviese rezando una plegaria a Santa Munia de todos los Santos.

—No —niego rotunda.

—Te haré la cena una semana.

Vaya, ya me ha liado.

—Hecho.

No es que se me dé mal cocinar, soy una excelente chef; los bocatas, las *pizzas*, las hamburguesas, la comida a domicilio y las magdalenas empaquetadas se me dan genial…, sobre todo, comerlas. En cambio, lo de Loreto es de otro nivel. Si es que todo lo que ella haga con las manos es arte. Por cierto, es maquilladora, que se me olvidó mencionarlo.

—¡Bien! —Se marca un tanto mientras se sienta frente a mí—. ¿Y tú qué hacías?

Ojeo el teléfono antes de contestar, como si esperase una respuesta a mi propio chat.

—Anotar en mi propio grupo los motivos por los que odio hoy más que ayer y menos que mañana a Ciro.

—¿Sigues con ese rollo?

—Me desahogo. Deberías probarlo, sienta verdaderamente bien.

—Paso. ¿Y qué te ha hecho hoy?

—¿De cuánto tiempo dispones? —le pregunto.

Loreto mira su reloj antes de responderme.

—Tengo que estar en diez minutos en el camerino. Tengo que maquillar a Esteffi.

Pongo los ojos en blanco. Estefania o Esteffi, su nombre profesional. La simpática y agradable Esteffi. Que tiene lo mismo de educada que yo de habilidades sociales para enfrentarme a Ciro cuando nos cruzamos. Es una pequeña estrella en la cadena, eso sí,

lo ha conseguido convirtiéndose en la lameculos del jefe. Se tenía que decir y se dijo.

—Me cae mal. Parece un ave carroñera, recogiendo la información solo para fastidiar a los demás. Nos espía. Nos espía a todos —le explico.

—¿Y? Que lo haga. Ella sabrá. Nosotras aquí, como monitos: ver, oír y callar.

Está claro que la más pragmática de las dos es Loreto. Yo soy más recelosa con todo; con mi vida privada, con mi vida profesional, con los buitres que aprovechan la mínima oportunidad para ponerte en un aprieto y sacar tajada de ello… Y quizá, por todo ese asuntillo de nada, me va como me va. Que soy…, digamos, poco querida en mi entorno laboral.

Voy ganándome enemigos allá por donde paso y no lo entiendo.

—Entonces hablamos luego —declaro.

—Cuando te lleve a Peggi —me recuerda—. Evita esconderte en esta ocasión, la primera fue divertida, las demás ya no tanto.

—Depende de lo que entiendas por divertido, para mí lo fue mucho, observarte por la mirilla y ver cómo te desesperabas con la cerda en la mano. Fue un no parar de reír —me burlo.

—Ya. Lo del sentido del humor tampoco es que lo hayas desarrollado demasiado —me suelta en tono reprobatorio.

—Humor de inteligentes —argumento.

—O de enteradas —murmura mi amiga guiñándome un ojo como si eso que me acaba de decir no fuese para nada una ofensa.

Ella regresa a su trabajo, y yo hago lo propio con el mío.

Tengo que estudiar a la pareja que acude hoy para enfrentarse.

Mi programa se emite tres veces a la semana por las tardes. No es un *reality show,* aunque hay mucho de eso en él. Lleva emitiéndose un año, el mismo tiempo que hace que Ciro trabaja en el suyo, y ambos somos líderes en audiencia.

La cadena lo ha hecho bien y nos ha dado visibilidad. Ciro, el chico que cree en el amor, y yo, la chica que cree que ese sentimiento no es para siempre.

Llevo trabajando en la televisión privada desde que terminé mis estudios. Tuve que empezar de cero, labrarme un futuro e ir

escalando puestos a base de trabajo y constancia.

Me gusta lo que hago. Empecé siendo una simple asistenta de producción y ya me gustaba lo que hacía. No sé, era un sueño saber que estabas dentro del gran entramado que hay detrás de una cadena de televisión. Era como darte cuenta de que estabas dentro y que habías conseguido algo. Por poco que fuese.

Persigues un sueño desde el mismo momento en el que comienzas a formarte para ello y cuando estás dentro, cuando ya lo puedes sentir con los dedos, es una dosis de adrenalina saber que lo has logrado, un orgullo y una satisfacción por hacer lo que quieres y dedicarte a ello.

Luego todo empezó a mejorar; ascendí, crecí, aprendí, mejoré, seguí aprendiendo y mejorando y seguí ascendiendo. Y llegó la oportunidad. Presenté las noticias meteorológicas unos meses y la sonrisa me acompañaba allá por donde iba.

Era como la Joaquín Prats del tiempo, porque me encantaban las coletillas y los chistes malos. Y eso me dio un nuevo empujón que me coloco al frente de *El amor tiene fecha de caducidad*.

Y ese es mi programa. Sencillo a la par que elegante. Pegadizo a la par que contundente. Inquietante a la par que real. Porque, digan lo que digan, todo lo que se emite es real. No hay ficción, aunque a veces —y solo a veces— le demos una buena dosis de dramatismo al asunto, solo para edulcorar el tema y que tenga mucha más repercusión.

La peor parte de esta profesión, hasta el momento, tiene nombre y apellidos y se llama Ciro Bravo. Mi piedra en el zapato.

Desde que tengo uso de razón nos llevamos mal. O quizá… no, desde que lo conocí ya me cayó mal. ¿La culpa? De los dos. No sería justo decir lo contrario.

Lo contrataron como nuevo ayudante cuando yo llevaba un mes trabajando. Sus funciones eran las mismas que las mías, solo que su jefecillo era otro. Ni siquiera Pilar aún había entrado en escena porque estábamos en la base de la cadena alimentaria de la televisión. Vamos, que éramos los pringados de turno que hacíamos muchas cosas y solo nos recordaban por preparar café. Y sin inquina ni acritud, que a mí me gustaba hacerlo, porque de verdad que este

mundo es mi gran pasión. Y lo sigue siendo, esté Ciro o no en escena.

Al principio solo nos dedicábamos miradas reprobatorias. Luego comencé a burlarme de sus pañuelos, y él, de mi pelo rizado. Que sepáis que decir que una chica tiene un nido de pájaros en la cabeza es un insulto que está muy manido. Pero a Ciro le daba exactamente igual lo usado que estuviese y lo poco innovador que fuese porque lo seguía utilizando, y a mí, como es obvio, molestando. Me atrevo a decir que lo hacía porque, por muy poco original que sonase, a mí me tocaba las narices y a dos manos.

Y así empezó todo entre nosotros. Como base de nuestra relación está la antipatía, el odio absoluto, la animadversión, las putadas varias y las pullas constantes. Y la rivalidad, porque no podemos olvidarnos de que somos rivales tanto fuera como dentro de esta cadena. Aunque debo decir que fuera no tenemos trato.

Muchas veces he hecho, junto a Loreto, suposiciones varias en plan: ¿qué hará Ciro? Y la verdad es que, por muy rocambolescas que sean, siempre termino pensando que pueden tener mucho más de real de lo que yo creo.

2. PEGGI HA LLEGADO, BABY

—Maldita cerda de las narices, ¿ya has vuelto a hacer de las tuyas? ¿No te conformas con cagarme en la cocina, sino que, además, te has zampado mi zapatilla? Esto se cuenta y no se cree —protesto mientras recojo los trozos de una zapatilla de correr que he dejado en lo alto de la mesa, y a la que ella ha accedido y sigo sin entender cómo—. Eres la cerda *ninja*, joder —prosigo con mis quejas.

Loreto trajo a la cerda puntual. Ni un minuto antes ni uno después. Supongo que tiene bastante que ver el hecho de que, la última vez que me la endosó y llegó antes de tiempo, la dejé esperando en el portal.

Puede que esté dando una imagen de mala amiga. Eso sí, en mi defensa diré que, si vosotras cuidaseis a una cerda comezapatos y flatulenta, actuaríais, como mínimo, igual que yo.

Cuando todo el estropicio está ya recogido, enciendo la tele. La voz de mi tía resuena en mi cabeza como si estuviese de cuerpo presente: «No pongas el canal. No veas su programa. No te hagas sangre con eso», sin embargo, ya sabéis lo que se suele decir: cuanto más te dicen que no hagas algo, más ganas tienes de hacerlo. Y aquí estoy yo, libreta en mano, como si fuese la Grissom de la cadena, buscando los puntos a favor y en contra del programa de hoy.

No lo suelo hacer, ¿vale? Sí, sí que lo hago, solo que cuando estoy en casa sola, que no suelen ser muchas veces porque Loreto pasa más tiempo dándome la lata que dejándome vivir. Y no hablemos de la morcilla, ese es otro tema del que no quiero hablar porque sigo mosqueada.

«El programa *El amor es para siempre* va a comenzar». Observo a Alexa desde el sofá, que me acaba de recordar lo que yo ya sabía. Sí, ¿qué? He programado una alarma para saber cuándo lo van a dar. Estudiar a mi enemigo es algo importante y justificado. *Los juegos del hambre*, ¿os acordáis?

—Vaya…

La cara de Ciro aparece, como en cada emisión, en primer plano. Horrendo. El pañuelo de hoy es horripilante.

Cojo el teléfono, le saco una instantánea rápida y le escribo un mensaje.

Munia Visier:

Tu pañuelo hoy es casi tan patético como tú.

La chaqueta azul marino y la camisa blanca, que lleva debajo con un botón desabrochado, le dan un aire seductor. El pañuelo es harina de otro costal. Morsas. Ha elegido a las morsas.

—Mira, Peggi, hoy sí puedo decir que tú eres mucho más guapa.

La cerda me mira desde el suelo y no se molesta siquiera en levantarse. Normal, después de la zampada que se ha pegado a mi costa tiene que estar haciendo la digestión. Y seguro que será lenta.

—Buenas tardes, señoras, señores, señoritas. Aquí estoy, una tarde más, bien acompañado, como siempre, y con muchas ganas de descubrir qué nos depara la noche y el amor.

—¿Lo oléis? Está en el aire —repito mientras él lo dice. Siempre su misma frase de mierda. No entiendo cómo tiene audiencia si tiene menos gracia que la morsa que lleva en el pañuelo.

Qué mal bicho soy de vez en cuando…

Comienzo a tomar notas en la libreta: las veces que observa las tarjetas que le han preparado, si improvisa, si se le nota nervioso en algún punto, los halagos de las chicas, cuántos aplausos recibe…, cualquier dato es relevante en el juego del camino hacia la victoria. Incluso anoto la cantidad de miradas que le dedica a las chicas, por simple curiosidad. Hoy está especialmente atento con una de ellas.

La puerta de mi apartamento se abre y cojo el mando con celeridad. Apago la televisión, paso la página y tomo notas sobre lo que sea, cualquier cosa que no me delate.

—He llegado.

Alzo la vista y me encuentro con Loreto y Peggi entre sus brazos. Para haber estado durmiendo, la tía es rápida y veloz.

—Ay, mi cosita bonita, yo también te he echado mucho de menos. ¿Cómo te ha tratado la brujita de Munia? Seguro que no te ha dado

ninguna de las galletitas que te traje para recompensar tu buen comportamiento. —Todo eso con una voz bastante dulce e infantil. Como si la cerda fuese a entender una sola palabra de lo que le dice o le devolviese el cariño con un abrazo.

Lo que os digo, Loreto no está bien de la azotea.

—Quizá le daría una galleta o el paquete entero si no se hubiese zampado una de mis zapatillas mientras estaba en la ducha. Por cierto, ahora que lo menciono, me debes cincuenta pavos, que es lo que me costaron.

—Ponlo en mi lista.

—¿En la lista interminable de deudas pendientes sin saldar? —inquiero dejando la libreta sobre mis piernas y cruzándome de brazos.

—La misma.

—Cualquier día te envío al cobrador del frac.

—Me parece justo, pero que esté bueno. Ya que me va a perseguir vestido de pingüino, al menos que me guste y me tengan envidia.

—Dudo que haya nadie que cumpla esas expectativas que dices.

—Busca, que tú de eso sabes bastante —me dice guiñándome un ojo—. Y ¿qué hacías?

Mi amiga le echa un vistazo a mi libreta y ojea la información que hay en ella. Mira su reloj y olfatea el espacio. Como detective no tiene precio.

—Nada —contesto. Y la cago, por supuesto, porque lo hago con tanta celeridad que levanto sospechas.

Loreto mira su reloj una vez más, luego le echa un vistazo al televisor y lo siguiente en aparecer frente a sus ojos es el mando.

—Lo estabas viendo, ¿verdad? —Niego como una bellaca. Como si hubiesen descubierto el cuerpo de Ciro cortado en cachitos debajo de las baldosas del baño y me señalasen a mí. Nota mental: si se diese el caso, quitarle los pañuelos horteras porque todos sabrán que es él solo con ese detalle y no me dará tiempo de huir a un recóndito lugar en el Amazonas.

—¿Yo? ¿Cómo voy a ver a ese inepto? ¿A ese cabeza de chorlito? ¿A ese vulgar mindundi?

—La libreta —me pide.

Deja a Peggi en el suelo, e intento salir por la tangente.

—Mi cena, ¿no me habías prometido cocinar una semana si me quedaba con el bicho? —La señalo. A Peggi, que Loreto también es medio bicho, pero la quiero más y tal.

—Fabián viene a cenar también. Hemos hablado por teléfono hace nada y ya está de camino. La libreta —me exige tendiendo la mano y moviendo los dedos.

Siguiente presentación. Fabián Coslado. Nuestro amigo y dueño de una hamburguesería en el centro de Madrid a la que solíamos —y solemos— ir mucho, sobre todo, cuando teníamos —y tenemos— que lloriquear sobre alguna cosa que nos había pasado en nuestra penosa vida.

El restaurante es minúsculo, por lo que muchas veces terminábamos cenando en la barra, el lugar en el que Fabián preparaba las hamburguesas, siendo partícipe sin querer —a lo que yo llamo vulgarmente como «meter la oreja»— de nuestras idas y venidas. Opinaba cuando nadie le decía que lo hiciera, es más, sigo sin entender cómo volvíamos con lo mal que nos caían sus comentarios odiosos y sin empatía alguna. Todavía recuerdo cómo me dijo que si mi ex me había dejado tal vez era porque yo tenía un carácter de mierda. Ya veis, no entiendo cómo osa a decir eso cuando yo soy todo amor y *flower power*. Y, sin extenderme mucho más en la explicación, os diré que nos hemos hecho muy amigos y que sigue siendo igual de sincero, tanto que a veces es ofensivo. Más que yo.

Le tiendo la libreta a mi amiga de mala gana. No vale la pena no hacerlo porque es de las que aprovecharían el mínimo despiste para comprobarlo y luego pelearme el doble por no habérselo dicho a la primera. Loreto es una madre encerrada en el cuerpo de una chica de veinticuatro años, lo juro.

Con el cuaderno en la mano, cambia de página. Si Fabián estuviese aquí me reprendería por no haber pasado, al menos, veinte hojas en blanco. Si fuese Ciro, me diría que esto se da en preescolar, y tendría que darle la razón ante su comentario y eso me

dañaría el orgullo mucho más que la bronca que me espera de Loreto.

—¿Otra vez? ¿Es que nunca te cansas?

—Tengo una justificación muy lógica para esto, que lo sepas —le explico poniéndome en pie.

—Quiero escucharla —me dice.

La puerta se abre tras un par de golpes, y mi moral desciende en picado. Loreto es un hueso duro de roer, no obstante, Fabián es el rey en desmontar excusas y también de joderte con una sola palabra, a los hechos me remito. Y me lo veo venir. La culpa es de Alexa, que me recordó la hora.

Loreto tuerce los labios en una sonrisa maquiavélica porque sabe la que me espera.

—¿Qué pasa?

—Me estoy planteando seriamente quitaros la llave de mi piso.

—He pillado a Munia viendo el programa de Ciro.

—Eso no es verdad. No me ha pillado —me defiendo como una niña pequeña.

Fabián deja las bolsas sobre la mesa con lo que, supongo, serán los ingredientes para preparar la cena y se acerca.

—¿Otra vez? ¿No se supone que eso ya lo habíamos superado?

—Tengo una explicación racional para esto —insisto.

—Estoy deseando escucharla —me pide Fabián.

Loreto le tiende la libreta y hojea mis notas. Permanezco en silencio, como si esperase el resultado de un examen.

—No veo insultos por ninguna parte —me recrimina mi amigo.

Suspiro y me dejo caer en el sofá. Peggi se acerca y olisquea mi zapato. Le doy una leve patadilla de nada para que se aleje, lo que me faltaba es que también se zampase mis zapatillas de andar por casa. Dos en una noche es demasiado para mi *body*.

—Vais a flipar —avanzo—. Esta mañana tuvimos una reunión con Pili. Una muy chunga.

—¿Y? —interpela Loreto al ver que guardo silencio. No es que la paciencia sea una de sus virtudes, la verdad.

—Y nos ha comunicado a Ciro y a mí que en un mes dejarán de emitir uno de los dos programas. Solo quedará uno, el suyo o el mío.

Fabián intercambia una mirada entre la libreta y mi cara de pánico.

—De ahí este trabajo obsesivo.

Asiento justificándome. Digan lo que digan, yo lo veo muy lógico todo.

—Enciende la tele —me pide mi amigo.

Y sonrío porque ahora sé que no voy a ser la única tramando maldades.

3. TRAMANDO MALDADES

—No me lo puedo creer, ¿por eso escribías esta mañana en tu chat? —me pregunta Loreto.

—No —niego—. Lo hacía para desahogarme porque ya sabéis que Ciro es experto en tocar las narices y de forma insistente.

Puede que en este punto haya que hacer otra presentación.

Tengo un diario. O no. En realidad, no es un diario como tal o sí, aunque diría que es algo más avanzado en el tiempo. Tengo un chat conmigo misma al que llamo: «Ciro come pepino». Y no hablo de que sea vegano, vegetariano, ovovegetariano u ovolacteovegetariano, hablo de otra clase de pepinos, y no me hagáis entrar en detalles que nos conocemos. Y ese diario del que os hablo es un chat conmigo misma en el wasap, donde anoto las cosas que me hace. Es como una lista de razones por las que debería asesinarlo sin el menor remordimiento de conciencia. Y, esta mañana, el «¡ja!» fue motivo de ello.

Total, que les termino explicando la reunión con Pili y todas las provocaciones por parte de Ciro, cómo él sabía que el puesto era para el hijo del jefe, y yo no me había enterado de nada.

—Está claro que tiene muchas más dotes en cuanto a relaciones sociales que tú.

—Sobre todo, con Esteffi —apostilla Loreto—. Los he visto mucho tiempo juntos en estos días y ya sabes que ella maneja información de las altas esferas.

—Porque chupa culos —especifica Fabián.

Nada que añadir a eso porque la sinceridad es apabullante y la razón que tiene mucho más todavía. Ya os lo había advertido.

—Da igual de dónde venga el tema. Que eso no quita que me haya ofendido que él se enterase antes que yo y todo eso. El verdadero problema radica en que tengo un mes para demostrar que mi programa puede superar con creces al suyo.

Fabián se levanta y comienza a dar vueltas por la habitación. Es el más villano de todos cuando quiere.

Le señalo con el pulgar, y Loreto me pide que guarde silencio, aunque ella sí que puede hablar.

—La mente privilegiada está trabajando.

Mientras Fabián da vueltas por la habitación al estilo Albert Einstein, nosotras nos metemos en la cocina para comenzar a colocar los ingredientes de las hamburguesas sobre la encimera. Peggi nos sigue, lo mismo tiene hambre aún.

—¿Tú crees que Ciro tiene alguna posibilidad de ganar? —La pregunta sale de mis labios con la mayor intención del mundo, es decir, yo misma me lo he preguntado en varias ocasiones, aunque intento que la respuesta siempre sea que no, que él lo que tiene es un pase directo hacia el despido y que mi saludo al salir de la cadena será: «Chócala» y retiraré la mano cuando lo intente hacer. Si es que Ciro lo intenta porque yo, desde luego, le chocaría la frente con mi mano y con acritud, esta vez sí, para ser sinceros.

Escruto el gesto de Loreto y espero a que su respuesta me dé algo de seguridad.

—A ver… —murmura.

—Ufff…

—No he dicho nada —se excusa.

—Ese «a ver» suena a que existen posibilidades, no me sirve.

—Es que existen posibilidades, Munia. No te voy a vender una realidad que quieres escuchar solo por consolarte.

—Yo lo hago contigo —le suelto ofuscada.

—Mentira. Tú me dices que David pasa de mi culo como de comer mierda.

—Cierto…, eso sí, no lo digo así. Solo digo que tiene cuarenta años, y tú, veinticuatro, y que es una situación complicada.

Y llegados a este punto… Puede que ya sí que me toque deciros quién es David.

David es el dueño del piso en el que vive Loreto. O sea, su casero, al que molesta cada vez que puede para que le haga una visita y con el que siempre intenta poner en práctica un plan y que luego no lo hace porque se caga de miedo, sin más.

No sabemos si está casado, si tiene hijos, si es ovolacteovegetariano o si trabaja en un club de *striptease*, todo esto

son hipótesis que sí que nos hemos hecho, ¡para qué mentir al respecto! De la misma forma que las hacemos de Ciro y de los ligues de Fabián, que no son pocos. Lo único que sabemos es la edad, dirección y DNI, porque lo pone en el contrato de arrendamiento. Fin.

—El amor no tiene edad —se defiende.

—Ni puerto en el que atracar —añade Fabián, que llega desde el salón.

—No entiendo cómo tienes ese pelazo con el tiempo que tardas en maquinar planes. Piensas mucho —le digo.

—En este caso, pensaba en algo que pudiésemos hacer y que te ayudase. Por suerte para ti, se me ha ocurrido una idea —aduce mi amigo.

—Suéltala. Toda ayuda es bienvenida —le digo y juro que le suplicaría y hasta empezaría a rezar o le cedería a mi primer vástago si me lo pidiese, con tal de hacer morder el polvo a Ciro y que la choque cuando salga. O que se la pique un pollo, lo que prefiera.

—Primero haré la cena, ¿o queréis cocinar vosotras?

—Ni de coña —se apresura a añadir Loreto, que sale de la cocina cagando leches por si le toca hacer de pinche.

—Ella me prometió cocinar una semana si me quedaba con eso. —Señalo a Peggi, que está tumbada frente a la nevera.

—Pues sencillo, que empiece mañana y de la de hoy me encargo yo. Eso sí, te toca ayudarme.

Cedo ante su petición y observo cómo mi amiga enciende la tele. De fondo escucho la voz de Ciro, que alienta a sus participantes a que cierren los ojos y toquen a sus posibles candidatos.

—No se escucha —protesta Fabián a la vez que saca los tomates de la bolsa y los alinea.

Loreto sube el volumen y coge mi libreta. Tremendo favor me haría si ella también se pusiese a analizar su conducta y a buscar fallos, tal vez encuentre algo que yo no percibo o me dé un punto de vista diferente. La ventaja de la amistad es esta.

—Ponte con la carne —me pide Fabián.

Ya la ha salpimentado, y me toca mezclarla y hacer bolas que luego aplastaré.

—Esto haría yo con su cabeza. —Aplasto—. Y esto con su nariz. —Repito operación.

—Quiero cenar, no me apetece que el picadillo termine pasado y sea una masa poco comestible.

—Necesito desahogo.

—Vete a yoga.

—Ya, claro.

—O a boxeo.

—Eso me gusta más.

Total, que, mientras las parejas se tocan, se hacen preguntas tras un biombo, indagan sobre su actividad y frecuencia sexual y si están a favor del sexo en la primera cita —para que luego me digan que buscan el amor—; preparamos las hamburguesas y ponemos la mesa.

—Digas lo que digas, Munia, Ciro tiene porte. Lo hace bien, sabe salir indemne de cualquier problema y tiene a las chicas locas de atar —narra Loreto sin apartar la vista de la pantalla.

—Si lo que quieres decir es que mola porque es guapo, puedes ahorrártelo.

—Yo le hacía un favor —suelta Fabián.

—Tú le harías un favor a cualquiera, no eres muy exquisito en tus gustos.

—Salvo que no huela bien y tenga roña en las uñas. Eso es motivo para descartarlo.

—Que no es el caso —le digo señalando la pantalla.

—Y tiene personalidad. Ese pañuelo de morsa no le queda bien a cualquiera.

—Le queda bien a cualquier imbécil —apostillo.

Fabián y Loreto se carcajean. Parece que se lo toman a coña, y yo lo digo muy en serio.

Mientras las hamburguesas están en la parrilla, Fabián se esmera en cortar láminas perfectas de tomates que yo haría del tamaño de una rueda de camión. Supongo que por eso él es cocinero, y yo, pinche. Y que por eso le va tan bien su negocio, y lo mío es la televisión y hablar, porque ahí no hay que ser muy habilidoso con los

dedos y, en mi caso, el tamaño no importa. Aunque depende de qué tamaño hablemos y de qué contexto.

Me acerco al sofá y me siento al lado de Loreto.

—Lo hace bien —me dice.

—Yo lo hago mejor que él.

—La base de ser un buen profesional es reconocer con humildad las virtudes de tu enemigo.

—Ciro no tiene virtudes, eso sería ir en contra de mis principios.

—¿Qué principios? —pregunta Fabián desde la cocina.

—El principio de «en la guerra todo vale». Y con Ciro siempre ha habido un campo de batalla lleno de minas entre los dos.

Observo la pantalla a la vez que Loreto se incorpora, seguida de Peggi, y se va a la cocina. Cojo la libreta de nuevo y vuelvo a los apuntes que he tomado. Loreto no ha añadido nada especial. Solo que tiene un mentón pronunciado y qué tipo de acondicionador utilizará en la melena. Como si eso me fuese a mí a valer de algo. Lo del acondicionador la verdad es que me lo he preguntado en ocasiones, aunque, en este momento, no viene al caso.

—¿Cuál es la mayor locura que has hecho por amor? —le pregunta Ciro a una participante.

Ella lo mira con la esperanza velada de que él participe en el concurso y poder llevárselo como premio gordo, ¿acaso no ve que tiene morsas en un bolsillo? ¡Qué triste me parece!

—Pues… —La chica en cuestión duda de su respuesta. En mi caso, si alguno de mis invitados duda, es símbolo de que está pensando la mentira que va a soltar, en esta ocasión, puede interpretarse como un arrepentimiento, timidez o crear expectativas, a saber—. Me enamoré de un chico al que no conocía de nada, fue amor a primera vista. Cuando las vacaciones acabaron, dejé todo para ir con él. Y, como ves, no salió bien.

—Normal. El amor a primera vista no existe. Eso lo sabe todo el mundo —farfullo.

—No digas estupideces —me refuta Loreto desde la cocina. Me olvidaba de que ella es una fiel defensora de ese sentimiento. Por David y tal.

—No existe —recalco convencida.

—Déjala —pide Fabián—. No sabe lo que es el amor —murmura como si ese detalle fuera un argumento la hostia de bueno.

—Sabrás tú —replico.

Y lo digo en serio, ellos no saben nada de mi vida sentimental porque no me gusta hablar del pasado.

4. EN LA DIANA

—No puedes afirmar tan categóricamente algo que no sabes —insiste mi amiga.

—Sí que sé —replico con altanería—. El amor a primera vista no existe. Existe el capricho, la atracción, el deseo y el desorden mental provocado por todo esto, pero no es amor.

Mi amiga sale de la cocina con un trapo en la mano y una botella de agua fría en la otra. La deja sobre la mesa, y yo centro de nuevo la atención en la pantalla.

—Y dime, Blanca… —La chica en cuestión se llama Blanca—. ¿Valió la pena?

Ella asiente en repetidas ocasiones.

—Sí, por supuesto, el amor siempre vale la pena.

El cámara enfoca a Ciro en un primer plano y se le ve… ¿emocionado?

—No me jodas, esto es juego sucio. ¡Se emociona! ¿En serio? ¿Cómo puede ser? Es que ahora tenemos que emocionarnos y tocar el corazón del espectador, jugar sucio, porque eso es lo que hace. Un insensible con un corazón de piedra es incapaz de emocionarse, que te lo digo yo, que este es el papel de su vida. ¡Actor! —grito—, lo que debería ser es actor.

—Cada uno juega sus cartas, Munia. Tú lo espías, y él se emociona.

—¡Que es ficción, Loreto!

Fabián se acerca y apaga el televisor, dejando una bandeja con tres hamburguesas.

—Ciro lo hace bien, Munia, tenemos que reconocerlo. Lo hace bien.

Soltaría eso que siempre digo de que yo lo hago mejor, pero la verdad es que me aburre hasta a mí ese rollo. Observo la pantalla en negro y rememoro su mirada perdida y emocionada. Hijo de la rechingada. Qué bien se lo ha montado.

—Juega con los sentimientos.

—¿Y? Es lícito —formula Loreto, que coge su plato con la hamburguesa y se lo pone sobre las piernas. Peggi está al lado, por si pilla cacho.

—¿Eso quiere decir que yo voy a tener que hacer lo mismo?

—¿Tú? —pregunta Loreto.

Asiento.

—Munia, cielo, eres la tía más fría y seca que he visto jamás. Eres como un témpano de hielo. No tienes corazón. Mírate.

Me miro, claro que me miro. Ya os he dicho que Fabián es muy sincero y muy bruto también.

—Oye, que yo sí que tengo sentimientos. No es necesario que me digáis esas cosas que duelen —protesto.

—¿Cuánto hace que no tienes una relación? —inquiere Loreto.

Lo que pretende hacer ya lo tengo claro, siempre la misma técnica de mierda.

—Los tíos son un rollo. Siempre igual: te conquistan, te regalan el oído y luego te dejan por otra cuando se aburren.

—No generalices. Generalizar está mal hasta para mí —indica Fabián.

Alzo los hombros. Lo pienso de verdad. En serio.

—Me siento más cómoda con los divorcios. Es como una segunda oportunidad que te da la vida. Piénsalo: te fue mal, te separas y empiezas de cero. Sola o probando lo que surja.

—Joder, Munia, el amor es bonito, ¿dónde quedan las mariposas y esas cosas?

—En la basura. Las mariposas salen de capullos, que lo sepas —le digo a mi amiga.

—Nunca hemos hablado de ello… ¿Cómo fue tu última relación? —cuestiona Fabián mordiendo la hamburguesa. A mí, con la preguntita, se me ha quitado hasta el hambre.

—¿Sexual?

—Apuesto a que de esa no te acuerdas —me provoca Fabián.

—Ni de la otra tampoco —añado. Se quedan en silencio, esperando a que diga algo más. No sé qué esperan que cuente. No me apetece nada hablar de ese asunto—. ¿Y el plan? —Cambio de estrategia.

—Munia… —me advierte Loreto.

—¿Y David? —Por si la primera no me funciona, mentarlo a él siempre es un acierto.

—Munia… —Ahora es Fabián el que me señala.

—Joder, no quiero hablar de eso, ¿vale? Estoy aquí, soy yo y hay cosas de las que no me gusta hablar. Como mi pasado. Como las cosas que me han marcado en la vida. De él. Me dejó. Punto y final.

Loreto deposita la hamburguesa en el plato, anonadada por mis gritos. Yo suelo gritar, mucho, pero todos sabemos que la forma en la que he explotado hace que sea diferente a las demás. Hay dolor. Sigue habiendo dolor. Y es probable que lo haya en un futuro.

—Munia…

Mi amiga pone su mano sobre la mía con ternura y hasta empatía. Fabián no dice nada. Sabe que, cuando no hay nada bueno que decir o algo que puede hacer más daño, es mejor callarse sin más.

—Sí, ese es mi nombre —le digo para volver a retomar la calma que había antes entre nosotros.

Nos comemos las hamburguesas viendo la tele de nuevo. A Ciro. En silencio. Yo doy mordidas por los lados, unas pocas. Cuando ellos han acabado, dejo la mía en el plato sin fingir más que tengo apetito.

—Bien. Hora de jugar —nos dice Fabián.

Recogemos los platos. Sirve tres copas de vino y nos vamos a la pared de los juegos. La tele sigue encendida. El programa ya ha terminado y ha empezado algún rollo de famosos y prensa rosa que a ninguno le interesa.

—¿Los dardos? —pregunta Loreto.

—En el cajón de la derecha —le digo señalando el mueble de debajo de la mesa.

Saco la diana y la coloco en el sitio de siempre. Copa de vino en mano, un largo trago y juro que hasta me hace sentir mejor cuando el vino desciende por mi garganta. Puede que esto sea lo que dicen los alcohólicos cuando beben, y yo voy por el camino. Sobre todo, como me gane Ciro.

—¿Está centrada? —inquiero.

—Perfecta —añade Fabián.

La diana, con la cara de Ciro en un póster recortado a la perfección, aparece frente a nosotros. Este es mi juego favorito del mundo mundial. Tiro al dardo en el *gepeto* de mi archienemigo.

—Empiezo yo —les digo cogiendo un dardo de color azul.

Cuento los pasos y me coloco a una distancia prudencial. Le hago un leve asentimiento a Fabián para que sepa que estoy colocada y que puede encenderla. Loreto va en busca de algo que pueda valernos como referencia a mis pasos y no tener que estar contándolos cada vez.

—Las mismas reglas de siempre. —Mis reglas son las típicas. Romperle los ojos sin piedad alguna—. Bien. Allá voy.

Balanceo mi mano con el dardo en ella, cierro un párpado y marco mi objetivo. Ojo azul, allá voy.

Lanzo y le doy en el pómulo.

—Estoy calentando. Este era de prueba.

Loreto y Fabián se ríen, y me hago a un lado para que sean ellos los que me releven.

Otro trago a mi copa de vino y la relleno porque aquí el que se quede atrás termina sin poder beber. Que mis amigos son unos tragones.

—Se me ha ocurrido una idea —murmura Fabián a la vez que mueve su cuerpo para apuntar—. La nariz. Tengo que darle a la nariz, que es el centro de la diana.

Asiento. Me la pela. Como si le quiere dar a la pared. Lo que necesito saber es el plan.

—Habla —prácticamente le exijo.

—O hablo o tiro —resuelve.

—Habla. Es más importante —razono aún, que no estoy piripi.

Fabián pasa de mí y sigue con el dardo para delante y para detrás. Eso no hará que acierte, yo lo he intentado cientos de veces y nada.

Y, como bien predije, le da en el otro cachete. Tiene la misma puntería que yo, es decir, ninguna. La reina de la diana es Loreto, y eso ya lo sabemos todos. No jugaríamos con ella, pero lo de clavarle pinchos a la cara de Ciro es demasiado tentador.

Loreto ocupa su lugar y coge otro dardo. El rojo. Fabián y yo jugamos en el mismo equipo, por eso de que Loreto no nos apalice demasiado.

—¡Y pleno!

—Esto no son los bolos —le recrimino a nuestra amiga.

—No. En eso seguro que también perderíais.

—Habla —le exijo a Fabián pasando de Loreto tres kilos.

Me acerco a coger otro dardo, y Fabián se coloca a mi lado.

—Céntrate y enfoca —me pide. Hago caso, claro, como si eso fuese a hacer que de verdad no fallase. Yo siempre fallo—. Tenemos que averiguar un secreto —suelta.

Tiro. Y de casualidad le doy en el ojo. No me lo creo ni yo.

—¿Qué? —pregunto alzando la voz. Miro la diana. He acertado. Miro a Fabián. Un secreto.

—¿Un secreto tipo el libro o un secreto tipo algo que esconda? —añade Loreto porque yo me he quedado muda.

—Algo sucio y truculento. Algo que manche su popularidad. Algo que no quiera que se averigüe porque estropearía su reputación de niño tierno y adorable.

¿Os dije que Fabián es la mente prodigiosa del grupo?

—Es tan buena idea que no entiendo cómo no se me ha ocurrido a mí —le suelto llevándome la copa a la boca.

—Si llego a saber que esa es la forma para que acierte, no te dejo contar nada hasta que terminemos y os aplaste como a cucarachas —sentencia Loreto.

—Dime que no es una idea cojonuda —murmura Fabián.

—Lo es. Te besaría.

—Preferiría que no lo hicieses, salvo que tengas un amigo que no me hayas presentado y él me dé el beso por ti.

—A lo mejor Rita tiene algún amigo de esos. Amigos sexualmente activos y gais, como tú.

A Rita os la presento más tarde, tranquilos.

—Si es bi tampoco me importa —detalla.

—Retomando el tema en cuestión, y el que más nos importa y atañe, ya que la vida sexual de Fabián me la pela muy mucho —especifica Loreto, a la que, a mi pesar, tengo que darle la razón. Y

digo «a mi pesar» porque la apoyo siempre y cuando no nos gane a los dardos—. ¿De dónde crees que vamos a sacar un secreto lo suficiente escabroso como para joder su reputación? ¡Nadie tiene esa clase de secretos!

—Loreto, Loreto, Loreto —susurra Fabián acercándose a ella como si tuviese la sabiduría necesaria para asestar el golpe final y dar un jaque mate—. Todos, absolutamente todos, tenemos secretos.

Y nos señala, incluyéndose.

Tiene razón. Y quien diga lo contrario que tire la última piedra. No seré yo, por supuesto.

5. NO ESTOY BORRACHA, SOLO CONTENTILLA

He mirado al teléfono en más ocasiones de las que debería reconocer abiertamente. Y lo he hecho porque ha sonado y tenía muy claro quién era el remitente.

Mis amigos ya se han ido y han dejado a su paso una cantidad de basura que no es normal, que aquí la Loreto me habrá dicho que cocinaría toda una semana si me quedaba con su minicerda, la comezapatos para los amigos o Morcilla para los más allegados, sin embargo, de recoger no ha dicho nada y eso ha sido un fallo imperdonable por mi parte.

La cosa es que el móvil ha sonado y, entre la excitación por el plan perfecto —y que no hace aguas— propuesto por Fabián, las copas de vino que llevo y el tema de recoger un poco; lo he escuchado y, tras eso, le he ido dedicando miradas cada dos por tres, mordiéndome las uñas por leer lo que pone e intentando evitar caer en la tentación y demostrarle que espero su respuesta con avidez. Conociendo a Ciro como lo conozco, estoy segura de que me diría que es porque estoy ansiosa, por lo que sea, pero ansiosa.

Me sirvo otra copa de vino porque ya de perdidos al río y me siento en la cama.

Lo leo en voz alta. Dos veces, porque una no es suficiente para mi raciocinio.

Ciro Bravo:

¿Me has estado viendo? Pensaba que no me soportabas. Lo mismo tienes alguna fijación, ¿algo que contarme, arpía?

«Arpía», será…

No contestes, Munia. Estás por encima de eso y lo sabes.

«Uno, dos y tres, yo me calmaré. Cuatro, cinco, seis, todos lo veréis. Siete, ocho, nueve…». ¿Os lo repito o habéis encontrado una rima mejor?

Munia Visier:

Si tuviese algo que contarte, ya te habría enviado una carta bomba. Así mato dos pájaros de un tiro, zoquete.

Le doy a enviar y de inmediato reviso que no tenga faltas de ortografía. Error básico, lo sé, el vino no me deja pensar. Respiro cuando veo que el corrector ha hecho su trabajo de forma adecuada.

Salgo de la aplicación y me dirijo hacia la ventana. Loreto está en su apartamento ya, veo la luz del salón encendida. Vive en el piso de enfrente y nos separa el patio interior.

Dejo la copa en el alféizar y saco un pijama limpio para darme una ducha. El teléfono suena de nuevo y le dedico una sonrisilla petulante. Me doy una ducha rápida, cojo la copa de vino y me tiro en la cama.

Desbloqueo el teléfono y es él de nuevo.

Ciro Bravo:

Uhhh, zoquete. ¿Cuánto tiempo te ha llevado buscar un insulto que esté a mi altura? Espera, que tú alta, precisamente alta, no es que seas, dudo, incluso, que sepas lo que significa esa palabra.

Gilipollas.

Munia Visier:

¿Tienes algún problema con mi estatura? Los buenos perfumes vienen en frascos pequeños y los venenos también, ¿no lo sabías? ¿Cómo vas a saberlo si eres un cateto? Por cierto, si tienes dudas acerca del significado de zoquete, consulta esta página. Te vale para cualquier otra palabra. De nada.

«Chócala, cenutrio».

Le adjunto, cómo no, el enlace de la RAE.

No me da tiempo a salir de la aplicación y veo que está en línea y escribiendo.

Ciro Bravo:

No sabía que en primero de primaria se diese ese tipo de palabras, la verdad, quizá estás muy avanzada y deberían cambiarte de curso. ¿Ya has aprendido a sumar? Conozco a

alguien que te puede enseñar.

No serás tú.

Munia Visier:

Supongo que no hablarás de ti porque dudo que hayas llegado a eso, pobre, debes sentirte como un perdedor. No te preocupes, es bueno que conozcas ese sentimiento para cuando te aplaste como una cucaracha inmunda. Ahh, busca «perdedor» en el enlace que te he pasado, me parece que en ese caso aparece tu foto.

Inquina. Lo he dicho con inquina y no me importa para nada reconocerlo.

Puestos a imaginar, y a escudarme en el alcohol ingerido, me pregunto qué estará haciendo Ciro ahora y no solo eso, ¿cómo será su casa? Supongo que una cueva, por muy cenutrio que sea, no es una idea a contemplar. Piso, adosado o chalet, el lugar seguro que es pulcro y la decoración, horripilante. Casi tanto como él y sus pañuelos.

Imaginaos, si no siente la más mínima vergüenza en ponerse esos trozos de tela horrendos, ¿cómo tendrá decoradas las paredes? Peces naranjas con colas enormes que ocupen media pared y dancen en el agua. Tiburones con dientes afilados como cuchillas de afeitar y puede que tenga algún muñeco vudú sobre la mesa de su habitación, en el que, según el día, me clave algún que otro alfiler, y de ahí los dolores de cabeza que tengo alguna que otra noche o en las cervicales, que siempre he asociado con el estrés y otras veces a lo que me provoca él.

Ciro Bravo:

He buscado la palabra y siento decirte que en ella no aparece mi foto. Me he sentido frustrado por ello un momento, ya que mi foto debería estar en todos lados. Se me ha pasado rápido cuando me he dado cuenta de un detalle importante. ¿Sabes dónde sí que va a estar mi fotografía? En los carteles publicitarios de la cadena, junto al eslogan: «El programa líder en audiencia». Lo siento, Munia.

Y otro enlace.

Pincho en él, claro que lo hago, y me lleva a la palabra «fracasada». No hay foto, aunque él me la adjunta. Es una fotografía mía y le ha añadido el texto: «La fracasada del mes». Estoy de frente y con los brazos en jarras, es probable que enfadada por algo o protestando por alguna cosa que no me encaja. No miro a la cámara directamente, aunque queda bastante visible mi gesto. ¿De dónde ha sacado esta foto?

Munia Visier:

Dime ahora mismo de dónde has sacado esa foto porque lo único que tengo claro es que no deberías tenerla y, de lo contrario, es que eres un cabeza de chorlito o un acosador en potencia. O ambas cosas.

Mierda, al juego de las fotos me gana.

Entro en Facebook y lo busco. Tiene el perfil cerrado y no somos amigos. No os sorprendáis, que nos odiamos es un hecho y, si lo hacemos, ¿por qué íbamos a ser amigos en Facebook? Sería mucha hipocresía por mi parte, aunque en este momento me vendría de perlas.

Voy a Instagram y me llega un mensaje suyo sobre la marcha. Ese perfil sí que lo tiene público y comienzo a indagar por él. ¿Cómo no lo he hecho antes? Me quedo un poco estupefacta al ver la cantidad de fotos chulas que tiene el maldito.

Fotos surfeando, practicando deportes acuáticos, pescando, lanzándose al mar de cabeza… Ya entiendo de dónde viene su rollo marino, aunque en ninguna de esas fotos sale con un pañuelo de esos, va mucho más… informal.

Me reprendo por quedarme embobada mirándolo. No debería hacerlo, es más, debería ser castigada por ello. De repente, noto la garganta seca y todo por culpa de la foto que tengo delante.

Ciro sin camisa. Con unas bermudas de playa. La piel tostada y morena y varias pecas en sus hombros. Sonríe de medio lado, seductor, y me imagino que esa sonrisa debe de ir dedicada a alguna fémina, una que lo mire como si fuese un helado de *cheesecake* en un día de verano. Uno muy caluroso. Uno que él sería capaz de caldear mucho más solo con esa sonrisa.

Mierda, Munia.

«Uno, dos y tres, yo me calmaré. Cuatro, cinco, seis, todo lo veréis. Siete, ocho y nueve… No quiero pensar en cómo se mueve». Fin.

Subo de nuevo y saco captura de pantalla. La edito, obvio, y la recorto para que no sepa que he fisgoneado en su Instagram y me juzgue por ello.

Le añado un emoticono de una caca en cada hombro y le dibujo una polla cerca de la boca. Lo siento, es arte en estado puro y lo sabéis.

Se la envío.

Munia Visier:

Definición gráfica de patán.

Risas. Eso es lo que me entra, una risa incontrolable y absurda, y miro la copa de vino y la señalo.

—Esto es culpa tuya, maldita —le recrimino como si ella me fuese a pedir perdón o algo.

A lo que he llegado, a hablar con una copa de vino. Él será un patán, sin embargo, lo mismo yo ahora soy un poco patética.

Espero su mensaje sin apartar la vista del teléfono. No está conectado y tengo esa cosita en la barriga, esas ganas, esas ansias, esa necesidad imperiosa de ser la que tenga la última palabra. O la última foto. O mensaje. Me vale cualquier cosa que no pase por desconectarse, eso no me vale, eso me jode *cantidubi*.

Me levanto y me asomo a la ventana. Me tomo la copa de vino y miro el teléfono, le doy al jodido botón de las narices por si se le ha olvidado vibrar y nada, no sé nada de él.

Mierda.

Me voy a la cocina y me lleno la copa de nuevo. Estoy peligrosamente cerca de ser calificada como una borracha de primera.

Regreso a la habitación, dejando la copa atrás y llevándome la botella. Quizá si bebo a morro el vino hace menos efecto. O es probable que caiga en coma y cuando lleguen los sanitarios tendrán

una pista bastante gráfica del porqué de mi estado seminconsciente. Si es que yo lo hago por ayudar, siempre.

Cojo el teléfono y escribo en mi propio grupo: «Ciro come pepino».

Ciro come pepino 

Me ha enviado una foto robada.

El enlace que ha adjuntado me lleva a la palabra «fracasada».

No contesta y me tiene en espera, lo hace por joderme, porque sabe que mi paciencia es una mierda pinchada en un palo.

Marco el número de Loreto. Necesito distraerme con algo, lo que sea.

—¿Qué pasa? ¿Te has quedado con hambre? No pienso pagarte los zapatos que se ha comido Peggi.

—No te llamo para hablar de la morcilla andante.

—Uy, lo que ha dicho… No escuches, Peggi, ella te quiere, lo que pasa es que le cuesta reconocerlo —le dice con su tono de voz más dulce, el que siempre usa para dirigirse a la cerda. A ver cómo le habla cuando pese cuarenta y cinco kilos y le diga que me la quiero comer en una barbacoa en casa de David. David tiene un adosado con jardín. Seguro que si le digo que llevo la carne nos invita a comer. Me descojono sola imaginando la escena—. ¿Estás borracha?

—¿Yo? ¿Qué dices? Estoy de puta madre. —En serio, borracha o no, lo estoy y lo juro.

—¿Para qué me llamas entonces? Ya sé que te dije que te prepararía la comida toda la semana, pero, ahora mismo, no pienso poner un pie fuera de este apartamento para ir a prepararte ningún sándwich, ya puedes comerte la mano si estás desesperada.

—No te llamo para eso. —Se hace el silencio, y mi amiga espera a que prosiga—. ¿Por qué no dices nada? —le pregunto.

—Me has llamado tú, deberías ser tú la que me cuente algo. Lo que sea. No sé, el motivo de la llamada y eso.

Pues tiene razón, no se la puedo quitar…

—Cierto. Pensaba que me habías llamado tú.

Estoy empezando a perder la noción del tiempo-espacio-lógica. Menos mal que la he llamado a ella y no a Ciro porque habría sido una hecatombe. ¿Y yo para qué cojones quiero llamar a Ciro? ¿Para que me responda? Mi subconsciente sigue sobrio.

—Munia, lo mejor es que te acuestes y dejes que se te baje el lote. Mañana es sábado, son más de las dos de la mañana y en este momento eres una de esas borrachas pesadas a las que nadie quiere aguantarle la monserga. Ya sabemos que cuando te pones contenta dices que me quieres, y a mí me encanta que me quieras, no obstante, estoy cansada y no sé nada de David.

—Rompe otra tubería —le aconsejo.

—No puedo romper otra tubería porque hace nada que la rompí. Nunca me devolverá la fianza.

—Te la devolverá si os vais a vivir juntos como un matrimonio feliz, de esos de toda la vida. Tú y el abuelete.

—Oye…. Que mi hombre está de buen ver, aunque sea un cuarentón.

—¿Sabes el que está de buen ver? —le digo aprovechando la carrerilla y el poco filtro que me deja el alcohol.

—¿Quién?

—Ciro —suelto.

—Disculpa, no te he entendido bien —murmura Loreto—. ¿Podrías repetirme eso que acabas de decir?

—¿Sabes que he cotilleado el perfil de Instagram de Ciro y tiene fotos muy… interesantes?

—Define interesante.

—Coge el móvil y flipa por ti misma.

—Ya lo estaba haciendo —sentencia mi amiga. No la veo desde mi ventana porque su habitación da a la calle y la mía al patio interior —. La hostia puta.

—Oh, sí. Eso mismo.

—¿Cómo no hemos hecho esto antes?

—Porque nos pegamos todo el día imaginando cómo será y qué planes estará tramando en mi contra, y lo de las redes sociales ha quedado en un segundo plano. —Y que conste en acta que lo razono

todo sin soltar la botella. Y sin contar las copas que ya me he tomado.

—Voy para tu casa.

—Voy sacando el jamón. Me ha entrado hambre.

6. ¿QUÉ CLASE DE CHALADA ES ESTA MUJER?

CIRO

—Me ha enviado una foto mía, ¿lo entiendes? Y editada de una forma pésima. Está más que claro que lo suyo no es el diseño gráfico.

—Yo diría que la polla está bastante bien acabada.

Pongo los ojos en blanco justo antes de mirar a César con gesto reprobatorio.

—No me fastidies. ¿De dónde ha sacado esa foto? —inquiero como si él tuviese la respuesta.

—Te recuerdo, querido Ciro, que fuiste tú el primero en enviarle una, lo que ha hecho que os declaréis una nueva guerra.

—Es imposible que ella y yo nos declaremos una nueva guerra porque ya hemos declarado todas las habidas y por haber. —Mi mejor amigo me enseña la pantalla del teléfono y en ella se ve mi foto con dos cacas en el hombro y un falo cerca de mi boca—. Ya. Me queda claro —admito—. La guerra de las fotos.

—Te lo has buscado solito. No entiendo por qué no os dejáis de estupideces infantiles y cada uno se centra en su trabajo y en hacerlo lo mejor posible sin necesidad de mensajes, conversaciones propias del instituto y empujones.

—No te olvides de las pullas.

—Eso va incluido dentro de las conversaciones propias del instituto —declara él.

La verdad es que César tiene razón en eso que dice. Munia y yo hemos estado siempre enfrentados, desde que nos conocemos y al principio ni siquiera había una razón especial para ello, ahora tiene algo más de lógica, porque somos enemigos en el plató, en cambio, cuando nos conocimos, quitando algún que otro encontronazo, un robo del almuerzo sin intención, el último dónut disponible o un café que acaba en la camisa que no debe, no teníamos argumento sólido para declararnos la guerra. Y, aun así, lo hicimos.

Supongo que las personas somos animales de costumbres y, cuando te habitúas a algo, es difícil cambiarlo.

Me giro hacia César como si me hubiese dado cuenta de algo tras mi reflexión personal. Se me ha encendido la bombilla de la conspiración.

—Espera, espera, espera…

Mi amigo no está donde lo había dejado.

—Estoy asaltando tu despensa. Es imposible pensar con el estómago vacío.

Voy tras él hacia la cocina y le ayudo a llenar la bandeja con cosas de picoteo.

—Esta foto la ha sacado de mis redes sociales —declaro como si hubiese descubierto la pólvora—. Soy un tremendo imbécil por no haberme dado cuenta antes. La sacó Kiara, cuando nos fuimos de viaje juntos a pasar una semana en Ericeira.

—¿Kiara? —Asiento—. Pensaba que habías borrado todo rastro de ella.

—En teoría, Kiara no sale en esa foto. Ni siquiera sale en ninguna foto.

—Mejor.

—Quiero saber cómo acabó en mi teléfono y cómo Munia la encontró.

—¿Cómo encontraste tú su foto? —indaga llenando un vaso de cerveza.

—¡Joder! Esa foto se la saqué yo el día que estaba peleando con Esteffi por alguna cosa que le había hecho. No recuerdo el qué, solo supe que tenía que inmortalizar el momento y ponerle unos cuernos y un rabo porque se parecía peligrosamente a la imagen que tengo yo en mi cabeza de lo que es un demonio maligno habitando la tierra de los vivos.

—Esto es sencillo, Ciro —declara César cogiendo la bandeja y abandonando la pequeña cocina de mi casa—, ella juega sus cartas, y tú, las tuyas. No la conozco, no sé quién es y no analizo mentes, no he llegado a ese punto —me dice sonriendo de medio lado—, lo que sí sé es que, si tú atacas, ella te la devuelve.

—Es…, es…

—Es lista e ingeniosa, y te jode admitirlo.

—Me jode ella con su mera presencia.

—Te jode no joderla.

—Especifiquemos el significado de joder y joderla porque puede malinterpretarse y sacarse de contexto y la liamos en un momentito —le suelto negando con evidente asco.

—No soy yo el que ha pensado las variantes del verbo joder. Y no seré el que diga que si lo has pensado…

—Shhhh —le chisto—, no vayas por ahí porque te digo ya que antes dejo que me la pique un pollo o me trincho un cactus a ponerle un solo dedo encima a Munia. Te la regalo —finalizo.

—No es mi tipo. Le falta un detalle para serlo.

—¿Bigote?

—Me vale —consiente César.

César es mi amigo de toda la vida. Nos conocemos desde que tenemos recuerdo, es más, existe la posibilidad de que, antes de eso, ya nos conociésemos. Íbamos juntos a la escuela, luego al instituto, nos separamos para estudiar cada uno su carrera y para trabajar, pero seguimos siendo amigos. No confío en nadie como lo hago en él, y hemos aprendido juntos el valor de la amistad y de lo que es poder contar el uno con el otro.

Nos hemos apoyado en los momentos más tristes y hemos celebrado las victorias y siempre ha sido de esa forma.

Mientras sigo dando vueltas por el salón entro en Instagram. Ojeo mi perfil y me reprendo por no haberlo cerrado o, al menos, no dejarlo público.

—Estoy seguro de que ha husmeado todas mis fotos y leído cada uno de los comentarios que hay en ellas.

—¿Hay comentarios de Kiara?

Me coloco al lado de César y me quita el teléfono.

—Los hay. Mira —me dice mostrándome uno con un corazón latiendo.

—Joder. —Sigue doliendo. Sigue molestándome. Sigue sabiendo a traición—. ¿Y ahora? —le pregunto.

Miro la bandeja llena de pan y fuet, ni siquiera tengo hambre ya.

—Ahora te toca apechugar porque si es lista y me consta que lo es… —me provoca.

—Bla, bla, bla —le suelto con retintín.

—Usará esto a su favor y entonces…

—Entonces me joderá bien jodido.

—Y lo mismo no en el sentido que te gustaría.

—Calla —le advierto—, no vayas por ahí y no empieces una guerra que ninguno quiere empezar —le sugiero.

César se calla un minuto, el tiempo justo y suficiente para comerse un par de trozos de pan y darle un sorbo a su cerveza.

—¿Has hablado con tus padres? —me pregunta.

—¿Y tú con los tuyos? —contrataco. César me mira con mala cara y enseguida me doy cuenta de que la he cagado—. Vale, ha sido cruel y vil hasta para mí. Lo siento.

—No puedo hablar con ellos —se sincera una vez más—, es decir, tengo el discurso preparado, sé lo que quiero decirles y lo tengo claro cada vez que voy de camino a su casa, sin embargo, cuando pongo un pie en la entrada y toco la puerta, me arrepiento y hago como si nada sucediese y fuese el chico que ellos esperan que sea, uno del que no se tienen que avergonzar. No me atrevo a decírselo ni siquiera a mi hermana por miedo a que ella se los cuente y se forme una guerra. No quiero pelear por ser quien soy o por mi condición sexual.

—¿Y qué prefieres entonces? ¿Seguir callando? ¿Escondiéndote?

—Para ti es muy fácil, Ciro.

Lo miro furibundo, y mi amigo frunce el ceño al darse cuenta de las circunstancias que también me rodean a mí en mi día a día.

—No lo es. Mi único aliciente es quedarme con ese programa y, joder, a Munia, de paso.

—Eso también es triste, Ciro.

—Lo sé —admito sin medias tintas—. No estoy preparado para enfrentarme a nada de esto, no aún, han pasado tres años, sin embargo, siento como si lo tuviese todo muy reciente y necesito tiempo. Todavía me duele y me cuesta asimilar el contexto, entender el porqué.

—Tus padres también están en medio, Ciro. Tienes que hablar con ellos. No te hablo de que se posicionen porque no es lo que pretendo insinuar. Hablo de algo más sencillo como recuperar la relación con su hijo, darle normalidad a la situación y ser una familia de nuevo.

—No podemos ser una familia cuando la situación es la que es, César. No soy capaz de perdonar. Nunca he sido capaz de hacerlo, al menos, no aún.

—No creo que sea así. No eres de esos tíos que se obceca en algo y se vuelve intransigente. No pierdas la empatía, no dejes de ser tú, el Ciro de siempre, por lo que te ha tocado vivir. No sería justo para mí, para tus padres o para ti mismo.

Me acerco hasta la bandeja, cojo mi vaso, doy un sorbo y me llevo un par de trozos de fuet a la boca.

—Las etiquetas, César. Las etiquetas nos condicionan de por vida.

—Pues rompamos con eso, ¿no crees?

Cabeceo afirmando.

—Pensaremos un plan —le digo haciendo alusión a su situación familiar.

—No —niega con vehemencia—, nada de planes. Cada situación tiene su momento y llegará el día en el que lo diga, sin plan, sin discurso elaborado y sin arrepentirme de quién soy y de lo que ellos puedan tacharme.

—Todo va a salir bien —le digo.

Y no sé si me doy ánimos a mí mismo o se los doy a mi amigo.

—Sí. Y, ahora, veamos el perfil de Munia Visier en Instagram.

7. SANTA RITA, RITA, RITA, LO QUE SE DA NO SE QUITA

—Y no se ha dignado a responderme, el muy cabeza de chorlito, ¿te lo puedes creer? ¡Esto es injusto!

Saco mi teléfono y sigo perpleja porque mi tía continúa riéndose a mi costa.

—Las clases de yoga no te van del todo bien, puede que debas ampliar las sesiones.

—Lo he dejado —mascullo mientras tecleo en mi diario/grupo personal.

Ciro come pepino

NO ME HA CONTESTADO.

Lo escribo en mayúsculas y no le añado fluorescente porque dentro del wasap no se puede. Deberían ponerse las pilas en estas cosas porque no creo que sea tan difícil. Para hacer emoticonos de berenjenas sí que anduvieron rápidos.

Ciro come pepino

Me ha dejado en visto.

Es hora de que hablemos de mi tía Rita. No os la he presentado porque he dejado lo mejor para el final. No, a ver, la he dejado para el final porque ha sido la última en aparecer en escena. Mi tía sería como la que llega en el último momento en la película para cargarse al malo.

Es la hermana de mi madre y, aunque quizá os esperáis un drama relacionado con ellos, estáis bastante lejos de la realidad. Me llevo bien con mis padres, ahora…, lo de mi tía es otro nivel. Ella siempre se jacta de que es mi hermana mayor, por eso de que nos parecemos mucho en cuanto a físico y personalidad, y yo digo que es la tía que todo el mundo quiere tener. Hace las veces de colega, madre y hermana en una sola persona. Es como el Don Limpio, pero

en familia. Esto último mejor que no se lo digáis porque lo mismo me cae una colleja.

—Ya me va cuadrando lo de tu control de la ira y eso —ironiza.

Dejo de nuevo el teléfono sobre la mesa y me centro en lo que me ha traído hasta aquí: su tarta de manzana y su sabio consejo. Sinceramente, no sabría con qué quedarme de las dos cosas.

—De verdad, ¿es que no puedes ponerte en mi lugar? Mi futuro pende de un hilo. Un hilo ligado a Ciro Bravo. Ciro Bravo, el capullo defensor del amor que se las trae a todas de calle. Eso sí, Fabián ha ideado un plan la hostia de bueno.

—A Fabián le tengo yo más miedo que a una vacuna fabricada por un ruso.

—Ya. Lógico y normal. Prometo que este plan no hace aguas. Y todo pasa por un secreto que tengo que descubrir y airear.

—Ya. ¿Y si no tiene secretos? ¿Has barajado esa opción?

—No. Seamos positivas, nunca negativas. ¿Eso no lo decía alguien? —inquiero.

—Ni idea. Centrémonos y deja de darle vueltas a la cabeza, que nos dispersamos, Munia.

—Anoche estuve mirando su perfil en Instagram y en muchas fotos había un comentario de una tal Kiara. Tengo que averiguar quién es esa chica.

—Vale. Entra en su perfil y mira quién es.

—No puedo, ¿te crees que eso no lo he hecho? Es lo primero que he intentado, ¿por quién me tienes?

—Por mi sobrina, que a veces es muy lista y otras, muy absurda.

—Te pareces a Loreto cuando hablas así. Eres mi tía, la de los rapapolvos es mi madre o mi amiga.

—A ver, alma de cántaro —me pide el teléfono, y yo se lo entrego.

—Tú verás…

—¿Nombre y apellidos?

—¿En serio? A ver quién es la *retarder* ahora —le digo. Mi tía alza la cabeza, me observa mosqueada, y cedo. Con esa mirada cualquiera no lo hace—. Ciro Bravo.

Teclea y esperamos. Me coloco a su lado.

—No hay nada.

—¿Cómo? —inquiero estupefacta.

—No hay nada —repite.

—Te he entendido.

—Y, entonces, ¿para qué preguntas?

—Porque me he quedado perpleja. —Cojo el teléfono entre mis dedos y compruebo con mis propios ojos que eso que ella dice es verdad—. Hostia… Ha cambiado la privacidad de su perfil. ¿Y ahora?

—Pues tendrás que recordar quién es la Kiara esa si quieres averiguar algo.

—Investigué, con lo cual, eso queda en mi búsqueda. Lo que no me explico es que lo haya cerrado.

—¿De verdad? Es lógico, se ha dado cuenta de dónde has sacado la foto, Munia.

—Mierda.

—¿Qué esperabas? —interpela mi tía.

—Pues lo normal. Que su gilipollez le bloquease las neuronas y que no se diese cuenta. Es un personaje público. Sale en la tele.

—Ya. Quizá el perfil al que fuiste era el suyo privado. Que también te digo, no entiendo cómo no había caído en que la gente puede ver sus fotos si lo tiene de esa forma.

—Por lo tonto que es, te lo acabo de decir —resuelvo con vehemencia.

—Pues lo ha cerrado.

—Dame.

Le quito el teléfono a mi tía una vez más y comienzo a buscar a la tal Kiara. Le saco una captura de pantalla y se la envío a Fabián.

Justo en ese momento, me entra un mensaje.

—Mierda.

—¿Qué? —Mi tía estira el cuello como si fuese una jirafa y observa la pantalla.

—Es Ciro —declaro.

—Léelo en voz alta.

Ciro Bravo:

Arpía, ya he descubierto tu secreto. No es de buena educación husmear los perfiles privados de tu compañero de trabajo. No es necesario que te diga que este tipo de

conducta tendrá una consecuencia directa.
😀😀😀

—Y pone varias caritas sonrientes. ¡Qué mono!

—Es una amenaza, Rita.

—Una amenaza mona —insiste mi tía.

Me llega otro mensaje. Un archivo adjunto.

Es una foto en la que salimos Loreto, Fabián y yo en la montaña, de frente y con un atuendo espantoso.

—¿Qué? ¿De dónde ha sacado esta foto? Mierda. Será…

—Esa foto la hicimos la última vez que fuimos a la montaña todos juntos, ¿te acuerdas? Estaba Peggi por allí.

—¿El día que llevamos a la morcilla y me cagó en una bota?

—Ese mismo día.

—Odio a esa cerda, me la tiene jurada. Cuando sea grande me la comeré con unas lentejas. Es más, la guarnición será la piel que le pienso arrancar al cenutrio de Ciro. —Mi tía se carcajea mientras se levanta y se va a su habitación—. Eso, abandóname como una colilla cuando más ayuda necesito —lloriqueo.

—El drama, desde luego, lo has heredado de tu madre. Y el canibalismo no quiero saber de dónde.

—Pues es tu hermana, es probable que algo de su sangre me corra por las venas, y tú, mi tía, así que...

—Alcohol es lo que debería correr por mi sangre cuando te escucho lloriquear.

Ella me deja sola, y aprovecho para releer el mensaje que me ha enviado Ciro una vez más, y sigo sin entender cómo ha encontrado esa foto.

A ver, la verdad es que no estoy mal en ella, no es de las peores. El drama real lo montaría si me hubiese mandado una borracha y cayendo sobre una meada de la calle, besando a una farola o paseando a la cerda. Que cualquier cosa puede ser…

—Mira…

Mi tía me tiende su teléfono y abre su perfil de Instagram.

—Es esta foto, en efecto. —Alzo la mirada y la veo mover el dedo sobre la pantalla.

—Tu chico ha encontrado mi perfil y la ha sacado de ahí.

¿Perdona? Rebobinemos…

—¿Mi chico? ¿Mi chico? ¿Qué has fumado? No es mi chico.

—Es una forma de hablar —se justifica mi tía.

—Pues retira eso ahora mismo. Es un compañero de trabajo y eso siendo benévola porque en breve será una historia que olvidar y que le contaré a mis hijos cuando los tenga o a los tuyos cuando los tengas. ¡Cómo destruí a Ciro Bravo! Capítulo uno. Después de la guerra de las fotos —ironizo.

—Lo que quiero decir es que ha encontrado mi perfil y ha sacado la foto de ahí.

—¿Y cómo te ha encontrado? —Es que me pinchan y no sangro.

—Por tu perfil, obvio, Munia.

Cojo de nuevo mi teléfono y hago un barrido de mis fotos. Hay muchas, no obstante, una en especial en la que estamos las dos celebrando su cumpleaños, en esta misma casa. La foto es preciosa y no puedo evitar sonreír de nuevo. Por eso la subí, porque es la esencia de mi tía, de ambas cuando estamos juntas. Es familia, es amor y es comprensión.

—Bien. No pensaba ponerme en este plan, aunque mucho me temo que no me ha dejado opción. Rita, esto es la guerra.

8. ¿Y TÚ QUÉ SABES?

Llego el lunes al edificio con un objetivo muy claro: encararme con Ciro y ponerlo en su lugar. La bromita de la foto fue divertida solo por un momento. Tras la imagen esa que pilló de la montaña, vinieron algunas otras, y todas ellas editadas: con una ardilla y un león marino en mi cabeza o en los brazos. No sé qué clase de fijación tiene este hombre por los animales acuáticos.

El siguiente paso en mi plan es averiguar quién es Kiara y se me ha ocurrido que quizá Esteffi lo sabe. Así que tendré que hacer de tripas corazón y preguntar con sutileza. O enviar a Loreto, que lo de ella son las dotes de conversa.

Antes de pasar por mi despacho, me aventuro a hacerle una visita a Pili y extraer información de primera mano.

Toco en la puerta y espero a que me dé paso. Cuando ya estoy dispuesta a irme de regreso a mi despacho, esta se abre y aparece Ciro frente a mí. En lo primero en lo que reparan mis ojos es en el pañuelo que lleva hoy. Va de lunes y les ha tocado a las orcas. Pongo los ojos en blanco, este chico es como una caja de sorpresas. Una explosiva a la que le tienes miedo de que te estalle en la cara.

—Buenos días, arpía. ¿Qué tal te ha ido el fin de semana? ¿Algo que quieras contarme?

Intento contener mis instintos asesinos. Me lo pone complicado.

—Nada relevante. Ya sabes. Ah, espera, sí, una cosa, me escribió un tío de lo más patético, ¿te puedes creer? Le dio por pasarme fotos y todo.

—¿Desnudo? —inquiere haciéndose el inocente.

—¡No! Válgame Dios, si eso pasase, puede que no estuviese aquí sino en un psicólogo contándole las pesadillas que me ha causado ver semejante menudencia.

Ciro sonríe de medio lado y se acerca. Tengo que reconocer, aquí, entre nosotras, que contengo la respiración cuando lo hace porque este chico es imprevisible y lo mismo me suelta un bocado y me arranca la oreja.

—Piensa, Munia, que al menos ese chico tan patético se ha acordado de ti. Lástima que no fuese para nada bueno. —Comienza a caminar en dirección a su despacho y se para cuando ha dado un par de pasos, se gira y me mira de nuevo, aún no ha terminado. Marta nos observa desde su sitio. Para ella este tipo de piques tienen que ser de lo más lógico y normal porque es lo que hacemos habitualmente—. Munia —me llama de nuevo, y juro que hasta me estremezco cuando regresa. Ahora sí que se acerca a mí, mucho, demasiado, una proximidad inquietante—, ¿sabes qué es de verdad triste? Que se acordase de ti ese chico y nadie más.

Cruzo una leve mirada con Marta cuando ya Ciro va llegando al final del pasillo.

Niego para indicarle que estoy bien y retrocedo unos pasos con la intención de irme. Ese ha sido un golpe bajo que no esperaba y uno que me trae ciertos recuerdos y todos poco agradables.

No quiero hablar de mi pasado, para esa presentación no estoy preparada y quizá más adelante os cuente que todos sí que guardamos secretos y algunos dolorosos.

—¿Munia?

Escucho la voz de Pili desde el interior y me recompongo. Entro, cierro tras de mí y señalo hacia la puerta.

—¿Ha venido a hacerte algún tipo de chantaje que me deje fuera de juego?

Pili se coloca en el sillón de una forma menos profesional y más de andar por casa. Tampoco tumbada como si estuviese viendo una peli en Netflix…, no seamos extremistas.

—¿Quieres sonsacarme información?

—¿Es lo que ha intentado él?

Pili niega en un par de ocasiones.

—Ha venido para pedirme unos días de vacaciones.

—¿Vacaciones? ¿En plena guerra? ¿Por qué? Se lo tiene muy creído el chico, ¿no? O es que tiene alguna novia embarcada, regresa en estas fechas y tiene que cumplir con su visita.

—Joder, Munia, lo tuyo definitivamente son las películas.

Puede que sí o puede que no, la cosa es tirar barro y sacar algo de información. A él, por supuesto, no le pienso pedir detalles de su

vida privada y menos en este momento.

—Ya ves. Aunque lo de enfrentar a divorciados en la tele me gusta. Me lanzan todas y cada una de las hipótesis que existen sobre lo que puedo encontrarme si me caso algún día y me la juegan. ¿La más habitual? La infidelidad, seguido del interés, embarazos no deseados y las suegras metomentodo.

—Hasta donde yo sé… Ciro no tiene pareja, ¿te interesa?

—¿El qué?

—Su estado civil.

—Y jode… No entiendo qué le ha dado a la gente ahora por decirme que Ciro esto o Ciro aquello. No, no me interesa.

—Es que has insinuado…

—Mera curiosidad. Nada morbosa ni por el estilo, puedes dormir tranquila hoy —le digo a modo de broma.

—Haríais buena pareja.

—Claro, Ciro, yo y mi nido de pájaros —le explico señalando mi pelo—. Ese con el que se mete día sí y día también, sin contar con mi altura, que también suele llevarse algo por el camino.

—En fin… Vosotros sabréis.

—No hay ningún vosotros, Pilar. —Dejo de llamarla por el apelativo que uso de forma habitual para que entienda que no estoy ocultando nada de ese asunto porque, en realidad, no hay asunto.

—Bien. ¿Y qué querías?

—Necesito que me cuentes por qué el hijo del jefe tiene que ocupar uno de nuestros espacios. No lo entiendo y por más que le doy vueltas sigo sin razonarlo. Los dos y, aunque después de decirlo me retracte de ello —le advierto—, los dos somos buenos en nuestro trabajo, la audiencia así lo indica, y de golpe y porrazo se cargan un programa y nos despiden. Ya ni siquiera nos ubican en otro lado, nos despiden. Permíteme que te diga que resulta, como poco, extraño.

—Sabes que esto es información confidencial, ¿verdad? —Asiento —. ¿Y que no debería contarte nada? —Asiento de nuevo con más ganas. Pili suspira y se acerca al borde de la silla y, por ende, a mí—. Si dices algo, te arranco la cabellera esa que tienes cual indio.

—Chitón. Y permíteme que te diga que muchas pelis ves tú y eso que soy yo la que iba para actriz.

—No lo descarto. Visto lo visto.

—¿Qué pasa? —Me pongo seria porque la cosa no me da buena espina.

—Ya sabes que el señor Jiménez tiene una edad y que uno de sus hijos se desvinculó de la televisión y de todo lo que tenga que ver con ella.

—Sí, está en Nueva York o es lo último que se supo de este tema.

—Sí, así es. Pues bien, su otro hijo, Sergio, es el que va a ocupar el puesto del padre.

—¿Sergio? ¿La oveja descarriada de Sergio? ¿Ese que ha salido más veces en la tele por armarla que por seguir los pasos de su padre?

—En efecto.

—Pues cada vez lo entiendo menos —resuelvo indignada.

—Ni tú ni nadie. La conclusión a la que llegamos es que no hay otra opción para la cadena. Jiménez tiene la esperanza de que su hijo, una vez dentro de este mundillo, se convierta en alguien en quien confiar y a quien dejar la cadena cuando él se jubile. Y la idea es que…

—Que empiece de cero ocupando un espacio que tiene ya un público y hacerlo suyo propio.

—Sí —indica Pili con cierto deje de tristeza en el semblante.

—¿Van a quedarse con uno de nuestros formatos? Joder…, si es que no somos más que un triste número en esta vida.

—No sé. De ese asunto no se ha hablado. Os ha tocado por casualidad, nadie os tiene rabia ni inquina. Es…

—Es que somos números.

—Dicho así…

Respiro profundamente y giro la cabeza hacia las enormes estanterías repletas de libros sobre *marketing*, ventas, relaciones públicas, redes sociales, procesos creativos y audiovisuales…, sobre todo lo que se asienta nuestra carrera. La mía. Mi sueño y por el que lucho cada día. Lo que he convertido en mi pilar fundamental desde que todo explotó y me sentí sola.

—No quiero dejar el trabajo.

—Ciro ha dicho eso hace quince minutos.

—Ya. Pero yo lo digo en serio. —Omito que esta conversación con total probabilidad también la haya tenido mi enemigo, lo que quiere decir que no tenía toda la información sino parte de ella y que ha venido a alimentar su curiosidad y sus lagunas mentales. Lo entiendo, aunque eso juega a mi favor porque, al fin y al cabo, él no lo sabe todo en esta vida y eso es bueno. Lo de las vacaciones era una excusa barata, eso también lo pienso.

—A mí me pareció convincente cuando él me lo dijo. —Pili suspira y apoya la barbilla en sus manos—. De verdad que va a ser una decisión difícil y no me gustaría estar en vuestro pellejo, a pesar de que os odiéis.

—Al que no le gustaría estar en su pellejo es a Ciro porque pienso quedarme yo —resuelvo.

Me levanto y me despido de Pili. Salgo de su despacho y voy en busca de Esteffi. El enfrentamiento con Ciro lo dejo para más tarde.

9. ¿Qué ME VAS A PEDIR?

Busco a la alcahueta de la empresa como si me fuese la vida en ello. Rectifico. Busco a la segunda alcahueta de la empresa y la encuentro ubicando todos los enseres de maquillaje.

—Buenos días, linda florecilla del campo…

—¿Qué quieres? Mira que ya nos conocemos y esa es mi técnica —me advierte sin dejar de colocar todas esas brochas. Algún día aprenderé para qué sirven porque son todas casi iguales.

—¿Te acuerdas de Kiara?

—No —niega.

—La chica que comentaba las fotos de Ciro y que descubrí en su perfil personal.

—Ahhh, sí. ¿Qué?

—Tenemos que indagar sobre ello y averiguar quién es. Y se me ha ocurrido…

—No —declara.

—¿Cómo que no? Si ni siquiera te he contado el plan.

—Sea el que sea, no.

—Joder, Loreto, en las buenas y en las malas.

—Ya. Eso es lo que tú me haces cuando te pido que te quedes con Peggi.

—No metas a la morcilla en esto, que al final salgo cagada, y nunca mejor dicho —confieso estremeciéndome porque la cerda esa es mucha cerda.

—Pues cuando te digo que me ayudes a romper algo del piso para que David venga a visitarme.

—Joder…, hemos hablado de este tema. Visto lo visto, la solución no es que rompas nada, es que te insinúes de forma sutil.

—¿Sutil yo? —inquiere y es que tiene razón, solo a mí se me ocurre asociar ese adjetivo a mi amiga, si es que tiene una cerda como mascota, normal, lo que se dice normal, no es.

—Vale —concedo—, te ayudaré con David.

—¿Y qué más?

—Y te invitaré a cenar —añado.

—Bien, vas por buen camino. Progresas adecuadamente.

—Y de vez en cuando me quedaré con la cerda. No me pidas más porque lo de la cerda es lo máximo para mí, ya sabes que nuestra relación no es lo que se dice amorosa.

—No lo entiendo, si ella es un amor.

—Amor-fa que se va a poner cuando no entre por la puerta. O no salga —apostillo.

—No importa, yo la querré igual —la defiende mi amiga.

Sonrío porque aún recuerdo cuando adoptó a la cerda. Paseábamos por Madrid, sin un destino fijo al que ir, solo por el mero placer de deambular, de hablar, de dejar que el sol nos diese en la cara con la llegada de la primavera tras el infierno helado de la capital y el —jodido— destino tuvo la ocurrencia de ponérnosla delante. No estaba en un escaparate ni nada de eso, la cosa es mucho más rocambolesca. Nos sentamos a tomar un café y aquí mi amiga se puso a, lo que se dice de forma vulgar, fisgonear las redes sociales con la intención de enterarse de las novedades de la gente.

Y allí apareció ella, en la pantalla de su teléfono, con un cartel que rezaba: «En adopción».

Loreto la vio. Y, cuando digo que la vio, lo digo en serio, no es una hipótesis ni una frase hecha, no, no. Fue como cuando un niño ve en el escaparate de una juguetería su muñeco favorito expuesto y pega las manos y la nariz de tal forma que parece que se van a mimetizar ambos, ¿lo entendéis? Pues tal que así con Loreto, una chica de veinticuatro años, os lo recuerdo, por si ese dato lo habíamos olvidado o retirado al cajón de los recuerdos. Me cogió de la mano, y yo pensé que nos íbamos a hacer un simpa o algo, terminamos mensajeándonos por privado con el dueño del lindo cachorrillo *cerdil*. Y lo que iba a ser un paseo de dos terminó siendo de tres porque la cerda acabó dentro de un bolso colgada a su hombro.

Y en la familia lleva ya unas semanas, que os lo he contado como si hubiese pasado media vida entre nosotros o comiéndome los zapatos sin ton ni son, pero no, solo dos meses que han sido infernales.

Lo divertido de todo esto, además de mis quejas, por supuesto, fue la cara de David cuando llegó al piso y la conoció.

El drama estaba servido o eso creía yo...

¡Pues no! Solo sonrió y la acarició como si de un lindo gatito se tratase. ¿Es que nadie se daba cuenta de que esa cosa crecería y pesaría mucho más que un perro? O que quince perros.

Eso que hizo David solo acrecentó el enamoramiento que ya de por sí carga mi amiga porque, si quería a Peggi siendo una cerda, la aceptaría a ella con su lengua viperina y sus estrías. Sin contar las zampadas que se pega de chocolate cuando tiene el síndrome premenstrual, que, según mi amiga, le dura treinta días, tenga o no el período.

—Tenemos que ir a ver a Esteffi.

—¿Y la razón para ello es?

—Es probable que, con lo metomentodo que es, sepa algo de Kiara.

—Bien. ¿Y qué tengo yo que ver en eso?

—Tú tienes don de gentes y la habilidad innata de sonsacar información a cualquiera que no sea David.

—Porque con David es diferente, me da vergüenza preguntarle cosas de su vida privada. Sin embargo…

—Oh, oh…

—Sin embargo —me dice dedicándome una sonrisa malvada, de las chungas, nada de eso que sea simulado. Aquí huele a chamusquina—, puedes hacerlo tú por mí. —Alza las cejas tras acabar. Ahora sí que me mira. Por el interés te quiero, Andrés. Si es que…

Suspiro y me llevo las manos a la frente. A ver, Munia, es lógico y normal. Es tu amiga, es más, ni siquiera deberías dudar de ello porque, al igual que tú quieres que ella esté para ti, tú debes estar para ella, y el amor es libre y todas esas cosas. En las buenas y en las malas, ¿no?

—Bien. Vale. Pensaremos algún plan, y yo te ayudaré. Me parece increíble que, con lo lanzada que tú eres, seas incapaz de tomar las riendas con David.

—Es que me da pavor que me rechace. Me gusta, joder, me gusta mucho, Munia. Es… tierno, cariñoso, risueño, y Peggi lo adora.

—Puede que le guste la marca de zapatos que usa.

—Y él adora a Peggi. —Mi amiga obvia mi comentario y sigue soñando despierta—. Tú eres muy fría.

—Y no sé cómo lo haces para que yo siempre termine alcanzando una reprimenda o un comentario sarcástico —replico con desdén.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —contrataco.

—¿Por qué te cuesta tanto acercarte a un chico?

—Porque son todos unos imbéciles sin palabra.

—Munia… —Mi amiga se acerca a mí y coloca sus manos sobre mis hombros. No quiero, no me apetece, no me gusta esta conversación—. Él es pasado.

—El pasado me ha condicionado el presente —indico.

—Pues no dejes que el presente condicione también tu futuro.

Loreto me da un abrazo, a veces, no es necesario hablar, contar nada, abrirse; en ocasiones, con una mirada y un abrazo sabemos que no estamos solas y nunca lo estaremos.

10. ESTEFANÍAAAAAAAAAAA

Lo nuestro, definitivamente, no es ser espías. Hemos tropezado varias veces de camino a la cafetería. Los nervios, nos hemos dicho, y me atrevo a decir que, en realidad, es la torpeza que tenemos y la poca práctica.

Lo más probable es que, si Fabián estuviese aquí de cuerpo presente, nos hubiese llamado lerdas y hubiese tomado la iniciativa en el plan sobre cómo sonsacar información.

—Se va a dar cuenta de que queremos saber algo —me explica Loreto mientras tomamos asiento en la barra para pedir un par de cafés.

—¿Y? Para eso te traigo, para que hables sin parar, y ella no sospeche. Y, cuando lo haga, sepas cambiar el tema. Tú tienes un sexto sentido en cuanto a eso, amiga —le digo.

—Ya. No es necesario que intentes hacerme la pelota.

—Cómo me conoces.

Loreto intercambia un par de comentarios con el camarero, con el que se lleva bien. Si es que ella congenia hasta con los azulejos de la cocina.

Observo la pequeña cafetería y diviso a Esteffi en el fondo, sentada con una de sus más fieles lacayas. Ha sonado a la Edad Media total.

—Vamos a acercarnos —le pido a Loreto.

Cogemos ambas una bandeja pequeña y nos encaminamos hacia la zona en cuestión. Ocupamos la mesa de al lado y removemos el café como si nos fuese la vida en ello.

—Somos patéticas —susurra mi amiga.

Parece como si Esteffi hubiese notado nuestras propias recriminaciones porque alza la vista y nos escruta. Es una perra guapa. Exuberante siempre, sexi y de esas que sabe sacarse partido. La imagino subiendo vídeos a las redes sociales o siendo mentora de algo, no sé, de cómo sacarles provecho a tus pómulos, cómo hacerte la raya del ojo para que te quede bien a la primera o cómo dormir

cinco horas y que no tengas ojeras de mapache. Superficial, sí, es que eso es muy propio de ella también.

Os la presento…

—Buenos días —musita más por educación que por complicidad.

—¡Buenos días! —Sí, tiene toda la pinta de que va a sospechar.

Le propino una pequeña patada a Loreto por debajo de la mesa, y ella, además de soltar el típico «auchh» que deja bastante claro que algo poco fortuito ha sucedido, me dedica una mirada llena de censura. Sonrisa falsa en el rostro y guiño de ojo incluido.

Susurro al canto.

—Si lo haces así, es normal que sospeche. Con lo que se te da a ti hablar y lo mal que disimulas.

—Imagínate con David.

—Ya lo entiendo todo.

Pues claro, normal y lógico que a mi amiga solo se le ocurra la absurda idea de romper tuberías, desconectar la lavadora fingiendo ignorar el motivo por el que no funciona o estropear las bombillas lanzándoles pan mojado. Es bastante probable que un día se electrocute y esa es la mejor forma para que David le haga caso. Es probable que vea su número en la pantalla y la ignore. Yo lo haría, desde luego.

—¿Cómo estás, Estef?

Ojos en blanco a la de ya. ¿Estef? ¿En serio? Puagg. Ni la cerda me provoca una arcada de este tipo y eso ya es decir.

—Bien. Estás guapa hoy, ¿te has hecho algo nuevo en el pelo? —le pregunta a mi amiga.

Y de ahí que yo deduzca que es superficial. ¿En el pelo? Por favor, si Loreto lleva el pelo así desde que tiene cinco años. O seis, no sé.

—Pues la verdad es que me apliqué una mascarilla que me recomendaron en la peluquería la última vez que fui. Tienes que probarla, es mano de santo.

¿Se lo está inventando? Porque da el pego. Miro su pelo. No noto nada. Fijo que es una coña de las suyas, pero, si consigue que «Estef» le haga caso, aplaudo por ello.

—Cuéntamelo todo —le pide.

Así es como acabamos en la mesa, sentadas las cuatro, mientras su lacaya y yo guardamos silencio. Igual yo también soy la sierva de Loreto, que no me importaría porque fijo que es una jefa molona.

Ambas se enzarzan en una conversación de lo más ridícula y que me da que pensar. Toco mi pelo. Quizá es un estropajo andante porque yo de brillo, textura, color y forma… poco sé. Me lo lavo a menudo. Eso cuenta como punto en algo, ¿no? En higiene, al menos. En fin…

—¿Y qué haces en tu tiempo libre, Esteffi? —Ha sonado tal y como os lo imagináis. Forzado, sí.

Ella me mira. Mira a Loreto. Me mira de nuevo. Mira a su lacaya y luego sonríe.

—Pues voy a la peluquería. Leo revistas de moda. Veo programas de moda. Adoro la moda.

Por eso trabaja en un programa de moda, ya veis, no hizo falta que esto os lo contase porque tenía muy claro que lo averiguaríais vosotras solitas.

—¿Y sales con alguien?

Mira, al menos no le he preguntado si sabe con quién sale Ciro o si sabe quién es Kiara. Minipunto para mí. Higiene uno, pregunta sutil uno. Voy ganando.

—¿Acaso te importa con quién salgo?

Vale. Esteffi: cinco mil, yo: dos.

—Bueno. No, es curiosidad.

«Loreto, no pienso cuidarte jamás a la cerda y espero que rompas miles de tuberías porque lo de David casi que mejor te lo curras tú solita, chata».

—Seguro que tienes que salir con alguien porque es imposible que una chica tan guapa y tiposa como tú no lo haga. —Bien, las tuberías las romperé yo. Retiro lo dicho y abogo por la bondad de mi amiga.

—Rollo va y rollo viene, no obstante, nada importante. El único con el que tendría algo serio es con Ciro, sin embargo, es un hueso duro de roer. No sé qué busca en una chica, es escurridizo.

—Quizá sale con alguien —apostillo. Ha caído en la trampa de lleno.

—No —niega—, de eso sí que sé y te digo ya que no. No sale con nadie. Sé que hubo una chica y que le hizo daño. No quiere hablar del tema, ni siquiera quiere escuchar nombrar ese asunto. Lo da por zanjado.

A ver, recapitulemos. Kiara fue su exnovia o eso es lo que yo ahora mismo interpreto de todo esto. Seguro que lo fue. ¿Cuánto tiempo salieron? Ni idea. ¿Quién lo dejó? Ni idea. ¿Vivieron juntos? Ni idea. ¿Motivo por el que lo dejaron? Ni idea, no obstante, estas preguntas son muy importantes.

Saco mi chat personal y las anoto todas como quien no quiere la cosa. Evitar que caigan en el olvido es importante y ese es uno de los porqués de mi chat. Justamente ese, no olvidarme de los motivos por los que lo odio y por los que debo permanecer en la resistencia a sus encantos.

—Un chico como él ha tenido que tener cientos de novias, es imposible que no sea así. Es guapo —añade Loreto. Lo mismo estoy malinterpretando las cosas, pero ¡joder!, a mí me suena a que lo dice en serio.

Que no la culpo, porque tiene razón y lo que es del César, al César. Haría buena pareja con Estefanía, ambos son guapos, eso sí, cuando abren la boca pierden todo el encanto.

—¿Guapo? Por favor —ironiza—, es un puto dios del Olimpo.

Vaya, veo que está de moda dirigirse a las personas de esa forma. Es probable que Esteffi quiera algo, y todas sabemos el qué… Salami, ahí lo dejo.

—¿Entonces no sabes nada de su ex? —insiste Loreto.

—Nada. Ese hombre es una tumba en cuanto a su vida privada se refiere. Seguro que César, su amigo del alma, lo sabe todo.

Ciro come pepino

Escribiendo…

César. Amigo del alma.

Cómo me gusta mi chat andante, de verdad, lo que resuelve, os lo recomiendo.

—¿Y tú lo conoces? —inquiero.

—¿A quién? ¿A César? —Asiento—. No, a ver, hemos coincidido por casualidad alguna vez en el restaurante ese que ellos visitan mucho. Conocerlo, lo que se dice conocerlo, pues no.

—¿Restaurante? Joder, yo nunca he coincidido en ningún restaurante con nadie —añade Loreto.

—Madrid es muy grande, amiga —le digo yo siguiéndole la corriente.

—Yo los he pillado algún que otro viernes, lo típico; cena, copas y, si se tercia, fiesta —explica—. Deberíais ir algún día. Es el Mont Blanc —nos cuenta.

Ciro come pepino

Escribiendo…

Mont Blanc. Viernes. Ciro y César. Encuentro fortuito y nada propiciado. Disimular. Fabián. Enviar audio con esta información para organizar.

Soy como mi propia asistenta.

—Lo haremos —le digo.

—Y, ahora, cuéntame todo eso sobre ese tratamiento tan chulo que te has hecho. Joder, Loreto, es que estás que te sales, tienes el pelo hipermegabrillante.

¿Sabéis lo que rima con brillante? Horripilante, y eso es lo que me parece esta conversación.

Me despido dejando a mi amiga metida de lleno en esa charla que poco interés me provoca y me dirijo a la barra a por otro café, esta vez con leche, espuma y un dibujo de esos que tanto me gusta que hagan en él.

Alzo una mano como señal para que el camarero se acerque, y saco el teléfono para grabar el audio prometido a Fabián.

—Lo de todas las mañanas —especifico.

—Que no se note el cianuro, Andrés.

Me giro sin haber comenzado a grabar y me lo encuentro ahí, de frente, con las orcas mirándome de soslayo.

—Andrés, deberíamos cambiar de estrategia porque el cianuro a nosotros no nos ha funcionado. Matarratas la próxima vez.

El camarero no dice nada, solo sonríe cómplice por nuestras bromas. En esta planta está ya todo el mundo acostumbrado a nuestros enfrentamientos y no le dan siquiera la importancia que merecen.

—El matarratas tiene un sabor muy fuerte, mejor otro tipo de veneno.

—El de tu lengua —le digo.

Y sé que la he cagado nada más decirlo. Su mirada lo desvela todo y tengo que mirar hacia otro lugar evitando caer en la tentación de llevar mis ojos hasta su boca. Sinvergüenza, canalla…

—Con mi lengua hago maravillas, Munia. ¿Quieres probar?

Trago con fuerza.

«Uno, dos y tres, yo me calmaré. Cuatro, cinco, seis, todos lo veréis. Siete, ocho y nueve… Joder, cómo la mueve».

La lengua… No, no, no pienses en eso. Céntrate, Munia. Eres inmune a Ciro y a sus encantos de serpiente. Eres inmune a él. A todo él.

—Preferiría caminar descalza por un sendero lleno de brasas.

—Te quedarías sin pies. Me gustan tus pies.

—Oh, mira, algo que te gusta —ironizo.

—Hay muchas cosas que me gustan, pero muy pocas tuyas, Munia.

Me mira el pelo como si esa fuese una de esas cosas a las que se refiere y la verdad es que me dan ganas de darle un par de sopapos por ello.

—Púdrete —le digo.

—No puedo, estoy convencido de que me echarías de menos. Es más, no sé cómo vas a superar dos pérdidas a la vez. Tu trabajo y a tu mejor compañero.

—Lo de mejor compañero es indiscutible, está claro que eres irremplazable. En mi escala de prioridades en cuanto a pérdidas irreparables se refiere estás tú y la cerda de Loreto.

—Uy, yo que pensaba que Loreto era tu amiga. Es más, deberías estarle agradecida porque es la única que te soporta tal y como eres.

—Hablo de su mascota, zoquete.

—¿Tiene una cerda como mascota? —inquiere sorprendido.

—Sí, estuvo dudando entre adoptar a Peggi o a ti. Ganó la morcilla.

Me sorprende la carcajada que sale de la boca de Ciro cuando termino de lanzar mi comentario más mordaz. ¿Perdona? No era una coña, hablaba en serio.

—Eres…

Ciro guarda silencio unos segundos que se me hacen eternos. Cuando creo que no va a contestar, se muerde el labio.

Malditos labios carnosos que las traen a todas por el camino de las brasas del infierno.

—¡Ciro! —grita Esteffi desde su mesa.

Él alza la vista y mira en su dirección, y yo aprovecho para escabullirme.

—Andrés, paga él. Cóbrale mi almuerzo. Un menú entero. De nada —le digo moviendo los dedos a modo de despedida.

Oh. Sí, nena. Me he salido con la mía.

Tengo un local, un amigo y una ex. Secreto, allá voy, espérame, que pronto nos presentaremos.

11. UNA TARDE DE MARTES CUALQUIERA

¿Cuál sería vuestro plan favorito un martes por la tarde tras acabar una jornada que se os ha hecho interminable? Estoy convencida de que en vuestra mente hay algún tipo de comida basura, una peli o una serie, un refresco bien frío para mitigar el calor infernal que hace en la calle en pleno verano y, con suerte, un paseo a última hora cuando empieza a refrescar. No descartemos una cerveza en una terracita. Ohhhh, salivaría si no estuviese metida en el piso de Loreto con una cerda como compañía.

—Está más gorda. Es probable que tenga una dieta poco saludable. —La escudriño con la mirada. Esta cerda crece por momentos, quizá termina comiéndome ella a mí y ese es su plan desde que me vio aquel día metida en el bolso tras recogerla en casa del chico que la daba en adopción.

—Si engorda es por culpa de tus zapatillas, esas que dices que se come, porque en esta casa ese tipo de conductas no están permitidas —replica Loreto.

—Y en la mía sí, no te jode, si es que…

—Centrémonos. David está de camino. Tenía que haberle dicho a Fabián que viniese…

—No sé yo si esa es buena idea teniendo en cuenta que nuestro amigo tiende a disimular de una forma bastante pésima y no quiero ser yo la que te lo diga.

—Ya, ya…

—Ahora bien —apostillo—, estoy convencida de que él le sonsacaría toda la información necesaria. En cuestión de minutos sabríamos hasta la marca y talla de calzoncillos que lleva.

—Una información poco relevante porque me interesa bastante más lo que está debajo de esa prenda.

—Cerda. —Peggi me mira—. A ti no es —aclaro.

El comportamiento poco natural de mi amiga me pone tensa. Paso de decirle que se relaje porque es la quinta vez que lo hago, y ella lo único que hace es dar vueltas en círculo alrededor del sofá. La di por perdida hace rato.

Decido que aprovechar el momento para mandarle un audio a Fabián es buena idea y saco el teléfono para hacerlo. Tengo un mensaje de mi tía Rita; uno de Fabián, que parece que se me ha adelantado, y uno de Ciro.

Rita:

Me encantó el programa de hoy. Es muy *heavy* eso de que te dejen por tu niñera. Pobre, me dio pena.

Munia Visier:

La verdad es que airear ese tipo de cosas en la tele y decir abiertamente y sin pudor que lo hiciste porque tu mujer ya no te tocaba ni con un palo… deja mucho que desear. Me tuve que contener. Odio la superficialidad a muerte.

Fabián:

¿Qué avances hay en el tema secreto? ¿Cuándo nos vemos?

Munia Visier:

Tengo que contarte un plan que he urdido. Vas a flipar en colorines. Estamos cerca, huele a que tiene una patita fuera de la empresa ya. Muajajaja.

Y el dolor de cabeza para el final.

Ciro Bravo:

Te felicito por el programa de hoy. No sé si me ha dado más lástima la mujer a la que han dejado por no follar o tú, que casi terminas llorando. Pensaba que la empatía no estaba en tu diccionario. Si no sabes lo que significa esa palabra, puedes buscarla en el enlace ese que tanto te gusta.

Grrrr.

Munia Visier:

Al menos yo soy empática y no una desalmada como tú, que no tiene sentimientos. Y yo sé de uno que lo mismo tampoco folla.

En línea… Escribiendo…

—Munia, joder, hazme caso, que llevo un rato contándote cómo me siento, y no has dicho nada.

—Nerviosa, te sientes nerviosa, y ya lo sabemos todos.

Y la dejo hablar sola. Quizá sí que no estoy siendo muy empática que digamos.

Ciro Bravo:

Pobre, ¿tú tampoco follas? Lo siento, te haría el favor, pero igual se me cae después a pedazos y le tengo mucha estima a esa parte de mi cuerpo.

Gilipollas.

Munia Visier:

Ya veo que lo de darte por aludido tampoco se te da bien. A ti te voy a contar yo con quién me acuesto y con quién no.

Escribiendo…

Ciro Bravo:

¿Sabes que eso lo dicen las personas que no se acuestan con nadie? Es la vieja técnica de: te hago creer que tengo una vida sexual plena y satisfactoria cuando en realidad me hago un dedo sola cada noche. Pobre, en este momento siento más lástima por ti que antes.

Suspiro y tecleo con celeridad.

Munia Visier:

O bien eso es lo que quiero hacerte creer, que me hago un dedo sola, y quizá me lo hace alguien cada noche. Yo no hablo de mi vida privada, Ciro…, puedo decirte que sí, que es muy satisfactoria.

Ciro Bravo:

Espero que no pienses en mí en ese momento. Dejaría a la altura del betún a cualquiera que estuviese contigo.

Munia Visier:

Ya sabía yo que en algún momento tenía que salir el Ciro chulo y arrogante. No te quieres más porque no puedes.

Ciro Bravo:

Obvio, y sé que, en el fondo, tú también me quieres.

Munia Visier:

Sí, claro que te quiero… arrancar los ojos con mis propios dedos.

La puerta suena cuando le doy a enviar al mensaje en cuestión. Me desconecto del chat y me centro en lo que me atañe de verdad: mi amiga y David.

—Mierda, Munia, la hemos cagado, no teníamos que haberlo llamado. Soy una estúpida. ¿Cómo se va a fijar semejante hombre en mí? Dios, que seguro que tiene una mujer, cinco hijos y un perro de esos de revista.

—Loreto, no es momento de pensar en eso. A lo hecho, pecho, y toca aguantar. Le enviaste un mensaje, pues hay que seguir con el plan.

Mi amiga me enseña las manos y tiemblan. No entiendo cómo puede ponerse tan nerviosa. Quizá el problema es que yo he relegado tanto a un segundo plano todo lo relativo al amor y a los hombres que soy incapaz de comprender que reaccione de esta forma. Lo mismo soy una pésima amiga y lo de la empatía de la que hablamos, pues como que solo sale cuando quiere ella y no cuando debe.

Me dirijo hacia la puerta porque, visto lo visto, mi amiga ha comenzado a hiperventilar. Abro y frente a mí aparece David, el casero de mi amiga.

Peggi se le acerca como si lo conociese de toda la vida. La cerda sí que es empática porque se arremolina en sus piernas. ¿No será una raza emparentada con los gatos? Porque los movimientos esos: barriga, pierna, barriga… Aunque la verdad, la verdad es que lo que más tiene es panza y sería mentir no reconocerlo abiertamente.

—Buenas tardes… Soy David —se presenta con educación.

—Munia, la amiga de Loreto. —Y la señalo.

David me escruta unos instantes como si estuviese analizando algo.

—¿Tú eres la del programa ese de los divorcios?

Sonrío.

—Sí, la misma. ¿A que mola el programa?

—Joder… Ya te digo. Me gusta cuando logras sonsacar toda la información y no dejarte nada en el tintero.

—Si necesitas consejo en un divorcio, puedes avisarme —le digo.

Loreto aparece al segundo y se coloca a mi lado.

—No estoy casado, aunque lo tendré en cuenta si alguien en algún momento me convence para cometer la locura de dar el «sí, quiero».

—David… —Loreto ha cambiado hasta el tono de voz, parece mentira que una frase logre modificar su estado de ánimo, si es que… tenía que llegar yo para salvarle el culo.

—Hola, Loreto… —Lenguaje no verbal.

David mira a mi amiga y hace un barrido por su cuerpo. Nada sucio ni obsceno, uno de esos molones que te dejan con ganas de saber lo que debe de estar pensando. Seguro que empotrarla entre tanta tubería rota.

Aquí hay tema que te quemas.

—Perdona que te moleste. Debes de pensar que soy la peor inquilina que has tenido… De verdad, no entiendo cómo ha vuelto a fallar la misma bombilla. Y yo la cambiaría, lo prometo, pero este tipo de cosas se me dan de pena. —La vocecilla de corderita le va de perlas. Qué poca fe tiene en ella misma porque comportándose así hasta le perdonaría un mes de alquiler.

—No te preocupes, ya sabes que yo estoy aquí para ayudarte en lo que necesites.

—Ohh, qué tierno. Igual deberías llevarla una tarde al cine o a tomar algo, tenéis muchas cosas en común porque Loreto también es muy servicial. Sin ir más lejos, ayer estuvo echándome una mano con unas cosillas que tengo en mente. Mi amiga es un sol.

Yo, que me quejaba que lo de disimular se le da mal a ella y resulta que a mí se me da muchísimo peor. En fin… Corramos un tupido velo y olvidemos lo que acaba de suceder.

David la observa de nuevo y en sus ojos leo las dudas.

Loreto carraspea y se abre un silencio incómodo entre nosotros. Uno que rompe la cerda cuando comienza a mordisquear la zapatilla de David.

—¡Peggi! —grita Loreto.

Me descojono, literalmente, y que me perdone, pero una dosis de karma nunca viene mal.

—¿Sabes qué me dijo antes de que tú llegases? —le pregunto bajando la voz. David niega en un par de ocasiones—. Que en su casa la cerda no hacía ese tipo de cosas —le digo señalando su zapatilla— porque había unas normas. Gracias, David, por ayudarme a demostrarle que ese bicho puede ser cualquier cosa menos educado.

Me giro y los dejo allí plantados; Loreto, colorada como un tomate, y David, riendo a mandíbula batiente.

12. NO PIENSO HABLAR DE ESE TEMA

CIRO

Ciro Bravo: 

Mmmm, interesante forma de sacarme los ojos. Te has puesto cachonda solo de pensarlo, ¿verdad? Sabía yo que eras una pervertida encerrada en el cuerpo de una chica distante y borde. ¿Qué otros secretos escondes, arpía?

—¿Ya estás con el telefonito de nuevo? Cualquiera diría que te has vuelto adicto a las redes sociales, Ciro.

—¿No tienes casa, César?

—Estoy pensando en mudarme contigo, ¿cómo lo ves?

—Oscuro. Muy oscuro.

—Bah, nada insalvable. ¿Qué haces?

Mi mejor amigo bordea el sofá y se coloca detrás de mí intentando espiar la conversación que mantengo con Munia.

—¿Nadie te ha enseñado el significado de la palabra privacidad? Te puedo pasar un enlace…

¿Qué diría Munia al respecto? Seguro que adjuntaría una de mis fotos, la más desfavorecida de todas, y me tacharía de patán o zoquete. Muy propio de ella.

—¿Por qué sonríes? ¿En qué piensas? ¿O en quién…?

—Joder, César… Mira. —Le tiendo el teléfono para que examine la conversación de hoy y me dé su opinión al respecto. Mi amigo observa la pantalla con fijeza y hace muecas conforme va leyendo—. Dime que no soy patético.

—No es necesario que yo te lo diga porque ya lo hace ella de forma constante. Solo tengo una pregunta que hacerte…

—Suéltala. —Que yo sé por dónde van los tiros porque nos conocemos. Mucho.

—¿Por qué lo haces?

Me giro y comienzo a deambular por la habitación. César se comporta como un caballero porque se levanta y me da mi espacio. Se encamina hacia la cocina en busca de algo de beber, supongo

que con el fin de que el nudo que se suele formar en mi garganta sea más llevadero.

—No lo sé —admito sin darle más vueltas a la situación. Lo de poner una excusa me iría de perlas. Nosotros no funcionamos de esa manera. Nunca lo hemos hecho.

—Puede ser…

—¡No lo digas! —me anticipo—. Por favor…, no quiero escuchar eso.

—Digamos que te gusta que te conteste.

—Digamos que me gusta mucho que lo haga y quizá desde hace bastante tiempo.

—Digamos que lo que deberías hacer es intentar no escudarte detrás de un pique e intentar algo más… directo.

—Digamos que quizá tú también deberías decirles a tus padres que eres gay, pero te da miedo hacerlo por las consecuencias y digamos, de nuevo, que puede que eso me suceda a mí con Munia.

—Me ha quedado claro, clarinete.

Nos tiramos en el sofá a dejar que la tele sea la que nos vea a nosotros y no viceversa.

—No me gusta ella. Me gusta que me conteste —resuelvo—. Me gusta que no tenga pelos en la lengua a la hora de ponerme en mi sitio y que no sienta vergüenza alguna por tener que decirme cuatro cosas a la cara.

—La vas a echar de menos cuando deje el trabajo. —Asiento—. Siempre puedes invitarla a salir —apostilla mi amigo.

—Igual me atropella si lo intento y luego dice que fue un accidente. Y la verdad, siendo sinceros, tampoco tengo claro que sea ella a la que despidan. ¿Has visto su programa de hoy? Parecía que le afectase de verdad que a esa mujer la hubiese dejado el marido por la niñera.

—Joder…, es que es normal. Piénsalo. Le dijo allí, delante de todos, que lo había hecho porque lo que no encontraba en su casa lo tenía que buscar fuera de ella.

—Y bonito juego de palabras teniendo en cuenta que no tuvo que buscar muy lejos —añado.

—Cierto. Munia es buena. Cree en lo que hace. Como tú.

—No sé…, me da miedo a que esto se convierta en una guerra campal y que, al final, dejemos de lado lo que hacemos por centrarnos en pisotear el trabajo del otro.

—Dudo que sea de esa forma. Yo lo que veo —me dice señalando el teléfono— es que ambos sabéis jugar y vais al borde de una línea peligrosa. Del odio al amor hay un solo paso, Ciro.

—¿Con Munia? —inquiero sorprendido, entendiendo bien lo que está diciendo mi amigo y asimilando mis palabras.

—Kiara es pasado. Deberías permitirte levantar cabeza, seguir adelante, darte una oportunidad, ya no al amor, a ti mismo, a tu familia.

—Mi familia no tiene nada que ver en esto —resuelvo ofendido.

—Anda que no. No me jodas, que yo fui testigo directo de lo que pasó entre vosotros, entre Kiara y tú y todo lo que envolvió a esa ruptura. Lo que se habló de ella, lo que te rompió por dentro.

—No me cierro a nada —insisto mirándole a los ojos.

—Mentira.

—No eres el más indicado para darme consejos sobre el amor cuando no eres capaz de resolver tu propia situación personal, César, madura de una vez y asume las consecuencias de tus actos. De lo que eres.

César se pone en pie cuando no he terminado de decir la última palabra y me mira con la decepción bailando en sus ojos.

—Eso que has dicho…

—Joder, no pretendía… —Me anticipo e intento disculparme.

—Me voy —musita.

—César, no…

—No pasa nada, Ciro. Yo entiendo que a ti te cueste entender que no todos podemos actuar como debemos o como queremos. Sí, me encantaría poder plantarme frente a mis padres y decirles todo sin tener pánico a lo que dirán o a cómo actuarán. Lástima que yo, al menos, lo reconozca, deberías hacer tú lo mismo con tu propia situación.

El miércoles por la mañana tengo peor humor del que esperaba.

Lo sucedido con César anoche me dejó hecho polvo. No es la primera vez que tenemos enfrentamientos de este tipo, aunque sí

que lo es con comentarios tan poco asertivos por mi parte. No soy quién para juzgar lo que debe o no debe hacer alguien cuando yo soy el primero que tiene que admitir que se muere de miedo ante cualquier cambio en mi vida y quizá por eso me he vuelto tan introspectivo y me he cerrado en banda en muchos aspectos.

Sé que todas esas llamadas que se acumulan en mi teléfono o los mensajes sin leer que hay en mi buzón de voz son una prueba más que evidente de que no estoy actuando de la forma en la que debo hacerlo y que, por ende, no soy quién para tirar la primera piedra.

Con respecto al tema de Munia… No hay nada que especificar. No hay nada por ninguna de las dos partes. Es un juego peligroso, sí, y divertido también.

—Buenos días, Ciro, ¿qué tal estás hoy?

Frente a mí aparece un tazón de café recién hecho y la sonrisa deslumbrante de Estefanía, que es la que lo porta.

—Buenos días, lindeza.

Parece mentira que sean tan opuestas la una a la otra. Ya sabéis de lo que hablo.

—¿Has pensado en eso que te dije?

¿Qué me dijo? Hay veces que me dice tantas cosas que soy incapaz de retenerlas y nada tiene que ver con ser hombre y no poder hacer más de una labor a la vez.

—Una cita, tú y yo…

Inspiro y la observo con atención. Es guapa, sexi, atrevida, alegre, simpática… Cualidades todas positivas.

La imagen de César aparece frente a mí y sus palabras, esas que me recuerdan lo solo y distante que me he empeñado en estar, se me clavan como dagas afiladas. Puede que vaya siendo hora de cambiar, de darle un giro a la situación, de comenzar, de dejar cosas atrás…

—Me parece buena idea —finalizo.

La expresión de su cara cambia por completo y la sorpresa se refleja en su rostro.

—¿En serio? —interpela dubitativa.

—Sí, claro, ¿por qué no?

—Bien. Esta noche pues…

—¿Esta noche? —Joder, cualquiera diría que tiene miedo a que salga huyendo.

—¿O mañana?

—No, mañana es viernes. Los viernes tengo plan. —O eso creo, porque puede que César en esta ocasión opte por cenar solo o hacerse un Munia y odiarme también—. Podemos vernos el sábado, si lo prefieres.

—¿El sábado? Guau…, eso suena a señora cita —me dice coqueta.

Me atrevo a afirmar que en su cabeza rondan cosas que en la mía no tienen cabida.

—¿Algún plan en concreto que te apetezca?

Estefanía niega sin perder la sonrisa. Munia debería aprender de ella porque sonreír, lo que se dice sonreír, la he visto en contadas ocasiones.

—Cualquier plan me va bien si en él estás tú.

Un señor halago, sí, sin embargo, me deja que ni fu ni fa. Obviamente, el problema soy yo.

—Pues hablamos —le digo alzando la taza a modo de agradecimiento. Por la cita, por el café y por intentar sacarme de mi burbuja antimujeres y anti todo ese rollo.

Ella me guiña un ojo antes de salir, sujeto el teléfono y veo un mensaje de Munia.

Munia Visier:

No escondo ningún secreto, ¿y tú? ¿Puedes decir lo mismo? Y sí, tengo que reconocer que me has puesto cachonda, casi tanto como ese pañuelo ridículo que has traído hoy, ¿monos? ¿En serio? Apuesto a que cada mañana frente al espejo valoras si has conseguido la meta de la ridiculez. Hoy, desde luego, sí. Púdrete, zoquete.

Leo el mensaje varias veces y, en todas ellas, la sonrisa está presente.

En definitiva, debo de estar mal de la cabeza si estoy pensando en qué contestarle y estar, como mínimo, a la altura.

Munia, Munia…, deberías saber que me encanta ganar.

13. ¿CÓMO ME HE METIDO EN ESTE LÍO?

—Cinco minutos y entramos —me advierte Loreto, que sigue retocándome el maquillaje.

—¿Qué tal con David después de que yo me fuese?

—Bien. Me cambió la bombilla, lo invité a tomar un refrigerio y aceptó. ¿Sabes que es dentista? —Frunzo el ceño.

—Ya no me cae tan bien —añado con sinceridad. Aplastante sinceridad, muy propia en mí.

—No hagas eso, que estropeas mi obra maestra —me advierte señalando mi frente y retocando el maquillaje que acaba de aplicar —. Piensa una cosa, tendremos empastes gratis.

—No, gracias, no quiero que tu futuro novio me mire las muelas.

—Ainsss, mi futuro novio, qué bien suena eso, amiga, qué bien.

—¿Te estás visualizando en la casa con jardín y a la cerda correteando detrás de una de esas pelotas que hacen ruido?

—Sí. —Y no se pone ni roja ni nada.

—Dos minutos —me advierte el cámara.

—Luego hablamos. Esta noche he quedado con Fabián, ¿te vienes?

—Mejor en mi apartamento, así no dejo a Peggi sola de nuevo, ya lo está durante el día…

—Eso en tu chalet no pasará —le digo sonriente y sin añadir ningún comentario malo relacionado con la cerda.

Loreto me guiña un ojo y me empuja.

Últimos retoques y comenzamos.

El programa se suele grabar con público detrás, el cual participa en el proceso. Opinan, preguntan, gritan y aplauden, todo por voluntad propia. Se dice que en lo alto del plató siempre se dispone un cartel de esos que indican cuándo y cómo tienen que actuar, en mi caso, valoramos la espontaneidad, lo hace mucho más realista, así que los dejamos al libre albedrío. Son almas libres, como yo.

La pareja en cuestión, expareja, siendo mucho más específicos, ha estado casada trece años. Ya solo de escuchar ese número se me ponen los pelos de punta. No soy supersticiosa, no obstante, me da

grima… Prosigo, casados durante trece años, dos niños pequeños, un perro, un gato, una cobaya y unos cuernos del tamaño del Empire State. Por parte de ambos, ojo al dato, que aquí el que no corre vuela. ¿Por qué todo el mundo termina siendo infiel?

—¿Qué creéis que os llevó a cometer infidelidades?

—El aburrimiento —suelta ella con desdén, eso sí, no ha dudado ni un segundo al decirlo.

—Ella —apunta el marido.

—¿Ella, por qué? ¿Qué hizo exactamente?

—La pillé y lo hice por despecho.

—Mentira. ¡Es mentira! Nunca me pilló, lo que pasa es que se escuda en eso para intentar hacer ver a todo el mundo que la mala de la película soy yo, cuando hemos cometido ambos el mismo error.

—Imperdonable —musito más para mí que para ellos.

—Obvio.

—Pero… ¿no creéis que si hay amor eso se podría perdonar?

Dicen que el amor es capaz de mover cielo y tierra, de convertir cualquier otro sentimiento en insignificante, sin embargo, ¿es capaz el amor de revertir la desconfianza en una pareja? Una infidelidad es una traición. No obstante…, no sé si en ocasiones ese tipo de actos van de la mano de otros sentimientos: frustración, soledad, aburrimiento —como bien dice ella— o si dejamos de mantener esa chispa encendida. No lo justifico, porque no siento que deba hacerlo y tampoco mi trabajo implica ese tipo de acciones. Desde el primer momento en el que me contrataron, le dejé claro a Pilar que no me posicionaría, bajo ningún concepto, y lo he mantenido hasta ahora.

—Puede que, si quedase algo de ese amor que dices, ninguno de los dos hubiese tenido que buscar la chispa en otra persona, ¿no crees?

—Y… —Me giro cuando percibo una mirada en mi nuca. Una sensación electrizante que me recorre de pies a cabeza y que me deja, por unos segundos, fuera de onda. Ciro. Ahí está él, como un mero espectador que no lo es. Es un juez y verdugo, es un lobo camuflado con la piel de un cordero. Es mi enemigo que, como yo, busca información que utilizar a su favor—. Y… —comienzo de nuevo girándome y quedándome frente a mis protagonistas del día— ¿no

hubiese sido más sencillo hablarlo? ¿Llegar a un punto de acuerdo? ¿Tratar de salvar la relación si tuviese salvación y, si no, dejarlo antes de cometer esa traición?

Ellos, los dos, cruzan una mirada uno con el otro y por un momento veo el arrepentimiento reflejado.

—Puede que lo hayamos hecho mal —indica el marido.

—Sí.

—No habéis venido aquí para solucionarlo, aunque sí que creo que podéis intentar aprender de este error y no seguir ese camino en otra ocasión. Yo creo en el sexo, en la conexión de las personas y en que todos somos libres de elegir el camino que queremos y si no estamos bien, si no funciona, si se nos acaba el amor de tanto usarlo o de no usarlo nada, hay algo que tiene que cambiar, y el cambio empieza por nosotros mismos. Por lo que somos —sentencio llena de vehemencia.

El programa termina. La hipoteca sigue estando sin resolver, y los niños no tienen una custodia definida porque esos temas, aunque se traten aquí y se hablen con total naturalidad, somos conscientes de que este no es el sitio para que de verdad se solucione. Al fin y al cabo, esto no deja de ser un espectáculo, un programa donde el morbo impera y donde la gente se alimenta de ello.

Y, joder, mentiría si dijese que no me gusta, que ponerme a prueba no es lo mío, que decir lo que pienso no es lo que debo hacer porque siempre siempre termino haciéndolo, por más notas que me pongan y por más guion que prepare cada día o cada semana. Eso es lo bonito de este trabajo, el conocerse, el mejorar, el aprender y el dejarse llevar, aunque se base en una relación que ya no tiene cabida como tal, porque hasta de las rupturas se puede aprender algo.

Siempre, en la vida, hay una moraleja para cada historia, en nuestras manos está aprovecharla o dejarla pasar como si nunca hubiese estado en nuestro camino.

Apenas queda nadie en el plató, y yo sigo sentada en la butaca que siempre me colocan, mirando las notas y analizando hasta qué punto ha ido todo bien. Hoy, al menos, no ha habido gritos.

—Debo confesar que ha sido un buen programa, aunque es bastante probable que después de esto me retracte de lo dicho —admite Ciro con cierto deje de burla en su tono de voz.

—¿Ciro Bravo dedicándome un halago? ¿Qué te ha pasado? ¿Llamo a la ambulancia?

El susodicho se sienta en el pequeño sofá que antes ocupaba el marido.

—Dime, Munia, si yo fuese uno de tus protagonistas, ¿qué me preguntarías?

—¿Ahora vamos a jugar a este juego?

—Nosotros siempre jugamos, Munia, ¿no es cierto?

—Desde que nos conocemos ha sido así. Tutankamón no había muerto, y ya nosotros, en nuestras anteriores vidas, habíamos comenzado a lanzarnos dardos envenenados.

—¿Por qué? —me pregunta, y en su voz no percibo esa altanería que le caracteriza, es…, es una persona normal y corriente.

—¿Por qué nos peleamos?

Niega.

—¿Por qué la gente es infiel? ¿Por qué no siempre somos lo suficiente para la otra persona?

—¿Me lo preguntas a mí? —cuestiono.

—Claro, tú eres la experta en divorcios. Yo soy el experto en el amor, en la parte buena, en las chispas que se forman cuando se conocen, en el cosquilleo.

—Tal vez ese es el problema, que el cosquilleo no es eterno, que tiene fecha de caducidad y que la cobardía hace que no nos enfrentemos a los problemas sino que demos un rodeo que termina siendo doloroso —explico.

—Puede que me equivoque y puede que esto deje de reconocerlo cuando salga de aquí, puede que esté bajo los efectos del cianuro que admites poner en mi café cada día…

—Matarratas —le corrijo—. Tiene un sabor más suave o eso dicen. —Ciro sonríe, y yo…, yo me dejo llevar y hago lo mismo con él.

—Puede que me equivoque —repite. Su mirada brilla. Sus ojos son preciosos. No reconoceré haberlo pensado jamás—, pero me

atrevo a decir que tú serías capaz de mantener siempre esa chispa.

Permanezco inmóvil, esperando la estocada que viene tras eso, aguardando a que me diga que era una broma y que soy una ingenua que se lo ha creído o quizá sacarme una foto que luego editará y me mandará llena de morsas, de cactus, de jirafas o de cebras, espero algo, no sé el qué, ahora bien, desde luego, nada de eso llega, y Ciro, Ciro, por primera vez en la vida, me deja sin palabras.

14. FABIÁN, TENEMOS UN PLAN

Los cuatro alrededor de una mesa llena de comida y bebida, ¿hay mejor plan para un jueves noche? Oh, sí, nene…, el plan sería mejor si no estuviese la cerda presente, ella y su compañera, la flatulencia.

—Puto asco que me da… Airea esto, anda, por favor… ¿Qué le has dado de comer hoy? —inquiere Fabián señalando a la morcilla andante.

—Nada, porque no he estado apenas en casa. Quedé con David para tomarnos un café a la salida.

—Pues ya lo entiendo todo. Con el estómago vacío la cosa empeora —me dice.

—Shhh, shhh, shhh —hago ruiditos para que todos se callen y me atiendan—, ¿cómo es eso de que has quedado con David? A ver, ¿qué me he perdido? Porque hasta donde yo sé, es decir, hace un par de horas en el camerino antes del programa, no dijiste nada de nada.

—No, espera, y peor, tampoco dijo nada en el grupo. ¿Secretitos a nosotros? Porque ya estamos en busca y captura de uno, no nos hagas tramar planes contra tu persona.

—Si dejáis de exagerar y comportaros como dos paranoicos que no han tomado la medicación que se les ha recetado y me dejáis hablar, entenderéis el quid de la cuestión, ¿*capisce*?

—Encima italiana —farfullo llevándome a la boca un trozo de *pizza*.

—Yo he tenido una cita también —explica Fabián.

—Tu vida no es divertida. Tienes citas cada día con tíos distintos. No hay novedades, vienen y van como los trenes —profiero.

—La vida es un tren —me dice el susodicho haciéndose el listillo.

—Cuenta —le pido a Loreto alzando el dedo índice de modo amenazante.

—Me llamó.

Se hace el silencio, ni la cerda es capaz de decir nada ni de tirarse un pedo siquiera, nos hemos quedado todos a expensas de que siga. Qué le gusta a la tía hacerse de rogar.

—¿Y? Si esperabas que lo de la llamada fuese un dato relevante, chócala, porque no me impacta para nada —murmura Fabián dándonos una dosis de realidad apabullante. Muy en su línea y tal.

—¡Joder! Es que es un dato importante y vital, pensadlo. ¡Me llamó! —grita.

—Ahhh, entiendo… —ironizo—. ¿Podrías repetirlo? —me burlo.

—Me llamó él a mí, y yo casi me derrito cuando me dijo para lo que era. ¿Está mal que confiese que pensé, por un ínfimo momento, que el motivo de su llamada era para rescindir el contrato?

—Ese chico tiene el cielo ganado porque con la lata que das yo ya me habría buscado otro inquilino. Aunque permíteme que te diga que, con esas tetazas que tienes, puede que no le importe venir cada día a arreglarte la tubería o a que se la arregles tú a él.

—Deja de ser ordinario —acuso a Fabián—. Aunque lo de las tetas es cierto, cuando me maquilla me las pone en la cara. A veces no sé si cerrar los ojos o morderle un pezón.

—Panda de cerdos —nos insulta Loreto—, y luego os quejáis de los pedos de Peggi, mi niña chiquitita.

—Chiquitita, dice…, con las bombas fétidas que suelta la maldita —mascullo bien alto.

—No escuches —añade Loreto tapándole las orejas a Peggi.

—En fin…, prosigue —le pido llevándome el último trozo de *pizza* a la boca.

—Me llamó, me temblaron las piernas al ver su nombre en la pantalla. Me dijo que estaba por la zona.

—¿Cómo sabe dónde trabajas? —inquiero.

—Se lo conté anoche cuando te fuiste.

—¿Te fuiste? ¿Qué me he perdido? —cuestiona Fabián.

—Munia me va a ayudar a conquistar a David —especifica Loreto alzando las cejas, como si yo fuese Cupida, Santa Valentina o algo así—. Y ayer, con una burda excusa, le dije que viniese. Ella estaba presente y le dijo algo sobre proponerme una cita, no sé bien, porque estaba tan obnubilada con su simple presencia que poco caso le hice —narra Loreto. Y la creo, porque yo diría que una vez entró David por la puerta dejamos todos de existir.

—¿Acaso no te ha quedado claro que la de los divorcios es ella? El casamentero es el bomboncito de Ciro.

—De este tema mejor no hablemos —les advierto—. Sigue —la animo.

—Me dijo que estaba por la zona y que si quería tomar un café con él. Casi se me cae el teléfono al suelo del impacto. Un café, madre mía, un café.

—Si se pone así por un café, ¿cómo se pondrá cuando le vea el cimbrel?

—No seas cerdo, Fabián —le increpo—. ¿Y?

—Me dio la dirección del bar y fui. Con las piernas temblando y todo. Dudé y estuve a punto de decirle que no porque me daba vergüenza, tenía unos pelos que…

—Te pareces a Esteffi —la acuso con cierto desprecio en mi voz. No lo puedo evitar, me cae mal, aunque me haya facilitado una información valiosísima—. De todas formas, tu pelo está perfecto, te lo dijo hasta la reina de la moda.

—Ya, claro, como si David se fuese a fijar en la mascarilla que utilizo para dejar brillante mi pelo.

—No, obvio, se fija en tus pechotes —añade Fabián mientras se lleva las manos a los senos y los bambolea como si fuese una artista del cabaret.

—Paso. Lo que quiero decir es que… Joder, que estaba nerviosa y lo vi…, lo vi y casi me caigo al suelo.

—Es dentista —le cuento a Fabián, aunque la verdad es que este detalle ahora no viene al caso.

—Mira, empastes gratis. Tienes que tirártelo —aduce.

—Calla, canalla de tres al cuarto —lo increpa Loreto.

Fabián se descojona de la risa, y yo lo hago también.

—Dejando un poco el tema de las bromas a un lado —les cuento —, debo confesar que ayer, cuando estuve aquí con ellos —le narro a Fabián, que no estaba de cuerpo presente—, me di cuenta de que David no es un santo. Miraba a nuestra amiga con ojitos.

—Vamos, que le dio un buen repaso.

Asiento.

—No puedo garantizar que tenga o no pareja —les explico—, que no está casado sí, porque lo dijo cuando hablamos del tema. —Y le hago un resumen poco exhaustivo de la conversación para ponerlo en antecedentes—. No sabemos nada más allá.

—Eso lo sé yo porque me lo contó esta tarde.

—¿Y? —cuestiono y confieso que llena de curiosidad. Que yo sea la chica de los divorcios no quiere decir que no me alegre de que mi amiga triunfe en el amor.

—No tiene pareja. Ha tenido varias relaciones serias…

—Hombre, normal si tiene la edad que tiene —la corta Fabián para burlarse un poco.

—Ya quisieras tú tener el tipo que tiene David con cuarenta tacos, no te jode —lo defiende mi amiga. Ainsss, el amor, que hace que te vuelvas ciega, sorda y muda. O muda no, visto lo visto.

—Es un tío joven —protesto—, deja de meterte con él.

—Lo hago por fastidiar, yo estoy a favor de los cuarentones. ¿No dicen que los cuarenta son los nuevos treinta? —Cabeceo afirmando —. Pues eso.

—No te acerques a mi David, que te pincho —lo amenaza Loreto. La verdad es que la miro con cariño, quiero que sea feliz y me consta que está loca por su casero.

—¿Y qué más te contó? —indago para tener más detalles.

—Pues que le gusta el pádel, la natación…

—Las tetas —insiste Fabián.

—Joder, lo mismo es que te gustan a ti —le dice Loreto ya mosqueada.

—A mí me gustan, son blanditas, pero claro está que no me acostaría con una mujer.

—Pues espero que a David le guste algo más que mis pechos porque…, porque me gusta en serio, es decir —se justifica bajando la cabeza—, que yo sé que vosotros pensáis que es un capricho pasajero y que me fijé en él porque igual no tenía nada mejor que hacer con mi monótona vida…

—No digas eso —susurro posando mi mano sobre la suya.

—Yo no puedo hablar de esto con nadie, ya sabéis que mis padres son como son. No nos hemos criado en un entorno en el que se

pueda hablar de cualquier cosa, sin embargo, yo necesito desahogarme, contar lo que me pasa o cómo me siento, y solo os tengo a vosotros.

—Y a tu hermana también.

—Merche es harina de otro costal. Es igual de distante que mis padres.

—Nos tienes para lo que quieras, ya lo sabes, y nadie, absolutamente nadie —insisto en mi afirmación categórica—, duda de que eso que sientes por David no sea cierto. Tuvimos un poco de recelo porque, Loreto, tienes que entenderlo, llegaste el primer día con una cara de loca que solo te faltaba la escoba, diciendo que te habías enamorado de tu casero cuando hacía apenas cinco minutos que te habías mudado.

—El amor es libre —argumenta.

—Libre o no, fue demasiado rápido —explica Fabián dándome la razón.

—¿Y quiénes somos nosotros para juzgar nada de eso? —Mis amigos me observan estupefactos porque no entienden mi cambio de humor y la resolución que hay en mis palabras.

—¿Por qué dices eso, Munia? —pregunta dubitativa Loreto.

—Por nada. Lo único que sé es que ninguno debe pensar en lo que está o no bien con respecto al amor y, ya puestos, con otras tantas cosas en la vida. No es justo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué me he perdido? —inquiere Fabián acercándose a mí.

—No es que haya pasado nada, es más, no ha sucedido nada.

—¿Pero…? —interpela Fabián.

—El amor a primera vista es tan válido como el que se cuece a fuego lento. Loreto, hiciste bien en ir a tomar algo con él, en conoceros y tal vez ese encantamiento que sufriste cuando lo viste se convierte en algo tangible o igual desaparece. No lo sabemos, eso sí, yo abogo porque lo intentes —insisto.

—Joder con Munia, debe de estar ensayando para quitarle el puesto a Ciro cuando lo despidan.

—Eso contando con que lo despidan a él y no a mí —especifico resignada.

—¿Dónde ha quedado la Munia que tenía claro que lo iba a hacer morder el polvo?

—¿Y el Fabián que pensaba sentar la cabeza en algún momento? —inquiero haciendo alusión a las cientos de conversaciones que hemos tenido siempre con respecto a su vida personal. Porque una cosa es que no tengas citas ni oportunidades de ello, como es mi caso, y otra bien distinta es que cada día desayunes, almuerces o cenes con alguien distinto y no le des una oportunidad.

—No tengo nada que decir al respecto —rectifica sonsacándome una sonrisa débil.

—Tengo que contaros algo… —comienzo.

—Ya sabía yo —indica Loreto.

—Sigo en *shock*, por eso no lo he dicho antes.

—¡Vaya! Y yo que creía que era porque pensabas en mí y en el amor de mi vida —ironiza mi amiga.

—¿Preparados?

15. ¿A QUE ESTÁIS FLIPANDO EN COLORINES?

Mis amigos mastican como si fuesen los animalillos esos a los que se les hinchan los mofletes de la cantidad de comida que se meten en la boca y no dicen ni mu hasta que termino mi relato, cosa que agradezco, sobre todo a Fabián, que no suele ser de los que anoten los comentarios y se los guarden hasta el final.

—Y eso es todo. —Como se suele decir.

—La leche… Tengo que asimilar toda esta información porque es demasiado para mi *body* —ironiza Fabián. Bastante llevaba ya él callado.

—Espera, que yo lo entienda y lo razone. Ciro, el Ciro al que todos conocemos, el Ciro que está pegado a una diana en la pared de tu casa y con el que competimos para sacarle los ojos, ese Ciro, ¿se ha acercado a ti y te ha dicho que le gustaba tu programa?

—No…

—Ahhh, ya decía yo —aduce Loreto.

—No le gusta mi programa, le gusta el programa que hice hoy.

—¿Y no se ha metido contigo? —Niego—. ¿Tampoco te ha llamado arpía? —Niego una vez más—. ¿Ni ha dicho nada sobre tu pelo de estropajo?

—Oye… —protesto pellizcándole el muslo, que es lo primero que he pillado con carne cerca—. Ha sido muy raro, es más, me he quedado sin palabras porque no sabía bien qué decir a su última frase.

—Tenías que haberle dicho que sí, que si quería saber la clase de chispas que sueltas solo tenía que meterse dentro de ti sin piedad.

—Calla, cerdo —le digo. Peggi, una vez más, alza la vista, quizá la pobre morcilla tiene un trauma por mi culpa, que siempre la estoy medio insultando. Diría que responde más cuando la llaman cerda que cuando la llaman Peggi, ahí lo dejo—. Joder, qué buena idea me has dado… —mascullo, me falta aplaudir.

Yo, que soy de tener la última palabra siempre…

Ciro come pepino

Escribiendo…

Día veintitrés de julio, Ciro me ha dejado sin palabras porque ha dicho una frase preciosa sin meterse conmigo.

Mismo día por la noche: le voy a dar castaña.

Salgo de mi chat personal y le escribo a Ciro.

Munia Visier:

Aquí yo pensando… Tienes razón en cuanto a la chispa, Ciro. Si tienes alguna duda con respecto a eso, puedes hacer una prueba para saber lo que se siente. Vete al lavabo, empapa tu mano con agua fría, no la seques, acércate a un enchufe y pega tus dedos al agujero. Escríbeme después para saber a qué hospital debo enviarte las flores. Gastaré dinero en eso, por si te sirve de consuelo.

Les enseño el mensaje a mis amigos, y Loreto me quita el teléfono para leer los anteriores. Panda de cotillas que son.

—La cosa es… ¿Se ha firmado una tregua entre vosotros dos? ¿Ciro pretende algo? —inquiere Loreto tendiéndome el teléfono de nuevo y entendiendo que eso que ha leído es lo habitual entre nosotros desde hace siglos.

—Ciro lo que quiere es que bajes la guardia para aplastarte después —argumenta Fabián. Y me temo que ese razonamiento es jodidamente bueno. Mejor que bueno, tendría que habérseme ocurrido a mí.

—No sé qué espera sacar de todo esto, la verdad, porque no soy vidente ni tengo la capacidad para meterme en su cabeza de chorlito e indagar, ahora bien, tengo que admitir que me ha dejado patidifusa, y yo no suelo quedarme de esa forma. Siempre, y cuando digo siempre quiero decir de toda la vida de Dios, he tenido una respuesta mordaz que dirigirle y hoy… se ha hecho el silencio, como si frente a mí hubiese pasado el fantasma de Amy Winehouse.

—Sigo sin entender nada —apostilla Fabián—. A mí me huele todo esto a chamusquina. No nos podemos fiar de él, no bajes la guardia porque tal vez, al igual que nuestra estrategia es sacar sus trapos sucios a la luz, la suya es que creas que es un animal dulce y cariñoso y que está arrepentido de todas las barbaridades

acumuladas durante estos años y cuando menos te lo esperes: ¡Zas! —dice dando un fuerte golpe contra la mesa de madera y haciéndonos saltar. La cosa se pone tan fea y gritamos tanto que Peggi se larga un pedo del tamaño de un fuego artificial.

—Mierda —mascullo molesta. Me levanto y me dirijo hacia la ventana. Aire, aire porque empiezo a ponerme verde.

Mi amigo me sigue y la única que se queda aguantando el tufo es la madre del bicho ese.

Mi móvil emite un leve pitido y saco el teléfono del bolsillo trasero.

—Es él.

Ciro Bravo: 📞

Anda, mira, a la arpía nadie le gana a rancia. Unas flores…, estoy convencido de que me las comprarías de plástico o las robarías de algún cementerio.

Si algún día me da por probar esa clase de chispa, tranquila, serás la primera en saberlo. Podemos probar juntos, seguro que será… electrizante. Por cierto, me ha sorprendido mucho que pienses… Quizá es el momento de que te analicen en un laboratorio. 💥💥💥💣💣

—Ya me va cuadrando todo mucho más, ese sí es el Ciro al que todos conocemos —matiza Loreto y tenemos que darle la razón.

Volvemos al sofá cuando el aire empieza de nuevo a ser respirable y nos acomodamos en él.

—¿Por qué no te traes mañana a David a la cena? —le propongo a Loreto.

—¿Qué cena? —interviene Fabián.

Mierda.

—Se me olvidó decírtelo. Es sobre el plan que te dije por wasap. Un plan genial para mañana.

—Mañana no puedo, tengo una cita —nos cuenta.

—La cancelas, porque esto es más importante. —Mi amigo abre los ojos y mueve las cejas para darnos a entender que nada es más importante que lo que él tiene en mente para mañana. En fin…—. Estefanía nos ha dicho que Ciro cena con un amigo suyo todos los viernes en un local. Que ha coincidido con él en varias ocasiones o

una sola, no sé —dudo— y mañana tenemos que ir, esté el chichi o no esté el chichi.

—No me gustan los chichis —contrataca Fabián.

—Pues te guste o no vamos a ir, chato, mira que eres picajoso, a todo le pones una pega. Que si no voy a cenar, que si no te fíes, que si el amor a primera vista no existe, que si la tubería… —cita Loreto.

Le doy la razón mientras la señalo y alzo el pulgar. Mi amiga a veces es una sabia en potencia. Lo que hay.

—Veré qué puedo hacer —nos indica.

—Si no vas, le diré a la cerda que se coma tus zapatos y que te cague toda la casa —lo amenazo.

—Venga, vale, que sí, que podéis contar conmigo, que vamos, pero necesito más información de todo.

Total, que le relato lo acontecido con Estefanía; lo de la cena, el lugar, el amigo y nuestros planes. Lo que hemos averiguado acerca de Kiara, mis sospechas y lo que pretendo con ir mañana y fingir un encuentro fortuito en ese sitio.

—Como no sé la hora a la que irán, porque era muy cantoso preguntarle a Esteffi, podemos acampar por fuera con un par de latas de cerveza al más puro estilo vagabundos y, cuando los veamos aparecer, entramos.

—¿Sin reservar? —inquiere Fabián.

—Siempre rompiéndome mis planes, que son la leche de buenos, no sé cómo te las ingenias —profiero.

—A ver… —intercede Loreto—, que él tiene razón, Munia. No hay local de Madrid que no se llene un viernes noche.

—Pues reservamos sobre las nueve y media y de allí no nos mueve nadie hasta que vengan. Los asaltamos, unimos las mesas como quien no quiere la cosa, y en eso intervenís vosotros porque lo mismo si lo propongo yo me da una patada en el culo y ¡tachán!, listo, a investigar. Podemos incluso robarle la cartera si va al baño.

—Tú flipas, demasiadas películas ves, eso sin contar las que te montas en tu cabeza. Yo de robar paso —argumenta Fabián, que, dicho de esa manera, tengo que darle hasta la razón porque se me ha ido un poco, solo un poco, de las manos.

—Bueno. Vale. Lo retiro. Tenemos que intentar sonsacar la información, se me acaba el tiempo y tenemos que averiguar.

—Siempre puedes fingir tú el acercamiento a Ciro.

—Y vomitar por el camino, porque yo eso sí que no sé hacerlo. Lígatelo tú, Fabián.

—Pues quizá es gay y por eso no tiene ninguna cita.

—Igual dejó a la novia porque le gustan los chicos —añade Fabián a lo que acaba de decir Loreto.

—Si es así, no tengo problema, pero necesito saberlo. ¿Tenemos un plan?

—Lo tenemos. —Me apoya Loreto.

—Eso parece —indica Fabián.

—Mañana todo el mundo preparado o cortaré cabelleras —los amenazo.

Solo nos falta unir las manos en el centro y gritar eso de: «Uno para todos y todos para uno».

—Peggi se apunta al plan.

Y sí, la cerda, con su lenguaje no verbal, aunque sí muy apestoso, apoya la moción.

16. ¿QUÉ DÍA ES HOY, CÉSAR?

CIRO

El día en el trabajo está siendo bastante más tranquilo de lo que me esperaba. Munia no ha estado revoloteando por mi despacho y eso es bastante sospechoso. Intento acercarme yo al de ella, sin embargo, lo tiene cerrado a cal y canto y no me atrevo a entrar. Nos cruzamos en la cafetería cuando ella ya sale de allí con un enorme tazón en la mano, y Loreto la sigue. Ni siquiera me mira. A pesar de ello, intento decirle alguna barbaridad sobre su pelo, que hoy parece mucho más loco de lo que ella lo lleva de forma habitual, en cambio, contengo las ganas de indicarle que robar un nido de pájaros tal vez es motivo de terminar en el calabozo.

Definitivamente, no es el momento para ello.

Mientras espero a que Andrés, el camarero, me atienda, percibo una presencia a mi lado.

Esteffi me vigila porque solemos coincidir más de lo que me gustaría. Que es buena chica y guapa un rato largo, no obstante, no necesito verla veinticinco veces al día.

—¿Sigue en pie la cita de mañana? —Mmmm, ¿cita?—. Lo hablamos ayer, ¿te has olvidado? —Mi gesto de «no entiendo un carajo de lo que me hablas» le da una leve pista y por eso aclara la información.

—Sí, sí que me acuerdo y claro que sigue en pie.

—¡Perfecto! —suelta con un tono de voz bastante entusiasta—. ¿Me escribes luego para decirme el lugar? Como no vamos a vernos hasta la cita.

Con suerte, porque con la misma ella se presenta en mi despacho, no descarto que se plante en mi casa. Joder, ha sido una idea nefasta. Para una vez que le hago caso a César y me la lía bien gorda.

Me tomo mi café con hielo y abandono la cafetería. Sé que tengo pendiente una conversación con César. A pesar de que fui yo el que la cagó, no me he atrevido a llamarle por varios motivos. El primero

de todos: no sé siquiera cómo pedirle disculpas sin sonar como un completo gilipollas.

No tengo nada, y cuando digo nada, es nada, en contra de la condición sexual de César ni de ninguna persona, somos libres de hacer lo que queramos cuando queramos y con quien queramos. Sin embargo, me siento peor porque sea con él con quien haya salido el tema a relucir y que me haya puesto como me puse porque, y lo voy a soltar sin paños calientes, me sentí acorralado y tiene bastante razón en cuanto a mi vida se refiere.

Me he cerrado en banda a todo. Fin. Como se suele decir por ahí: se tenía que decir y se dijo. Y que conste en acta que no es que yo no sea consciente de ello, es que me cuesta actuar de otra forma. Supongo que cuando te haces una herida tiendes a evitar pasar por el sitio en el que te la han hecho y cuando se trata de una mujer, pues evitas el contacto íntimo con cualquiera para que no te vuelvan a traicionar. Y, de nuevo, se tenía que decir y se dijo.

Como si me leyese la mente, o se marcase un Esteffi, en la pantalla de mi móvil aparece el nombre de César.

—Ey… —balbuceo.

—¿Ey? ¿Eso es todo lo que me vas a decir?

Suspiro. Al final va a resultar cierto que soy un completo gilipollas y tendré que darle la razón a Munia.

—César…, la he cagado, ¿vale? Soy un bocazas y debería meter el dedo en el enchufe, tal y como me ha dicho Munia que haga.

—¿Qué me he perdido? —averigua—. Da igual, sí, eres un mal amigo.

—Joder…

—Sin embargo…, espero que hayas recapacitado lo suficiente como para ir a cenar esta noche, que me invites tú y pagues tú también, y compartamos una charla sobre todo esto que ha pasado.

—De verdad, no pretendía comportarme así, lo que pasa es que…

—Ciro, ya está, ¿vale? Lo hablamos esta noche.

Cabeceo afirmando como si me viera a través del aparato.

—¿Mismo sitio y misma hora?

—Sí —me dice.

—Tengo que contarte algo —le expongo. Y no sé si hago alusión a Esteffi, a Munia o a todo el cacao que tengo en la cabeza ahora mismo.

—Vale. Tengo toda la noche, total, pagas tú… Quizá hasta pido cava.

—No te pases.

Una carcajada se escucha al otro lado justo antes de que mi amigo corte la comunicación.

Conforme cuelgo la llamada, el teléfono vuelve a sonar. En esta ocasión, el remitente no es tan bien recibido.

Dudo entre contestar o no hacerlo. Dudo en dejar que la llamada acabe, una vez más, en el buzón de voz y, sin embargo, termino por rechazarla.

—Mierda.

Desvío la mirada hacia el techo del despacho y me quedo sentado en la silla, incapaz de llevar a cabo nada que no sea debatirme entre hacer lo que me apetece o eso que César lleva tanto tiempo diciéndome que haga. ¿Cómo puedo ser tan hipócrita de pensar siquiera en decirle a César que debe tomar el control de su vida y contarles a sus padres que es homosexual si yo me comporto de la misma forma en la que él lo hace?

Me incorporo y cojo la chaqueta, que he dejado colgada de la silla, y me precipito al abismo, antes de pensar en si hago o no lo correcto.

Me topo de frente con Munia, que me mira perpleja.

—¿Vas a algún sitio? —me pregunta alternando la vista entre la chaqueta y mi persona.

—¿Vas tú a algún sitio? ¿Quizá a visitar a alguien?

—Puede. Yo pregunté primero.

Otro suspiro escapa de entre mis labios. Es única poniendo a prueba mi paciencia.

—Tengo que hacer un recado.

—¿Tienes que comprarte un modelito para tus vacaciones?

Abro los ojos, sorprendido por su comentario. ¿Cómo? ¿Qué? Ya, claro, se me había olvidado que Pili y ella son amigas.

—¿Sabes que es de bastante mala educación curiosear sobre la vida privada de un compañero?

—Uy, compañero, ¿dónde? No veo por aquí a ninguno.

Si es que… Se las trae.

—No intentes hacerte la víctima inocente, Munia, que todos sabemos la clase de arpía que se esconde bajo esos vestidos llenos de lunares que tanto te gusta ponerte, ese pelo alborotado que pareces no peinar jamás de los jamases y esas sonrisas sardónicas que esconden a una malvada pérfida.

—Ciro, Ciro, Ciro… Cualquiera que te escuche pensaría que me prestas demasiada atención, ¿no crees? ¿Has estado observándome a escondidas? Tipo *voyeur*…

—Más quisieras tú que mis momentos *voyeurs* fuesen contigo.

—Ya. No, la verdad es que pensar en ti en ese sentido… me baja toda la libido que puedo tener. Lo siento, Ciro, no me provocas ni cosquillas —replica con socarronería. Se cree muy lista.

—Y digamos que…, en el hipotético caso de que yo sea el que se fija en ti, ¿cómo es que sabes que me voy de vacaciones si tan poco te importo? No sé…, ¿algo que contarme? —objeto como hago siempre con ella.

—Rumores… —sentencia.

—Unos rumores que no deberían haber salido de ese despacho. Sin contar con la protección de datos. A Pilar se le podría caer el pelo —contrataco.

Espero una réplica mordaz por su parte, sin embargo, su semblante cambia al instante y sé que se ha dado cuenta de que no ha jugado bien sus cartas en esta ocasión.

—Vale —concede—. Ha estado mal por mi parte preguntar. En mi defensa diré que lo que yo creía que habías hecho era ir a meter mierda sobre mi persona y tenía que enterarme. Pili solo respondió a mis preguntas porque soy bastante persuasiva.

Persuasiva como poco, lo que es, es una arpía de mucho cuidado. Eso ya lo he dicho en otras ocasiones, ¿cierto?

—Tal vez… tienes cierto interés por mí y no quieres reconocerlo, ¿es eso? ¿Te intereso?

—Oh, sí, muchísimo. Mira. —Tiende su mano frente a mí y no sé qué espero encontrar en ella, no obstante, nada, no hay nada—. Tiemblo a tu paso, gran adonis celestial. No ha habido hombre como tú en este mundo. ¿He sido lo suficientemente convincente como para que entiendas que me importa una mierda tu persona y que el sapo ese que llevas en tu pañuelo hoy me atrae más que tú?

—Ya sabes lo que se cuenta; si besas al sapo, se convierte en príncipe. —Le muestro mis labios para ver si la tiento y cae en mis redes. Para luego quitarme, claro está, no pensaréis que me voy a dar el lote con Munia porque no me pone nada. Cero patatero.

—Bésame este —me dice poniendo su puño en mis labios.

Bien. Ella se lo ha buscado.

Sujeto su brazo y saco la lengua para besar su puño. Paseo mi lengua por su piel y me sorprende lo suave que es. No sé, igual esperaba que me pinchase como un cactus. Fijo la vista en sus ojos y en ellos percibo la sorpresa, la extrañeza por el gesto en sí y algo que no sé bien definir.

Me imagino posando mis labios sobre otras zonas de su cuerpo, recorriendo la línea de su escote, ese que se le marca con el vestido que lleva puesto hoy y ascendiendo hasta su cuello.

¡Joder!

Reculo al darme cuenta de hacia dónde se han dirigido mis pensamientos y lo peor de todo es que, de verdad y por primera vez, no he pensado en Munia como mi archienemiga sino como una mujer. Una mujer a la que me follaría.

Tengo que salir de aquí.

17. ¿QUÉ COÑO HA SIDO ESO?

Si no admito que me han temblado las piernas como si de una gelatina se tratase, estaría faltando a la verdad de una forma apabullante.

A ver cómo explico yo lo que he sentido sin que se saque de contexto, que nos conocemos. Lo sigo odiando, ¿vale? De eso que no quepa duda, no obstante, ha sido tentador y bastante sugestivo verlo utilizar la lengua para algo que no sea meterse conmigo, llamarme arpía o cuestionar mi estatura. Y no hablemos de lo bien que lo ha hecho y de la necesidad que ha despertado en un momento. Cuando hablamos sobre las posibles formas de utilizar su lengua jamás de los jamases barajé esta como una opción.

Acelero el paso hasta llegar a la zona de maquillaje en la que sé que voy a encontrar a Loreto. Abro con premura la puerta sin siquiera tocar, los modales mejor me los guardo para cuando recupere la respiración y controle el latir acelerado de mi corazón. Munia, chica, que no ha sido más que una tontería.

«Uno, dos y tres, yo me calmaré. Cuatro, cinco y seis, todos lo veréis. Siete ocho y nueve, casi que he podido atisbar cómo la mueve».

Mi amiga me observa astuta, sabe que algo sucede, aunque no haya pronunciado palabra alguna.

—¡Fuera! —grito como si hubiese perdido los papeles. De psiquiátrico, estoy de psiquiátrico.

Rebusco en el bolso mi teléfono. Dios, necesito ponerle algo de cordura a la situación y es probable que, si lo escribo en mi chat, cuente como si me desahogase y, de paso, no se me olvida. Pero ¡se me tiene que olvidar lo que acaba de suceder!

—Estoy trabajando —masculla Loreto ante mi ofensa a la persona que está maquillando.

—Si no quieres que cuente delante de todo el mundo que me acabo de poner cachonda y, cuando digo cachonda, no exagero ni un ápice, más te vale deshacerte de quien quiera que sea que estás maquillando. Que lo haga otra —suplico bajito para que no lo

escuche la chica que está ahora sentada en el sillón de maquillaje—, por favor, por favor, por favor —imploro ya al más puro estilo loca de tres al cuarto.

Supongo que Loreto no está acostumbrada a que este tipo de dramas sucedan en horario de trabajo, por lo que me hace caso y se disculpa con la chica con la que estaba. Siendo sincera, no tengo ni idea de quién es y tampoco reparo en su presencia porque me dedico a escribir en el chat y plasmar lo sucedido.

Ciro come pepino

Escribiendo…

Ciro, ese Ciro al que todos conocemos, me la ha liado muchísimo. A ver cómo te explico: me ha chupado. Me ha chupado la mano. Me ha chupado un brazo después de una discusión, y yo no he podido evitar imaginar su lengua recorriendo otras zonas de mi cuerpo mucho más…, menos…, otras zonas de mi cuerpo.

—¡Munia! —Alzo la mirada cuando el grito de mi amiga me sorprende—. Te he llamado tres veces y nada, no hay respuesta, estás como fuera de cobertura.

Si ella supiese dónde tengo yo ahora mismo la cobertura.

—Loreto. —Sujeto a mi amiga por el brazo y la zarandeo como si ella fuese la que está en trance y no yo—. Ciro me ha chupado la mano. ¡La mano! —Sacudo la mano que ha recibido las atenciones pertinentes por parte de la lengua de Ciro frente a Loreto, y la susodicha, como buena hija de Dios, sigue el recorrido de la misma.

—Necesito sentarme —profiere. Es probable que le vaya a dar un jamacuco a ella cuando me debería dar a mí.

—¡La mano! —insisto como buena pesada que soy. Lo admito.

—¿Y estás nerviosa por eso? —me pregunta.

—Obvio. ¿Tú no? Lo de sentarte qué era, ¿un señuelo?

—¡Ironía! —exclama—. ¡Era ironía! —repite más alto—. A ver, Munia, eres mi amiga y te quiero…

—Porque te ayudo con David y eso. —Utilizar a David como baza es importante cuando me doy cuenta de que quizá estoy perdiendo la ventaja que creía que tenía.

—Vale. Sí, lo he captado, no es necesario que vayas por ahí. Munia, por mucho que te quiera, lo que te ha chupado es una mano no el coño.

Y vaya que sí, más claro imposible. Un leve escalofrío me sacude. Joder, si me chupase ahí… No, coño, no, que es Ciro. Ciro come pepino. Ciro mi archienemigo.

—Dicho así —repito mentando a Pili.

—Largo de aquí a Rosa, que presenta su programa en breve, con una excusa mala sobre un flato que te ha dado, me dices que te pones cachonda por algo, ¿y luego resulta que es porque te ha chupado la mano? ¡En qué cabeza cabe!

Puede que me haya excedido en las sensaciones. Lo mismo de verdad no estaba cachonda y es eso…, una confusión de nada.

Me adelanto para pedirle disculpas por lo del trabajo, puesto que yo soy la primera en evitar mezclar lo personal con lo profesional y porque, dicho sea de paso, mi trabajo se ha convertido en el pilar fundamental de mi vida desde lo de Jorge, y ahora salgo yo con esta tontería que no tiene ni pies ni cabeza. ¿Y qué me encuentro? A mi amiga colgada al teléfono contándole a Fabián lo sucedido, y al susodicho riéndose a mi costa, porque sí, ha puesto el manos libres, y soy consciente de primera mano de sus burlas.

—No es justo que os riais de mí, joder —profiero—, tenéis que entenderme. Llevo mucho tiempo evitando a los chicos, a cualquier clase de chicos, pero mucho más a los morenos, de pelo revuelto, ojos abrasadores, barba incipiente, actitud segura y comportamiento arrogante, porque me recuerdan a él, y va Ciro, que cumple y supera con creces todas esas características, y me hace eso, ¿qué esperáis?

—¿Que te pongas cachonda? —se burla Fabián.

—Pienso contar en mis *stories* de Instagram que te gusta que te aten y te azoten.

—Eso es mentira —se defiende mi amigo.

—Por eso lo pienso contar, porque sé que te joderían esa clase de mentiras, y te recuerdo que en Instagram tengo muchos seguidores y que las redes sociales son crueles como vosotros conmigo, panda de macarras de tres al cuarto —les escupo con rabia.

—No te mosquees, Munia —intercede Loreto, que ve que estoy enfadada de verdad.

—Claro. A ver, yo aguanto vuestros sermones, los de los dos —grito para que ambos se den por aludidos—. «David es mayor, no se va a fijar en una joven como yo. Tengo citas y no conecto con nadie porque soy un alma libre…» —cito varias de las excusas que ponen siempre que nos reunimos—. Y cuando a mí me pasa algo, algo interesante porque mi vida suele ser muy monótona, todo sea dicho de paso, ¿qué sucede? ¡Que me la liais! —bramo.

Me doy la vuelta con la intención de largarme de allí. Sí, necesito perderlos de vista un rato e igual la solución es darles un pequeño espacio para que reflexionen, como se hace con los niños pequeños. Parece mentira que tengan veinticuatro y veintinueve años. He visto niños en el patio del colegio más maduros que ellos. Y, ojo, que yo no soy quién para hablar de madurez porque ya sabemos que evito determinadas circunstancias con el sexo opuesto o todavía no lo sabemos porque no hemos llegado a esa presentación oficial, la de Jorge, que llegará cuando esté preparada para ello y tal vez entendáis por qué me comporto así y me distancio de los peligros que acarrea el sexo masculino.

Una vez me subo en el coche, recurro a la persona que sé que, aunque se descojone de mí sin pudor alguno, me va a escuchar y quizá hasta me entiende.

Tras farfullar en varias ocasiones por culpa del tráfico, me planto frente al portal de mi tía Rita. Probablemente tendría que haberla llamado y avisar de mi llegada, sin embargo, sé que ella hoy está en casa, y que Luis debe de estar en la oficina. El plan es perfecto.

Toco el portero y espero impaciente a que me conteste. Vuelvo a tocar a sabiendas de que no le he dado el tiempo suficiente para que deje lo que quiera que esté haciendo y conteste. No pretendo que espere plantada al lado del telefonillo, aunque igual me vendría bien que lo hiciese.

Puede que me equivoque, pero creo que estoy haciendo de un grano de arena una montaña. Solo fue una lamida y, como dice Loreto, no tuvo lugar en el kiwi.

—¿Quién es?

—Tu sobrina favorita —añado apresurada.

—¿Qué haces aquí?

—¿Venir a verte?

—Ya, pero ¿por qué?

—¿Quieres que hablemos de telefonillo a calle? Porque no entra en mis planes que nadie se entere de los motivos que me traen hasta tu casa.

—Bien visto.

Resuena el pitido inconfundible que abre la puerta, y entro empujando con fuerza. Cede y me planto frente al ascensor. Mi teléfono vibra.

—Que no sea Ciro, que no sea Ciro…

Vale, es Loreto. Paso de leerlo, si tiene remordimientos de conciencia, habérselo pensado antes.

Pulso el cuatro y subo moviendo los dedos, nerviosa. ¡Quién me ha visto y quién me ve!

—Munia.

—Rita.

Me abro paso hacia el interior de la casa. Sencilla, a la par que elegante, como mi tía.

—Tienes mala cara —aduce.

—Pues anda que tú.

Mi tía tuerce el gesto y no dice nada más.

—¿Qué tal va todo?

—Ciro me ha chupado una mano. —Bombazo que me pego y aguardo la reacción llena de impaciencia.

—¿Es muy pronto para darnos a la bebida?

—No, para mí no, ¿cuál es tu motivo?

—Me ha bajado la regla. Otra vez.

Si las palabras de tus amigos no valen para que pises la tierra, tal vez la confesión de tu tía te hace darte cuenta de que la vida es jodidamente cruel cuando quiere.

—Lo siento —musito acercándome para abrazarla.

Mi tía Rita lleva intentando quedarse embarazada algo más de dos años y medio, sin éxito alguno, como podéis ver. Se han hecho varias pruebas de fertilidad y, según indican, no hay nada que no

vaya bien, es decir, pueden concebir sin problema, aunque no logra quedarse embarazada.

—No te preocupes, debería empezar a entender que no va a suceder por más que quiera y buscar otras vías.

—La fecundación *in vitro* tiene buenos resultados, ¿lo has pensado?

—Claro que sí. Hemos barajado las distintas opciones… Luis quiere…, es decir, queremos intentarlo hasta que sepamos que ya no hay más vías.

—También contáis con la adopción. ¿Sabes la cantidad de niños y niñas que necesitan unos padres que los quieran? ¿Una familia? —Mi tía asiente y el gesto compungido que decora su rostro me da una leve pista de que quizá es el momento de callarme porque, a veces y solo a veces, creemos decir algo por ayudar sin percatarnos de que lo que conseguimos es que la otra persona pise más el fango—. Bebamos pues —le pido.

Sacamos una botella de vino gran reserva de lo que sea, ya puede ser de Napoleón, que a mí me sabrá a gloria solo si mi tía levanta el ánimo.

—¿Por qué te ha chupado la mano? —inquiere cuando le da el segundo trago a su copa.

—Porque lo he provocado.

—Eso no es nada nuevo, ya te he dicho en miles de ocasiones que ese juego que os traéis es dinamita pura y que llegará el momento en el que os estalle en la cara.

—O en la mano, como a mí hoy —le digo mientras se la enseño—. Y no me la he lavado —confieso.

Me levanto y me voy hacia la cocina y me restriego con Fairy, quizás así borro todo rastro de vergüenza y de pensamiento impúdico.

—¿Y qué le has chupado tú a él a cambio? —me pregunta desde el salón.

—Como no sea el alma…, porque dudo que jamás pose mi boca en ninguna parte de su cuerpo. —Aunque poco te importaría que él sí posase sus labios sobre cierta zona tuya, ¿eh, guarrilla? Que luego

hablamos de la cerda y, en este momento, la más cerda de todas soy yo.

—Lo he entendido. Nada a cambio —zanja—. ¿Y a qué se debe tanto nerviosismo? —me pregunta yendo directa al quid de la cuestión.

—Ese es el problema, Rita, que me he puesto nerviosa porque he comenzado a imaginar ciertas situaciones y… me he quedado pasmada en el sitio, y ya van dos veces esta semana.

—¿Dos?

—Dos. Lo que oyes.

Procedo a relatarle la primera vez que me quedé perpleja con Ciro esta semana por un motivo bien distinto a este, sin imaginar cochinadas varias, solo por sus palabras y la empatía que mostró dejándome fuera de juego y, ya de paso, amplío la información sobre lo acaecido hoy.

—Yo ahí veo tensión sexual no resuelta —matiza sin un ápice de duda en su voz.

—Ya. Y yo veo burros volando, no te jode, Rita. Vine en busca de ayuda y consejo, no de que me sueltes ese tipo de comentarios.

—Lo digo en serio y recuerda que soy joven, sin embargo, tengo más experiencia que tú en determinadas cosas.

En el fornicio, para empezar, no obstante, dudo que sea el momento de decirlo porque estaría fuera de lugar, aunque sé que Rita no se tomaría a mal ese comentario porque tiene un humor ácido como el que suelo tener yo también.

—Me cae mal. Es mi enemigo, y esta noche tenemos un plan que llevar a cabo Loreto, Fabián y yo, siempre y cuando les perdone por comportarse como patanes conmigo. Les he contado lo que ha pasado, y se han reído de mí sin piedad, y yo les aguanto sus mierdas —exploto.

—Mierdas nos aguantamos todos, Munia, y no pasa nada. Es normal que se rían, supongo que quizá ellos también piensan que lo que dices suena a chiste malo. No me pone, no me gusta, es feo, lo hace mal, no tiene un pelo en el que desearía enredar mis dedos y comerle toda la boca —ironiza mi tía poniendo voces a la vez que lo repite.

—Yo no quiero comerle la boca —sentencio ofuscada de nuevo. Hoy es el día de meterse conmigo, como si no tuviese suficiente ya con Ciro que ahora tengo que aguantarlo de mis amigos y familia.

—Pues si no te interesa nada de nada, no entiendo el motivo de que te pongas nerviosa y no le hayas soltado un sopapo ante su atrevimiento.

Y… sí, me ha explotado en la cara. En toda la cara.

Por gilipollas que soy. Fin de la película.

Punto de partido para mi tía Rita.

18. LAS HERIDAS, LAS LLAGAS Y LOS ABRAZOS

Loreto:

Perdona por ser una petarda. No tenía que haberme puesto en ese plan cuando yo soy igual. Entro en bucle y no hay quien me frene.

Ese es el mensaje que me ha enviado mi amiga mientras estaba en casa de mi tía. Muy alentador y real, sin embargo, prefiero que sufra un poco más antes de decirle que es una chorrada. Llamadme mala o arpía, lo que prefiráis.

Tras darme una ducha, y situada frente al espejo, valoro la indumentaria que ponerme esta noche para llevar a cabo el plan estipulado.

No quiero que sea nada demasiado formal, tampoco de andar por casa y la opción de un vestido de lunares queda descartada porque no pienso darle de qué hablar al mindundi de Ciro.

Vaqueros, una camisa de vestir de gasa con un buen escote, ahí, marcando *pechotes,* y unos zapatos de tacón dan como resultado el atuendo perfecto para la ocasión.

Me esmero en que mi pelo esté relativamente controlado y me coloco una cinta que combine con la ropa e impida que termine bañando mi rebelde melena en la comida. Porque sí, el plan es ir al restaurante ese, no obstante, pienso comer hasta que no me entre ni el aire.

Un par de leves toques en la puerta y me acerco descalza a abrir.

—Munia, tía, lo siento. Me he comportado como una estúpida y no era lo que pretendía.

La disculpa de mi amiga es lo primero que se escucha cuando abro.

—¿Y la cerda?

Loreto me mira sorprendida.

—Ella no estaba invitada a la cena, ¿o sí?

Niego. Obvio que no, ya lo que nos faltaba. Lo que pasa es que mi amiga no se separa de la morcilla y cuando llega sin ella, pues desconfío de que se la haya zampado alguien antes que yo.

—Estaba invitada solo si la cena era ella —suelto.

Loreto sonríe y sabe que con ese comentario hemos firmado una tregua.

—No quiero que discutamos. Entiendo que te sintieses confusa por todo el tema, es como si David me lo hiciese a mí.

—No es lo mismo —replico dirigiéndome de nuevo a la habitación para terminar de prepararme. Loreto se ha arreglado mucho más. Sospechoso—. Si se diese la situación que se ha dado hoy entre Ciro y yo, con vosotros como epicentro, es bastante probable que te hubieses desmayado o que te hubieses lanzado a sus brazos y te lo comieses de primer plato.

—Cierto —admite—. Lo que pretendo es que entiendas que dije cosas que no pensaba porque a veces soy un poco…

—¿Estúpida?

—Obtusa. Yo iba a decir obtusa.

—Estúpida también.

Mi amiga me da un leve empujón y sonreímos.

—¿Solucionado? —me pregunta.

—Sí —le digo—. Y… ¿hay algún motivo por el que te hayas arreglado tanto? —indago.

Mi amiga se sonroja y baja la cabeza a la vez que se muerde el labio.

—Le he dicho a David que, si terminaba pronto, podíamos vernos luego y tomar algo —confiesa.

Uy, uy, uy… Como diría Fabián, ¿qué me he perdido?

—¿Loreto? —inquiero a ver si ella es capaz de seguir y contarme todo.

—Es que me tiene loca perdida —declara sin pudor alguno—. Cuanto más hablo con él, más tiempo paso con él…, más ganas tengo de seguir conociéndolo. Ya sé lo que dice Fabián del amor a primera vista, incluso tú misma, ambos, y sé que Jorge te hizo daño, aunque te niegues en rotundo a hablar de ello. —Suspiro cuando el nombre de mi ex sale de sus labios—. Sin embargo, no puedo ni quiero evitar esto que entre nosotros sucede.

Tomo asiento en mi cama, al borde, y doy un par de palmaditas para que mi amiga se coloque a mi lado.

—No tienes que justificarte ante nadie, Loreto, ni ante mí ni ante Fabián. Da igual lo que nosotros te digamos o lo que pensemos porque ninguno tiene una fórmula mágica para nada. Lo que a Fabián le gusta puede o no gustarnos a nosotras o puede o no hacernos daño. ¿Qué tiene de malo compartir tiempo con alguien por quien sientes algo, aunque sea atracción? Nada —respondo antes de que ella diga cualquier cosa—. Nada —insisto.

—¿Por qué no nos has contado nunca lo que te pasó con él? —cuestiona mi amiga observándome con fijeza.

Cierro los ojos porque los recuerdos siguen estando ahí, presentes. Siguen escociendo, aunque menos, cada vez menos, cada día menos, como siempre me dice mi tía Rita.

—Porque no vale la pena volver al pasado.

—Pero vuelves —me dice—, sé que vuelves. Si no lo hicieras no estarías como estás, no te cerrarías en banda cada vez que un chico se acerca a ti y te propone algo. Al único que no espantas es a Ciro y porque os odiáis. Habéis encontrado en las pullas el camino para entenderos. No sé, Munia, no es justo que te pierdas cosas por el miedo o por la inseguridad.

Me incorporo y me acerco a la ventana de mi habitación tras dejar que las palabras de mi amiga floten en el ambiente. Tiene razón. Mi mente y mi cuerpo saben que tiene razón, no obstante, una parte importante de mí me dice que no hay que precipitarse, que las cosas no se buscan, se encuentran, y que los duelos en cada persona funcionan de una manera distinta.

—Yo puedo tener citas con cientos de chicos, Loreto, no tengo ese problema.

—El problema no es la cita, el problema es el muro que alzas a tu alrededor.

—El problema es que no quiero que nadie vuelva a controlar mi mundo y que, cuando explote, yo no sepa qué camino elegir. Perdí, Loreto, perdí algo importante por el camino y supe lo que era sufrir tras la pérdida. Un abandono y me vi como pollo sin cabeza, yendo hacia un lado y hacia otro, y mi salvación fue el trabajo. Me centré, trabajé, me esforcé, lo di todo y llegué a donde me encuentro ahora,

y no he vuelto a necesitar nada. Eso me ha hecho sentir libre de nuevo.

—¿Sabes qué es injusto? —replica mi amiga que se coloca a mi lado. Sin tocarme, sin rozarme, sin hacer nada de nada, solo acompañarme con su mera presencia.

—La vida no es justa y eso lo aprendí hace tiempo. —Y no hablo solo de mí o de una ruptura, hablo de mi tía Rita y de todas las personas que sufren por un daño irreparable.

Nos colocamos de frente; ella, emocionada por mi frase y el dolor que acompaña cada maldita letra de cada maldita palabra, y yo…, yo abriéndome poco a poco, desvelando las heridas, las llagas que aún quedan y que están enterradas bajo capas y capas de piel.

—No estás sola —murmura abrazándome.

—Tú tampoco —le explico.

Tras permanecer un rato en silencio, y abrazadas, el teléfono comienza a sonar.

—Es Fabián —me cuenta. Asiento—. Siéntate, voy a maquillarte.

—No me gusta el maquillaje, lo uso por trabajo, lo sabes.

—Hazlo por mí —me pide.

Y lo que Loreto no sabe es que por ella haría cualquier cosa.

19. ¡QUE NO SE ENTEREN DE QUE HA SIDO TODO PROVOCADO!

—Vale. Que no cunda el pánico —les pido—, es la hora y tenemos que actuar con naturalidad. ¿Todos tenemos claro el objetivo? —Asienten—. ¿Y los papeles a representar? —Un alzamiento de ceja me indica que tal vez esta parte no la hemos hablado—. Fatal —les reprocho—, ahora mismo nos pillaría la policía y nos caería una pena de la hostia si el plan fuese otro que esté al borde de la ley o que la infringiera.

—Ya —balbucea Fabián—. ¿No crees que lo mejor es comportarnos con naturalidad? No sé…, si finges algo que no eres te pillan, ya sabes, se coge antes a un mentiroso que a un cojo.

—Bueno. Actuad con normalidad, pero sin dejar de sonsacar toda la información que sea posible —les explico.

—Y, si podemos, ¿le robamos la cartera? —inquiere Loreto.

—No, joder, no, que sabrá que somos nosotros. Abortamos ese plan. Dudo que en la cartera vayamos a encontrar nada truculento —narro.

—Igual hay fotos con la susodicha —argumenta mi amiga.

—Si es la ex, no va a tener esa clase de fotos —rebato la hipótesis de Loreto.

—O preservativos —aduce Fabián.

—Eso me da igual. —Pongo los ojos en blanco, se nos va de las manos en un momento, en serio.

Hacemos lo pactado y entramos en el restaurante un par de minutos antes de nuestra hora de la reserva. Como inocentes que no han roto un plato en su vida, paseamos entre los comensales y no los vemos por ninguna parte.

Tomamos asiento en la mesa que nos han asignado y las orejillas se nos ponen como las de los conejos salvajes, en punta y analizando el espacio.

—No quiero que nadie mencione el incidente de hoy con mi mano —les advierto—. No ha sucedido nada y haremos como si no hubiese

entrado en bucle, si no os lo hubiese contado y tampoco a mi tía. Todo paz y amor, ¿me explico?

—Alto y claro —matiza Fabián, que alza la mano para que venga el camarero.

—¿Qué haces? —le recrimino. A ver, que no hemos escrito un plan a seguir al pie de la letra, sin embargo, llamar al camarero ya puede que sea ir deprisa.

—Tengo sed, déjame beber, aunque sea un martini, no sé, que corra el alcohol —me contesta Fabián insolente.

—Si bebemos no pensamos y, si no pensamos, no somos lo suficientemente espabilados para quedarnos con los detalles. Los detalles marcan la diferencia. —Y es así, que no os quepa la menor duda. Si yo me hubiese fijado en los detalles, puede que Jorge no me hubiese hecho tanto daño.

—Tres martinis —pide Fabián pasándose por el forro de las narices mi explicación. Si es que no sé ni para que lo intento cuando me ha quedado claro todos estos años que ellos van por libre y harán lo que les salga del culete.

Esperamos a que nos traigan las bebidas y los tres alzamos las cabezas a lo suricato, expandiendo la vista por la sala. Es grande y hay bastantes mesas y la verdad es que, por primera vez, me alegro de haberle hecho caso a mis amigos y reservar porque es probable que hubiéramos terminado como vagabundos bebiendo por fuera y sin hincarle el diente a nada.

—¿Y David? —pregunto sacando un tema. De algo hay que hablar mientras esperamos para cogernos el lote del siglo. Visto lo visto…

—Nos vemos luego, me ha escrito un mensaje. Le he enviado la foto que nos sacamos antes de salir de casa, espero que no te moleste.

Niego.

—Para nada —matizo tras mi negativa.

—Una foto sin mí, qué triste mi vida. Mis amigas son unas pérfidas —protesta Fabián al más puro estilo niño pequeño.

—Venga, va, nos sacamos otra.

Saco el teléfono y pegamos nuestros cuerpos para que todos quepamos en la pantalla.

Y… ¡tachán! En ella, una cara que conozco bastante bien aparece.

—Vaya, vaya, vaya… ¿Casualidad, Munia, o me estás persiguiendo?

Bajo el móvil antes de capturar la imagen y me giro para plantarle cara.

Su lengua. Su cuerpo. Su boca. Su piel. Su todo impacta contra mí con fuerza.

No, no pienso dejar que nada de esto me detenga, tampoco que me afecte más de lo necesario, es decir, no voy a permitir que me perturbe nada de nada.

Loreto me da una patada por debajo de la mesa y el mantel se mueve.

—Hola, Ciro —lo saluda mi amiga con familiaridad.

A la mesa, además de él, se ha acercado un chico moreno de ojos claros que lo acompaña. Este chico debe de ser su amigo. Supongo que el único porque con el carácter de mierda que tiene…

—Ciro, no te persigo, ¿puedes decir tú lo mismo? Quizá buscaste este encuentro, no sé, quizá estás ávido de la chispa que te falta.

Chispa la que me ha provocado él solo con pasar su lengua por mi mano. «No, este tipo de pensamientos no», me reprendo. Desvío la mirada por si resulta que se le da de perlas entender que me he puesto nerviosa y que yo, jamás de los jamases, he llegado a ese punto con él.

—Buenas noches —balbucea su amigo.

Fabián, como buena ave carroñera que se precie, se incorpora de un salto y se acerca hasta…, hasta el acompañante. Ver para creer.

—Buenas noches, soy Fabián, y ¿tú eres…?

—César. Su amigo —dice a la vez que señala a Ciro con su pulgar.

Al final, nos incorporamos y procedemos a las presentaciones. César parece un chico bastante tímido, habla en un tono de voz muy suave, casi susurrante, y nos estrecha las manos a los tres. Nada de besos. Bien. Cuanto menos socialicemos será mejor para el plan.

—¿Y qué hacéis por aquí? ¿Acaso no es Madrid lo suficiente grande como para tener que acabar en el mismo sitio que nosotros? —Disimular se me da de perlas, si hasta parece que les hago creer

que ellos han sido los que se han presentado en el bar como si fuesen los espías y no viceversa.

—Solemos cenar aquí muchos viernes —comenta César.

Le sonrío, me recuerda a esos muñecos que son achuchables y hasta siento ganas de abrazarlo. O las sentiría si no fuese un poco despegada. Lo del contacto se me da un poco tirando a mal.

—¿Y vosotros? —nos pregunta César cuando ve que no explicamos nada.

—Nos recomendaron este local.

Observo a Fabián de hito en hito. ¿A quién se le ocurre decir nada de esto? La culpa es mía porque tenía que haberle advertido que él mejor solo interviniese para verbalizar monosílabos. Si es que…, cortita, soy un poco cortita.

—¿Quién? —Lo que ya me imaginaba, Ciro se pone en modo sospecha. Nos conocemos bien, él en otra vida fue uno de esos sabuesos de la poli, fijo. Hablo de los perros, claro.

—Una amiga —se adelanta Loreto—. En realidad, es amiga de Munia y mía. Buena chica —añade para darle un poco más de información sin revelar demasiado. ¿Veis? Ella sí que lo hace estupendamente, no como otros.

—¿Queréis sentaros con nosotros? —propone Fabián. Bueno, esa se la perdono porque yo pensaba decirlo de una forma u otra y quizá que no sea yo la que lo plantee suene a menos trola de lo que es.

—No queremos molestar. —Ciro sigue en actitud suspicaz, y es César el que contesta.

—No es molestia —indica Loreto.

Mi enemigo y yo nos observamos de esa forma, justo de esa en la que los dos nos retamos con la mirada intentando bucear y averiguar si hay gato encerrado en el asunto. Ciro, en un momento puntual, desvía la vista hacia mi mano, tras eso, la fija en mi boca y segundos después mira hacia otro lado, como si intentase…, como si intentase recomponerse.

Me tiemblan un poco las piernas. Tengo que hacer acopio de la fuerza de voluntad que me queda para llevar este plan adelante.

El trabajo siempre ha sido mi vida, mi prioridad, y no voy a permitir que Ciro me lo quite.

—No es molestia —le digo mirando a César y repitiendo las palabras de mi amiga, sonrisa incluida, para darle más veracidad a mis palabras—. Salvo por él, que es una carga allá por donde va. —No podéis pedirme que no lo diga, si me lo ponen en bandeja, tendré que soltarlo, es lógica aplastante.

Fabián vuelve a alzar la mano y llama al camarero, que, de paso, nos trae los tres martinis. Me tomo el mío de un trago, lo siento, necesito que algo mate el nerviosismo que tengo dentro y no me haga pensar en la causa que lo provoca porque no sabría deciros el motivo exacto.

—Otro —le pido dejando mi copa en el mismo sitio en el que depositó las de los tres.

Loreto y Fabián me observan con una sonrisa socarrona en los labios, César parece no haberse percatado de nada, y Ciro me mira y duda entre reírse o llamar a Alcohólicos Anónimos. Raro es que no diga lo que piensa, le va a dar un retortijón por callarse.

—¿Cree que podremos sentarnos todos juntos? —Fabián pone esa voz tan dulce y azucarada que suele usar cuando quiere conseguir algo, y yo finjo un mohín de que todo me parece superdivertido, aunque por dentro, por dentro no sé si termina de hacerme gracia.

Por un momento dudo entre si estoy haciendo lo correcto, si debo fisgonear en la vida privada de Ciro y airear sus trapos sucios o dejar que los acontecimientos se desenvuelvan como se iban a desarrollar y que sea lo que tenga que ser. Que es quedarme con el puesto yo, y él, de patitas a la calle. Este plan es solo para garantizar que así sea.

El camarero parece que ha dado el visto bueno porque con diligencia trae varios platos y mi copa de martini. No pierdo el tiempo y la llevo hasta mis labios, aunque contengo las ansias de tomármela de un solo sorbo. Tengo una reputación que mantener.

—Y decidme…, ¿cómo es que sois amigos de la arpía? Espero que no los hayas embrujado —suelta a modo de provocación.

¿Sabéis ese pequeño e ínfimo momento en el que dudas de si haces lo correcto o no? Pues que sepáis que ya no tengo dudas.

Esto es la guerra.

20. QUE PAREZCA UN ACCIDENTE

Me tomo la segunda copa antes de contestar. Al carajo la reputación.

—Contadle cómo nos conocimos —les pido—. Quizá hasta se sorprende. Ahh, y que sepáis que ya sabe quiénes sois porque os estuvo investigando en las redes sociales. Esto va por ti, Fabián, porque a Loreto ya la conoce.

—Y es un verdadero placer.

¿Qué?

—¿Estás intentando ligar con Loreto?

César se ríe, sin embargo, no dice nada. Tiene pinta de ser de los que usan la técnica del monito: ver, oír y callar.

—No —sentencia Ciro. Me mira con un gesto reprobatorio. No entiendo el motivo cuando no he dicho nada que no hayamos pensado todos los presentes.

Observo a César por si aporta algo a la conversación, no sé, un dato de esos que te indiquen que Ciro ya tiene con quién ligar y, de paso, a quién chupar. O…, o contarnos quién es Kiara y el papel que ha jugado en su vida.

—Poco puedes hacer conmigo, chato, porque estoy pillada. Mucho.

—¿Sí? ¿Y de quién? —se interesa Ciro.

Y ya está. Ya soy consciente de que hemos perdido a Loreto por el camino. Igual lo ha hecho aposta, porque todos sabemos que sacarle a Loreto el tema de David es como dar en la diana. O en los ojos de Ciro que decoran la diana de mi casa.

—Se llama David y es…

—Maravilloso —intervengo yo para dar un adjetivo que lo defina por mi amiga.

—Exacto. —Me aplaude ella. No ha pillado el sarcasmo de mi palabra.

—Ese chico debe de estar en el cielo contigo.

Bah, vaya comentarios más manidos que tiene Ciro.

—No te había visto yo en modo peloteo. No se te da del todo bien —lo provoco.

—Eso es porque contigo es imposible mantener una conversación sin que me den ganas de asfixiarte.

—Es mutuo, zoquete.

—Y tú, César, ¿sales con alguien? —Guardamos silencio todos en la mesa. Fabián es el que ha formulado la pregunta, y Loreto, que se moría de ganas de contar todo lo referente a David, no chista esperando su respuesta.

—No tengo pareja.

—¿Y rollos?

Madre mía, madre mía. La sutilidad no es una de sus cualidades y eso lo sabía yo. La conversación se está tornando hasta incómoda.

—Soy gay —suelta.

Contenemos la respiración. Observo a Ciro, que sonríe como si ese comentario o esa afirmación le hubiese parecido acertada, y no lo entiendo, no entiendo el motivo de ello.

—Mejor —finaliza Fabián—, porque yo también lo soy y tampoco tengo pareja.

Si esto se tratase de un partido de tenis, iríamos de pelota en pelota o de cabeza en cabeza, según se vea. Espero paciente la respuesta de César al descaro de mi amigo. Ahora mismo me parecen como el agua y el aceite porque, puestos a confesar, César no tiene pinta para nada de ser el tipo de Fabián. Es callado, tímido y tiene un punto de intelectual que ya sé que a mi amigo le pone cerdo, pero es como su antítesis.

—¿Esperas que conteste a eso de alguna manera? —le suelta.

Uhhh. La cosa se pone interesante.

—César, me caes bien. Corregidme si me equivoco, no obstante, tengo la leve sensación de que eres el primero en responderle a mi amigo de esa manera y, por encima de todo, de dejarlo sin palabras.

—Me ha dejado sin palabras, sin duda alguna —musita el susodicho y diría que no se refiere a sus contestaciones, que, ojo, tal vez estoy errando.

No hace falta que os cuente la forma en la que lo ha dicho, ha sonado impúdica hasta para mí, que, conociendo a Fabián como lo

conozco, no hay nada que me sorprenda ya.

—¿Cómo os conocisteis? —cuestiona César algo más cómodo y pasando olímpicamente de Fabián.

—Es una larga historia —musita Loreto.

—A Fabián lo recogimos de la basura —confieso entre risas. Puede que los martinis me estén haciendo daño y estén reduciendo de forma considerable mi raciocinio, que, a ver, esta broma la he soltado en varias ocasiones, no obstante, en este momento, no logro contener las carcajadas cuando lo cuento—. Loreto y yo trabajamos juntas, aunque nos conocimos antes, mucho antes. Ella ya trabajaba en la televisión cuando yo empecé. Fue casualidad.

—Lo de Fabián es coña, ¿verdad? —A ver, que pregunte me hace retractarme de su apariencia de intelectual.

—Obvio —matizo.

—¡Ja! Has picado.

Ya sé de dónde viene el «ja» del otro día, ese que tengo apuntado en mi móvil.

—Muy graciosillo —mascullo ofendida—. Este tipo de cosas las suelo pillar al vuelo —me justifico.

—Será lo único —ironiza Ciro.

Lo miro con mala cara, sin embargo, él parece no percatarse de ello o es que quizá se la suda todo un huevo.

—Nosotros nos conocimos porque aquí las señoritas iban casi siempre a mi cafetería. Se sentaban en la barra y no paraban de parlotear hasta que se iban, y yo las escuchaba. La verdad es que me animaban los viernes.

—Anda, los viernes, como nosotros —susurra César, que parece que se empieza a emocionar con lo que está contando Fabián.

Ciro sigue a lo suyo. De nuevo lo escruto con la mirada y no sé si es que no está prestando atención a la conversación y está sumido en su mundo o es que se ha dejado dormir con los ojos abiertos. Cosas peores he visto yo, os lo digo.

—Al final, terminé acercándome a ellas y metiéndome en sus conversaciones, que, todo sea dicho, eran pésimas. Ahora nos hemos convertido en buenos amigos y compartimos todo el tiempo libre que podemos. —Me sorprende la forma en la que Fabián

expone nuestra relación, el cariño con el que lo explica y, en cierto modo, me hace sentir afortunada por tenerlos y contar con ellos siempre, a pesar de que tengamos nuestros más y nuestros menos, aunque eso es harina de otro costal y pasa hasta en las mejores familias.

—Y vosotros, ¿cómo os conocisteis? —indago.

—Nos conocemos de toda la vida. Diría que soy el único amigo que tiene Ciro.

—No me extraña, con lo huraño que es —apostillo. Mi comentario parece haber traído de vuelta a Ciro y me mira con rabia, una rabia que no tardará en explotar, que lo sé yo. Ya nos conocemos.

—Es buen tipo, solo que hay que conocerlo y, por encima de todo, él debe ser capaz de dejarse conocer. Se ha vuelto algo inaccesible.

—¿Sí? ¿Y eso por qué? —prosigo con mi misión, eso sí, tengo que reconocer que saber algo más de la vida de Ciro me atrae. En el trabajo nunca cuenta nada, no nos reunimos fuera de esas paredes y mucho menos mezclamos el plano personal con el profesional. Me arriesgaría a decir que es la primera vez que hacemos algo que no sea enfadarnos y tirarnos los trastos a la cabeza y que sea fuera de la cadena, que eso también es un dato a tener en cuenta.

—La vida. —Es todo lo que responde César ante mi pregunta.

Vale, es uno de esos. Uno de los buenos amigos que no son capaces de contar las intimidades de los demás a la primera de cambio. Tal vez, si César fuese como Fabián, ya habría cantado dónde me depilo, de qué color me gusta la ropa interior y si me hurgo la nariz o hago caca con el teléfono. Ese es el nivel.

—Y dime, Loreto, ¿cómo es que te dio por adoptar a una cerda? Y no hablo de Munia…

Alzo la mano para pedir una nueva copa. Tengo que ahogar las ganas de asesinarlo en alcohol y dejar de mirarlo como si fuese un *muffin*, y yo tuviese muchas ganas de chocolate. Joder, la culpa es de su puñetera lengua y no hablo solo de chupar mi mano, extiendo esa culpabilidad a su existencia como tal.

—El camarero debe de estar harto de ir y venir. Quizá tienes un serio problema de alcoholismo, Munia.

—Sí, me lo has provocado tú con tu mera presencia.

—Al menos alguien te provoca algo —me rebate.

—Preferiría otro tipo de cosas, la verdad. —Uy, lo que he dicho.

Loreto contiene la risilla, y Fabián y César se parten de risa a sus anchas y a mi costa, claro.

—Peggi es un amor, aunque tiene cierta fijación por los zapatos de Munia —explica Loreto intentando que haya algo de calma entre nosotros.

—La pobre, deberían enseñarle que comer eso le puede provocar una indigestión —susurra Cesar.

—Tranquilo, indigestión la que nos provoca ella con sus pedos apestosos —suelto sin pensar.

Nos quedamos todos unos segundos en silencio y me atrevo a decir que he sido un pelín demasiado directa. Cuando me dispongo a pedir disculpas porque hablar de cacas y pedos cuando vamos a cenar está claro que no es de buena educación, César me interrumpe riéndose a carcajadas, seguido de Fabián, Loreto y Ciro.

Miro a Ciro, perpleja, y sí, joder, sí. Tiene una sonrisa increíble, y yo…, yo me quedo embobada mirándolo. De nuevo y, por tercera vez esta semana, sin palabras.

21. SI ME PINCHAN, NO SANGRO

La cena transcurre de una forma que en ningún momento había imaginado. Ciro y yo hemos seguido lanzándonos pullas constantes, hay cosas que por más que quieras no se pueden cambiar. Fabián y César se han enfrascado, en más de una ocasión, en conversaciones de dos, dejándonos a todos fuera y otras han participado en las cosas que nos hemos ido contando.

Sabemos que César y Ciro se conocen desde siempre, que han sido amigos durante años y años, a pesar de haberse distanciado, sobre todo en la universidad, y que viven relativamente cerca uno del otro. César también nos ha hablado de su familia; Loreto, de la suya, y Fabián ha mencionado hasta a sus bisabuelos. Yo les he contado que tengo una tía que está bastante chalada, a lo que Ciro ha respondido con un nuevo «ja» que ha dado pie a que nos retemos otra vez. Y, con toda esta información, Ciro es el que no ha dicho ni media palabra sobre su vida, con lo cual, empieza a peligrar nuestro plan.

—Y tú, Ciro…, ¿no piensas contar nada de ti? —cuestiono reconduciendo la conversación y llevándola hacia mi truculento fin.

—Mi vida es bastante aburrida. Trabajo, casa; casa, trabajo —aduce.

—No puedo creer que un chico como tú no tenga nada que contarnos. Novias, rollos, familia, ¿hijos secretos? —inquiere Fabián con socarronería.

—Hijos secretos, desde luego, no. —Su mirada se enturbia tras decir eso y ahora la que se pone en modo sospecha soy yo.

—¿Y novias? —insisto.

—¿Por qué te interesa eso? ¿Hay algo que quieras decirme? ¿Quieres que hablemos en privado?

El vello se me eriza tras sus palabras. No por la frase en sí, sino por la provocación implícita que conlleva la misma. La forma de mirarme, buscando respuestas; el tono, suave, pero decidido; sus ojos, brillantes y oscuros como la noche.

—Desde luego que no… —especifico repitiendo sus propias palabras—, es simple y mera curiosidad. —Mi voz suena tomada. El efecto de Ciro. Ahora entiendo todo lo que consigue con su sonrisa y su voz de malote.

—Mañana tiene una cita —nos cuenta César.

No me pasa desapercibido el gesto torcido de Ciro cuando César lo explica. Me atrevo a decir que en esta ocasión sí que ha hablado de más.

—Ah, sí, ¿con quién? —indago, no por interés, que conste en acta, es solo por hablar de algo…

Ciro suspira, se sabe entre la espada y la pared, y no puede no contestar porque el tema ya ha salido a colación. Debo centrar mis cuestiones en César porque es el que más cuenta y mi única baza para poder investigar sobre su vida privada sin interrogar directamente. Es como mi excusa perfecta.

—Con Estefanía.

Hostia puta. ¿Es…? ¿En serio es…?

—¿De qué Estefanía estamos hablando? —Loreto es la que pregunta, menos mal, porque a mí parece que me ha comido la lengua el gato.

—Estefanía. Esteffi. La presentadora de la sección de moda —César lo suelta acompañado de un alzamiento de cejas.

Si me pinchan, no sangro.

—¿Con ella? —Joder, la pregunta ha sonado a reproche, incluso diría que a novia celosa. Y no son celos ni nada por el estilo, es la sorpresa que me ha producido.

—En eso tengo algo yo que ver —apostilla César antes de darle un nuevo trago a su martini.

En definitiva, yo también necesito otra copa. Imito su gesto y aguardo a que alguien diga algo porque estoy en *shock* total.

—¿Con Estefanía? —insiste Loreto, que quizá la pobre se cree que por más que lo pregunte va a cambiar la respuesta y ojalá fuese así, todo hay que decirlo.

—Ciro necesita tener una cita, salir al mundo. —Mierda—. Abrirse, conocer a otras personas, interactuar y relacionarse con alguien aparte de conmigo —indica César. Y no lo dice con voz de ebrio, no,

lo dice como si de verdad lo estuviese contando en una reunión de amigos y buscando el beneplácito de los presentes.

—César… —le advierte Ciro.

—No pasa nada, Ciro. Munia está casi tan borracha como yo y estoy bastante convencido de que mañana no recordará nada de lo que aquí se hable. O hará borrón y cuenta nueva, ¿verdad? —Asiento.

¿Me estará describiendo a mí? ¿Tendrán un micrófono oculto y nos escucharán cuando conversamos en el salón de mi casa y mis amigos me dicen eso? Que debo abrirme y tener citas…

—No las tengo yo todas conmigo —rebate Ciro, que me mira suspicaz. Alzo la copa y brindo por él, como si del GIF ese de Leonardo DiCaprio se tratase.

—A ver… —intervengo tras beber—, que yo entiendo que haya que tener vida social y sexual, sobre todo sexual —repito y no sé ni por qué lo hago, porque mi vida sexual es casi tan patética como mi vida personal. Sí, ya, de nuevo, se tenía que decir y se dijo. Olé por mí—, no obstante, joder, Ciro, ¿con Esteffi? Que no tiene tema de conversación que no sea la moda. Que el otro día, en la cafetería, se pegaron Loreto y ella cuarenta y cinco minutos hablando de una mascarilla para el pelo —le narro. Lo mismo parece que esté intentando hacerle entrar en razón, que, ojo, es libre de hacer lo que le dé la real gana y de salir con quien quiera.

—En realidad —intercede mi amiga cortando mi discurso—, fueron más, tú te fuiste a los cuarenta y cinco minutos, pero estuvimos mucho más tiempo hablando y comparando marcas.

—Peor me lo pones —insisto—. Dios… No sé… Tienes un gusto de lo más extraño.

—¿Quieres tener tú la cita conmigo?

—¿Quieres llegar vivo a tu casa? Estoy leyendo un libro muy interesante sobre formas de asesinar sin ser descubierto —le digo mientras le guiño un ojo.

—Eso no me extrañaría nada porque es capaz de levantarse de madrugada solo para ver el programa ese de asesinatos —les narra Fabián.

—¿Qué? Se aprenden muchas cosas —me defiendo de su acusación.

—Y luego dices que Esteffi es la rara —contrataca Ciro.

—Es rara, no me lo puedes negar, lo que me sorprende es que te hayas fijado en ella.

—Es muy guapa y sexi. Y su pelo es perfecto. Además de su estatura… —Hace un pequeño gesto con la mano como si ella fuese alta, y yo, David el Gnomo. Gilipollas.

—¿Y tan desesperado estás como para no buscar más? No sé, en el infierno debe de haber muchas mujeres perfectas para ti. Con rabo y cuernos. —Alzo las cejas y le regalo una sonrisa maléfica.

—Si quiero un demonio de Tazmania ya te tengo a ti, Munia. Busco… algo mejor.

—¿Que yo? Imposible, zoquete, imposible.

César se ríe por mi comentario y se lleva de nuevo la copa a la boca. Tal vez esta noche somos nosotros los que acabemos haciendo un baile en medio del restaurante y podemos cobrar por la cena y el espectáculo.

—Ciro tiene que dejar en el pasado a su ex y seguir adelante. El mundo no se acaba por culpa de una mujer. —Tiene razón, el mundo no se acaba por una persona. Ni siquiera Jorge fue capaz de terminar con el mío y lo intentó, vaya que si lo hizo.

—Ni de un hombre —cuestiona Fabián con su afirmación y poniéndole, de nuevo, ojitos a César.

A ver, un momento, recapitulemos. César se ha ido de la lengua y, aunque no ha dicho el nombre de la chica, no hay que ser muy listo para entender que Ciro y esa Kiara tuvieron algo. Si fuese otra, habría fotos, ¿verdad? Sí, claro que sí, las habría. Y también ha dicho que lleva mucho tiempo sin salir con nadie y ha llegado el momento de poner solución a este asunto. No lo ha dicho así, ¿vale? Lo sé, seguidme el rollo, que perdemos el hilo de mis elucubraciones.

Bien, dicho esto, esa Kiara tiene que ser su ex y ella le ha tenido que hacer algo a él, pero… ¿el qué?

—Que una mujer te haga daño no implica que todas te lo vayan a hacer —argumenta Loreto saliendo en mi defensa. Yo me he

quedado ensimismada y no he razonado como debía.

—No, salvo que esa mujer te deje por tu hermano.

Upsssssss.

—César, ¡ya basta!

Ciro se incorpora sin disculparse ni nada y se marcha en dirección al servicio.

Observo de reojo el paso acelerado y considero que es el mejor momento para seguir indagando. Sin Ciro presente, es la mejor forma. Y, si es así, ¿por qué me siento mal de verlo irse con el gesto compungido?

—Loreto, voy al baño, intenta averiguar más. Tengo que hablar con Ciro.

Mi amiga me da un par de palmadas en la pierna para que los deje a ellos encargarse de todo.

Deposito la servilleta sobre la mesa y los dejo a los tres solos. Sigo los pasos de Ciro y me quedo por fuera del servicio, esperando a que salga. Ni siquiera sé qué le voy a decir o el motivo por el que he venido hasta aquí.

¿Será cierto eso que dice Fabián de que él está intentando ganar terreno conmigo como técnica para quedarse con el puesto?

Llevo días dándome cuenta de que esa relación que siempre hemos mantenido, las confrontaciones y las batallas dialécticas han dado paso a conversaciones más profundas, empatizar en momentos puntuales con el otro e, incluso, comenzar a conocernos, cosas que nunca antes se habían dado.

¿Puede ser que esta competición por salir victoriosos nos esté uniendo? ¿Y que nos esté cambiando?

22. LA TENTACIÓN QUE ME PROVOCAN TUS LABIOS

CIRO

Salgo del lavabo tras varios minutos sopesando los pros y, por encima de todo, los posibles contras de que César esté contando información que nunca he compartido con nadie.

Forma parte de mi vida y de lo que soy, y es evidente que no tengo por qué esconderlo, sin embargo, siempre he guardado lo sucedido con recelo, no por nada en especial ni por miedo a que me tachen de cualquier cosa negativa por la que se pueda tachar a un hombre al que dejaron por su hermano.

Estaba enamorado de Kiara. Loco e irremediablemente enamorado de ella, hasta un punto en el que no pensé que lo estuviese y no me avergüenza decirlo sin tapujos. Me dejó por mi hermano, sí, y me dolió, eso también, y no solo fue el hecho de que ellos mantuviesen oculta la relación que ambos tenían a mis espaldas, por la traición de mi propio hermano o de ambos, porque él es sangre de mi sangre, y ella era mi pareja. Quizá, si hubiese habido un momento en el que me dijesen con honestidad lo que sucedía, que se habían enamorado uno del otro, que querían darse la oportunidad de ver hacia dónde les llevaba esa relación, lo hubiese entendido. ¿Hubiese dolido igual? Por supuesto, una cosa no quita la otra, pero sí que habría entendido que el amor es así de imprevisible y que se encuentra escondido donde menos te lo esperas. La conexión, la chispa, el desenfreno, las mariposas, todo lo justifica menos la traición.

Y eso es lo que más me dolió de la situación. Eso y toda la mentira que giró en torno a la relación a tres.

Me encuentro a Munia apoyada en la pared con el teléfono en la mano y tecleando sin cesar.

—¿Se te ha perdido algo o es que esperas terminar el *show* por todo lo alto? —le suelto con desdén. Estoy enfadado y ni siquiera sé si es por la presencia de ellos, la coincidencia, las palabras de César o lo que Munia me está haciendo sentir.

—Quería saber si estabas bien. —Termina de teclear algo y guarda el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón—. ¿Damos una vuelta?

—No pienso firmar ninguna tregua contigo y no quiero que pretendas que seamos amigos porque no lo somos.

—Me alegra que seas tú el que haya aclarado los términos porque yo sigo odiándote, Ciro. —La sonrisa que expresa tras sus palabras me hace tambalear.

Me da vértigo todo esto: lo que me hace sentir, las ganas constantes de buscarla, de que me responda, de que ella me busque a mí. Sin contar con lo que sentí cuando pasé mi lengua por su mano imaginando que eran otras partes de su anatomía las que saboreaba sin pudor alguno. Aunque eso he decidido relegarlo a un cajón: el del señor olvido.

Suspiro intentando calmarme, y ella interpreta ese gesto como un sí al paseo porque comienza a caminar en dirección a la salida del local.

Recorro las curvas de su cuerpo y observo de soslayo el encaje del sujetador que se atisba bajo la camisa de gasa transparente.

Me lo pone difícil, es una mezcla de: ahora con una sola mano, luego sin las dos manos, sin piernas, haz equilibrios y no pierdas los piños. Esa es la sensación constante con Munia, un vértigo inexplicable e incontrolable que hace tambalear todo lo que crees seguro. Todo lo tangible y perceptible.

El fresco de la noche no cumple el efecto deseado. Ni la brisa veraniega que impacta contra mi rostro es capaz de aislar mis pensamientos cuando Munia se gira y se queda frente a mí.

Kiara siempre fue guapa, exquisita incluso, sin embargo, Munia, con ese aire alocado que tan bien le sienta a quien es ella, con su melena irreverente, con su actitud insolente y sus curvas hacen que sea diferente…, una diferencia que atrapa. Una vez me dijo que los perfumes y los venenos se vendían en pequeños frascos, y ha tenido que llegar este momento para que entienda su metáfora. Por muy pequeña que ella sea, engrandece todo lo que esté a su alrededor o empequeñece a su contrincante.

Giro la cabeza evitando darle a entender los pensamientos inconexos que tengo sobre ella. Quizá debería haberme dado cuenta hace ya bastante tiempo de que este juego que nosotros nos traíamos entre manos, esa adicción que provocaba, no se limitaba a un pasatiempo momentáneo, iba mucho más allá. Quizá debería haber entendido que la línea entre el odio y el amor es tan fina que muchas veces se convierte en imaginaria.

—Estás preciosa esta noche —musito recorriéndola de arriba abajo.

Ella sonríe de medio lado y se toca el pelo. Ese gesto me hace centrar mucho más la atención en una zona en concreto que no debería mirar, no obstante…, ¡joder!, me lo pone demasiado complicado.

—¿Es otro de tus trucos para meterte conmigo?

Yo, en este momento, le metería de todo menos miedo.

Exhalo el aire una vez más, intentando serenarme y pensar con claridad. Es el alcohol el que no me deja razonar como debería hacerlo.

—No, en esta ocasión, no —le confieso con una sinceridad apabullante. Ella parece percatarse porque sonríe y asiente.

—¿Quieres que hablemos de ello? De lo que ha pasado ahí dentro. —Niego efusivamente y mis ojos y los suyos conectan en una caricia delicada. Es Munia, Ciro. La misma Munia de siempre. La Munia que sabe tambalear tu mundo con solo abrir la boca. La que empieza a bambolearlo de una forma para la que ni siquiera te habías preparado.

—La verdad es que no sé qué ha sucedido ahí dentro —le revelo.

—César me cae bien.

Munia comienza a caminar sin un destino estipulado. Hemos salido y hemos tomado la primera dirección que se nos ha pasado por la mente. Nosotros siempre hemos funcionando de esa forma, sin pensar y solo actuando.

—Es un gran amigo. Una buena persona —declaro.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Apuesto a que, a pesar de que te diga que no, lo harás igual.

—Esa soy yo, zoquete —me dice riéndose.

Es la primera vez que se dirige a mí de esa manera sin inquina en sus palabras y puede que también sea la primera en la que me ha gustado que lo haya hecho así. Estoy descubriendo cosas para las que no sé si estoy preparado.

—Dime —le pido.

—¿Por qué miraste de esa forma a César cuando dijo que era gay?

—Vaya —me sorprendo—, veo que estás pendiente de los detalles.

—Obvio, los detalles aportan información que quizá una palabra no hace. En el programa siempre analizo el lenguaje no verbal, los gestos, las manías, las pequeñas cosas que pasan desapercibidas ante los ojos de los demás, y me dan una pista de si dicen o no la verdad. No me posiciono jamás, ya lo sabes —me suelta guiñándome un ojo. Sabe que la espío, lógico y normal—, sin embargo, termino conociendo un poco más a los participantes y aprendiendo de ello.

Si nuestro paseo de ahora tuviese una banda sonora, sería la canción de Loquillo, *En las calles de Madrid*. Parecemos dos gamberros recorriendo sus vías, parecemos… dos amigos que hablan un viernes noche sobre los planes del fin de semana. Parecemos, incluso, dos amantes que se adentran en la noche con la esperanza de que les sorprenda o de sorprenderlos ellos a ella y llenarla de esa luz que le falta.

—¿Tampoco me lo quieres contar? —se aventura a preguntar.

—No sé hasta qué punto me corresponde a mí darte una explicación en relación a ese asunto.

—Pues dame una que mate mi curiosidad sin desvelar los secretos de tu amigo —aduce.

Sonrío.

—Digamos que César tiene que… ser él mismo por encima de todas las cosas, sin miedos, sin reservas y sin recelos.

Munia se ríe y sé que me está mirando, aunque yo no le devuelva el gesto.

—Tiene un buen amigo en ti, me alegro de que no seas tan capullo con él como lo eres conmigo.

—Tienes que reconocer que te alegro los días —bromeo.

—No diría yo eso precisamente. No me cae bien el Ciro que está encantado de conocerse.

—Ah, perdona —hago un inciso—, ¿acaso hay algún Ciro que te caiga bien?

—Te sorprendería si respondiese a esa pregunta —susurra.

Comienzo a hacer cábalas sobre sus palabras. Puede que ella se sienta tan confusa como lo estoy yo o quizá es producto de los martinis que ha tomado en cantidades ingentes, quizá también yo razono de esa manera por lo mismo, por la bebida, y puede que todo esto sea una excusa de mierda que justifique que sí que somos capaces de comportarnos como personas civilizadas, que podemos hablar sin insultarnos y que existe algo más que odio entre compañeros de trabajo.

—Atrévete —le pido.

Munia frena sus pasos y se queda frente a mí. Aun con la oscuridad de la noche, sus ojos brillan con intensidad y su cabello se mece insolente.

—Hagamos un trato —indica—. Yo te cuento lo que me gusta de Ciro si, tras este momento que compartamos, te olvidas al completo de que lo he dicho.

Tengo la ligera sensación de que Munia quiere que llene ese cajón llamado olvido de cosas difíciles de obviar.

—Dime.

—Lo que se diga esta noche, no saldrá de aquí. Será una especie de tregua que firmaremos, una momentánea, y, tras esto, nos olvidaremos de lo acaecido, ¿vale?

Medito unos instantes sobre sus palabras y estoy convencido de que no va a darse una oportunidad como esta para que hablemos, para que me dé información y me cuente cosas o confiese qué le gusta de mí.

—Acepto.

Munia apoya su cuerpo en el primer coche que pilla y me dedica una de esas miradas intensas. Esa es justamente la palabra que mejor la definiría: intensa, en todos y cada uno de los sentidos lo es.

—Me cae bien el Ciro que es capaz de comportarse como una persona normal, el que se entrega en todo lo que hace y el que se deja llevar. El amigo de sus amigos. Y, otra cosa más —me suelta tras hacer una breve pausa—, tus pañuelos —dice señalando el de jabalís que me he puesto hoy a juego con el pantalón—, no son tan horrendos como parecen.

Sus últimas palabras logran despertar en mí una carcajada sincera, ella termina sumándose y, mientras reímos sin parar, lo siento. Me quedo en total y completo silencio por unos segundos, y ella hace lo mismo.

Un paso, dos, tres y estamos casi unidos, cerca, muy cerca, tanto que percibo el olor a cítricos en su piel, una mezcla que me atrapa, que me pide más, que provoca.

Deslizo mis dedos por su mejilla, su piel se eriza bajo mi contacto, y mi cuerpo responde de una forma bastante primitiva.

—Arpía…

—Zoque…

No ha terminado de formular la palabra, y mis labios ya están sobre los suyos. Su mano se coloca en mi nuca y presiona su cuerpo con fiereza contra el mío. Su lengua busca la mía sin esperar a que sea yo el que dé el primer paso y ¡joder!, si este es el infierno, me alegro de que en el cartel de bienvenida ponga mi nombre y me reciban con un par de aplausos.

Toda esa chispa, toda esa energía, toda esa tensión sexual no resuelta se palpa en el ambiente. Somos labios, lengua, caricias, pasión, alboroto, necesidad y ansia. Somos la explosión que siempre se prende cuando estamos juntos. Somos más nosotros que nunca.

Mientras jadeo en su boca, presa del deseo que siento con un simple beso de Munia, me doy cuenta de que el cajón llamado olvido comienza a no querer llenarse de nada, al contrario, lo único que quiere es convertirse en un álbum de recuerdos de esos que dan ganas de rememorar una y otra vez.

Cada maldito día.

Cada puto día.

Munia, definitivamente, ha tambaleado mi mundo y ha convertido todo lo que creía irreal en visible.

23. LOS SECRETOS Y LAS VIRTUDES

—¡Y nos hemos besado! O más bien diría que le he besado yo a él. ¿Sabes ese momento en el que lo ves todo como a cámara lenta? Pues así fue. Lo vi acercarse y mis instintos más primarios tomaron el control y no fui capaz de razonar. Solo pensé en cómo sería besar a Ciro y eso fue lo que hice. Y ahora…

—Nada —resuelve Rita, que me ha escuchado decir todo casi sin tomar aire.

—Ahora no sé qué hacer porque es Ciro y, en teoría, nos odiamos.

—Deja de decir memeces, Munia, por favor, que no os odiáis y nunca lo habéis hecho, solo es vuestra forma de comportaros. Por lo que dices, él no lo ha pasado bien en el amor.

—Su novia lo dejó por su hermano. Fabián me ha dicho que tiene información al respecto y que esta noche vendrá a cenar a casa para ponerme al día. Yo no pude quedarme anoche. Me inventé una excusa pésima sobre un dolor de cabeza y como había bebido varios martinis, pues coló. Loreto me acompañó y se quedó conmigo, y Fabián permaneció con César y con Ciro en el restaurante. Estoy hecha un lío. No contaba con nada de esto, Rita.

—Seamos cabales, Munia. Siempre lo has sido. Ese chico actúa de esa forma porque ha alzado un muro a su alrededor.

—Tiene una cita con Estefanía esta noche. Mucho muro no ha alzado. —Y sí, ha sonado a novia celosa y no os confundáis porque no lo estoy, ea.

Mi tía suspira y se levanta para ir a por algo de beber. Tal vez mis dramas la llevan por el mal camino.

—¿Quieres?

—Paso. Solo con oler el alcohol pienso en lo que sucedió anoche y me entra dolor de barriga.

—Yo beberé por ti —me dice sonriendo a la vez que llena su copa de vino.

—Dijimos que haríamos como si nada de lo que pasó anoche tuviese importancia.

—Pues ya está —resuelve—. Eso es lo que harás. Seguir adelante con ese plan pésimo y que considero descabellado y centrarte en el trabajo, al fin y al cabo, Ciro no te gusta nada, ¿no es cierto?

Asiento.

—Nada de nada. —Puñetera mentirosa.

Mi tía me mira de soslayo y sonríe de medio lado. Eso que yo he deliberado es justo el pensamiento que le cruza por la cabeza. Yo lo sé, y ella lo sabe, pero encontramos el equilibrio perfecto en no decir nada al respecto. Somos lo peor de lo peor.

—Es un buen plan y pienso seguir adelante. Un beso no va a cambiar nada porque él sigue siendo un capullo arrogante, y yo, una mujer desesperada por conservar su trabajo.

—No estoy para nada de acuerdo. Ni él es como lo defines ni tú estás desesperada. Tú verás.

—Suenas como mamá.

—Porque somos hermanas —contrataca mi tía.

A ver. El plan es perfecto se mire por donde se mire. Es una garantía de éxito. ¿Que debería pensar que el éxito no debe basarse en airear secretos? Pues también, no obstante, esto lo hace extremadamente divertido, todo hay que decirlo.

—¿Y Luis?

Dejo el tema de Ciro a un lado porque, si de verdad pretendo que caiga en el olvido, mentarlo no es la mejor solución y aún sé que Fabián tiene que ponerse al día, si es que Loreto no se lo ha contado ya, porque a la pobre, anoche, el plan con David se le chafó por acompañarme a casa y aguantar mis quejidos sobre lo bien que besaba Ciro y los temblores que me había provocado. Nada que ver con la lamida de mano, lo del beso fue de otro nivel.

Los martinis, eso fueron los martinis.

—Estamos mal —cuando mi tía suelta esas dos palabras, mi mundo, en cierto modo, se tambalea.

Luis y Rita llevan juntos una vida. Fue su primer amor, y ella siempre ha dicho que será el último porque jamás podrá sentir por otra persona lo que siente por él. Yo, que soy muy particular, he cuestionado el amor a primera vista, ya lo sabéis, sí que creo en la conexión de las personas, aunque no hasta el punto de decir: es

para mí y nadie podrá cambiar eso. La conexión se da, surge, fluye y se extiende abarcándolo todo, sin embargo, eso no sucede sin motivo alguno, solo con una mirada o con una frase, sea cual sea. Y Rita, que es más emocional, ha mantenido, desde que tengo uso de razón, que las almas están conectadas desde antes de conocerse o encontrarse. Y Loreto, en ese sentido, coincide con mi tía.

Y, como desde que me conocéis he ido haciendo las oportunas presentaciones, es el momento de que os diga que Luis, como habéis atisbado por lo que os he ido contando, es la pareja de mi tía desde hace veinte años. Se quieren, se respetan y se apoyan en lo bueno y en lo malo. A veces creo que se tomaron demasiado al pie de la letra lo que el señor párroco les dijo cuando les pidió que dijesen sus votos.

—Luis te quiere y quiere tener una familia contigo, eso es todo.

—Lo sé y estoy agobiada porque no es su culpa, soy yo, que me siento mal. Estoy rota, estropeada…, tengo una tara importante —verbaliza—. Cuando conocí a Luis, cuando empezamos una relación con vistas al futuro, supimos ambos que queríamos ampliar la familia, que pretendíamos labrarnos un camino que fuese algo más que nosotros dos, y ya sé lo que me vas a decir, que para él yo soy más que suficiente porque me lo repite cada puto día de mi vida…

—Es que lo eres, Rita, no te haces una jodida idea de cómo te mira. Te adora por encima de todas las cosas.

—Y yo a él —dice mi tía bajando la cabeza, como si se sintiese peor aún por no estar en sintonía, por ella querer algo más, por no conformarse solo con Luis como él ha aprendido a hacer con ella—. Sin embargo —prosigue—, yo lo necesito, necesito tener hijos, quiero que la casa se llene de gritos, de alboroto, de juguetes tirados por el suelo y de castigos. Y Luis está cansado de esto. Se ha convertido en mi lucha y no en la nuestra —admite con tristeza.

—¿Te ha dicho que no quiere seguir intentándolo?

—No con esas palabras… Me ha dicho que prefiere que sigamos adelante sin obsesionarnos con el tema. Que no quiere calcular el periodo de ovulación ni tener sexo porque en este momento haya más posibilidades de… Y lo entiendo, soy consciente de que he convertido la relación en un horario laboral. «Tenemos que follar

esta noche porque según mi calendario menstrual estoy ovulando. Espera, que pongo las piernas en alto. No, así no, de esta otra manera…». ¿Y la chispa, Munia? Esa chispa de la que tú misma hablas, ¿dónde queda entre Luis y yo?

—No podéis seguir así porque…, quizá no te das cuenta… No creo que seas feliz comportándote de esa manera. Tienes que intentar dejar que fluya todo con naturalidad, disfrutar del proceso, quereros, que surja donde y cuando queráis u os apetezca —le digo—. Y yo no soy la voz de la experiencia, no obstante, si algo tengo claro es que lo bonito de todos estos procesos es vivirlos con ganas y no con estrés.

—Eso me dice Luis, que puede que yo esté tan cerrada, tan obsesionada, que me bloqueo en el sentido más amplio de la palabra. Y… anoche discutimos porque cuando él me dijo de dejar de intentarlo, yo solo supe culparlo y tacharlo de egoísta, de que me estaba quitando mi sueño, y me he dado cuenta de que la egoísta soy yo por no conformarme.

—No soy quién para meterme en vuestra relación o para valorar lo que debéis o no hacer, Rita. Ahora bien, si quieres mi consejo… —añado y espero a que me mire y me dé el visto bueno para seguir hablando, cuando me observa, sé que puedo continuar—, no eres feliz así, te machacas y te culpas por algo que no es cierto. Ni estás rota ni tienes más taras de las que podemos tener todas las personas. Sé feliz y, si hay algo que te impide serlo, cámbialo. Solo eso.

Ya sabéis que no soy una de esas personas cariñosas, que están todo el día diciéndoles a los demás lo mucho que los quiero o lo importante que son en mi vida. Yo soy más de acompañar en este viaje a quien me haga un hueco y viceversa. Sin embargo, y sin que sirva de precedente, Rita ha permanecido a mi lado como si de una hermana se tratase, aconsejándome, escuchándome y sirviendo de paño de lágrimas cuando sucedió todo lo que sucedió.

Soy muy afortunada de contar con ella, y ella, ella me tiene aquí para derruir todos los muros que se nos presenten, porque solas somos especiales, pero juntas somos la rehostia.

24. ¡TE VAS A QUEDAR MUERTA, MARICHOCHO!

Las sensaciones que me he traído a casa después de hablar con mi tía son extrañas. Me siento mal por ella y hasta egoísta y absurda por estar dándole vueltas al tema con Ciro cuando es una banalidad que no tiene ni pies ni cabeza. A ver, ¿cuántas personas se habrán dado un beso en esta vida sin montar un drama como el que he montado yo?

La vida tiene problemas mucho más serios que un beso o un pique por culpa del trabajo. Que todo esto no quiere decir que no piense seguir adelante con mi plan: intentar conservar mi puesto de trabajo y darle la importancia que merece esta situación, sin embargo, no dejo de darle vueltas a lo ridículo que resulta todo.

Fabián y Loreto están en la cocina preparando la cena, y yo, saltando de canal en canal sin nada que me atrape, así que decido levantarme del sofá e ir hacia donde se encuentran ellos a ver qué se traen entre manos y entender los susurros que comparten y de los que no me han hecho partícipes aún. Los chismes dan vida, ya lo sabéis.

—¿Qué pasa aquí? —pregunto.

Mientras ellos cortan verdura para hacer vete a saber qué, me apoyo en la pequeña ventana y los observo.

—David me llamó esta mañana.

—¿Y? ¿Os habéis visto?

—No. Me ha invitado a pasar el día con él.

—Y el plan es una excursión por el campo —me cuenta Fabián, que, por lo que parece, ya está al tanto del tema.

Empiezo a pensar que quizá cocinar en equipo tiene su ventaja porque si me hubiese quedado en el sofá me habría perdido todo este tema.

—Esta noche no me puedo quedar hasta tarde. Tengo intención de levantarme mañana pronto para preparar algo de picoteo; unas tortillas, una tarta, croquetas…

—Joder —protesto enfurruñada—, yo me quedé con la cerda, y no has cumplido lo de las cenas durante toda la semana, y con David

no te tiembla la mano para hacer hasta un postre.

—Él tiene polla, cosa que tú no —aduce Fabián. Tengo que darle la razón—. Y aquí, entre nosotros, ya sabemos quién mañana va a venir como nueva. Cutis, cero contracturas, cara de felicidad… —la provoca sonsacándonos una carcajada.

—No diré que no si la cosa surge, aunque tengo que admitir que eso es lo que menos me preocupa en este momento…, solo quiero pasar tiempo con él y conocerlo más.

—Ohhh —suelta Fabián con todo el sarcasmo del mundo. Le ha sonado cursi, ya sabemos que Fabián es como es y le queremos igual.

—Déjala. Es bonito verte así —le confieso.

Loreto me dedica una sonrisa preciosa y llena de agradecimiento por lo que acabo de decirle.

—No quiero pensar en lo que sucederá mañana, solo en que las cosas entre nosotros fluyan y lo que tenga que ser será.

—Para mí, esa es la mejor filosofía que puedes tener.

—Es mayor que tú, Loreto. Tienes que pensar que tal vez es un rollo, sexo, algo puntual y si te he visto no me acuerdo.

Me acerco a Fabián y le propino una colleja tras comprobar que no estaba utilizando el cuchillo y que podía perder alguna falange por el camino y culparme, claro está.

—Te he dicho que la dejes en paz y que no seas pájaro de mal agüero. Loreto, cielo, tú sigue adelante. No podemos estar pensando en vender la piel sin haber cazado al león —le digo a mi amigo—. ¿Qué te pasa hoy que estás de tan mala leche? Ya sabemos todos que no crees en el amor a primera vista, y yo te apoyo porque tampoco creo en eso, sin embargo, de ahí a la crueldad con la que has pronunciado esas palabras… —le recrimino dejando la frase en el aire.

—Es por César —suelta Loreto. ¿Acaso ella sabe algo que yo no?

—¿Qué me he perdido? —inquiero.

Fabián suspira, suelta el tenedor de madera con el que revolvía la verdura del wok, baja el fuego y se apoya en el borde de la encimera. Loreto, en cambio, sigue haciendo tiras finas de pollo.

—Anoche acompañé a César a su casa.

—¿Y? —Hasta aquí no veo nada raro, la verdad—. Espera, ¿y Ciro?

—Se fue después de ti. César no tenía ganas de marcharse, y yo tampoco. Loreto se fue contigo, y Ciro, extrañamente, dijo que también le dolía la cabeza.

Trago saliva. ¿Pondría una excusa como la que puse yo para huir como un bellaco?

—¿Y? —insisto a riesgo de caer pesada.

—Y nos enrollamos —sentencia Fabián.

Se gira, espera a que lo asuma y, mientras eso sucede, le da vueltas a la verdura.

—Joder —mascullo—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque se sentía mal. Porque César es el amigo de Ciro, porque es buen chico y porque Fabián, aunque te sorprenda, la ha cagado.

—¿Por qué? ¿No te habrás pasado de la raya? —Ni siquiera sé a qué me refiero con esta frase. César me cayó bien y no quiero malos rollos.

—Me fui con él con la intención de sonsacarle la información que necesitamos para el plan en cuestión y… me siento mal, es verdad.

Ay, madre.

—¿Lo has averiguado? ¿Sabes algo? —Fabián asiente. Comienza a meter el pollo en el wok y a mezclar todo con la salsa.

No añade nada más y estoy a punto de decirle que no quiero que me cuente nada, que es mejor que se calle y que no verbalice lo que quiera que sepa. Por otra parte, la curiosidad impera y, pase lo que pase, quiero saber qué ha sucedido entre Ciro y esa chica, si tiene algo que ver con que en determinados momentos se comporte como un capullo, aunque, bien pensado, yo tampoco es que sea un remanso de agua.

—Pongamos la mesa —me pide Loreto dejando a Fabián terminar con la cena.

Salimos, ella con varios platos en la mano y encima los cubiertos, y yo, con una botella de agua fría y tres vasos. Y, dicho sea de paso, fría me he quedado yo.

Colocamos la mesa a la vez que cruzamos varias miradas cómplices. Puede que los tres estemos confusos por algo. Loreto,

por David; yo, por mi beso con Ciro, que, claro está, seguro que tiene línea directa con el alcohol que habíamos ingerido, y Fabián, por César.

No puedo más.

Regreso a la cocina, le pongo la mano en el hombro y alzo la ceja para que Fabián hable.

—César me cae bien. Quiero poder quedar con él de nuevo, conocerlo, compartir una copa o una cena como amigos o lo que surja, porque ya sabes que yo no le pongo etiquetas a nada. Y lo que me hace sentir mal es que lo he utilizado para sonsacarle información y no es justo.

—Puede que no se acuerde ni de que te lo contó —explica Loreto para hacer sentir mejor a Fabián.

—¿Tú lo sabes? ¿Te lo ha explicado? —cuestiono preguntando directamente por lo que nos atañe.

—Sí —admite Loreto.

Nos vamos hacia la mesa y tomamos asiento en nuestros sitios habituales.

—Kiara es la ex de Ciro. La dejó estando embarazada.

—¿Cómo? —No entiendo nada—. César dijo que ella se había enrollado con su hermano, que le había sido infiel. Lo contó en la cena —aclaro recordando.

—Es mentira.

—¿Eso te lo dijo César? —inquiero.

—No, no… A ver… Yo me fui con César porque quería acompañarlo a casa, estábamos bastante perjudicados los dos. Ciro me había dicho que, por favor, si nos quedábamos, que no dejase que cogiese el coche, así que nos pillamos un taxi y bajamos en la dirección que le facilitó. Cuando llegamos, nos dimos un par de besos en el portal, de ahí que me sienta mal por pensar que me he aprovechado de él. Tras eso, César se empeñó en llamar a Ciro para decirle que había llegado bien y eso hicimos. Subí con él a su apartamento, no dudé en hacerlo cuando me lo dijo y, mientras esperaba a que colgase, pude escuchar la conversación —especifica —. Ciro le reprochaba por teléfono que hubiese contado lo de Esteffi y que hubiese nombrado a Kiara, y entonces César lo soltó.

—¿Qué dijo? —Estoy conteniendo la respiración.

—No sé bien a colación de qué, Munia, pero le comentó que tuviese cuidado con los embarazos porque ya había dejado a una encinta y lo mismo se volvía a repetir la situación. Y César se echó a reír tras decirlo. Lo cual me lleva a pensar que tiene cierta lógica el hecho de que Ciro dejase a Kiara estando embarazada esté o no el hermano de por medio, ese es otro tema del que también podemos elucubrar —me aclara y todo esto solo empeora la situación.

—No entiendo nada… ¿Por qué iba a decir César que Kiara dejó a Ciro por su hermano si fue él quien la dejó y estando embarazada? —argumento en voz alta.

—¡Porque no quiere que sepas la verdad! ¿Es que no lo ves? Ciro no puede permitir que tú sepas lo que ha pasado porque es consciente de que, si eso sucede, todo explotaría. ¿Qué van a pensar en el programa si se enteran de que el presentador de *El amor es para siempre* abandonó a su novia esperando un bebé que era suyo? —Fabián ha pasado del estado de confusión a la rabia—. Es mala persona —indica.

Joder, joder, joder… ¿Y si es verdad? ¿Y si todo esto es una triquiñuela de Ciro? Incluido el beso… Todo.

—Ayer… Ayer estaba realmente afectado. Nos besamos —le cuento a Fabián. Loreto ya lo sabe.

—Lo sé. Me lo contó Loreto cuando la llamé esta mañana y le dije todo lo que había descubierto y eso también me hace sentir mal porque, al fin y al cabo, fui yo quien te dijo que teníamos que tramar un plan y ahora…, ahora ya tienes el pase que te garantiza que el programa es tuyo. Tú no has mentido con respecto a tu vida privada.

—Lo sé, sin embargo, no deja de ser su vida privada también —lo defiendo.

—Cierto, aunque, ¿estará bien visto que un presentador que defiende el amor deje a su novia de esa forma?

—Yo no voy a contar nada de esto, Fabián.

Me pongo en pie y doy vueltas por el salón. Sé que Ciro y yo hemos tenido nuestros más y nuestros menos siempre, que todo este tiempo nos hemos preocupado más por fastidiarnos,

contestarnos, burlarnos y meternos uno con el otro que por comportarnos como compañeros de trabajo, pero si dijese algo de esto, si airease sus trapos sucios, sería injusto porque lo que él haya hecho forma parte de su privacidad. Si de verdad ha mentido en todo esto, si la dejó embarazada y la abandonó, tal y como dice Fabián, si se ha preocupado en montar una película y hacer creer a todos que él es el pobrecito… ¿Cómo voy a poder confiar en alguien así?

No me gusta hacer juicios de valor porque no es justo que lo hagan con nadie, sin embargo, es complicado no pensar en lo que esconde esa afirmación… Y, yendo más allá de todo esto, ¿será verdad que a Ciro le importa tanto su trabajo como para hacernos creer a todos que es el bueno de la película e inculpar a su novia y a su hermano?

—Tienes el pase directo, Munia —insiste Fabián.

Niego con vehemencia cuando lo dice.

—No quiero ningún pase directo. Yo… Yo pensaba que esto del secreto iría por otro lado, no así, no de esta forma, no jugando con la vida de otra persona. Pensadlo bien, ¿qué consecuencias podría tener esa chica si yo lo hago público? ¿Hasta dónde le puede repercutir a ella? ¡Tiene un niño! Joder —profiero.

Me levanto de un salto. Se me ha quitado el apetito. Me encamino hacia la cocina y abro el frigorífico. Tengo varias botellas de vino abiertas y saco una, la primera que pillo, una copa y me voy de nuevo a la mesa con mis amigos. Nadie dice nada, nadie come, todos piensan y, lo peor, parece que hasta me compadecen.

—Me he besado con él y me ha gustado —confieso—. Ahí lo tenéis, vuelvo a ser Munia, la patética de Munia.

Y, copa en mano, es hora de que les cuente lo que sucedió con Jorge. Porque todos, hasta los que menos pensamos, tienen mierda escondida en el cajón.

25. LA SERPIENTE DE OCHO CABEZAS

CIRO

—A ver si lo he entendido bien —comienza a decir César. Ya sabemos todos lo que viene después de esa frase y tiene pinta de que no va a dejar de soltarla—. Te besaste con Munia.

—Sí.

—Porque estabas borracho.

—Más quisiera yo, pero no, no es por eso. Fue un impulso, un acto reflejo, se me cruzaron los cables y me dieron los choques, no sé qué fue lo que sucedió, no obstante, ocurrió.

—Al menos no soy el único que mete la pata. Porque bien que me recriminaste que dijese lo de Kiara y que contase tu cita con Esteffi.

—¿De qué clase de metedura de pata estamos hablando, César? —cuestiono mirándole con fijeza.

—A ver cómo te lo digo…

—Sin florituras, como hemos hecho siempre el uno con el otro.

—Fabián me besó, y yo no puse impedimento alguno. Es más, mi lengua fue al encuentro de la suya.

—Joder, César, que es el amigo de Munia.

—Estás tú bonito para recriminarme nada. ¿Acaso es peor lo mío que lo tuyo? Porque, si tengo que recordarte que eres el que se empeña constantemente en decir que no le gusta, que la odia, que espera que un día se levante calva y no sé cuántas estupideces más de esas que sueltas por la boca; lo haré, lo contaré todo…

—¿Tal cual lo has hecho ahora?

—Exacto —murmura guiñándome un ojo, como si ese recordatorio fuese fortuito y no un ataque gratuito y planificado.

—Dios, César… ¿Qué coño estoy haciendo? Que es Munia, César —repito su nombre como si fuese mi balsa salvavidas o algo.

—Yo no sé tú, yo lo que pienso hacer es dejarme llevar. Fabián me cae bien y pienso seguir quedando con él.

—Es el amigo de Munia.

—¿Y? Ni que tuviese línea directa con el demonio o, peor aún, con mis padres —añade.

—No, no quiero decir eso…

—Ciro. —Mi amigo se levanta y se acerca hasta la pared en la que me he apoyado—. ¿No crees que va siendo hora de que dejes la tontería a un lado y asumas que todo esto que te empeñas en negar es porque te acojona admitir que no odias a Munia y que sientes algo? Por poco que sea, algo.

Mierda.

—Yo no la odio.

—Mejor me lo pones —indica—. Y más aún cuando no desmientes a la primera de cambio mi afirmación.

—Porque ni siquiera sé qué decir ante eso.

—Primero admite que te gustó encontrarte con ella en el local.

—Lo admito.

¿Qué otra cosa puedo hacer si es verdad?

—Bien. Y admite que ese beso que achacas al alcohol te dejó confundido y que no te importaría repetirlo.

—Admito que estuvo bien.

—Ese es, sin duda, un gran primer paso para mi amigo.

—Deja de meterte conmigo porque aquí los dos tenemos algo que confesar, anda que no…

—No, porque yo he admitido desde el primer momento que me gustó el beso y que no tengo reparos ni objeciones que poner cuando quede con él de nuevo y puede que, incluso, la cosa vaya a más. Y, antes de que digas nada, pienso ir mañana domingo a almorzar con mis padres, y es el momento de contarles todo.

—¿Hemos aprendido algo de nuestra última discusión?

—He aprendido que el armario se me queda pequeño —admite César dirigiéndome una sonrisa cómplice.

—Sabes que pase lo que pase voy a estar a tu lado —le consuelo.

—Y yo al tuyo cuando Munia te patee el culo por confesarle que vives enamorado y que escondes tus sentimientos tras las bromitas esas que solo vosotros entendéis.

—Es nuestra forma de comunicarnos —le digo—. Y, además, me gustan nuestros mensajes, somos nosotros, nuestra esencia.

—Te imagino follando con ella y llamándoos de todo, no sé, zoquete y arpía.

El nombre de Munia sumado a la palabra «follar» provoca un efecto poco deseado en mí. Si con lo de su mano no fue suficiente y añadimos el beso, la pasión, el calor que lo incendió todo, la entrega, la forma en la que respondió a mí y las ganas que se apoderaron de nuestros cuerpos, imaginarla follando conmigo, cabalgándome, montándomelo con ella en su despacho, en la sala de espera antes de grabar con el miedo a ser pillados hace que las ganas de probar se hagan latentes. Sin contar con lo dura que me la pone ese asunto en cuestión.

—No me jodas, Ciro, que te lo estás imaginando. Y vendrás a decirme que no, que no te pone, que es una coña y que no te atrae nada.

—No me lo he querido plantear hasta ahora, ¿vale?

—Si está cantado desde hace mucho tiempo. Esto es como yo, ¿vale? —me explica poniéndose de ejemplo—. Yo tenía claro que me gustaban los chicos, desde siempre, desde que empecé a tener pensamientos impuros, lo que pasa es que el miedo al qué dirán ha estado toda la vida ahí y es complicado ir a contracorriente.

—No vas a contracorriente —le digo.

—Calla y déjame explicarlo. —Asiento cerrando el pico—. Yo sabía qué me gustaba y qué no, no obstante, lo fácil era callarse, no decirlo y actuar como se supone que actúa la mayoría de la gente con la que nos relacionamos. —Pongo los ojos en blanco porque el concepto de normalidad me parece una puta mierda y no hay nada más normal que ser lo que es cada uno y ya está—. Ya sé lo que estás pensando… Calla, ¿vale?

—Vale.

—¿Y qué hice yo con todo este tema? Pues luchar contra mí mismo, contra lo que sentía. Salir con tías, llevarlas a casa, presentárselas a mi familia, estar con ellas un par de semanas y, cuando se supone que la cosa tenía que ponerse seria, salir pitando y decirles lo de siempre: no eres tú, soy yo. Y ¡joder! Es que no era una excusa, era real, no eran ellas; era yo, que de verdad me sentía mal por lo que hacía. Hasta que entendí que me estaba traicionando

y que no quería seguir de esa manera. Y dejé de comportarme como un gilipollas que no se siente bien consigo mismo para admitir lo que soy. Solo me queda que mis padres lo entiendan. Y con esto —indica haciendo una pausa para ver si le sigo el ritmo—, a ti te pasa lo mismo. Intentas luchar e ir a contracorriente porque sabes que no admitir que te gusta Munia es más fácil y porque sabes que ella te lo va a poner jodidamente complicado. —Lo sé, vaya que si lo sé—. Y es más sencillo pensar que sientes animadversión por ella, porque es el camino en el que te manejas bien, que intentar coger la calle que quieres coger, hasta que…, pues hasta que ha pasado lo que ha pasado, que tu cuerpo te pide más, y terminas por dárselo.

—¿Quieres decir que he besado a Munia porque es lo que mi cuerpo lleva pidiéndome todo este tiempo? —Dicho de esta forma, no puedo más que darle la jodida razón.

—Sí, y la cosa irá a más hasta que asumas lo que eres y dejes de esconderte. Como yo. Damos pena, Ciro, de verdad que la damos. Yo, porque no quiero seguir ocultando quién soy, y tú, porque haces eso, esconderte tras una máscara de enemistad cuando lo que de verdad sientes es que te palpita el cuerpo entero cuando la tienes cerca.

—Sí, tengo unas ganas constantes de matarla —le confieso sonriente.

—¿A besos?

Suspiro. Es inútil seguir negándolo.

—También. Me gusta su rollo, me gusta escribirle y provocarla, me gusta que me conteste.

—Y puede que a ella le guste eso también y que no haya llegado al punto en que estás tú: admitirlo. Cuando te dije el otro día que tenías que tener una cita, me refería a Munia, no a Estefanía.

—Eres todo un visionario —le provoco.

—Y tú, un capullo que no lo entendió. Luego me dices que eres muy listo y esas cosas.

—Lo soy —le digo—. No se lo cuentes a Munia jamás o lo usará en mi contra para hacerme morder el polvo.

—Polvo el que le quieres echar tú a ella.

—No te lo puedo negar.

—Si lo hicieras tampoco te creería —me dice César provocándome una sonrisa cómplice.

Ambos nos apoyamos en la ventana y miramos hacia la calle.

—¿Qué hago con Esteffi?

—Tienes que ir a esa cita. Además, aunque no lo creas, cuando le conté a Munia lo de Esteffi lo hice aposta, necesitaba ver su reacción.

—Joder, César, de verdad, a veces me das miedo.

—Ahí todavía estaba sobrio —me confiesa—, podía pensar con claridad y eso.

—¿Y qué conclusión sacaste?

—¿Sabes las serpientes esas de ocho cabezas?

—¿Toca hablar de fantasía?

César omite mi broma y solo sonríe.

—Pues Munia habría acabado con la serpiente con una sola mirada. —Mi amigo se coloca frente a mí y me observa con atención —. Esa chica, Ciro, esa chica…

—Esa chica me va a matar un día de estos.

—Puede ser, ahora bien, te encantaría que así fuese.

Ni confirmo ni desmiento que así sea, sin embargo, aquí, entre nosotros, yo la mataría en este momento… a besos.

26. UNA DOSIS DE REFLEXIÓN, POR FAVOR

Ciro Bravo:

Llevo todo el día esperando a que se me caiga la boca o me hayas contagiado de algún tipo de maldad que se transmita por la saliva, sin embargo, no, no ha sucedido. Solo quería informarte de que tu veneno no es mortal. De nada.

La primera regla que he aprendido, en estos años compartidos con Ciro en la cadena, es que tienes que desconfiar siempre de tu contrincante.

La segunda regla, y esta es bastante probable que la haya asimilado en estos días o de ayer para hoy, eso también me vale, es que no te fíes de las apariencias.

No he dejado de darle vueltas a varios asuntos: ¿por qué Ciro dejaría a su novia estando embarazada? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en el beso? ¿Por qué hay algo que me dice que no es oro todo lo que reluce?

Dedico las primeras horas de la mañana a esconder los zapatos de mi enemiga número uno y, ya de paso, a recoger y colocar todas las cosas que quedaron sobre la mesa la noche anterior. A Fabián se le da de lujo cocinar, en cambio, lo que es recoger, mejor lo hace otro.

Un par de suaves toques en la puerta me hacen sonreír.

Al otro lado de la misma está Loreto, con un vestido vaporoso, un pañuelo en la cabeza recogiendo su melena y unas zapatillas de esas chulas que tanto le gustan. En sus brazos, la morcilla.

—¿Dónde has dejado la cesta? Porque esperaba que trajeses algo que compensase que ella estuviese aquí conmigo durante el día mientras tú sales por ahí con tu maromo.

—Te haré la cena durante una semana entera —me dice a la vez que entra en casa.

—Esa promesa ya me la conozco y funcionó la primera vez, hasta que me di cuenta de que todo era una burda coña y que seguiría teniendo que comer sopa de sobre o sándwiches envasados.

—¿Ya la he usado? —me pregunta entre sonriente y cómplice—. Bien. Te pagaré los zapatos que se coma.

—Los que se ha comido, querrás decir.

—No, no, los que se coma hoy.

—Espero que ninguno, porque los he guardado todos bajo llave.

—¿Sabías que te la iba a traer? —inquiere sorprendida.

—Como haces siempre, ¿no?

—También es verdad.

Morcilla, una vez toca el suelo, se acerca hasta el sofá y se tumba sobre la mullida alfombra blanca que tengo frente a él. Ni siquiera se molesta en saludarme.

—¿La cerda no sabe de modales o qué?

—Ella va a su bola, ya sabes.

—Podías habértela llevado, en plan: «mira, David, nuestra futura barbacoa. ¿La prefieres con pimientos rojos o pimientos verdes?».

—Calla, eres lo peor cuando quieres. Si es una cerdita monísima, ¿a que sí, bebecita?

Ya estamos otra vez con la vocecilla esa del infierno.

—¿Todo preparado?

Loreto se tira en el sofá y coloca las piernas sobre la mesa de centro. Me encamino hacia la pequeña cocina y caliento el café para servirnos dos tazones.

—He hecho una tortilla de calabacín y croquetas. Las croquetas siempre son un acierto.

—Lo son. ¿Estás nerviosa?

—Un poco. Es nuestro primer sábado juntos.

—Ohhh…. —ironizo poniendo la misma vocecilla que le dedica a la cerda—, no tienes de qué preocuparte, sabes que eres un encanto y que si no se da cuenta de ello es que es un tonto del culo.

—Ya, no sé, es que es extraño —musita Loreto mirando hacia donde descansa la cerda.

—¿Por la diferencia de edad?

—No es solo eso. —Regreso al salón con las dos tazas de café, una en cada mano. Le tiendo a Loreto la suya en la que pone alguna de esas frases que tanto le gustan y que tanta positividad le transmiten. La mía pone: «Nadie te quiere»—. A ver, tú sabes que

David me gusta desde hace tiempo y que he estado haciendo el tonto para llamar su atención.

—Pobres tuberías rotas —ironizo sonriendo detrás de la taza.

—Por ejemplo. Tuberías, lavadora, nevera, bombillas…

—Lo he pillado.

—Y, ahora, se fija en mí, hablamos, intercambiamos mensajes y tenemos una cita, y me da miedo que esto se convierta en algo más por mi parte, a que me guste mucho, hacerme ilusiones, enamorarme… —lo dice con temor, y se me eriza el vello de la nuca solo de imaginarme la escena, pero cambiándome por ella. Los mensajes, las conversaciones, el beso, la mano, su lengua, la mía…, y que todo eso tenga un núcleo central llamado «amor» y venga de la mano de Ciro. Y luego… la traición.

—Loreto, no sigas por ese camino porque no te trae nada bueno.

—¿Y si me pasa como a ti?

—Jorge me dejó porque no me quería. No hay más.

—¿Y si no es solo el amor sino la diferencia de edad? ¿Y si llega el día en el que se da cuenta de que esto era un capricho, como dice Fabián?

—Fabián no sabe nada de este asunto. Que opine o que hagamos cábalas sobre un tema determinado no quiere decir que eso sea lo que va a suceder. ¿Cuántas veces hemos imaginado escenas de Ciro? ¿Qué hará? ¿Dónde estará? Su casa, sus amigos… y mira, César no era para nada lo que pensamos. Pues con Fabián pasa eso exactamente. Podemos opinar y reírnos. Nada más.

—Nos llevamos dieciséis años.

—¿Y? No me jodas, Loreto, ¿desde cuándo la edad ha sido un factor a la hora de enamorarse?

—No, no. No me entiendas mal, no quiero decir que yo no me pueda enamorar de él porque es bastante obvio que el capricho que siento por David está bastante cerca de convertirse en otra cosa que no sea antojo, en algo más serio y profundo, ya me entiendes. Hablo de él. De que David no lo vea como lo veo yo, que no busquemos lo mismo, que no estemos en el mismo punto.

—¿Y no crees que ahora no es el momento de plantearse eso?

—¿Y de qué es el momento?

Loreto se lleva la taza a la boca y le da un largo sorbo. Una vez la separa de sus labios la gira para leer el mensaje que pone.

—Es el momento de dejarte llevar, de conoceros, de saber vuestros gustos, de compartir instantes, de los besos, del sexo desenfrenado y de planear una barbacoa donde nos la comeremos a ella —le digo intentando sacarle una sonrisa a mi amiga.

—Peggi es intocable.

—Te has salvado, cacho de carne con ojos —susurro.

La cerda alza la cabeza como si entendiese que nos estamos refiriendo a ella. Igual los cerdos también tienen un sexto sentido, aparte de cagar y dejar todo atufado.

—No quiero sentirme vulnerable. Desde que contaste lo de anoche no dejo de darle vueltas a lo efímero que puede ser el amor o la misma vida.

—Eso es lo de menos. ¿Tú me ves a mí?

—Claro que te veo. Tienes miedo.

Niego con efusividad y giro la cabeza para que no lea mi mirada. No es miedo. No es miedo.

Sí, es miedo.

—Ciro me descoloca —admito.

—¿Y? Al menos te hace sentir algo.

—No hablo de amor ni de nada de eso, no empieces.

—No, hablo de que es mejor que te descoloque a que no sientas nada, a que te hayas quedado vacía por dentro, ¿no crees?

Saco el teléfono y lo desbloqueo. Le muestro el mensaje que me envió esta mañana bien temprano.

—¿No has contestado? —me pregunta Loreto dejando escapar una sonrisilla ladina.

—No. No sé si es bueno seguir ese juego.

—¿Lo has escrito en tu grupo? En ese diario telemático que tienes.

—He reenviado el mensaje. Ese es el nivel —le confieso sonriendo.

—¿No te das cuenta? —Niego y aguardo a que prosiga—. Ese juego que te traes con él te gusta. Te gusta más de lo que quieres admitir —persiste mi amiga.

—¿Y si es verdad que dejó embarazada a la ex y tras enterarse huyó como un cobarde?

Loreto alza los hombros, vuelve a beber y deja la taza sobre la mesa. Antes de hablar, le toca la cola a Peggi, y ella parece reaccionar al gesto moviéndola como si de un pequeño perrillo de muchos —muchos— kilos se tratase.

—¿Y si Fabián solo escuchó parte de la conversación? Eso sin contar que dijo que ambos estaban perjudicados. No sé… No creo que haya que juzgar nada. Piensa una cosa, Munia, solo un segundo. ¿Por qué has cancelado el plan de contar su secreto si tan indiferente te resulta Ciro? ¿Por qué no lo jodes sin más? ¿Sabes las consecuencias que va a tener para él que lo cuentes? Es una figura dentro del amor, una figura pública que prodiga un mensaje que luego él no cumple. No es lo mismo no tener pareja y vender eso…

—No he encontrado el amor —matizo cortando el discurso de Loreto.

—Exacto. No es lo mismo eso —repite— que haberlo encontrado y ser un puto egoísta de tres al cuarto que deja a su novia sin motivo alguno. Tiene un hijo, Munia. Un hijo no es una cerda que puedas dejarle a tu mejor amiga para ir a una cita con tu pipiolo. Un hijo es una responsabilidad de por vida.

—¿Y si no es tan sencillo como eso? —inquiero—. Por todos es sabido que yo me llevo mal con Ciro y que chocamos como dos trenes que van en la misma dirección y comparten vías. Sin embargo, de ahí a imaginar que actúa de esa forma… No sé. No lo veo tan desalmado.

—Pregúntale.

—¿Qué? ¿Estás loca? Claro, imagínate… Ciro, esto te va a resultar extraño. Mi amigo acompañó al tuyo y escuchó una conversación que me ha contado en una cena de viernes noche, tranquilo, no es nada importante, solo quiero saber qué sucedió para que dejases embarazada a tu ex y salieses por piernas de allí. ¿No crees que es de mala persona? Además, Loreto —hago un inciso al respecto—, no eres la más indicada para aconsejarme que le pregunte cuando a ti te ha costado la misma vida acercarte a David sin romper nada.

—Te pedí ayuda solo para que te sintieses importante y útil —confiesa llena de sarcasmo.

—Claro, ya lo entiendo todo.

—Si quieres, puedo preguntarle yo. O tal vez Esteffi se lo sonsaca en la cita que tienen esta noche.

—Ni la nombres.

—Uhhhh, mira, Peggi, dice que no siente nada, no obstante, ha sido nombrar a Esteffi y le ha cambiado la cara. Qué bien se le da a alguna mentirse a sí misma.

—¿Tú no tenías que irte? —le pregunto sin andarme con rodeos.

—Sí. —Loreto se incorpora y me da un abrazo. La morcilla ni se inmuta, la muy vaga—. Tengo una cita con mi macho.

—Espero que te cunda.

—Y yo espero no volver hasta mañana.

—Eso te costará dos semanas de cena.

—No importa —me dice—, bien valdrá la pena.

27. WASAP VA, WASAP VIENE

Munia Visier:

En urgencias me han preguntado qué clase de cosa me he llevado a la boca para tenerla como la tengo. Yo no soy venenosa, en cambio, no puedo decir lo mismo de ti, zoquete.

He caído en la tentación, ¿vale? Podéis llamarme floja, debilucha o blanda, admito que quizá un poco de todo eso tengo.

—Morcilla, soy más patética que tú.

La cerda comezapatos no levanta la cabeza cuando le hablo. Igual está en el quinto sueño.

He tomado la decisión de que no voy a dejar que lo que Fabián escuchó me influya, por lo menos, hasta saber lo que sucedió para que Ciro actuase como lo hizo y, tras meditar en voz alta con la cerda como testigo, la mejor forma de conocer los truculentos detalles es investigar estando cerca del sospechoso número uno.

Husmeo en Instagram el perfil de la chica a la que le saqué la foto en su día para obtener información de él. No veo nada que me proporcione ninguna pista. No hay actualizaciones del perfil desde hace un año. Ni historias destacadas ni nada. Es como si se la hubiese tragado la tierra.

Mensaje recibido…

Ciro Bravo:

Uhhh, eso de qué clase de cosa te has llevado a la boca suena guarro. Dime, Munia, ¿qué has estado haciendo? ¿Algo que contarme, arpía?

Ciro come pepino

Escribiendo…

Ciro continúa con sus provocaciones, y yo sigo cayendo de lleno en todas y cada una de ellas. Soy lo peor, lo admito. Nadie ha dicho que sea perfecta.

En cuanto al beso, sigo rememorándolo e incluso, cuando me doy cuenta, toco mis labios para comprobar que fue real y no fruto de mi imaginación, ¿qué coño me está pasando con Ciro?

Munia Visier:

Nada que te interese. Una dama no desvela las cosas que hace o deja de hacer en la intimidad de su habitación. ¿Acaso tú eres de esos que airea sus secretos?

Obviamente, sé que no es así, para muestra, un botón.

Ciro Bravo:

Escribiendo…

Yo soy de los que guarda con recelo sus escarceos amorosos. Podemos jugar a eso de nuevo, Munia. Diremos lo que queramos decir y, tras esto, no volveremos a hablar de ello. Haremos como si nada de esto hubiese sucedido. Otra vez.

Joder… A esto ya hemos jugado y sabemos todos cómo terminó la cosa…, en un beso. Puede que sea un poco kamikaze y quizá debería decirle que no, que esas cosas infantiles no van conmigo, que somos mayores y que el colegio lo dejamos atrás hace mucho. Sin embargo, no es tan sencillo resistirse a una proposición como esta en la que yo sacaré tajada de ello porque podré averiguar cosas de él, tener más detalles y puede que obtenga alguna pista de qué sucedió con Kiara y si es tan capullo como Fabián piensa. O igual quiere autoconvencerme de que lo que quiero es saber de Kiara y la realidad es que me apetece conocerlo más a él. ¿Pasamos palabra? O pensamiento…

—¿Qué me dices, Peggi? ¿Juego o no juego?

La cerda ni se estremece, ni un «oinc, oinc» o déjame en paz, que estoy en la mejor parte del sueño, esa en la que imagino lo sabroso que deben de estar los zapatos que guardas bajo llave.

Munia Visier:

Hecho. A ver si esta vez acaba de otra manera…

Envío el mensaje y no puedo evitar arrepentirme de lo que he dicho en última instancia, porque admitir lo evidente es lo suyo, y el beso me gustó. Ciro parece leerme la mente.

Ciro Bravo:

Deja de fingir, Munia, que tu lengua fue al encuentro de la mía sin pensárselo dos veces. Te gustó el beso casi tanto como a mí.

Ciro come pepino

Escribiendo…

Te gustó el beso casi tanto como a mí.

No podía no añadir esto.

—Mierda…

Me incorporo de un salto y suelto el teléfono sobre el sofá como si quemase. ¿Qué quiere decir eso? ¿Que le gustó? ¿Que no fui la única a la que ese beso le resultó… agradable? Sí, que estoy oxidada, que definir un beso como agradable es casi tan patético como montar un drama porque me haya lamido una mano.

Munia Visier:

¿Admites que te gustó el beso? Porque yo no he dicho nada de eso. Ya te he explicado que tuve que acudir a urgencias porque se me empezó a inflamar la boca y me han salido rojeces. No sabes lo sexi que estoy por tu culpa.

Me río a carcajadas cuando imagino la cara que debe de estar poniendo Ciro tras mi mensaje. Este juego es adictivo. Siempre imaginando la reacción del otro ante un ataque.

Ciro Bravo:

¿Pretendes que te crea? ¿Acaso no eras tú la que enviaba fotos para demostrar que sabías todo de mí? Pues, venga, espero tu foto más sexi. Por cierto, no pondré objeción alguna si me la envías sin ropa.

Alzo una ceja ante su provocación y una idea tremendamente divertida acude a mi mente.

—Te necesito —le digo.

Me dirijo hacia mi habitación y saco una de mis zapatillas de hacer deporte. Ya sabemos cuál es la debilidad de la morcilla.

La cerda parece que se centra y alza la cabeza cuando ve la zapatilla danzar ante sus ojos. Unos ojos de lo más ambiciosos para ser exactos.

—Ni se te ocurra, bonita.

Zapatilla en mano, atención fijada en lo que busco, enfoco la cámara y le hago una foto y sale perfecta, tan bien que me descojono pensando en si Ciro se reirá tanto como yo ahora mismo.

Traigo una galleta de la cocina y se la doy a Peggi para recompensarla por su colaboración.

Foto adjuntada.

Munia Visier:

¿A que soy una auténtica *delicatessen*?

Aguardo su respuesta sin soltar el teléfono. No se hace esperar.

Ciro Bravo:

Joder, Munia, estás muy cambiada. Debo admitir que hasta te favorece. Tengo la solución perfecta para tus problemas. Si un beso te ha cambiado hasta ese punto, ¿qué pasará si te doy otro?

Percibo el latir acelerado de mi corazón cuando leo el mensaje y no solo eso, también noto el calor que lo abarca todo.

La sensación cuando Ciro me besó fue intensa, algo diferente que no había experimentado antes y mucho menos con él. ¿Está muy mal admitir que sí me gustaría volver a besarlo y comprobar si eso que noté fue solo fruto de la confusión, del alcohol y del tiempo que hace que no recibo atenciones de otro hombre?

Munia Visier:

Tal vez mutamos como los virus y nos convertimos en amigos íntimos que ya no se quieren pisotear el uno al otro.

Ciro Bravo:

O… nos enamoramos… Ya sabes lo que dicen, del odio al amor hay un paso.

¿Enamorarnos? ¿Enamorarme? ¿De Ciro?

Munia Visier:

¿Estás majara? No, no, espera, has vuelto a beber. Tranquilo, Ciro, ya verás que la cita con Esteffi te va a ir bien, no es necesario que bebas para olvidarte de todo lo que suceda. Además, la decisión fue tuya, haber elegido a otra.

Ya sabéis que la ironía es una buena balsa de salvación cuando el tema se pone tenso y de lo que menos me apetece hablar es de amor, y con Ciro queda descartado.

Ciro Bravo:

Otra…, por ejemplo, ¿a ti? ¿Estás celosa, arpía?

Faltaría más…

Munia Visier:

¿Celosa yo? Ni que fueses el último hombre en la tierra tendría yo algo contigo.

Ciro Bravo:

¿Si se fuese a extinguir la raza humana tampoco?

Munia Visier:

Dejaría que se extinguiese, con eso te digo todo. Además, tal vez puedes repoblarlo con Esteffi. Hacéis buena pareja. Tus pañuelos horripilantes pegan con su melena repeinada.

No estoy celosa, ni siquiera un poquito, es solo que me provoca con sus respuestas.

Ciro Bravo:

Me gusta más otra clase de melenas, unas en las que los dedos se pierdan buceando entre los rizos, ¿te suena de algo?

Madre mía, madre mía…

Munia Visier:

De nada, la verdad. No entiendo por qué tienes una cita con Esteffi si ella no resulta ser tu prototipo de chica.

Le he dado a enviar sin digerir mis palabras. Releo el mensaje y pienso en utilizar esa cosa que te permite eliminar los mensajes para todos, no obstante, me acogeré a eso que dijimos de que esto que hablemos aquí haremos como si nunca se hubiese dicho.

Ciro Bravo:

La chica con la melena alborotada aún no lo sabe, pero estoy convencido de que pronto tendré una cita con ella. Puede que, incluso, sea la primera de muchas. Ahhh, y yo también me muero por besarte.

Doy un nuevo salto en el sofá, uno que hace que me coloque sobre él de lo nerviosa que me pongo ante su mensaje. Lo reenvío con celeridad a mi propio chat y lo marco como favorito, ya sabéis, la estrella esa que se le pone a los mensajes que molan cantidad.

Joder… Joder… Yo he sido más sutil, sin embargo, admito que Ciro se la ha jugado.

¿Qué coño hago? ¿Por qué me pongo tan nerviosa? ¿Por qué no puedo evitarlo?

Munia Visier:

Si la besas esta noche, quiero que me cuentes lo que has sentido. Podía decirte lo que pienso, ¿verdad? Ese es el juego.

No espero respuesta a mi mensaje. Cuando me fijo, ya se ha desconectado, y yo…, yo no sé ni cómo sentirme en estos momentos.

Ciro, Ciro…, ¿cuánto hay de juego en esto que nos traemos entre manos?

28. TORTELLINI DE PALABRAS

CIRO

Hago tiempo por fuera del local en el que hemos quedado para cenar y, mientras aparece Esteffi, intercalo la relectura de los mensajes de Munia con una conversación de lo más elocuente con César.

El teléfono me vibra en la mano antes de enviar el último mensaje, uno en el que le doy argumentos suficientes a mi amigo para que deje de decirme que estoy loco por Munia.

—Loco me vuelve con sus contestaciones. Puede que sea eso justamente, que me refuta y tengo bastante poca fuerza de voluntad como para dejarlo pasar.

Se hace un breve silencio entre los dos y, cuando voy a despegar el auricular de mi oreja para ver si se ha cortado la comunicación, por fin habla.

—¿Has terminado?

—Claro, sí. Pensaba que me habías colgado la llamada —musito.

—Deja de buscar excusas, al menos conmigo, hazlo en el resto de momentos, en la soledad de tu habitación o cuando te toques pensando en ella. Conmigo, este tipo de actitudes, no —sentencia dejándome pasmado por su forma cortante.

—Yo… ya no sé… —intento defenderme, sin embargo, me sale el tiro por la culata porque no sé siquiera qué decir sin parecer un completo estúpido.

—Si no sintieses algo, si no fuese de esa forma, no estaríais todo el día con ese jueguecito. Es más —aduce—, ¿por qué le propusiste eso de hablar y luego olvidar? Porque querías ser tú mismo y decirle lo que se te pasaba por la cabeza. Joder, Ciro, que le dijiste que tenías ganas de besarla de nuevo.

—Ya. Pues se me han pasado.

—Un cojón de pato. —Cuando César se pone terco, no hay quien le gane.

—Tú no dices palabrotas.

—Y tú no dices mentiras y te mientes. A ver, Ciro, que Munia no es Kiara.

—Gracias a Dios —especifico.

—Y Kiara no tiene por qué estar siempre presente. Es pasado.

—Pasado, lo que se dice pasado, pues tampoco, porque ya sabes que al final… está por ahí.

—¿Has llamado a tus padres? —me pregunta.

Odio que saque este tema, lo odio mucho porque no quiero darle la razón, aunque la tenga.

—Sabes que no y que no tengo intención de hacerlo.

—¿Y sabes lo que me parece?

—César, ¿por qué siempre te conviertes en la voz de mi conciencia? —Y lo digo en serio, siempre me dice cosas para hacerme reflexionar sobre algo y, aunque lamente admitirlo, tiene parte de razón.

—Porque soy tu amigo y porque tú también lo haces conmigo. ¿Acaso te has olvidado de la cantidad de veces que me has dicho que tengo que hablar con mis padres y ser sincero? Pues tal vez deberías hacerlo tú. Es más, me estoy replanteando hablar con ellos y hacerte chantaje emocional.

—Ni de coña —remarco todas y cada una de las palabras de mi respuesta para darle mucho más énfasis a la misma.

César suspira al otro lado del teléfono y sé que estoy logrando que llegue a su límite. A veces yo mismo llego al mío y más con este tema en cuestión.

—Ciro…

—Lo haré —cedo y me sorprendo a mí mismo al formular esas palabras.

—¿Por mí? —pregunta al cabo de los minutos.

—Por ti y por mí. Porque tienes razón, aunque me cueste admitirlo. Razón en todo, incluido en lo de Munia.

—Sabía que te gustaba.

—Es… diferente. Extraño, raro, inusual…

—Me vale cualquier adjetivo de esos que dices. ¿Qué vas a hacer con Esteffi? —inquiere de sopetón.

—Estoy aquí, por fuera del local, y llega tarde. Odio la impuntualidad.

—Quizá ella cree que eso acrecienta tus ganas de la cita, de verla.

—Me pone de mal humor —añado.

—Te pone de mal humor que no sea Munia. Te dije que tuvieses una cita y…

—Ya sé que te referías a Munia —le corto antes de que prosiga.

—Entendiste mal mi consejo. A veces eres muy espabilado y otras, muy corto de miras.

—Capullo.

—Ese soy yo, el capullo que te aguanta —se burla sin piedad alguna.

—Ya viene —le cuento cuando observo a Esteffi acercándose por la acera con paso suave y sin prisa alguna.

—Suerte con eso.

—Ya te contaré.

—Intenta divertirte, al menos.

Asiento, aunque no me vea. Esto es como una prueba para mí. Hace mucho que no tengo citas, que no me propongo pasármelo bien con alguien que no sea mi amigo, así que quizá con esto lo que conseguiré es valorar la realidad de la situación, saber hasta qué punto me apetece estar con Munia y, de paso, reconocerlo por el camino. Tarea ardua y complicada, la verdad, porque llevo años diciéndome a mí mismo que eso que nos traíamos entre manos no era más que un juego divertido en el que poníamos a prueba nuestra capacidad léxica, nuestro sentido de la improvisación y nuestra lucha verbal. Y ahora resulta que las tornas han cambiado y me imagino besándola y no solo eso, deseando que así sea.

Puta vida, estoy jodido.

—César, mañana…

—Mañana estarás conmigo porque sé que siempre lo estás.

—Así es y así será.

Colgamos sin necesidad de añadir nada más, cuando lo que se dice se siente de verdad no es necesario edulcorarlo con nada.

Para cuando Esteffi llega hasta donde me encuentro, ya he guardado el teléfono en el bolsillo y he dejado de darle vueltas a la

metedura de pata que ha sido plantear esta cita. Si os sirve de algo, nunca jamás propongáis una cita a una chica por despecho hacia otra. Aunque lo de Munia no se puede clasificar como despecho, más bien una provocación por parte de mi amigo sumado a una confusión sentimental provocada por otra chica.

—Buenas noches, Ciro, qué guapo estás.

—Tú también estás muy guapa, Esteffi. —En realidad, está muy guapa, hay que reconocerlo porque no hacerlo sería faltar a la verdad, y yo tengo ojos en la cara, no obstante, tal y como le dije a Munia, mis dedos vibran por enredarse en otra melena, una rebelde, como su dueña—. ¿Entramos?

Esteffi se cuelga de mi brazo y accedemos al local. Tengo una reserva para dos y así se lo hago saber al camarero que nos atiende nada más entrar. Nos acompaña hasta la mesa y no me pasa desapercibida la ubicación. Es la típica mesa alejada, con un ambiente romántico y acogedor, propio para las parejas que quieren un poco de intimidad. Me siento incómodo cuando tomamos asiento.

—Y bien, ¿qué tal estás? Estaba muy nerviosa. Me he pegado horas probándome modelitos porque no quería nada muy formal ni tampoco muy refinado. Un estilo casual y chic.

Finjo una sonrisa comedida cuando escucho su explicación. Chic, casual, modelito… No sé, es como si me hablase de patatas fritas o algo similar.

—Estás perfecta —finalizo al ver que Esteffi espera a que le diga algo, lo que sea.

Mi respuesta parece de su agrado porque me dedica una amplia sonrisa y diría que hasta le brillan los ojillos por haberme fijado en su atuendo cuando, en realidad, ese tema me la trae bastante al pairo.

—Me alegra que me hayas invitado a cenar. No puedo negarte que me ha sorprendido, no me lo esperaba, eres algo así como el inalcanzable. Ya sabes…

—No, no sé… —Lo dejo en el aire para que me facilite algo más de información.

No suelo relacionarme en demasía con mis compañeros de trabajo, soy más de pasar desapercibido, es más, aunque suene

triste, con la que más relación tengo es con Munia y sí, ha vuelto a salir ella en esta conversación.

—Mmmm —balbucea, duda entre qué decir y cómo hacerlo—. No se te conocen citas, novias, rollos, ese tipo de cosas. Trabajas y poco más.

—¿Y eso no es lo normal? —inquiero. Mi voz suena un tanto reprobatoria, y Esteffi se da cuenta de ello al momento porque intenta endulzar su siguiente frase.

—No, no, no quiero decir eso, no me malinterpretes, es lo normal, solo que… también es normal que los compañeros salgan de vez en cuando, compartan tiempo, se conozcan e, incluso, haya relaciones sentimentales entre ellos.

Entre ellos, ya, ya sé a qué me suena esto y por dónde van los tiros.

—¿Piensas que las relaciones personales están bien vistas? Entre compañeros, digo —aclaro, aunque entiendo que es bastante obvio.

—Claro. ¿Por qué no? ¿Acaso no es lógico que el roce haga el cariño? —Esto es como la frase que me dijo César, del odio al amor hay un paso, y que se la dije a Munia yo hoy mismo. De hecho, seguro que la inventó la misma persona.

—Bueno… Sí, claro…

—Es más, en la cadena no hay un protocolo en contra de las relaciones sentimentales entre compañeros de trabajo, así que…

La frase queda en el aire, obviamente, aunque sé que se refiere a que podemos desmelenarnos y que sea lo que tenga que ser. Me parece a mí que Esteffi tiene las expectativas muy altas para esta cita.

Sonrío con escepticismo porque ni siquiera sé cómo responder a eso sin ser cruel. «La he cagado», eso sí que retumba en mi cabeza como si de una banda sonora se tratase.

—Oye, Esteffi… —Pretendo dejarle claras las intenciones de esta cita antes de que siga teniendo unas esperanzas que no son las que pretendo que tenga.

—¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —me corta incluso antes de que pueda terminar de formular mi frase. Es como si pudiese anticiparse a mis pensamientos y no quisiera escuchar lo

que le tengo que decir. Como el niño que ha hecho una trastada y antes de llevarse el castigo cambiase el tema para distraerte. Pues igual.

—Pues…

—A mí me gusta la moda. Ya sabes, los programas de moda, los cambios de *look* imposibles… y todas esas cosas.

La verdad es que me alegra que ella monopolice la conversación porque hablar de mí es lo que menos me apetece. Estoy seguro de que si fuese Munia la que estuviese en el lugar de Esteffi no dejaría de hacerme preguntas comprometidas, no sé, del tipo: ¿cuándo fue la última vez que una chica tuvo fuerza de voluntad de aguantarte en una cita?, o ¿a cuántas mujeres has envenenado con tus patéticos platos? Y yo la llamaría arpía por ello y sonreiría por dentro por lo imprevisible de sus cuestiones.

—Por eso decidiste estudiar estilismo… —No pregunto, afirmo. Ella lo interpreta como que quiero saber más.

Nos pegamos el resto de la velada entre explicaciones sobre moda, la combinación de colores, lo divertidos que son mis pañuelos y se me pasa por la cabeza en alguna que otra conversación el utilizar el pañuelo, que, por cierto, hoy no me he puesto, como arma letal. Meterlo en su boca y hacer que se calle. Lo de divertirme era una utopía, se lo haré saber a César en cuanto salga de aquí, primero me tomaré un ibuprofeno o un Nolotil.

No es que Esteffi tenga la culpa de ello, de que la cita no sea lo que yo esperaba. Ella es como es, y seguro que yo he sido en otras ocasiones un capullo de campeonato cuando he acudido a alguna cita por obligación o cuando me he relacionado con chicas porque César planeaba esos encuentros intentando ayudarme a salir del cascarón, que es lo que siempre me repetía tras lo de Kiara, y en todas actuaba como el típico chico patético e insulso que no se mostraba tal y como era porque le sudaba un cojón hacerlo. ¿Para qué fingir cuando no te apetece? Sin embargo, a Esteffi no quiero hacerle eso.

Tras pagar la cuenta, e invitarla a lo que ella llama «la última», caminamos por las calles de Madrid, llenas de gente que va y viene

disfrutando de la noche y del descanso que proporcionará el domingo sin pensar en nada que no sea darlo todo.

—Me lo he pasado genial.

Frenamos nuestros pasos cuando llegamos a una de esas paradas de taxi.

—Y yo. —¿Qué voy a decirle si no?

—¿Repetiremos? —indaga observándome con fijeza. Tal vez está intentando leer mi mente, mis reacciones, si voy a decirle la verdad o una burda excusa como pienso hacer.

—Por supuesto. —Acompaño mi mentira con una sonrisa que parece cautivarla y, en cierto modo, me siento un patán por no ser sincero y decirle que me lo he pasado bien, sin más pretensiones que una cena con una compañera de trabajo.

Esteffi interpreta mi afirmación como algo que no llego a entender porque, sin previo aviso, sus labios están sobre los míos.

Sí, son cálidos y mullidos. Calientes y sensuales, pero… no hay nada. No hay chispa ni deseo ni ansias de devorar, no hay explosión, no hay cosquillas, es un beso sencillo, como el que te puedes dar en el colegio con una amiga cualquiera investigando qué es eso que hacen los mayores.

Su lengua pide paso a la mía y, tan patético como os va a resultar, rememoro el beso con Munia, su lengua yendo a mi encuentro, su mano en mi nuca, la explosión de colores y de calor que recorrió mi cuerpo y esas ansias de devorarla como si fuese el puto último día en la tierra.

Y, entonces, lo sé, lo siento, lo noto. Descargo mi beso y las ansias del mismo en la persona errónea y sí, hago exactamente eso que no debería haber hecho y que le da pie a entender cosas que no son.

He besado a Esteffi con la necesidad que sentía porque fuese Munia.

Si esto no es triste, que baje Dios y lo vea.

29. EL DOMINGO DEL ARREPENTIMIENTO

CIRO

Ciro Bravo:

Hubo beso. Y fue… Lo dejo a tu imaginación, que ya sabemos los dos que eso te sobra, casi tanto como veneno.

Chaqueta en mano, salgo de casa sin saber si lo que voy a hacer es lo correcto o es otra de esas cagadas que se pueden evitar y, al final, no sorteas.

Observo el teléfono en varias ocasiones, incluso entro en el chat de Munia para ver si lo ha leído y si aparece «escribiendo…» como otras tantas veces entre nosotros. Sin embargo, el hecho de haberme dejado en visto resulta frustrante.

Cuando llego a casa de mis padres, tecleo con celeridad un mensaje cuyo destinatario es César. Podría excusarme y decirle que se lo debo, que lo hago por él y que, hoy, ambos nos vamos a enfrentar a algo, sin embargo, lo único que redacto es lo que me nace en el momento.

Ciro Bravo:

No estás solo.

La noche en la que nos encontramos con Munia, Loreto y Fabián en el local, cuando César dijo delante de todos cuál era su condición sexual sin esconderse tras una mentira o desviar el tema en otra dirección como es habitual que haga, me sentí muy orgulloso de él.

Soy de los que piensan que nadie debe presentarse hablando de con quién folla o con quién le gustaría hacerlo porque eso forma parte de la intimidad de cada uno, no obstante, sé que para César ese comentario, esa frase, esa afirmación fue como cuando Neil Armstrong puso un pie en la luna: «Un pequeño paso para el hombre y un gran paso para la humanidad».

Munia se dio cuenta de ello e intentó averiguar el porqué de mi sonrisilla condescendiente y, aunque no me correspondía a mí decirlo, me apetecía contárselo y eso fue extraño. Es insólito que, además de meternos el uno con el otro, sienta necesidad de abrirme a ella. Como si las cosas empezasen a fluir entre nosotros de otra manera.

Seguro que, si le dijese esto a César, se reiría de mí más de lo que lo hace de por sí e insinuaría sin pudor alguno que eso él ya lo sabía, y yo, a cambio, pondría los ojos en blanco o haría un mohín de esos que tanto me gusta hacer cuando me saca de quicio.

Y aquí, frente a la puerta de la casa de mis padres, lugar que no piso desde hace meses, bastantes meses, más que para lo imprescindible, entiendo lo que mi amigo puede llegar a sentir. El temor y el recelo ante lo que pueda suceder, salvo que, cambiando las tornas, él es quien puede ser rechazado, y yo he sido el que ha rechazado.

Pico la puerta a pesar de tener llave. No siento, en este momento, esa confianza hacia ellos como para adentrarme en su casa sin más. Las cosas han cambiado entre nosotros de forma irremediable.

Los pasos resuenan acercándose, y dudo de haber hecho lo correcto.

Saco de nuevo el teléfono y miro la pantalla de inicio. No hay mensajes, ni siquiera de César. Alzo la vista cuando me siento observado y frente a mí encuentro a mi madre. Si fuese uno de esos momentos en los que predominase el sentido del humor, me reiría de la cara de asombro que veo reflejada en su rostro. Sin embargo, lo único que pienso, una vez más, es que me he equivocado y que no debería haber venido. Craso error que he cometido.

—Ciro…

La voz acongojada de mi madre me hace estremecer. Se gira y comienza a llamar a mi padre y dudo en si este es el momento justo para salir corriendo. Mis piernas no responden y me siento…, me siento clavado al suelo.

Mi madre da un paso en mi dirección, y yo, por inercia, retrocedo.

—Ciro… —musita como si eso fuese a hacerme cambiar de idea o a arreglarlo todo.

En otro momento, la habría llamado mamá y me hubiese lanzado a sus brazos, ahora, ahora no sé siquiera cómo reaccionar.

—Hijo…

Mi padre aparece y se coloca al lado de mi madre. Pasa la mano por encima de su hombro y ese gesto la reconforta. Siguen queriéndose a pesar de los años, tal y como yo pensaba que sucedería con Kiara, que sería algo infinito, algo sin fecha de caducidad, y no fue de esa forma. Fue… Fue como fue.

—He venido… —La frase muere en mis labios porque…, porque no quiero decirles lo que quieren escuchar. No quiero mentir—. Ni siquiera sé por qué he venido, esa es la verdad.

Mi madre sonríe condescendiente. Siempre nos han dicho que mi sonrisa y la suya son iguales, que transmitimos lo mismo al hacerlo. En cambio, mi padre se parece mucho más a él. A Marcos.

—Da igual el motivo por el que hayas venido. Lo importante es que lo has hecho.

—César ha tenido algo de culpa en ello —admito en voz alta.

—Tenemos mucho que agradecerle, pues —sentencia mi padre con vehemencia.

—¿Te apetece entrar? Ya que has venido hasta aquí, sería una tontería no tomarse un café o un refrigerio, ¿no crees? —Las madres siempre utilizando la vieja técnica de la comida para intentar salirse con la suya.

Asiento, y mis padres se hacen a un lado.

La entrada está igual que la recordaba. Ha sonado extraño porque no hace tanto tiempo que no vengo, sin embargo, es como si fuese la primera vez desde hace mucho e hiciese, en realidad, décadas que no piso esta casa.

Los pequeños portarretratos siguen decorando la repisa de la chimenea del salón.

Recuerdo todos los momentos que hay inmortalizados en ellos.

El primer verano en que papá nos llevó a pescar, y que Marcos se burlaba de mí porque no era capaz de que nada picase el anzuelo, por pescar, no pude ni con una rueda de coche. Marcos, por aquel

entonces, ya se reía de mí, tal y como ha hecho siempre, y nuestro final no pudo ser de otra forma. Aun así, esa foto, aunque mi puchero lo dice todo, me encantaba porque sabía reflejar la esencia de lo que éramos por aquel entonces y lo bien que nos lo pasábamos aún con sus pullas.

De esa foto a la siguiente no pasaron muchos años. Era una Navidad especial en la que nos habíamos reunido todos en esta misma casa. Mis abuelos, mis tíos, mis primos, mis padres y nosotros cantábamos villancicos y comíamos turrón. Seguía vivo el espíritu de la Navidad, a pesar de que la inmensa mayoría ya sabía que todo era una mentira, nos seguía emocionando. Saber lo que nos traerían, el ruido de los paquetes, los papeles desperdigados por el suelo, los gritos por tener en nuestras manos eso que ansiábamos y esta foto es el reflejo de todo eso. Marcos me pasaba la mano por encima del hombro como si se estuviese apoyando en mí tras un largo día de trabajo. La abuela estaba sentada en el reposabrazos de un sofá desvencijado que, a día de hoy, mis padres siguen conservando, y el abuelo ocupaba dicho sofá. Mis padres se abrazaban, y mis primos se sentaban en primera fila como si de la foto del colegio se tratase.

Sonrío por el recuerdo que evoca dicha imagen y por el tiempo que hace que no nos reunimos de esa manera, sobre todo, tras el fallecimiento de mis abuelos años atrás.

Hemos perdido estas costumbres tan bonitas, las de reunirnos todos, aunque supongo que la pérdida de las personas y esos sitios vacíos que dejan tras su partida hacen que esas fechas no sean iguales que antaño.

La siguiente foto no puede ser otra que la nuestra. Los tres mosqueteros, como decía mi madre: Kiara, Marcos y yo. Ese invierno en el que nos fuimos a esquiar juntos. Éramos un tándem perfecto, mi hermano era como mi mejor amigo, y Kiara era mi novia y una gran amiga para él, lo que hizo que nos convirtiésemos en inseparables en muchas ocasiones. Viajábamos, paseábamos, salíamos a almorzar, organizábamos planes juntos como si de tres amigos se tratase.

Kiara siempre estuvo presente en nuestras vidas, siempre fue de esa forma y supongo que, para mí, que ella formase parte de la familia, en el amplio sentido de la palabra, hizo que me sintiese pleno y pletórico.

Y la imagen que evoca en este momento, imagen que nada tiene que ver con la que en su día transmitía, dista mucho de hacerme sentir tranquilo y relajado. Duele. Sigue doliendo. Sigue rompiéndome por dentro. Sigue provocando que la herida sangre, que se reabra y que lastime.

Ni siquiera he sido consciente de que mis dedos se deslizaban por el cristal remarcando el contorno de mi hermano y de Kiara hasta que mi madre carraspea tras de mí y me saca de ese trance en el que me encuentro.

—Ciro…, eso ya pasó —musita entre las dudas por decirlo en voz alta y el impacto que puedan provocar sus palabras tras ser mentadas.

Me giro y observo su gesto compungido. No tienen culpa de ello. Ni siquiera han hecho nada que me haga tacharlos de cualquier cosa, lo que sea: malos padres, traidores, canallas o sinvergüenzas, siempre el resultado de la ecuación ha sido el mismo: yo. Yo y solo yo.

—Se me ha hecho tarde. —Mi voz apenas sale como un balbuceo cuando formulo la frase en cuestión.

—Pero si acabas de llegar —indica mi padre aturdido.

Sujeta la mano de mi madre cuando comienza a hipar.

—Lo siento. No puedo —finalizo.

Paso por su lado sin siquiera rozarlos y me encamino hacia la salida. Arrepentido por haber venido. Dolido por haber vuelto al pasado. Triste por no ser capaz de pasar página.

Y ese soy yo, el Ciro que sigue anclado a los recuerdos.

30. ROSADITA Y GORDOTA

Pilar entra en mi despacho cuando estoy leyendo la ficha que me han preparado, donde se encuentra la información de los participantes del programa que se va a emitir dentro de poco más de una hora.

—Me ha dicho Loreto que estabas aquí, pensaba que estarías ya en maquillaje.

—Se me ha hecho tarde. —Le señalo el informe, y ella asiente—. Quería volver a leerlo.

—¿Todo bien? —me pregunta al ver mi gesto taciturno.

—Todo perfecto, ¿por?

—No sé… El instinto femenino me dice que estás enfadada. ¿Ha pasado algo este fin de semana?

Dudo de si contarle algo a Pili sobre el nuevo juego que nos traemos Ciro y yo entre manos y, quizá, admitir en voz alta que lo de su último mensaje me sentó bastante mal. Sin embargo, cuando creo que las palabras pugnan por salir de mis labios, la puerta se abre y entra Loreto.

—¿Vienes? —me reclama.

—Voy.

Me incorporo y me llevo conmigo el informe y las tarjetas que me han preparado. Pilar me pone la mano en el hombro y freno mis pasos.

—Lo estás haciendo bien, Munia, no estés nerviosa por lo del trabajo. Yo confío en ti.

—Y en Ciro —le contesto. Eso le demuestra que no iba tan desencaminada en su pensamiento y me sonríe condescendiente.

—Os tengo aprecio a los dos. Pase lo que pase, me dará mucha pena que no estéis aquí. Echaré de menos vuestros piques.

Loreto tose con fuerza cuando Pili termina de hablar. Ya conozco por dónde va la cosa y me apresuro en salir porque, tal vez, se le va la lengua y lo que yo no he dicho termina por ser verbalizado.

Damos varios pasos alejándonos de mi despacho cuando lo suelta.

—¿Algo que contarme? —inquiere con socarronería.

Esa pregunta me trae a la cabeza los mensajes de Ciro y, por ende, el último que me envió.

Guardo silencio mientras recorremos los pasillos y, una vez dentro de la sala de maquillaje, lo confieso:

—Estoy muy mosqueada y me enfada estarlo.

—Ah, ya, muy lógico todo. ¿Por?

No me siento capaz de decirlo aún abiertamente, así que desvío el tema con sutilidad y lo centro en ella y en su cita de ayer.

—La cerda sigue en mi casa, por si lo has olvidado.

No, no vino a buscarla, y dormir con una cerda que ronca como una manada de elefantes es muy jodido.

—Nos olvidamos del tiempo.

—Ya. ¿Y se puede saber el motivo de ello? Te recuerdo que me dijiste que eran unas horas, un día como mucho.

—El día tiene veinticuatro horas, así que… hice bien en no especificar.

—Tienes respuesta para todo. Mi tía tiene razón, y eres de lo que no hay. —Loreto me mira y bate sus pestañas. Me gana. Con poco me gana. Y hace que mi humor mejore, para ser más específicos—. Suéltalo —le pido.

—David es… No hay adjetivos suficientes para definirlo. Es perfecto.

—¿Perfecto? —A ver, que, viniendo de Loreto, perfecto es muy poco.

—Perfecto en todos y cada uno de los sentidos. —Alza las cejas para darle mucho más énfasis a sus palabras, y ya sabemos por dónde van los tiros.

—Te lo has tirado —musito. No me cabe la menor duda. Tenía que decirlo.

—Obvio. Y tiene pollón. He discutido con Fabián porque me ha preguntado si la tenía como una pasa, no te jode… Capullo. Amigos para eso.

—¿Se lo has contado a Fabián antes que a mí? —inquiero mosqueada. Los lunes, es cosa de los lunes de mierda.

—Me llamó esta mañana de camino al trabajo y lo puse al tanto.

—¿Le diste detalles?

—Por supuesto. Una buena amiga hace eso —me dice como si fuese lo más normal del mundo.

—Depende. Yo no quiero saber los detalles y soy una buena amiga.

—Tú no cuentas porque no eres muy morbosa en esos temas, sin embargo, te diré que es rosadita y…

—Paso —la corto.

—Gordota —finaliza.

Si ya sabía yo que no iba a cejar en su empeño de soltarlo.

—Y aparte del sexo… Que ya me ha quedado claro que es fantabuloso…

—Fantabuloso es quedarse corto. Joder, es que…, no sé…, se preocupaba por mi placer, porque yo disfrutase de todo, y, Munia, el sexo oral se le da de lujo. Eso es un punto a su favor. En la escala de puntos, David tiene un diez sobre diez. Ay, Munia… ¡Estoy loca por él!

Loreto, al más puro estilo de princesa Disney, da vueltas por la habitación como si estuviese bailando un vals o cualquier cosa de esas. Se me escapa una sonrisilla al verla de esa guisa, no solo el baile, que lo hace bastante bien, todo sea dicho, sino ilusionada con David.

—Nunca te había visto tan contenta —le confieso dando voz a mis pensamientos.

—Es que no había encontrado a nadie tan especial. Me gusta mucho, Munia. No paramos de hablar. Me contó cosas de su familia, de sus padres, de sus hermanos y sobrinos. Incluso hablamos de sus relaciones amorosas, ¿qué clase de hombre hace eso? Ninguno. Todos evitan tocar ese tema, por el motivo que sea, lo omiten.

—Lo normal es que no quieran hacernos sentir mal al hablar de otras chicas…

—Eso es una mentira. Nos gusta saber, somos curiosas por naturaleza. A mí un tío que no me cuenta nada sobre su pasado me hace sospechar que esconde algo. Como Ciro, ¿qué esconde?

Me alzo de hombros porque en realidad no me lo he planteado.

—Quizá sí que habla de ello, solo que no con nosotras. Por motivos muy obvios: no somos sus amigas. César sabe, fíjate lo que contó Fabián, así que, en cierto modo, tiene lógica. No va a ir con un cartel en el pecho colgado en plan: he tenido tantas relaciones y este es el motivo de la ruptura de cada una de ellas —especifico—. Yo no lo hago, y tú tampoco.

—Porque tú no tienes muchas relaciones —matiza mi amiga.

Me alzo de hombros de nuevo.

—Y porque soy reservada.

—Ya. Demasiado diría yo. Cada vez que sacaba el tema de Jorge, ponías mil y una excusas para no hablar de ello.

—Cada conversación tiene su momento, Loreto. Tú eres más comunicativa que yo.

—Eso no es verdad —me corta antes de que siga—. Tú eres comunicativa, solo que reservas tu privacidad.

—Pues quizá a Ciro le sucede lo mismo.

—Y si el desconocimiento por parte de la vida privada de Ciro no es el motivo que te tiene así, ¿qué es? Te he dado tiempo. —Loreto me mira suspicaz.

Yo pensaba que no se había percatado de nada. No contaba con la astucia de mi amiga.

Suspiro. Necesito contárselo a alguien, y Fabián es muy buen amigo, no obstante, cruel en muchas ocasiones. Igual me diría que soy patética y eso me haría sentir peor porque sería como reafirmar el concepto que ya tengo de mí.

Saco mi teléfono y entro en mi chat personal.

—Léelo.

He copiado y pegado el último mensaje de Ciro y lo he puesto en favoritos también. La evolución del chat es hasta abrumadora. Del odio a los celos irracionales. Yo, que suelo ser bastante racional con las cosas. La loca del coño es Loreto, no yo.

—¿Y? —me pregunta tendiéndome el teléfono.

—¿Cómo que y? ¡Es que no te das cuenta! —profiero.

—Es un mensaje que no dice mucho. Ni si le ha gustado ni si no, lo deja a tu imaginación. ¿Qué le respondiste?

—Nada —zanjo.

—¿Por?

Y he aquí la pregunta del millón, señoras y señores.

Loreto sabe que ha dado en el clavo y sonríe con suficiencia. Pone cara de arpía y eso que se supone que la digna merecedora de ese calificativo soy yo.

—Porque estaba enfadada —confieso.

Me llevo las manos a la cara y me tapo con ellas porque la vergüenza de admitirlo a bocajarro me puede.

—Munia…, deja de esconderte, eres una persona y tienes permitido sentir por alguien. No sé…

—Ya, pero es Ciro, no es cualquier chico. Ciro, ¿lo entiendes?

—¿Y? —De nuevo—. Él te besó el otro día. Quizá también está muy confundido con todo esto y ese mensaje son solo palabras para pincharte. Tenías que haber estado por encima de eso y haberle contestado como sabes hacerlo. Como siempre haces.

—¿Crees que le he dado pistas sobre mi confusión?

—Sabemos que Ciro no es estúpido, aunque nos cueste reconocerlo.

—Zoquete sí, estúpido no —admito.

—Pues eso, que, conociéndolo como lo conocemos, es probable que le haya dado vueltas al asunto y que se esté montando una película en la cabeza.

—A ver —intercedo—, que no me tiene comiendo de su mano ni mucho menos. Fue un beso y ya.

—Pues quizá tienes que hacérselo saber —me propone Loreto.

¿Veis por qué viene bien hablar de las cosas? Porque entramos en bucle y no nos damos cuenta de que puede que lo que pensamos no sea la realidad. Nos contaminamos con nuestros pensamientos y eso.

—¿Lo has visto hoy? —curioseo.

—No. Nada. Cero patatero.

Asiento de nuevo. Loreto me señala el sillón, y me acomodo en él.

—Después lo busco. Y tú pasa a por la morcilla porque tengo antojo de beicon.

Loreto se descojona de risa, no entiendo el motivo porque hablo en serio.

31. LA HERENCIA COMO ARMA DESTRUCTIVA

—Buenas tardes. Aquí estamos con una nueva entrega de *El amor tiene fecha de caducidad*. ¿Qué divorciados nos acompañarán esta tarde? ¿Con qué batallas nos amenizarán el día? ¿Sacaremos alguna nueva conclusión?

Presento a los dos participantes y pongo en antecedentes al público de quiénes son, de dónde vienen, cuánto tiempo estuvieron casados y el motivo del divorcio. Nada de cuernos, nada de una sexualidad de mierda, la suegra o el aburrimiento, en esta ocasión nos acompaña una pareja que justifica su divorcio en base a una herencia. Para que digan que el dinero da la felicidad… Y una mierda, como diría Loreto.

Lo mejor de este programa, y a riesgo de que os asombre, es que las parejas suelen traer tanto resentimiento que por norma general no es necesaria mucha parafernalia para que empiecen a discutir.

A ver, a ver… Las discusiones no son mi punto fuerte y no las justifico, sin embargo, bien sabéis que en la televisión lo que prima son los *shows*: el folleteo, las disputas y el enamoramiento, de ahí que a Ciro le vaya tan bien en su programa.

Me giro en busca de su presencia, donde se ha colocado las últimas veces que ha decidido venir a hacer de espía a mi costa. Imagino que a él le viene bien acercarse porque mi programa se emite en el horario en el que él ronda por estos lares, en cambio, yo me conformo con encender la tele y cagarme en todo al ver que lo hace bastante bien y que es profesional. Lo que no quiere decir que no me guste ganar y que haya desistido en mi fin. Que me haya chupado una mano con bastante sensualidad, que me besase, y yo me dejase hacerlo, y no solo eso, que no me importaría repetir, sin contar los mensajes que intercambiamos últimamente y que distan mucho de lo que hacíamos antes, no quita que quiera conservar mi trabajo. Ya os he dicho que forma parte de mi vida, que me he centrado en ello durante mucho tiempo y se convirtió en el eje central de mi existencia cuando Jorge me dejó.

Una idea bastante descabellada ronda por mi cabeza y me muero de ganas de sacar mi teléfono y anotarla por si resulta que me distraigo y se me olvida. En serio, todo el mundo debería tener un chat personal en el que anotar las cosas importantes del día a día. Ahora bien, si son muchas, es probable que se pierdan entre tanto mensaje, como a veces me pasa a mí con las ofensas de Ciro.

—Bien —comienzo centrándome de nuevo—, entiendo que te dejaron una propiedad cuando falleció tu madre y esa propiedad es compartida porque tenéis un régimen de gananciales en vuestro matrimonio —indico leyendo la tarjeta en la que me han puesto ese tipo de especificaciones.

—Sí —admite la mujer—. Y él, que encima no soportaba a mi madre y refunfuñaba cuando tenía que acudir a cuidarla porque el señorito solo se veía la punta de la nariz, pretendía controlar una vivienda que no era suya.

—Es que, en cierta medida, era mía —protesta el susodicho.

Nada de juicios de valor, lo admito, aunque puedo decir que el susodicho es un gran capullo. No por lo de la propiedad, que, a ver, el régimen lo estipula cada uno, sino porque se ofendiese cuando iba a cuidar de su madre. ¿Es que no tiene dos manos?

—Era mi madre, y yo cuidaba de ella, y tú no hacías nada. Quisiste vender la propiedad porque te parecía importante invertir ese dinero en un barco. ¡Un barco! —me grita mirándome directamente, intentando buscar mi apoyo. Soy imparcial y siempre debo serlo, no obstante…, me lo está poniendo difícil.

Mis padres son importantes en mi vida, y mi tía Rita también lo es. Ya sabéis la relación tan estrecha que comparto con ella y no soy capaz de imaginar que mi pareja, esa que siente algo por mí, no respete y apoye mi decisión a la hora de cuidarla, si fuese necesario, o de mantener una propiedad.

—¿Y qué habrías pensado si se hubiese vendido porque la economía familiar era precaria? —le pregunto mirándola.

—Lo habría entendido, por supuesto —confirma sin un ápice de duda en su voz—. Antes de mí, de mi madre o del tema de mantener el recuerdo de muchos de mis años de vida en el que fue mi hogar, habría estado mi esposo y mis hijos —admite. No, no es

un capricho, no quería conservar la vivienda por egoísmo, en cambio, él…

—¿El barco era tan importante como para desprenderte de un inmueble en el que tu mujer tenía tantos recuerdos y al que le profesaba un apego sentimental?

—Estaba muerta. ¿Qué más daba el apego y los recuerdos? La vivienda no le va a dar nada nuevo y nos podía dar un barco.

—¡Yo no quería un barco! Yo quería entrar allí y rememorar olores, verme en aquel salón bajo el árbol de Navidad, en el patio corriendo tras los perros que nos acompañaron… Yo quería conservar un pedazo de los mejores años de mi vida —susurra ella con la voz tomada por la emoción.

—¡Estaba muerta! —insiste él.

—¿Y? ¿Eso quiere decir que cuando usted muera quiere que sus hijos se desprendan de todo lo que tenga que ver con usted? ¿Que no le importa que vendan sus pertenencias y olviden los recuerdos compartidos?

—Los recuerdos no se olvidan…

—Los recuerdos están presentes en las cosas, en las pertenencias, en los espacios, en las canciones, en los olores… ¿Acaso nunca habéis escuchado una melodía y os ha transportado sin remedio al pasado? ¿A una etapa que os hace sonreír o que os entristece? —pregunto girándome y mirando al público. Y allí está Ciro. Últimamente lo percibo cuando está cerca, una conexión extraña que va más allá de la lógica, en cambio, hoy, estaba demasiado concentrada en lo furiosa que me pone este hombre que no he sido capaz de notar su presencia. Me sonríe, complacido, no sé si con la suficiencia que le caracteriza o porque sabe que este arrebato ha sido fruto de la frustración, del enfado y del disgusto porque alguien no sea capaz de entender a la otra persona, a la persona que quieres—. ¿Acaso no es eso el amor? Anteponer lo que quieres y sientes por lo que quiere y siente la otra persona o, al menos, llegar a un acuerdo tácito entre los dos —inquiero.

El público está en silencio, me observan con fijeza a la vez que camino por el plató sin dudar y, entonces, él lo hace. Aplaude. Al principio, se escucha como una débil melodía de fondo. Clavo mis

ojos en los suyos y entonces sé que esa media sonrisa no es otra cosa que el reconocimiento y le devuelvo el gesto con agradecimiento e, incluso, me siento menos ofuscada por el beso con Estefanía. O no, a ver, a tanto no llego. Fue un lapsus temporal. Sigo queriendo matarlo por el beso, aunque haya sido yo la que le haya dicho que si la besaba me lo contase. Hay que ver, no me entiendo ni yo, de verdad.

Me centro de nuevo en el programa y proseguimos con la pelea, lo que pasa es que la parte en la que tengo que ser imparcial, me cuesta porque, siendo sinceros, al egoísta de mierda que tengo delante solo me apetece apalizarlo o tirarle a la cerda para que se lo coma de un bocado.

Una vez se llega al veredicto final, a él se le tacha de gilipollas y a ella se le aplaude por haberse divorciado de semejante tipo. Aun así, el susodicho parece que no piensa admitir que se equivoca y abandona el plató con la cabeza bien alta.

Recojo mis notas, me dispongo a salir yo también y marcharme en busca de Loreto para ir a casa de mi tía, tal y como estuvimos planificando cuando la chica se acerca a mí.

—Gracias por entenderme —me dice.

Le sonrío y bato frente a ella las tarjetas de color fucsia.

—Vaya historia…

Ella me devuelve la sonrisa cómplice.

—Quería acercarme y darte las gracias por entender que ese tipo es un capullo. No sé cómo me enamoré de él y no solo eso, sino que terminamos casados.

—Es un capullo, sí —confirmo sus palabras. Ella asiente—. Y dime, ¿qué tal la vida de soltera?

—¿Sin ese lastre? Increíble y, por supuesto, creando nuevos recuerdos en la casa de mi madre.

—Me alegra que no tengas un barco y que tampoco tengas a ese marido.

—Yo me alegro casi más que tú, ya ves. En fin, sabía que tenía que hacerles caso a mis amigas y venir a verte, me ha hecho sentir mejor porque sonará estúpido, pero ha habido momentos en los que

he pensado si de verdad valía la pena divorciarme por mantener esa casa.

—No tienes que pensar así, quiero decir, lo que te diga la gente, lo que opine el público e incluso yo no tiene valor alguno, lo que de verdad debe tener peso es lo que pienses tú y lo que sientas, ¿me explico? —Esther cabecea afirmando de nuevo y me tiende la mano una vez más.

—Aun así, gracias.

—Aun así, de nada.

Estrechamos las manos y cada una sale en una dirección diferente.

Estas cosas, estos detalles, todo lo que envuelve a este programa es lo que le da sentido. Por todo esto soy feliz aquí y yo también me alegro de no haberle abierto la puerta a Jorge cuando la tocó por última vez. Ya estaba bien de ser su felpudo.

32. JUGANDO AL GATO Y AL RATÓN

Con la mano aún puesta en el picaporte de mi puerta, su voz resuena haciéndome frenar en mi cometido.

—Muy buen programa, arpía. Quizá empiezas a reconciliarte con la parte bondadosa de tu cuerpo.

Me giro con la sonrisilla descarada en los labios y me tropiezo con su oscura mirada. Me perturba, sería negar lo evidente el no reconocerlo.

—Aún sigo esperando que alguna parte buena de tu alma salga a la luz y nos deje a todos hipnotizados.

Una vez más, ese gesto tan característico y abrumador en él enmarca su rostro.

—De mi alma, has dicho… Las de mi cuerpo, en cambio, ya las puedes disfrutar, gamberrilla. —Se cruza de brazos y la actitud descarada y petulante que siempre lo envuelve se hace patente al instante—. ¿Sabes una cosa que espero yo? —Niego, aunque intuyo cuál va a ser su siguiente frase—. Una respuesta.

Efectivamente. Ya sabemos a qué clase de respuesta se refiere el susodicho. Miro en todas las direcciones posibles y entro en mi despacho cerrando tras de mí. Lo he dejado fuera aposta. Por el mero hecho de fastidiarlo y sacarle de sus casillas, como él suele hacer conmigo siempre y por no contestar, eso también.

Dejo sobre la mesa las notas y saco el informe del programa. Lo guardo todo en una carpeta y lo coloco sobre la bandeja para que lo archiven o lo destruyan, lo que crean conveniente.

—Toc, toc, ¿se puede? Tengo la ligera sensación de que la corriente de aire ha cerrado la puerta sin querer —ironiza.

Señalo en dirección a la ventana para que se dé cuenta de que está cerrada a cal y canto, aunque eso él ya lo sabe. A ver quién saca de quicio a quién, ese es otro juego que también se nos da de fábula. Como el de mensajearnos y hacer como si nada hubiese sucedido.

—Debe de haber sido la corriente de aire, sí. Nada que ver con que yo la empujase para que ningún zoquete invadiese mi espacio

personal.

—Aquí no veo a ningún zoquete, solo a un chico inteligente y muy atractivo.

Miro en todas las direcciones, en plan dramático, girando el cuello a lo bestia de tal manera que tal vez tenga que acudir a la consulta de un fisioterapeuta esta misma tarde. Para darle algo más de énfasis, abro cajoneras y las puertas de los armarios.

—Ciertamente, no veo a ningún chico con esas características. Debe de haberse esfumado. Puede que con la corriente de aire también.

Se señala con los pulgares y sonríe al más puro estilo Ciro Bravo.

—Hablaba de mí.

—Ahhh… ¿A clases de modestia has ido alguna vez? Igual hay algún curso subvencionado por el ayuntamiento.

Ciro, sin perder la sonrisa, se acerca y coloca ambas manos sobre la mesa. La postura hace que nuestro espacio personal se reduzca y que estemos muy cerca. Trago saliva. Él lo nota. Mira mis labios. Yo me doy cuenta. Y ese es nuestro juego ahora, uno más de los tantos que tenemos. El arte de jugar al gato y al ratón y salir siempre indemnes.

—No me has contestado, arpía. —Me incorporo y la que se cruza de brazos con actitud desenfadada soy yo—. Al mensaje que te envié —resuelve con vehemencia.

—No se supone que el juego era temporal, es decir, nos decíamos lo que quisiésemos y luego haríamos como si nada de eso hubiese sucedido. Esas eran las normas —recalco.

—Fuiste tú la que me dijiste que te escribiese si sucedía.

Claudico. Tiene razón.

—Pues bien por ti.

Y ahí va otra dosis de madurez. Cuando me enfado, me cuesta razonar con lógica.

—¿Quieres saber algo?

—¿No eres tú el que me suele preguntar si tengo algo que contarte? —cuestiono escéptica.

—Veo que recuerdas nuestras conversaciones. Debes saber que yo también lo hago.

—Me alegra, eso demuestra que no tienes el cerebro del tamaño de un mosquito. —Y ahí, de nuevo, esa sonrisilla que se le escapa cuando sé que lo que va a decir es bastante canalla, sin contar el alto voltaje que puede contener su respuesta—. No lo digas —le corto y me anticipo.

—¿El qué? —inquiere con socarronería. Es sexi así, con los brazos cruzados.

—Hablar de tamaños. —He tenido suficiente dosis de rosadita y gordota por hoy.

—No pensaba decirlo. Tienes una mente muy sucia, Munia. ¿Algo que quieras decirme? —Se acerca, recortando la distancia que nos separa, mucho más incluso que antes, y susurra. Sexi. Demasiado sexi. Me tiemblan las piernas Me quiero sentar—: Estoy dispuesto a guardarte el secreto si me cuentas que te tocas pensando en mí. Haré como si no lo hubieses confesado.

Ahora soy yo la que recorta la distancia. Camino hasta su altura, bordeando la mesa, y me coloco frente a él.

—¿Sabes, Ciro? La verdad es que sí, lo hago. Me gusta meterme en la ducha y, a la vez que me enjabono, deslizar mis dedos por mis hombros, pasarlos con delicadeza por mi torso y continuar recorriendo la curva de mis pechos, para seguir bajando hasta llegar a…

No deja que continúe mi frase y tampoco la escenificación en la que estaba sumergida mientras le narraba la escena con todo lujo de detalles y me acariciaba de la misma forma en la que se lo contaba. Su mano se coloca sobre la mía cuando voy a llegar a mi sexo.

Ni siquiera me sorprendo cuando me sienta sobre la mesa, abre mis piernas y se sitúa entre ellas. Cuando su lengua ya se encuentra saqueando mi boca y mis manos envuelven su nuca. Tampoco me sorprendo cuando mis piernas aprisionan sus caderas y me muevo forzando la fricción de nuestros cuerpos.

—Te perdono —me dice separando por un momento sus labios de los míos.

—¿Por qué?

—Por no contestarme al mensaje.

—Cállate, Ciro.

—No pasa nada si estás celosa, yo también lo estaría, Munia. Jodidamente celoso si alguien te pusiese las manos encima.

Me quedo en silencio asimilando sus palabras, y Ciro entorna la cabeza esperando a que lo niegue o diga cualquier cosa, la típica salida que tengo cuando no quiero admitir algo.

Y solo se me ocurre una cosa. Me repito a mí misma que es solo para obviar el tener que admitir que en efecto estoy celosa y que no es porque me apetece, porque es sexi, porque me empieza a gustar este nuevo juego y porque besa como un jodido dios de los besos robados.

Atraigo de nuevo su cuerpo y mi mano, colocada aún sobre su nuca, tira para que nuestros labios se encuentren. No sé si sabéis esa sensación de plenitud que te embarga cuando estás sediento y por fin puedes llevarte a la boca un enorme trago de agua fría. Esa sensación, esa, es la que me invade cuando Ciro y yo nos besamos una vez más. Es como si yo estuviese sedienta, y él tuviese el secreto para calmar mi sed.

Sus dedos, hasta ahora suaves y delicados, comienzan a descender por mi cintura y se colocan a ambos lados de mi cadera sin pudor alguno. Como si ese fuese el recorrido habitual de sus manos y la inercia acompañase al movimiento. ¿A que ya no le parezco tan menuda y bajita? Tantea mis nalgas y me las aprieta empujándome a su paso contra su polla. Y aquí tengo algo que añadir, algo importante, diría, incluso, vital. Ciro tiene la lengua larga y… el resto del cuerpo acorde, por lo que percibo.

—Joder, Munia —suelta separándose un solo segundo de mi boca. Vuelve a besarme con fruición y su mano abandona mis nalgas para subir hasta mis pechos—. Eres chiquita, pero matona —musita de nuevo.

—Tienes suerte de que ahora mismo no me dé por matarte.

—A besos —susurra.

Me dejo hacer. A ver quién es la valiente que pone impedimento a las chispas que desata su tacto al contacto de mi piel. A ver quién es capaz de perderse las sensaciones que transmiten sus dedos investigando mis curvas. A ver quién es capaz de admitir que esto

que hace despierta en mí algo nuevo, diferente, extraño e, incluso, irracional.

—Munia, he hablado con…

Me separo de Ciro, aturdida. Lo observo un segundo antes de empujarlo con fuerza para que reaccione y la distancia entre nosotros sea palpable. No parece inmutarse, al contrario, es como si le diese igual que hubiese entrado alguien y nos hubiese pillado de esta guisa.

—Joder —mascullo.

¿Dónde coño ha quedado la Munia cuerda y racional que piensa las cosas antes de hacerlas? ¿La que marca límites y levanta muros? ¿La que respeta el trabajo por encima de todas las cosas? ¿La que ha dicho por activa y por pasiva que Ciro es su archienemigo? ¿La que le lanza dardos cada vez que hay una partida improvisada en casa?

Todo, absolutamente todo, ha quedado relegado a un segundo plano cuando nos besamos y nos tocamos.

La puerta se cierra después de unos segundos. Loreto ha tenido la decencia de dejarnos a solas, quizá más a mí que a Ciro, puesto que él ni siquiera se ha dignado a mirarla de soslayo.

—Vete, Ciro.

—¿Te avergüenzas? —me pregunta.

—¿Acaso tú no? Ciro, somos compañeros de trabajo, nos llevamos mal desde que los dinosaurios poblaban la tierra. Esto —le cuento alternando los dedos entre ambos y señalándonos— no está bien. Nada bien —confieso. Lo digo en voz alta, no obstante, mentir se me da de pena porque mi cuerpo expresa todo lo contrario a lo que mis palabras confirman.

—Yo jamás me arrepentiría de esto porque, sin duda alguna, es algo que quería hacer. —Ciro comienza a dar varios pasos hacia atrás escudriñándome con la mirada hasta que por fin se da la vuelta y cierto alivio me invade. Si no me mira, no me siento ridícula por lo que he dicho—. Y lo mejor, Munia, es que lo quiero seguir haciendo.

El sonido de la puerta me hace abrir los ojos y me doy cuenta de que tengo algo en el pecho, algo que me oprime, una sensación de

ahogo.

Es Ciro, Munia, Ciro… ¿Y si también juega contigo y terminas rota de nuevo?

33. LOS PROBLEMAS DE UNO EN UNO

Llegamos a casa de mi tía unos veinte minutos tarde porque a la cerda se le ocurrió la fabulosa idea de cagarse en el portal, y yo, como podéis imaginar, no pensaba limpiarlo. Loreto, la pobre, tuvo que recoger el mojón —de considerable tamaño— y pedir disculpas a todos los vecinos que salían y entraban.

Admito que me hizo mucha gracia, sobre todo, porque me dio para reírme de ella y vengarme por los comentarios que hizo sobre la pillada en mi despacho. En cierto modo, le agradezco que haya aparecido porque estaba a punto de dejarme meter de todo menos miedo.

—A mi tía ni una sola palabra de esto y a Fabián menos, porque ya lo conocemos y sabemos de qué pierna cojea.

—No cojea —me suelta haciéndose la loca.

—Loreto, mira que te añado como enemiga en mi chat personal —le advierto con tono jocoso. Aunque sea una chalada de mucho cuidado, tengo que quererla igual.

—No quisiera yo formar parte de ese chat —confiesa guiñándome un ojo.

Cuando mi tía Rita abre la puerta, la cerda es la primera en entrar.

—Esa cerda menea el culo como si fuese una *stripper* en un bar de carretera —ironiza mi tía, que no pierde la oportunidad de reírse de Loreto cada vez que puede.

Mi tía y Loreto se conocen desde siempre o de casi siempre, supongo que, cuando Loreto y yo decidimos —ya me entendéis, no lo llevamos a votación popular ni nada de eso, pero casi— que seríamos amigas y nos convertimos en inseparables, le presenté a mi tía, y congeniaron. Me gusta que sea así, la verdad. Luego llegó Fabián y se sumó al carro.

—Hoy nada de fotos, que tal vez me vigilan —les advierto recordándoles la escena de pena en la que Ciro me envió una foto nuestra el día que nos fuimos de excursión, eso sí, retocada y tal.

—Mejor aún, le damos pie y envidia —musita mi tía sonriendo mientras nos invita a tomar asiento en su enorme sofá. No es coña,

ahí cabe un regimiento—. ¿Qué tal todo?

—He pillado a Munia besándose en su despacho con Ciro. Él estaba entre sus piernas. Entre sus piernas —recalca como si la primera vez no hubiese sido suficiente.

La mirada de mi tía lo dice todo. Puede que la que tenga que acudir al fisioterapeuta sea ella porque se le acaba de desencajar el cuello. No es coña ni exagero. Imaginaos lo rápido que ha movido la cabeza.

—Te ha faltado tiempo, ¿ehh, cerda? —La morcilla andante me mira. Ha tomado asiento a nuestros pies—. No es a ti, es a tu dueña. —La señalo con actitud reprobatoria.

—¿Qué? —cuestiona mi tía—. ¿Otra vez?

—Ya ves, así me he quedado yo —interviene Loreto, sin dejarme responder.

—A ver… —tercio tomando la palabra.

—Que yo ya esto me lo veía venir —me corta Loreto desparramándose en el sofá como si estuviese, no sé, en la playa tomándose un mojito y comiendo camarones ya pelados—, porque esta que ves aquí…

—Esta que ves aquí es tu amiga —le recrimino por lo mal que ha sonado el comentario— y tu sobrina —añado al ver la sonrisilla de mi tía.

—Esta que ves aquí se trae un juego de lo más raro con Ciro. Dice que no le gusta y luego le falta tiempo para comerle la boca.

Menos mal que nos interrumpió porque igual acabo comiéndole otra cosa. ¿Lo he pensado? ¿En serio?

—¿Cuándo coño te he dicho yo que me gusta? —inquiero ofendida.

Me cruzo de brazos porque las ganas de ahorcarla comienzan a hacerse patentes.

—Haya paz —intercede mi tía Rita, eso sí, sin perder la sonrisilla descarada, si es que están hechas la una para la otra, en serio—. Munia, sí que se veía venir y ya te lo dije la última vez que hablamos, cuando me dijiste que os habíais besado.

Ya no hace falta que ninguna me dé la estocada final.

—Pensaba que tú me ibas a defender —le reprocho.

—No puedo defender algo con lo que no estoy de acuerdo. Soy una mujer de principios —dictamina—. Ahora… dime qué ha pasado —me pide con vocecilla de corderito. Mi tía es como Loreto, cuando quiere es un solete y, cuando no, una fiera enjaulada.

—No pude evitarlo —admito sin pudor alguno. Soy un poco extraña, lo sé—. Ya sé que no es lógico que te reprenda por contarlo y decir que me gusta —le indico a Loreto— y luego admitir que no soy capaz de rechazar sus besos, sin embargo, es eso lo que me sucede. No soy capaz de razonar con Ciro cerca, es tocarme y perder el sentido.

—Algo similar ya te pasaba cuando te pinchaba, y tú respondías —apostilla mi tía convirtiéndose en la voz de la experiencia en esta sala. En cuestión de entender asuntos, nos da mil vueltas—. Otra persona en su sano juicio —añade. Ojos en blanco aquí, por favor— no reaccionaría ante sus ataques. No tuve más que verte en este mismo salón cuando te envió la foto y te pusiste a investigar sobre una chica, su perfil… Esa curiosidad, sobrina mía —ironiza de nuevo —, no es por ningún plan.

—A ver... —intercedo defendiéndome sin acabar la frase.

—Sí que había un plan —me defiende Loreto. Menos mal.

—Que no es que no lo haya —se justifica mi tía retomando el asunto—, hablo de que la actitud de Munia aquel día ya daba a entender que algo pasaba.

—Pues ahí aún no había pasado nada —argumento—. Lo del beso vino después de eso y lo sabes. —Vaya que si lo sabe porque vine a contárselo desde que pude. Nadie para hacerme entrar en razón como mi tía.

—Yo aquí lo que veo es que tienes que dejarte de tonterías. —Loreto asiente—. Y ver a dónde te lleva todo. —Loreto y la cerda me miran. Como la morcilla asienta, me tiro por el balcón porque hasta ella está cansada de este puto juego de mierda que nos traemos Ciro y yo—. Es hora de que dejes atrás el recelo que te produce dejarte llevar con un chico.

—En cierto modo —interviene Loreto—, eres consciente de que tarde o temprano esto iba a ocurrir, Munia.

—O no… No sabemos cómo van a suceder las cosas, no sé, quizá yo no estoy hecha para las relaciones. Jorge me lo dijo, soy insulsa y se cansaba de mis tonterías, tanto que pasó lo que pasó.

—Mentar a Jorge y ponerlo como ejemplo no creo que sea del todo acertado. Jorge es un capullo que tenía la polla fuera del pantalón más tiempo que dentro. Y así le fue —musita mi tía.

—Sigo sin querer saber cómo le va —intercedo por si me aporta algún dato.

—Yo tampoco sé mucho. Ya sabes que se fue cuando Luis le propuso el traslado.

—Yo ya no estaba dispuesta a abrir de nuevo. Y, a pesar de todo, lo quería. Lo quería como a nadie.

—Esas son las cosas que suelen pasar con las relaciones de ese tipo. Por más que te pisotean, sigues porque más vale malo conocido que bueno por conocer —argumenta mi tía con solemnidad —. Hasta que llega alguien que no apaga tu brillo sino que hace que la luz aumente mientras camináis juntos.

—Estoy de acuerdo en eso. —La cara de Loreto cambia cuando escucha las palabras de mi tía y sé que, inconscientemente, se imagina un futuro feliz con David, caminando ambos de la mano, brillando juntos, y me da rabia no ser capaz de pensar así e imaginarme de esa forma yo también. Me sigue dando rabia el miedo a que las mentiras envuelvan mis relaciones, pasadas y futuras, porque yo creía en Jorge y no sé si creo a Ciro.

—¿Qué estás pensando? —pregunta Rita.

—¿Y si Ciro también miente? —confieso—. ¿Quién nos dice que lo que Fabián escuchó es mentira? ¿Que Ciro no dejó a Kiara estando embarazada? Por egoísmo o por lo que sea.

—¿Habías dicho que no ibas a hacer juicios de valor sin saber? —me increpa Loreto. No tenía que haberle contado nada ni haberme desahogado con ella.

—Ya. También dije que iba a creer a Jorge a pies juntillas, y se iba cada noche con una distinta, y yo lo esperaba en la casa con la cena puesta —replico con hostilidad en mi voz.

—Habla con él —murmura mi tía. Para ser la voz de la experiencia acaba de decir una soberana tontería.

—Ya, claro. Ahora mismo me planto en su casa y le digo que Fabián escuchó cómo César le decía que esperaba que no pasase lo mismo conmigo que con Kiara y que no me dejase embarazada. Todo muy lógico y razonable, claro, sí.

Alzo las manos esperando a que pillen la ironía y el sarcasmo implícito en mis palabras, pero, vaya, que les cuesta, y eso que yo abogo porque no son cortas de miras. No sé si retractarme.

—Yo sigo viendo lógica en que lo hagas —insiste mi tía.

—Llegados al punto en el que estáis, ese en el que os habéis besado los dos…, yo también lo haría.

—No puedo hacer eso —sentencio. Porque no puedo, ¿verdad?

—Te conocemos —interviene tomando la palabra mi tía de nuevo — y sabemos que, hasta que no sepas lo que sucedió, vas a estar dándole vueltas a esa cabecita que tienes. —Mi tía da varios golpes sobre mi cabeza como si fuese mi madre y me estuviese reprendiendo por decir alguna barbaridad o algo peor que eso.

—Ella sabrá —indica Loreto.

Mi tía asiente y deja el tema en cuestión porque sabe que, si insiste, me voy a bloquear y no voy a ceder. A cabezota no me gana nadie.

—¿Y David? —indaga mi tía.

—Gordota y rosadita —le digo.

Lo que hay. Le dije que no dijese nada de lo mío y lo primero que hizo fue soltarlo sin dudar, pues, donde las dan, las toman. Que rencorosa también soy un rato largo.

—¿En serio? —Mi tía no se refiere a lo del miembro, no vayamos a extralimitarnos—. ¿Ya? ¿Te has acostado con él?

—Vaya que si lo he hecho y es… —Soporto con estoicidad cómo Loreto le narra a mi tía Rita con bastante detalle, todo hay que decirlo, el encuentro sexual con David. Es más, diría que le da más detalles a mi tía de los que me dio a mí en su momento—. Y estoy loca por él. Lo confieso, no como otras que prefieren mentirse.

—Que te den —la insulto.

—Eso han hecho y eso espero que hagan —me dice alzando las cejas en repetidas ocasiones. Guarrilla pervertida—. Hemos quedado mañana.

—Vaya… No paras. —No son celos, en serio o sí, solo un poco. No se lo digáis.

—Tú también tendrías citas si te dejases de escurrir el bulto y de comerte la cabeza, Munia —me reprende mi tía. En definitiva, no es mi día, y mi tía me quiere poco.

Le hago un puchero, y ella me pone ojitos y me gana. Mi tía siempre consigue lo que quiere con esa mirada que tiene. Como la cerda aprenda terminaré dándole mis zapatos.

Saco el teléfono y hago lo que tendría que hacer o que haber hecho. Y actúo como una chica de veintisiete años.

Munia Visier:

Sí, estoy celosa. Sí, yo también quiero que me beses.

Les enseño el teléfono a mi tía y a Loreto, y ambas aplauden, no sé si por haberle echado cojones al asunto o porque su discurso haya surtido efecto.

—Tal vez mañana me arrepiento.

Quizá me arrepiento en cuestión de diez minutos.

34. BIENVENIDO, FABIÁN

CIRO

El teléfono, en mi bolsillo, emite un leve sonido acompañado de una vibración a la vez que César se empeña en preparar la mesa con el fin de que esté perfecta para la llegada de nuestro invitado. Pongo los ojos en blanco, nunca lo había visto tan nervioso como ahora.

—César… —le digo para que se tranquilice.

—Ya sé que no es normal en mí…, últimamente estoy raro.

—¿Estás más tranquilo? —César alza una ceja y me cuestiona con ella.

Vale. Sí, ha sonado como imagináis, absurdo total teniendo en cuenta la forma en la que se mueve. Es como si hubiese recargado las pilas o se hubiese tragado del tirón treinta cafés solos.

—No me apetece hablar de lo de mis padres. Va a llegar Fabián.

Lo entiendo.

—Tengo que contarte algo, César —le suelto sin florituras.

—¿Algo de qué tipo?

—Es sobre Munia.

La puerta suena justo en el momento en el que tengo la intención de contarle a César lo que pasó hoy en el despacho. Casi que mejor me callo porque viene el enemigo.

Mientras César abre como si esta fuese su casa —nótese la ironía en este punto, gracias—, saco el teléfono del bolsillo y leo el mensaje. Dos veces. Dos putas veces.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Alzo la cabeza y como saludo no está nada mal.

—Hola, Fabián.

—Señor Fabián para los no amigos —me reta.

—Veo que Munia te ha instalado el chip ese de la enemistad. O alguna enfermedad contagiosa —añado con sátira.

Al rememorar lo de la enfermedad, pienso en el mensaje que le envié con nuestro último beso y tecleo con celeridad.

Ciro Bravo:

Ya era hora de que lo admitieses. Tranquila, te guardaré el secreto si tú también me lo guardas a mí.

Pienso en las cosas que sé y en las que desconozco de Munia. Sé que le encantan los vestidos de colores con lunares, los tacones, llevar el pelo rizado suelto y que tiene una lengua muy larga. Sé que es muy amiga de sus amigos y que es divertida y cercana y también intuyo que esconde cosas y que por eso le cuesta tanto dejarse llevar.

Y, por encima de todo, sé que este mensaje que me ha enviado es un gran logro para ella.

Me centro en Fabián y quizá debería aprovechar esta visita para intentar entenderla, aunque no me cabe la menor duda de que el susodicho no me lo va a poner del todo fácil.

—Y dime, Ciro, ¿qué tal ha sido el beso de hoy?

Despego la vista del teléfono. Esperaba que un «escribiendo…» apareciese en el móvil seguido de algo más guarro por parte de Munia. Una foto de sus tetas no está contemplado como mensaje, ¿verdad? No, intuyo que no.

—Bastante bien, es más, me muero de ganas de repetirlo. —¿Qué más da admitirlo?

Mi comentario pilla desprevenido a Fabián porque me dedica una sonrisa cómplice.

—¿Perdona? —César interrumpe nuestra lucha de miradas y se coloca a mi lado.

—Te dije que quería contarte algo. En privado —matizo con retintín.

—Podéis hablar delante de mí. No pienso contarle nada a Munia… hasta que salga de aquí, lógico —suelta sonriendo canalla.

—Aún no me queda claro si me gustas como cita para César o no —le digo con crueldad.

—Eso lo tendré que decidir yo, ¿no crees? —musita mi amigo.

—Sabes que puedo ser muy convincente.

Fabián me dirige una mirada que no me gusta nada e intento averiguar el motivo de la misma. No ha entendido la broma.

Justo cuando le voy a preguntar qué sucede, César me interrumpe tomando la palabra.

—¿La has besado? —me increpa mi amigo de nuevo—. Te dije que entre vosotros había algo. Y a ti también te lo dije —le suelta a Fabián.

¿Qué?

—Espera, espera, espera… —intercedo patidifuso—. ¿En qué momento habéis hablado de nosotros? —le digo haciendo referencia a Munia y a mí.

—En una cita que tuvimos —responde Fabián haciéndose el listillo. Se le da de fábula, por si no os habéis dado cuenta.

—¿Y eso cuándo pensabas contármelo? Porque te recuerdo, César, que, antes de que llegase él, yo tenía intención de contarte lo del beso, en cambio, tú… —lo acuso dejando la frase en el aire.

—Pues… —Las palabras mueren en su boca y de inmediato sé que no soy quién para recriminarle que me cuente o me deje de contar teniendo en cuenta cómo se siente por la reacción de sus padres. Ni siquiera yo le he dicho demasiado sobre la visita a los míos. Es como una especie de tema tabú que hemos establecido sin tener que hablar sobre ello para aclarar los términos.

—No pasa nada. Entre nosotros no es necesario determinado tipo de cosas, César.

Mi amigo me observa y asiente con el gesto tranquilo. Nos sentamos todos en torno a la mesa, sin saber bien qué decir, y mi teléfono vuelve a vibrar.

—¿Es Estefanía? —pregunta César.

—Espero que no —contesto sin pudor alguno.

—¿Qué tal fue eso? —me pregunta Fabián. Ni me molesto en disimular y hacer como si no estuviese al tanto de nada.

—No estuvo mal. —Esa definición es bastante real, aunque no me creáis.

—Sin embargo, no era Munia —matiza el susodicho justo antes de llevarse un puñado de maíz frito a la boca.

—Efectivamente —admito.

—Es decir… —prosigue. Fijo la vista en César, que lo mira como si fuese su dios en la tierra. Mucho me temo que voy a tener Fabián

para rato y a ver, que me alegro de verdad, no solo porque César haya encontrado a alguien en quien apoyarse, además de en mí, sino porque parece que esa mirada que le dedica no es solo una que indica lo buenos amigos que pueden llegar a ser. Ya me entendéis—, que admites que mi amiga te gusta. —No pregunta, afirma, ojo al dato.

—Lo admito —replico alzando los hombros como si ya tuviese todas las cartas en la mesa o como si me quedase una única ficha del dominó que sé que colocaré en mi siguiente jugada—. Admite tú también que César te gusta. —Siguiendo sus pasos, afirmo y no cuestiono.

—Por supuesto. Desde el primer día, cuando nos besamos frente a su portal.

Miro a César. No me había dicho nada.

—Upsss —balbucea—. Un pequeño fallo. No el beso —se adelanta y lo aclara—, el no habértelo contado. Estaba demasiado nervioso con el tema de mis padres.

Joder. Ya me empieza a mosquear la cosa.

—¿Lo estás haciendo aposta? —pregunto mirando a Fabián—. ¿Acaso te he hecho algo? —inquiero una vez más.

Él me mira suspicaz y sé que se está mordiendo la lengua por soltarme algo, aunque no sé qué es eso que quiere decirme y no me dice. Ya solo le falta el: «No sé, tú sabrás» para que me explote el cerebro y esa sea nuestra cena.

—Mis padres me dijeron que no volviese a pisar su casa hasta que se me pasase esto que tengo. Y sí, dijeron «eso que tienes» refiriéndose a una enfermedad contagiosa. Una puta enfermedad contagiosa.

Joder. Joder. Joder.

—Perdona que te diga, tus padres son gilipollas. ¿Y tu hermana? —cuestiono.

Sé que César ha sacado este tema con la intención de que no acabásemos peleando.

—Me llamó ayer y me dijo que no me preocupase, que todo saldría bien. Ya sabes lo pragmática que es Fátima, ella lo ve todo muy sencillo.

—No es nada que no hubiésemos valorado en algún momento.

—Lo sé, Ciro, lo sé —me responde—. Sin embargo, también sabía que, pasara lo que pasara, me iba a doler, porque tenía claro que no iban a reaccionar de esta forma. No pensé en ningún momento que me fuesen a tratar como a un enfermo. Joder, que parece que soy contagioso. No me toques, Ciro, por si se te pega mi homosexualidad —ironiza mi amigo. Y, aunque intenta sonreír cuando dice estas últimas palabras, no le sale bien.

—Ya sabes que, pase lo que pase, estoy aquí contigo. Eres más hermano mío que Marcos —susurro.

No pienso ni medito al respecto cuando saco a la palestra el nombre de mi hermano, tampoco le doy mayor importancia al asunto porque dudo que Fabián con un nombre pueda conocer toda la fatídica historia que hay detrás de ese dato, la relación conmigo, con mis padres y con Kiara.

—Conmigo también puedes contar, César. Te he explicado que soy muy intensito…

—¡Ja! —suelto.

—Por menos que eso Munia te tiene en el chat —me cuenta.

—¿Chat?

—Upssss… —Ahora es él el que balbucea y se justifica.

—Al final me va a encantar que hayas venido a cenar. ¿Qué clase de chat es ese? —cuestiono esperando a que me cuente más.

Fabian cierra la boca y no dice nada. A mí me ha dado motivos para increpar a Munia y eso…, eso me gusta, porque significa que volveremos a esa guerra que tanto morbo me da.

35. VERDADES COMO PUÑOS

Escucho entre sueño y sueño un leve ruidillo. A mi lado, mi amiga duerme sobre mi hombro. Lo muevo para que se despierte porque, encima, una leve sustancia viscosa, cuyo nombre no quiero mentar, cae sobre mi hombro. Puaggg. Puñetero asco.

Me duele la pierna derecha. Cuando intento moverla un gran: «Oinc, oinc» resuena en el espacio. Loreto se despierta al instante, es como la madre cerda. Eso sí que te despierta, ¿verdad? En fin.

—Peggi, ¿qué te pasa, mi niña bonita?

Pongo los ojos en blanco y algún comentario mordaz muere en mis labios cuando la puerta de nuevo resuena. Me acerco, tal vez ha pasado algo.

Fabián aparece frente a mis ojos.

—¿Tú no tienes llave? —lo increpo cuando lo veo plantado por fuera de la puerta.

—Las dejé en casa antes de salir. Quería venir a verte.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana.

Loreto sigue consolando a la cerda, ni siquiera ha reparado en que igual tengo la pierna gangrenada por culpa de la morcilla esa, no, ella a lo suyo y ya está.

—¿Sabes que mañana tenemos que trabajar?

—¿Loreto también está?

—Sí —asiento dejándolo pasar—. Perdimos la consciencia en mitad del capítulo que estábamos viendo —le explico—. ¿Qué te pasa?

—Vengo de cenar con César…

—Ah, muy buen dato ese que has aportado… —ironizo medio dormida. Que yo lo quiero mucho, pero molestarme a las dos de la mañana para esto…, pues ya me entendéis.

—Y con Ciro —añade. Eso, sin duda, capta mi atención—. Y ya sé que le escribiste, y él te respondió.

—¿Y? Ya admití delante de Loreto —digo, y ella aprovecha que la nombro para alzar la mano como si pasase lista—, y de mi tía Rita,

que quizá el chico me hace tilín.

—Por fin —susurra Loreto.

No sé si se refiere a que la cerda se ha calmado o a mi confesión, de la que, por cierto, ya me he arrepentido, por si os moríais de ganas de saberlo.

—Siendo sincera, eso nos lo podías haber contado mañana —le reprocho a mi amigo.

—Le he dicho que tienes un chat personal y que se llama Ciro come pepino. —Fabián lo suelta de carrerilla, supongo que por si se arrepiente al final.

Silencio mientras asimilo su frase. Hasta la cerda callada.

—¿Que le has contado qué? —profiero recuperando el sentido.

—Upssss —me dice.

—¿Qué upss ni qué upsss? Yo lo mato. Loreto, lo mato y te quedas sin amigo.

—Y tú también —añade Fabián.

—No, porque ya no eres mi amigo —le suelto sin dudar.

—Que no es para tanto, mujer…

—Encima —le contesto. Ya se me ha quitado hasta el sueño.

—Sé dónde vive. Podrías ir a hacerle una visita sorpresa y averiguar los secretos que esconde.

Oye, pues eso no es mala idea.

—O espiarlo por fuera de su portal y averiguar qué hace, dónde compra, si lleva citas a su casa, sus horarios… —indica Loreto, que ya está metida en una película de espionaje.

—No quiero asesinarlo —les explico—. O un poco sí, aunque primero mataré a Fabián. Las muertes de una en una —argumento con toda la razón que tengo en el cuerpo dadas las horas.

—Y sé que la cita con Estefanía fue una mierda.

—¿Lo dijo así? —Perdonadme, es un dato importante.

—No exactamente, tampoco hizo falta. Sé leer entre líneas.

—¿Y qué líneas te saltaste cuando te dije que no le contases nada de mi vida privada? Si es que antes te lo advierto y antes la cagas.

—Eso es porque estaba embelesado con César —apostilla Loreto. Mi amiga solo ve corazones y flores.

—Las citas con David te están nublando la razón —le recrimino.

—Eso te pasará a ti cuando las tengas con tu amorcito —me incita Fabián defendiendo a Loreto.

—Tú, ahora mismo, no deberías posicionarte en otro bando porque te tengo muy poca estima, que lo sepas.

—Lo siento —se disculpa— y no es coña, te lo digo de verdad, estábamos cenando, César estaba contando lo que sus padres le habían dicho cuando les confesó que era gay y, no sé cómo, lo solté. Sabes que yo suelo tener mucha picardía para esas cosas… Creo que fue la empatía con César por lo sucedido con su familia, que me hizo bajar las defensas. Lo siento —me dice de nuevo mi amigo.

Joder, así no hay quién se enfade con él, de verdad.

—¿Y qué pasa con los padres de César? De ese asunto no me has contado nada —comenta Loreto tumbándose en el sofá de nuevo.

—Por contar, yo ni siquiera sabía que tenías esa cita hoy, así que…

Fabián entra en el apartamento y acampa en mi alfombra. Peggi lo acompaña y se deja dormir de nuevo. ¿Veis? Lo de la cerda no fue para tanto.

—Has estado muy liada estos días, entre los programas y el drama de evitar admitir que sientes algo por Ciro… No quería darte más quebraderos de cabeza.

—Pues que sepas que Loreto sí que encontró un momento para decirme lo de David. Así que… interpreta solo lo que te acabo de decir.

—No te enfades, Munia. Joder, qué carácter tienes a veces —me recrimina mi amigo.

—Bah, a buenas horas te vienes a dar cuenta.

—Eso es porque no folla —aclara Loreto.

La miro con desaprobación porque eso no es cierto.

—Acabas de decir una soberana tontería. Es el estrés. Me puedo quedar sin trabajo y quiero conservarlo.

—Pues… —Ya sé lo que viene a continuación y no me va a gustar nada—, tal vez deberías tener claro que si conservas tú el trabajo lo pierde tu amorcito.

Y jode con que es mi amorcito, si llego a saber que la cosa se iba a poner así, no hubiese dicho nada.

—Ya, bueno… —No sé qué más decir porque, la verdad, aquí, entre nosotros, no me gustaría tampoco que se quedase sin trabajo. Joder, sí que estoy cambiando de opinión y se ha dado la vuelta la tortilla en un pispás.

—Ya, bueno. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? No sé… Lo mínimo es que te dé pena —argumenta Loreto con actitud reprobatoria.

—Eres muy fría cuando quieres, Munia.

Tienen razón y no es culpa de ellos ni mucho menos, es complicado confiar en la gente y dejar de ser como he sido siempre o como me han hecho ser. La situación es la que es y las vivencias son las que son y hacen que cambies, aunque no quieras que así sea. Los problemas, las aventuras y desventuras, las decepciones, los golpes o llamadlo como queráis, hacen que dejes de ser la persona que en un principio eras.

Quizá, cuando Jorge apareció en mi vida hace seis años, yo era una joven que creía que las cosas eran fáciles y sencillas, que el camino no tendría espinas ni piedras, que no tropezarías y que todo eran flores, corazones y cenas románticas a la luz de las velas. Y luego, infidelidad tras infidelidad, convertirte en el segundo plato, las mentiras y los fiascos te hacen cerrarte en banda y cubrirte como puedes. No te queda más remedio que aprender a defenderte y protegerte para que no vuelva a sucederte.

—Tenéis razón —claudico—. Y no quiero ser así siempre. Durante estos años me he comportado de una forma para resguardarme y aislarme de los problemas, para que no me vuelvan a hacer daño y juro que siento envidia por vosotros cuando os veo aventuraros a lo desconocido. —Me dirijo hacia la cocina a por un vaso de agua, de repente, siento mucha sed—. Mira a Loreto —le digo a Fabián, aunque en realidad estén los dos presentes—. No tiene miedo de admitir que está enamorada de un hombre que le lleva catorce años y que quizá, en algún momento, pueda estar mal visto.

—¿Sinceramente? Me parece estúpido. La edad es un número y los sentimientos pueden con todo eso. Yo no miro la edad, la profesión o la belleza, yo me quedo con lo que me hace sentir su

compañía, lo bien que me lo paso o lo arropada que me siento a su lado. ¿Qué importa lo que diga la gente?

Asiento ante la explicación de Loreto porque ella ha dicho lo que yo contaba.

—Y mira a Fabián —les cuento observando a Loreto en este caso —, nunca le ha importado en absoluto admitir quién es, su condición sexual, con quién se acuesta o con quién se levanta… Es él pese a todo. Pese a no haberlo tenido fácil jamás.

—¿Y? La gente no me hace feliz, me hace feliz ser lo que soy. Si intentase ser otra persona diferente, al final, me convertiría en alguien que no quiero ser. No me importa lo que digan, me importa el concepto que tengo yo de mí mismo.

—La realidad de esta situación es que me siento muy orgullosa de vosotros dos y que os quiero mucho, pese a contar mis intimidades —le suelto a Fabián para hacerlo sonreír—. Y, aunque no lo creáis, no quiero que nada de lo que suceda con Ciro tenga un final que no sea el acertado. Quizá tiene razón mi tía y debo hablar con él, preguntarle sin rodeos por Kiara, que me cuente la historia en vez de estar levantando falsas hipótesis que pueden tener algo de real o mucho de ficción.

—A mí me parece buen tío. Aunque, esta noche, ha habido comentarios que me han hecho dudar, no sé. Iba en alerta sin saber qué encontrarme —indica Fabián—, vosotras lo conocéis mejor que yo y tras lo que escuché con César…

—Lo que escuchaste puede ser cualquier cosa —apostilla Loreto —. Yo también pienso que deberías hablar las cosas y no quedarte con el dime o direte.

Entonces hago lo único que se me ocurre, buscar mi teléfono, abrir mi chat personal y escribir en él.

Ciro come pepino

Escribiendo…

Hablar con Ciro sobre Kiara. A corazón abierto y a pecho descubierto.

36. LAS LOCAS IDEAS DE MUNIA

Espero a Pilar por fuera de su despacho antes de que el reloj marque las ocho de la mañana.

Cuando escucho los tacones repiquetear por el pasillo, me incorporo y guardo el teléfono. He estado enviándole mensajes a mi tía para saber cómo se encuentra. En la visita de ayer poco pudimos hablar de su tema porque Loreto y yo acaparamos la conversación.

—¿Te has caído de la cama, Munia? Sé que eres buena trabajadora, sin embargo, no es necesario que abras el edificio tú —ironiza Pilar abriendo su despacho, que estaba cerrado con llave.

—Se me ha ocurrido una idea y creo que es cojonuda. —Vale, que lo de soltar lo primero que se me pasa por la cabeza es más bien cosa de Loreto, no obstante, no he podido evitarlo porque de verdad mola cantidad.

—Yo, sin café, casi que no carburo.

Pili me invita a tomar asiento frente a ella a la vez que deja el bolso de piel donde tiene su portátil, para que luego diga que si yo soy excesivamente trabajadora, unas carpetas que apila a un lado, en una mesa supletoria, y un libro que lleva dentro del bolso.

—¿Necesitas el teléfono de un fisioterapeuta? Lo digo porque, con tanta carga, quizá se te contractura algo. O todo…

—Hay muchas cosas que preparar, queda nada para que el hijo del señor Jiménez comience a trabajar y tenemos que poner todo al día.

Pili activa el telefonillo cuando acaba su frase y pide dos cafés con leche a su secretaria sin siquiera preguntarme.

—¿Se sabe algo de la audiencia? ¿Habéis hablado de ello? —Me pongo nerviosa al preguntar por si resulta que la información que me dé me repercute. O por si perturba a Ciro. Empiezo a odiar este juego de la victoria porque antes era divertido, en cambio, ahora sería perderle como compañero. Y, aunque nada tiene que ver la relación que tenemos o que hemos entablado en estos últimos días, no quisiera que a él le afectase porque sé que para él es tan importante este trabajo como para mí. Ya me lo dijo Pili la última vez

que coincidimos Ciro saliendo, y yo entrando, que él pretendía quedarse.

—No. Es decir, nada nuevo.

—¿Nada nuevo o nada que puedas contarme?

—Ambas cosas. Nada nuevo y nada que pueda contarte. Es información confidencial, Munia. No puedo jugarme mi puesto de trabajo. Solo puedo decirte que los dos lo hacéis muy bien.

—Ya —la corto— y que la pérdida como empleado de alguno de nosotros va a ser un fastidio.

—Básicamente.

La secretaria entra justo en ese momento y nos interrumpe. Pilar retoma su actitud distante y se centra en poner las claves en su ordenador. Un tazón caliente aparece frente a mis ojos. Le agradezco el gesto a la chica, y Pili ni siquiera la mira.

Cuando sale, no puedo evitar preguntarle:

—¿Pasa algo? —señalo en dirección a la puerta.

—No me gusta.

—Es nueva, ¿verdad? —Pili asiente—. Más variaciones, por lo que veo.

—Las cosas están cambiando demasiado rápido, Munia, y yo no estoy del todo segura de que puedan funcionar. Ya veremos lo que pasa. Bien —dice sorbiendo de su taza y dando el tema por zanjado. Aguardo a ver si el café caliente le derrite los labios. Pili sigue como si nada—. ¿Qué? —inquiere al ver mi mirada.

—Nada.

—Bien. Tú dirás.

—¿Preparada? —Intento poner algo de tensión en el ambiente, porque no tengo unos tambores cerca, si no, haría un redoble, en serio, sin exagerar ni nada.

—Venga, Munia, que tengo trabajo.

—Joder, eres única rompiendo el momento. En fin… Quiero participar en un programa de Ciro sin que él lo sepa, es decir, como chica que busca el amor, como concursante, y sin que él se entere de que voy a participar.

Si la cara de Pili fuese un cuadro, sería *El grito,* de Munch. De nuevo, sin dramatizar ni nada.

—A ver si lo he entendido bien…

—Sí —me adelanto cortando su siguiente frase.

Pili pasa de mí porque habla.

—¿Quieres participar en un programa de Ciro? —Asiento—. ¿Buscar el amor?

—Eso es relativo. —Ya tengo bastante con Ciro como para buscar más que eso. Los amores de uno en uno, por favor.

—Buscar el amor… —repite a lo que yo no añado nada—. ¿Y que él no lo sepa? —Asiento de nuevo.

Y mi parte comercial o de presentadora imparcial, o de lo que sea que hago para que el programa tenga audiencia y se venda, toma las riendas.

—Imagínate el bombazo que sería que la enemiga de Ciro, la presentadora que defiende que los amores tienen fecha de caducidad, participe en un programa en busca del amor y con él, con Ciro, que todo el mundo sabe que competimos.

—Joder, Munia, es…

—La rehostia, lo sé.

—Es una idea fantástica que no entiendo cómo no se me ha ocurrido a mí —ironiza ella antes de tomarse otro largo sorbo de café. Yo aprovecho para ingerir el mío, ahora que está más atemperado—. Lo que quiero que me expliques es el porqué de que Ciro no lo sepa.

—Por el factor sorpresa. Si lo sabe, no actuará de la misma manera.

—Él, al igual que tú, contáis con un dosier sobre las personas que vendrán, edades, lo que buscan y, en tu caso, algo más que eso porque son programas distintos. Y quizá…

—No es juego sucio si es lo que piensas, Pili —explico defendiendo mi idea—, es un giro al programa.

—Puede que ese giro le dé a él más audiencia.

—Me arriesgaré a ello —sentencio. No lo había pensado.

—Aunque imagino que, quizá, lo que consigamos es que sea un boom. La gente querrá saber más, le encantarán vuestros piques… Cuanto más lo pienso, más me gusta la idea.

—¿Entonces…?

—Lo prepararemos. Espera un segundo —Asiento. Ella teclea algo en su ordenador—. Ciro coge vacaciones el próximo fin de semana. Estará varios días sin venir a la oficina, así que… lo haremos antes, ¿qué tal? ¿Estás de acuerdo?

—Claro. —Aprovecho y me guardo la información acerca de que el próximo fin de semana no estará. Quedan apenas diez días para eso. ¿A dónde irá? ¿A ver a su hijo?—. ¿Te dará tiempo de organizar todo? —inquiero dejando a un lado mis pensamientos, porque ya sabemos que, si entro en bucle, mal asunto, y he decidido dejarme llevar.

—A mí, sí. Hablaré con producción y comentaré el caso. ¿Y a ti?

—Solo tengo que ser yo misma. Eso es fácil, ¿no?

—Bien. Te mantendré informada de ese asunto. En unos días te contaré cuándo lo emitiremos. Es bastante probable que no haya impedimentos para llevarlo a cabo —me explica.

Pilar da la reunión por terminada cuando comienza a teclear en su ordenador sin siquiera dirigirme una mirada. Es de esas jefas raras o no sé cómo definirlas, es extraña porque en un momento puntual parece cercana y, al segundo, es como si fueses invisible. En fin…

Salgo del despacho musitando una leve despedida y me encamino hacia la zona de maquillaje para contarle a Loreto lo que me traigo entre manos. Doy un par de golpes, me cede el paso, y allí me encuentro a mi amiga con Esteffi.

—Hola —saludo con fingido entusiasmo.

Esteffi se gira y me observa de arriba abajo. Odio cuando hace eso, ¿se pueden tener miradas despectivas? No sé, aprobación en lo que ve, pues no hay.

—Munia, ¿qué tal? —me pregunta mi amiga.

—Hola —Esteffi responde como una autómata.

—Esteffi me estaba poniendo al día de la cita que tuvo con Ciro. —La susodicha no se da cuenta, sin embargo, Loreto no pierde oportunidad de alzar las cejas en repetidas ocasiones, como si hubiese descubierto información de la buena y que me pueda servir de mucho.

—Ay, Munia… Ciro es espectacular. Nos besamos, ¿lo sabías? — Vaya que si lo sabía. Asiento, ¿qué coño le voy a decir a eso? Evito

las pequeñas punzadas de celos que me atraviesan, es horrible tener que fingir que no me molesta y sonreír cuando lo que de verdad quieres es cogerla de los pelos y arrastrarla por el suelo, al más puro estilo chica de campo, de barrio, sin modales o lo que quiera que sea eso—. Qué guapo es, qué bueno está y qué bien besa. —Así, todo de carrerilla—. ¿Y sabes qué es lo mejor? —Bah, verás tú. Niego—. Que es todo mío.

Si aquí suelto una retahíla de insultos, ¿me lo perdonaríais?

—Me alegra mucho, Esteffi, de verdad que sí. ¿Cuándo tenéis la segunda cita? —Inquina. Que conste en acta que lo he dicho con aversión y maldad, alevosía y todo ese rollo.

—Pues…

Loreto sonríe porque es consciente del motivo por el que lo he dicho de esta forma. Sabe que me gusta Ciro y que, para mí, escuchar cómo otra persona habla con esa seguridad de lo que puede tener con él, pues como que jode. Y mucho.

—Seguro que pronto —susurra Loreto.

Contiene una carcajada, y yo intento disimular mirando la paleta de colores que tiene encima de la mesilla auxiliar.

—Pienso proponérselo después de que acabe el programa. Él trabaja esta tarde, entra en antena justo después de mí, aprovecharé eso. Cruzarme con él, tropezar de forma fingida, caer en sus brazos… Todo muy natural —ironiza. ¡Ja! Natural. ¿Ja? ¿He dicho ja? Pero si ese «¡ja!» fue motivo de disputa entre nosotros hace semanas y ahora lo estoy diciendo yo también. Madre del amor hermoso.

—Mucha suerte —le digo. No me sale edulcorar mucho más la frase. ¿Aceptará Ciro la cita? ¿Estará jugando a dos bandas? ¿Conmigo y con Esteffi? Es que ya no sé ni qué pensar. Empiezo a tener ciertas dudas sobre el cacao mental que tengo y lo cuerda que puedo estar. No hemos definido términos. No somos pareja. Ni siquiera hemos follado. Ni hablado de ello. Y, por encima de todo, ¿qué quiero yo de todo esto?—. Loreto, hoy saldré a mi hora. ¿Nos vemos más tarde?

—Te aviso. Puede que tenga una cita esta noche —me cuenta guiñándome un ojo.

—¿Cita? ¿Una cita? ¿Con quién? —pregunta Esteffi.

Abandono la sala de maquillaje cuando me doy cuenta de que Loreto se enzarzará en una conversación con Esteffi sobre David.

Paso por el despacho de Ciro con ganas de cruzarme con él. Si me viese por allí, sabría tan bien como yo que he ido a verlo, puesto que mi despacho queda en la otra punta. Las persianas están bajadas y la puerta, cerrada. Me debato entre tocar o no hacerlo y decido dejarlo correr e irme a casa de mi tía.

Tener la mente ocupada me vendrá bien.

37. ESTOY MUY ORGULLOSA DE TI

Me espera apoyada en el marco de la puerta cuando llego al rellano. Su cara no es la mejor de las caras con las que me ha recibido. El gesto sigue contrito y las ojeras empiezan a ser preocupantes.

—Tenía que haber venido acompañada de Loreto. Habría hecho milagros con las manchas esas que tienes bajo los ojos.

—¿Las ojeras? —cuestiona mi tía.

—¿O los casquetes polares? Porque tienen un tamaño…

Me deja pasar y de inmediato percibo el olor a fruta de la pasión en la habitación. Ese aroma que siempre he asociado a mi tía y que tanto me gusta.

—Estaba meditando —me cuenta.

—¿En sentido figurado o literal?

—Literal, por supuesto.

Rita es como una de esas cajas de sorpresas o una muñeca rusa que abres y dentro encuentras otra y otra y así. Es muy mística y siempre ha sabido ser pragmática con todo en la vida. Con todo menos con el tema de la maternidad.

Supongo que influye sobremanera el sentir ese deseo irrevocable de tener algo, de desearlo y de que se convierta en inalcanzable para ti.

—El yoga siempre te ha hecho sentir mejor.

Ella asiente, sabe que me refiero al hecho de que la tranquiliza y la relaja.

—Sí —admite—, aunque hay cosas que el yoga no es capaz de solucionar.

—Esta mañana te escribí mientras estaba en la cadena. No me contestaste. —No pretendo que suene a reproche, sin embargo, es lo que parece cuando termino de hablar.

—Estaba meditando.

—¿En sentido literal o figurado? —Sonrío de nuevo.

—Figurado.

No veo a Luis por ningún lado a pesar de ser la hora que es.

—¿Estás sola?

—Luis llegará en un rato. Ha salido a correr. Quizá él también necesita meditar sobre todo esto.

—Oye… —me aventuro a expresar—, cuando vine con Loreto no quise sacar el tema. Eso no quiere decir que no me preocupe o que no lo tenga en mente.

—Lo sé —me corta antes de que siga justificándome por algo que tal vez no tiene lógica alguna—. Hoy he hablado con tu madre —me cuenta.

—¿Y?

—Luis y yo hemos tomado una decisión, Munia. Una decisión importante.

Me pongo nerviosa cuando me lo cuenta. Debe de serlo cuando lo ha hablado con mi madre y está dispuesta a hacerlo también conmigo.

—¿Por eso estabas meditando? —le pregunto dejando escapar una leve sonrisilla presa de mi propio nerviosismo.

—En realidad, estaba meditando por todo. Lo que hemos vivido, las malas decisiones, las acertadas, las que no lo han sido tanto, los cambios futuros, mi nueva yo… ¿Sabes? —me cuestiona sin siquiera dejarme responder a todo eso que ha dicho—. ¿Recuerdas lo que te dije de que quizá me había convertido en una egoísta que solo pensaba en lo que quería? ¿En la idea de tener un bebé pese a todo? —Asiento a eso que me cuenta—. Pues no quiero volver a ser así. No quiero obcecarme con algo que no puede ser. No creo en el destino ni en eso que se cuenta de que lo que está para ti siempre llega, eso son todo pamplinas o frases de esas que se publican para animarte cuando todo va como el puto culo. —Sonrío por su forma tan firme de contármelo—. Creo en que las cosas hay que buscarlas, ganárselas y pelearlas. Como tú con tu trabajo, como yo con la maternidad. Así que… Luis y yo hemos tomado una decisión.

Tiemblo. Cuando su tono me envuelve, tiemblo.

—¿Y? —No puedo añadir más. Estoy nerviosa y expectante, ansiosa diría que también.

—Vamos a iniciar el proceso de adopción.

Contengo la respiración. La domino porque eso que veo reflejado en sus ojos no es pena, como en otras ocasiones, es alegría, son ganas, es emoción e ilusión. Es vida. Pura vida.

—Rita…

—Estas ojeras que ves aquí —me explica señalándose su cara—, van a continuar porque vamos a luchar por formar una familia. Me da igual la sangre, que no salga de mi vientre, eso son estupideces porque, pase lo que pase, esa persona llegará para complementarnos y hacernos sentir los padres más felices del mundo.

—¿Y Luis? —indago llena de emoción.

—Luis está feliz porque tenía claro que este momento llegaría. Le debo todo, ¿sabes? Le debo las noches en las que he llorado sobre su pecho a la vez que me calmaba con caricias suaves, le debo los enfados que supo apaciguar, la frustración que me enseñó a contener, la paciencia cuando me sentí poca cosa y no entendía por qué yo no podía concebir y qué clase de tara tenía… Y siempre, en todas y cada una de las ocasiones, estaba ahí, a mi lado. Caminando juntos. Complementándonos el uno al otro. Eso es amor y ese amor es el que nos ha dado fuerzas para entender que la sangre no marca nada, la genética no te hace mejor madre. Una verdadera madre es la que siente, acompaña, aconseja, apoya, ayuda y brilla con la familia y eso, eso es lo que he aprendido. Lo que he meditado y lo que he entendido.

Suspiro. Contengo las lágrimas. Lo intento. No lo consigo. Lloro. Por Rita, por lo valiente que es, porque ojalá algún día yo lo sea tanto como ella. Ojalá.

—Estoy tan orgullosa de ti que no te haces una idea.

—Eso es justamente lo que me ha dicho tu madre —me cuenta.

—He tenido a quién salir. A ella y a ti —añado.

Me lanzo a sus brazos para mostrarle lo que siento. Mi tía siempre ha sido mi apoyo incondicional, esa hermana mayor que nunca tuve y que no necesito porque ha sabido ejercer como tal. Como veis, es cierto eso que dice. No siempre la sangre te hace más familia. A veces, y solo a veces, necesitas que te enseñen a brillar para darte cuenta de que ahí radica lo que necesitas. Sin más. Sin menos.

38. ERES UNA PROVOCACIÓN

CIRO

Salgo del plató aún meditando sobre lo que sucedió antes de que entrase a grabar el programa de hoy. Esteffi se disculpó por un choque que de fortuito tenía lo que yo de estúpido. Munia diría que de esto último tengo mucho, sin embargo, esta la he pillado a la primera.

Quería una cita.

Una cita que no estoy dispuesto a darle por varios motivos; el primero y más importante es que con la única que quiero tener una cita es con Munia… Y el segundo es que no hay nada, absolutamente nada, que me atraiga de Esteffi. Es guapa, sí, os lo dije la última vez y no me parece mala chica, lo pasamos bien…, hasta ahí. Le falta todo lo que le sobra a Munia. O algo mucho más sencillo: no es Munia. Ya está. Se tenía que decir y se dijo.

Con una sonrisilla en los labios por mis pensamientos, abandono el edificio y me encamino hacia mi apartamento. No tengo plan para esta noche. César tiene una cita —una más— con Fabián, y yo me dedicaré a ver algo en la televisión, calentarme unos de esos fideos que vienen en un paquete y que sé que son incomestibles, pero te sacan de un apuro, y dormirme en el sofá como cada vez que me digo que terminaré lo que quiera que empiece a ver.

Cuando activo el fuego para que el agua hierva, y cocer eso que se hace llamar pasta, la puerta suena. No el portero automático del edificio. La puerta.

Es César. Tendré que matar a Fabián si le ha dado plantón y lo de mancharme con sangre no entra en mis planes.

Abro y lo que mis ojos se encuentran no es, ni de lejos, lo que esperaba encontrar. Le falta la barba y el pelo corto. Unos treinta centímetros de altura y le sobran lunares a la vestimenta. Munia, la misma que viste y calza.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así? No soy un *poltergeist* de esos, soy de carne y hueso. —Si me dice que la toque para comprobar

cuánto hay de real en eso que acaba de inquirir saltaré sobre ella como una pantera y me la comeré sin pensar. Está más guapa que nunca. Lo juro. Es una puta maravilla. Y quiero que sea mi maravilla.

—No lo dudo, sin embargo, permíteme que me recupere del impacto porque… no te esperaba y me sorprende.

—Bien —aduce echándome a un lado con toda esa seguridad que la caracteriza cuando se enfrenta a mí—, porque eso es lo que pretendía. Utilizar el factor sorpresa.

Sonrío con socarronería y cierro tras de mí. Me encamino a la cocina antes de que el agua se evapore y el caldero termine en la basura porque no sirva para nada.

—Te preguntaría cómo has dado conmigo. Es absurdo. Fabián no sabe guardar secretos.

Observo cómo se pasea por mi apartamento y su falda se mece cada vez que gira cambiando de dirección. ¿Está muy mal que piense en qué esconde esa prenda que lleva? ¿Y en las ganas de arrancarle lo que sea que tenga debajo? Compórtate, Ciro.

—Fabián es un buen amigo, aunque te haya contado lo de mi chat personal.

—No puedes ser solo tú la que obtenga información. Yo también tengo que tener ases bajo la manga.

—Ah, ¿sí? ¿Como por ejemplo? Porque, hasta donde yo sé, voy ganando en cuanto a datos.

—¿Cómo estás tan segura? —Me apoyo en la barra de la cocina esperando a que siga. Mientras tanto, disfruto de su presencia en mi apartamento y de lo mucho que me gusta tenerla aquí. Eso quiere decir algo, ¿no? Algo bueno.

—Sé dónde vives, que en diez días te vas de vacaciones y que Esteffi ha tropezado esta tarde contigo por pura casualidad —añade y tose de forma fingida justo antes de clavar sus preciosos ojos marrones en mí— para proponerte una nueva cita.

Me incorporo cuando termina la frase y de inmediato sé que lo ha dicho con retintín. Y entonces, de nuevo, juego. Jugamos.

—¿Y eso te parece bien o te parece mal?

Doy lentos pasos en su dirección y estudio su lenguaje no verbal.

Está nerviosa, expectante, ansiosa quizá. Y me desea casi tanto como yo a ella.

—Depende. ¿Qué le has dicho? —me pregunta mirándome directamente.

Sonrío.

—Si te lo cuento, ¿qué obtengo yo a cambio?

—No te patearé el culo. Eso es suficiente —me reta dando un paso hacia atrás.

Lo siento, nena, puedes huir todo lo que quieras, no obstante, te has metido en la cueva del lobo tú solita.

—Le he dicho que en estos momentos no tengo tiempo, quizá cuando vuelva de vacaciones.

—Eso no ha sido un rotundo no.

—Tampoco ha sido un sí —apostillo—. ¿Querías que le dijese que no? ¿Es eso? ¿Has venido porque quieres marcar territorio?

Coloco mis manos sobre su mejilla y la acaricio con delicadeza. Aún llevo la ropa del trabajo y sus ojos se posan sobre mi pañuelo.

—Payasos. Me atrevo a decir que es el pañuelo más acertado con el que te he visto jamás.

—Ah, ¿sí? —respondo utilizando su anterior cuestión—. Creo que este payaso tiene la firme intención de besarte. Ahora.

No me permito el lujo de cerrar los ojos cuando acerco mis labios en busca de los suyos. Espero, una vez más, esa jodida chispa que siento cada vez que beso a Munia. Una chispa que nada tiene que ver con los besos que haya dado antes. Ni siquiera con los de Kiara. Quizá todo eso que yo pensaba, todo lo que he tratado como veraz, todo lo que la envolvió y la envuelve no tenga ya el mismo sentido que lo tuvo en su día. Puede que Munia fuese el bálsamo que necesitaba para darme cuenta de que, de verdad, hasta las traiciones dejan de doler y se convierten en algo que deja de tener el sentido y la importancia que antaño sí que tenían.

Munia reacciona mucho antes de que yo la bese y sonríe victoriosa por evitar mi cometido.

—Dime, Ciro, ¿dónde escondes el muñeco vudú con mi figura, la diana con mi cara o las cartas bomba que tenías la intención de enviarme, esas que llenas con letras de las revistas para que nadie

te acuse de psicópata y termines encerrado en una cárcel de mala muerte con miedo a ducharte solo por lo que pueda pasar…? —murmura guiñándome un ojo con jovialidad.

—¿Irías tú a los vis a vis?

—No tengo intención de visitarte —resuelve.

—Pues…, para no tener intención de visitarme, aquí estás —la desafío.

Munia me deja plantado en el sitio y la miro pasearse de nuevo por mi casa. Observa los portarretratos con fotos de César y mías haciendo surf en la playa, comiendo en algún local de mala muerte o paseando por alguna ciudad europea.

Me pide permiso para abrir las puertas de las estanterías que permanecen cerradas, y asiento para concederle mi beneplácito.

—¿Libros? Uhhh, qué interesante.

—Las bombas las guardo bajo llave, ya sabes, para no terminar en la cárcel.

La carcajada de Munia resuena en mi pequeño apartamento y me contagia con ella. Es…, es ella en estado puro y quiero que esté aquí, que forme parte de esto. Joder… Estoy loco. Loco por ella.

—¿Sabes? —demanda sin mirarme, solo curioseando todo lo que la rodea—. No sé qué esperaba de tu apartamento. Imagino que paredes llenas de dibujos horteras como esos pañuelos que te empeñas en llevar, zapatillas tiradas por el suelo y la cocina recogida y ordenada. Puede que incluso una mascota. Aunque… —añade y hace una leve pausa, sé que el siguiente comentario va a ser mordaz —, para mascota ya te tienes a ti mismo, ¿sales a pasear con correa?

Me carcajeo por su espontaneidad. ¿Entendéis lo que os digo de que nada tiene que ver con Esteffi? Que sí, que las comparaciones son odiosas y que tal vez tenía que haberle confesado que estaba empezando a verme con otra persona. Que quería ir un paso más allá con alguien…

—No soy yo el que cuida una cerda.

—De vez en cuando —matiza cuando nombro a su mascota o su mascota de pega—. Morcilla solo se queda conmigo en ciertas

ocasiones. Y a Dios doy gracias porque me encanta conservar mis zapatos, y esa cerda tiene debilidad por todos y cada uno de ellos.

—¿Y por esos vestidos de lunares no? —indago recorriéndola con la mirada de arriba abajo de nuevo.

—No. No le ha dado por ahí. No se lo insinúes porque es una cerda muy lista y hambrienta, eso también. No sé a qué sabrá la carne de un animal que se alimenta de tela. Lo descubriré algún día. —Une las manos como si estuviese planeando la mejor barbacoa del mundo a costa del animalillo ese. Empiezo a sentir pena por ella, por la cerda, digo, por Munia no. Por Munia siento otra clase de cosas.

—¿Qué has venido a hacer aquí? Si necesitabas saber si escondo recortes con tus fotos y te dibujo cuernos y bigote, siento decirte que no, no lo hago. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza hacerlo jamás. No sé qué clase de mente perturbada tienes —la provoco.

Munia esconde una leve sonrisilla y entonces caigo en la cuenta de… No, no puede ser, ¿o sí?

—¿Qué? —me cuestiona como si se hubiese dado cuenta de que estoy elucubrando.

—No me puedo creer que tengas fotos mías en las que dibujas cuernos y bigote.

—Y más cosas. A veces te dibujo pollas cerca de tu boca. Moscas volando a tu alrededor… Como artista no tengo precio —aduce sin ponerse ni siquiera colorada.

—¿Y qué escribes en ese chat secreto? ¿Te pones romanticona? O…

Observo el contoneo de Munia mientras se acerca hasta donde me encuentro. Deja el libro que tenía en las manos sobre una repisa y me sonríe con descaro.

—O… ¿qué?

—O cosas guarras, perversiones y fantasías sexuales que quieres cumplir conmigo.

Entrecierra los ojos justo cuando se coloca frente a mí.

—¿Quién te ha dicho que ese chat es para anotar cosas tuyas?

Lo sé.

—El nombre. Si lleva mi nombre… —confirmo—. Enséñamelo y lo comprobaré —le pido.

—¡Ja! —exclama desviando la mirada hacia su bolso.

—¿Eso es que no?

—Eso es que no, por supuesto —zanja llena de resolución.

—Puedo ser muy convincente —añado sonriendo.

Munia posa su mano sobre mi pañuelo y lo saca del bolsillo. Lo pasea frente a mis ojos y, de inmediato, se me olvida todo lo que pensaba sonsacarle. Solo pienso en lo que podría hacer con ese pañuelo en sus ojos, en sus muñecas…, en lo que podría hacerle a su cuerpo si ella me dejase.

—Y yo —contrataca—. Yo también puedo ser muy convincente y…, sobre todo —dice dejando la frase en el aire, creando expectación—, siempre siempre me salgo con la mía.

39. FOLLAR O NO FOLLAR, HE AHÍ LA CUESTIÓN

Ni siquiera me he recuperado de su mirada perturbadora cuando sus labios ya se encuentran sobre los míos, devorándolos sin piedad alguna y dejándome fuera de juego. Este es, sin duda alguna, ese Ciro al que conozco, el que arrasa con todo, incluida yo.

Sus manos se sitúan en la parte baja de mi espalda, rozando peligrosamente mis nalgas, y no sé si es capaz de percibirlo o no, no obstante, tiemblo, de anticipación y de ganas, porque esto, esto que va a suceder es algo con lo que he fantaseado sin admitir que lo he hecho.

Ese siempre ha sido nuestro juego, uno de los tantos que tenemos, porque ya no nos conformamos con el simple hecho de contarnos cosas, de revelar información vital o de evidenciar secretos para después fingir que nada de lo que hemos dicho ha sido expresado.

El juego, uno nuevo y que ahora viene a colación, es fantasear con las cosas que nos haríamos, provocarnos, besarnos a escondidas y no admitir que nos morimos de ganas por volver a hacerlo. Y que me muero de celos solo con pensar que sus labios poseen otras bocas que no sean la mía.

Mientras sus manos investigan mi culo, me aprietan contra su polla y me da una explicación bastante explícita de lo feliz que se encuentra de verme, mi cuerpo se sacude entre sus brazos esperando y anhelando que, hoy, esto que compartimos no sea de nuevo un solo beso más. Quizá, quizá tengamos que admitir que ha llegado el momento de ir más allá.

Abro los ojos cuando percibo el vacío que han dejado sus labios al alejarse de los míos y observo a Ciro, descendiendo por mi cuerpo, besando cada parte que encuentra a su paso. Aún con la ropa puesta, estoy excitada. ¡Joder! Esto va a ser muy intenso.

El pañuelo horrendo se pasea ante mis ojos y, tras él, la sonrisa petulante de Ciro.

—¿Qué? —le increpo.

Los modales no son lo mío y menos cuando estoy cachonda, y él se entretiene mirando vete a saber el qué, los dibujos o cuántas fibras de hilo de algodón puro contiene. Si es que es de algodón, la experta en moda no soy yo, eso ya lo sabéis.

—Se me ocurre un jueguecito con este pañuelo que tanto tanto te gusta. —Hace especial hincapié en cuantificar, y yo solo me muero de ganas de que siga besándome.

Espero a que tome la iniciativa de lo que quiera que se le esté pasando por la cabeza y, justo cuando estoy dispuesta a protestar, coloca su pañuelo sobre mis ojos, privándome del sentido de la vista.

—Eres un cerdo —le digo.

Sea lo que sea, me gusta.

—Puede que sí o puede que no… —Hace una leve pausa y el susurro cerca de mi oído me hace dar un brinco—. Que te priven del sentido de la vista intensifica el resto de los sentidos, ¿no lo sabías? Estoy seguro de que en breve lo descubrirás, querida Munia.

De repente, me siento sedienta. Paseo la lengua por mis labios en busca de esa humedad que necesito, y Ciro lo debe de interpretar como una aceptación porque de nuevo saquea mi boca como si el sediento en este momento fuese él.

Nuestras lenguas se enredan y nos besamos con pasión. Gemidos y jadeos son nuestra pequeña banda sonora. Me acerca hasta su cuerpo una vez más y presiona mis nalgas con fuerza. Es contundente en sus actos y eso me pone mucho más.

Sin posibilidad de ver lo que hace, percibo los movimientos en la habitación.

Algo cae al suelo y no sé qué es.

—No sé si me termina de convencer este juego, zoquete —le provoco.

El sonido gutural de su risa llega hasta mis oídos contagiándome.

—Ya echaba de menos a la arpía que llevas dentro —me cuenta.

—Hay cosas que nunca van a cambiar —resuelvo con vehemencia.

—Y hay cosas que no quiero que cambien —zanja con decisión.

Confieso que me gusta su respuesta porque si algo tengo claro es que no quiero que nadie me cambie, que nadie espere una evolución o transformación de lo que soy, de quién soy. Esa Munia, que se planteó una vez ser otra distinta para encajar con una persona que pasase lo que pasase no me aceptaba, no es la Munia que ha llegado a convertirse en la mujer que es hoy.

Tampoco pretendo que Ciro sea otro. Si me gusta, si he llegado a sentir algo por él, algo que va más allá de lo entendible, es porque se comporta con naturalidad y no finge. Aunque haya cosas que tengamos que hablar llegado el momento, sobre todo, cuando sea capaz de razonar y no de pensar en correrme una y otra vez entre sus brazos.

Doy otro pequeño brinco cuando sus manos se posan en mis caderas. Me quita el pequeño cinturón que rodea mi vestido de lunares y cae al suelo. Sus manos se posan en mis zapatos de tacón y toman el mismo destino que mi otro complemento.

—Ahora eres todavía más bajita —murmura cerca de mi piel cuando se levanta.

Percibo el aliento en la curva entre mi cuello y mi hombro, y un leve escalofrío me recorre.

Sujeta mis manos y las coloca sobre su torso. Las paseo con glotonería. Su pecho esculpido. Sus pectorales marcados. Su abdomen firme. Sigo bajando hasta que llego a la cinturilla de su pantalón.

—Diría que se te olvidó quitarte algo —le incito.

—Puedes hacerlo tú —me estimula.

«No me lo digas dos veces». Poso mis manos sobre el botón de su pantalón y lo saco del ojal con presteza. No sabría deciros el tiempo que hace que no llevo a cabo esta acción, eso sí, diría que hay cosas que no se olvidan, como montar en bici, lo cual, en realidad, no sé hacer.

Bajo la cremallera y mis dedos tocan la tela de su ropa interior.

Este juego es sensual. Es sexi y es atrevido.

—Empiezo a cogerle el gustillo a esto de no ver e imaginar.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué imaginas? —me pregunta entre susurros. «Rosadita y gordota». Me carcajeo al recordar las palabras de mi

amiga y niego en un par de ocasiones.

—¿Qué? —me dice paseando sus dedos por la piel de mi nuca. Encuentra un botón y lo suelta. El vestido comienza a perder la firmeza y a deslizarse con suavidad.

—Nada —le contesto conteniendo la risa.

Sus pantalones caen al suelo y entonces mis dedos se van al elástico de su ropa interior. ¿Bóxer o slip? ¿Blanco, negro o de colores? Si son tan horteras como sus pañuelos, prefiero no verlos.

Me ayuda a bajarlos cuando se da cuenta de que dudo entre lo que quiero hacer y el pudor que me produce desnudarlo.

Esta es una barrera infranqueable. No es lo mismo un par de besos, un juego de «sí, pero no», que esto que vamos a hacer. Aunque… esto que estamos haciendo no es más que la culminación de un juego que empezó hace años y que se ha ido fraguando a fuego lento.

Los baja sin pensar, tomando las riendas ante mis dudas y un suave beso en las comisuras de mis labios me hace estremecer.

—Me debato entre quitarte este precioso vestido de lunares y follarte. O follarte con él puesto, desnudarte después y volver a follarte. Eres como uno de esos regalos que vienen envueltos en un papel precioso y que quieres rasgar y a su vez quieres mantenerlo intacto porque ha quedado realmente bien.

—Ohhh —ironizo—, ¿y qué más? No me jodas que te vas a poner a hablar de regalos justo en este momento. —Que vayamos a follar no quiere decir que no pueda meterme con él. No pidáis peras al olmo.

—¡Qué boca más sucia tienes, Munia!

El vestido termina cayendo al suelo y me encantaría ver la reacción que tiene al ver mi conjunto de ropa interior. Juro que no estaba preparado. Juro que, al salir de casa de mi tía, no tenía intención de venir. Juro que fue un impulso de último momento porque…, porque llevaba deseando verlo todo el día y porque necesitaba saber qué había pasado con lo de Esteffi. Lo juro todo.

Las copas de mi sujetador dejan al descubierto mis pechos cuando las baja. Sus labios se posan sobre mi pezón erecto y su mano sobre el pecho que no recibe las atenciones de su boca. Jadeo

con fuerza y dejo caer mi cabeza hacia atrás, buscando el contacto de la pared. Algo que me estabilice ante su saqueo.

Si alguna vez tuve dudas sobre las habilidades lingüísticas de Ciro, algo de lo que no me acuerdo en este preciso instante —y es probable que entendáis el motivo de ello—, recordadme que la lengua se le da muy bien. Demasiado bien. ¿Cómo se llamaba el chat ese en el que tengo que escribir esto? Pues ese, ahí.

Me recompongo e intento aguantar los envites de su lengua sobre mis tetas. Llevo mi mano hasta su polla. Puede que me haya privado del sentido de la vista, sin embargo, el del tacto lo tengo bastante desarrollado.

Madre del amor hermoso.

«Uno, dos y tres, yo me calmaré. Cuatro, cinco y seis, todos los veréis. Siete, ocho y nueve…, voy a descubrir cómo la mueve». En mi interior.

Sofoco. Calor.

Ansias. Ganas.

Expectación. Nerviosismo.

Necesidad. Puta necesidad.

La meneo entre mis dedos, y Ciro gime en mi pecho, en uno de los dos, ni siquiera atino a pensar en a cuál le está dedicando atenciones mientras le masturbo con ganas.

—Para —me pide. Me ruega.

Joder, cómo quiere que pare si lo único que necesito es que siga y yo seguir.

Mis caderas van en busca de las suyas y choco contra su polla. Cosas del tamaño. Del suyo y del mío.

Ciro entiende lo que busco cuando se separa de mi cuerpo y el vacío se instala entre los dos. Ha salido del salón porque no le escucho. No tarda demasiado en volver.

—Preservativo —me dice dándome una pista del motivo por el que se aleja.

—Uhhh —ironizo de nuevo—. ¡Qué romántico eres! —me burlo.

A veces, cuando me pongo nerviosa, digo tonterías, eso lo sabéis hace tiempo, ¿verdad?

Me reprende con un mordisco en cada pezón y entonces empieza la fiesta. O el *after*, porque la fiesta lleva en marcha ya un tiempo y me lo estoy pasando pipa.

Mis piernas se enredan alrededor de las suyas. Mis manos se colocan a ambos lados de su cuello y su polla, dura e inhiesta, se prepara para lo que va a venir.

—Estás muy mojadita, Munia —me dice paseando su polla por mi hendidura—. Muy mojadita, y eso me encanta.

La mete entera. Sin dudar. Nada de suave y delicado. Contundente y fuerte. Joder, como a mí me gusta.

Mi espalda choca contra la pared por culpa del ímpetu del envite y contengo un jadeo cuando comienza a follarme con presteza. Acometidas certeras, largas y profundas. Embestidas fuertes que me hacen suplicar en silencio porque este momento dure, que no sea algo efímero. Hacía mucho que no disfrutaba de una buena dosis de sexo. De sexo guarro y ardiente.

—Somos perfectos, Munia. Sencillamente perfectos el uno para el otro.

Puede que sea por el frenesí del momento o quizá no, quizá es que, cuando estás sumido en algo tan primario como puede ser el sexo, tu cuerpo transmite lo que tu mente no es capaz de razonar en otras circunstancias menos primarias.

—Perfectos —repito.

La sucesión de jadeos. El sudor. Las acometidas. Su polla dentro de mi coño. Yo empapada por él, y Ciro duro por mí. Todo eso es el desencadenante de un orgasmo, de uno fuerte e intenso que no intento esconder, sino que arranca desde la punta de los dedos, toma fuerza por mis extremidades y explota justo al llegar a mi centro.

—Joder, Munia, joder. A ver qué hacemos ahora que nos hemos probado.

Sonrío sobre su hombro y le muerdo con suavidad antes de que grite mi nombre y se convierta en la banda sonora de esta habitación.

Ciro me deja con sumo cuidado en el suelo y sus manos van hasta el lugar en el que se encuentra anudado el pañuelo. Mis rizos

vuelven a la vida y se enredan entre sus dedos mientras sonreímos cómplices.

—Horteras. Sabía que serían horteras. —Me río a carcajadas y señalo sus calzoncillos, esos que se encuentran detrás de nosotros.

Ay, Ciro, Ciro. Eres una caja de sorpresas.

40. CHICOS, ESTO NO ES UN SIMULACRO

—Y, tras el mejor polvo de mi vida, pedimos burritos, que nos trajeron al apartamento y devoramos a la vez que hablábamos de todo y de nada. Parece una tontería, sin embargo, me sentí cómoda allí. Con él. Estoy por llevar en el bolso durante toda la semana un cartel a la cadena en el que rece: «Esteffi, chúpate esa» o «Me lo he quedado yo, petardilla».

—Ese cartel mejor resérvalo para cuando se la chupes de verdad —me dice Loreto sin ponerse ni roja.

—No nos dio tiempo de nada de eso. Estábamos…

—¿Cachondos? —nos interrumpe Fabián, que no ha dejado de comer mientras relataba lo acaecido con Ciro hace un par de noches.

He llenado mi chat personal de cosas para reseñar. Si lo vieseis, os daría un soponcio porque la evolución es abismal. Aún no me ha dado por cambiarle el nombre y ponerle algo así como: «Ciro lo come todo bien» o «Ciro, cómeme el racimo», suena tan hortera como sus pañuelos, pero… ¿y lo pegadiza que es la rima?

—Podría decirte que no. Mentiría. Cachondos y mucho —resuelvo con ímpetu.

—Yo es que sigo sin entender cómo ha cambiado todo en tan solo…, ¿cuánto? —demanda Loreto—, ¿quince días?

—¿Veinte? —la secunda Fabián formulando otra pregunta hipotética.

—Bueno… —me defiendo ante sus comentarios—, estáis bonitos vosotros dos para decirme a mí nada cuando es evidente que la cosa ha cambiado para todos. ¿O es que se te ha olvidado eso de que hasta hace nada rompías tuberías y bombillas para que David fuese a tu casa y te lo resolviese? ¿Ya le has confesado que todo eran burdas excusas? —le digo a Loreto con sorna—. Y tú. —Señalo en dirección a Fabián—. ¿Lo de César? Porque eras un alma libre que no tenía citas sino se centraba en el fornicio…

—Uy, qué mal suena eso —se defiende mi amigo.

—Lo que quiero decir —apostillo—, es que todas nuestras vidas se han visto alteradas por la presencia de alguien o de algo. Es decir,

las situaciones han variado, nuestras vidas han cambiado, hasta mi tía Rita…

—¿Qué pasa? —Fabián toma la palabra cuando la nombro, incluso se incorpora y se cuadra. Me encanta que sienta ese cariño y esa cercanía por mi tía.

—No debería decirlo…, aunque me muero por hacerlo —claudico.

—Suéltalo, y haremos como si no lo hubieses contado cuando sea ella la que nos lo explique —me pide Loreto ilusionada. Sabe que es algo bueno.

—Luis y Rita van a iniciar los trámites para la adopción.

—¿Hablas en serio? —inquiere Loreto.

—Tan en serio como que Ciro y yo hemos follado —suelto sonriendo como una lela.

—Buena forma de verlo y mejor ejemplo aún —ironiza Fabián.

—Pues me alegro por ella —aduce Loreto—, se lo merecen, y todos sabemos que ha sido una etapa complicada para los dos. Ese quiero y no puedo. En realidad, miedo me da decirlo, no obstante, me arriesgaré… ¿No os parece flipante que estemos todos bien por una vez? Fabián con César…

—Yo aún no he contado nada —resuelve haciéndose el interesante. Por su cara de felicidad, todos sabemos que es probable que las cosas vayan sobre ruedas.

—Porque te encanta crear tensión —lo acuso.

—Anda, mira, estás bonita tú para que digas eso —me rebate el susodicho utilizando mis palabras de antes.

—Yo lo he contado sin dudar —me defiendo. Lo que me faltaba por escuchar.

—¿Sí? —dice Loreto—. ¿Cuántos días hace que te acostaste con Ciro? —lo secunda esa que era mi amiga hasta hace nada.

Observo a la cerda buscando algo de ayuda.

—Beicon, di algo o te zampo la próxima vez que te quedes conmigo. A tu dueña le encanta el fornicio con el madurito ese y sabes que te mueres por pasear tu cola rizada por mi apartamento, tendrías que ponerte de mi lado y ser dos contra dos. O tres, porque al paso que vas en breve me querrás comer tú a mí. Joder, ¿qué le das de comer a esta cerda para que crezca tanto?

—Tus zapatos. —Loreto sonríe tras decirlo, y yo termino claudicando.

—Quería mantener la expectación —confieso—, para una vez que tengo algo importante que contar, no solo por la índole de la situación sino porque mi vida es de lo más aburrida.

—Eso es lo que tú te crees. Tus piques con Ciro llevan dándonos la vida durante años —argumenta Fabián—. Deberíamos haber hecho apuestas sobre esto —añade canalla.

—Y las noches de dardos ya no serán lo mismo sin su foto en la diana —comenta Loreto.

—Eso podemos seguir haciéndolo… No es necesario que dejemos las viejas costumbres. Ahora que ya le cogía el puntito a darle en el ojo no quiero ni pretendo perder el toque.

—Deberías invitarlo una noche —propone Fabián.

—Lo que me faltaba —le respondo—. Una cosa es follar y otra bien distinta que hagamos cosas de pareja, como citas, quedar y eso… —Mis amigos permanecen en silencio esperando a que diga algo, lo que sea, porque, a ver, a todos nos ha quedado más o menos claro que lo que he dicho es una pequeña tontería, ¿verdad? Porque también tenemos todos claro que me encantaría tener citas y esas cosas con Ciro, ¿no? Y follar, eso también, porque lo que tiene entre las piernas…, digo… la personalidad arrolladora que tiene me cautiva. Y lo que tiene entre las piernas también, que ya está bien de disimular y eso—. Vale. Soy gilipollas y lo sabemos todos. Me muero de ganas de quedar con Ciro y de escribir el cartel ese también.

—Se tenía que decir y se dijo. —Sonríe Loreto, la muy…

—Puedes decirle que traiga a César. Siempre he querido montármelo en casa de alguna de vosotras.

—¿Qué clase de amigo depravado tengo? Cuando te conocimos en la cafetería no parecías estar tan mal de la cabeza —le acuso.

—Ni ser tan cerdo.

—No, Loreto con una cerda tiene más que suficiente porque encima, al paso que crece, verás tú… —me burlo.

La cerda nos entiende, lo juro, es de entendimiento selectivo porque solo escucha lo que le da la gana. Como el sonido que emite

la zapatera o la nevera al ser abierta. O esto que acabo de decir.

Fabián suspira y mira en dirección a la ventana.

—¿Sabéis? Cuando conocí a César, me pareció un chico mono, tímido y reservado, y eso, de inmediato, hizo que me diesen ganas de saber más de él, porque lo normal es que la clase de chicos con las que me suelo relacionar o enrollar —aclara tras un alzamiento de cejas generalizado en este salón— sean así, chicos que no escondan nada, que sean muy abiertos en todos los sentidos y que hablen incluso más que yo.

—Y eso ya es decir —aclara Loreto, que es la que zampa maíz como si alguien le fuese a robar el paquete.

—La cosa es que con él ha sido distinto. Hemos hablado mucho en estas semanas, más incluso de lo que yo pensaba. Hemos hecho cosas de lo más cotidianas, como ir al cine o al supermercado, pasear o recorrer los pasillos de una librería en busca de algún libro —nos cuenta sin un ápice de ironía o de sarcasmo en su voz, tal y como suele ser Fabián, enmascarando los pensamientos con bromas para que no nos lo tomemos del todo en serio—. Y, entonces, esas horas que pasábamos juntos me enseñaban que él tenía muchas de las cualidades que yo buscaba en un chico. Atento, reservado, sí, parco en palabras, también, pero con las justas cuando tenía que decirlas y muchas veces me daba cuenta de que lo que César hacía era escucharme sumido en sus pensamientos, que le gustaba que yo hablase, cualquier cosa, por muy estúpida que fuese y que tuviese para contar. Y entonces, hace unos días, hizo algo precioso. Me hizo partícipe.

—¿Partícipe de qué? —pregunto cuando Fabián ha guardado silencio unos segundos.

—Partícipe de su vida, de quién es, de lo que sufría por no poder contarle a su familia que es homosexual y del rechazo que sufrió cuando se lo dijo. Lo echaron de casa y le dijeron que no volviese hasta que eso que tenía se curase. ¿Os podéis creer que a día de hoy siga habiendo gente con ese tipo de pensamientos? Enfermos, somos enfermos para algunas personas.

—Por suerte —suelto con sinceridad—, para muy pocas. Solo las que carecen de cerebro.

Loreto asiente cuando termino de decir esas palabras.

—Y yo sé lo que se siente porque eso fue lo que me sucedió a mí. Mi familia antes era así, mi padre, mis abuelos, hasta que un día se dieron cuenta de que me perdían. Mi madre y mis hermanos lo pasaron muy mal al ver cómo la familia se fracturaba poco a poco. Cómo teníamos que hablar cuando mi padre no se encontrase en casa para que no se enfadase… Y César, César se siente muy solo.

—No está solo, tiene a Ciro —comenta Loreto, que ha dejado el paquete de maíz porque me atrevo a decir que se nos ha quitado el hambre a todos.

—Por eso Ciro, cuando César contó en el restaurante que era gay, sonrió de esa manera —elucubro atando cabos y recordando esa noche y lo extraño que me resultó ese pequeño gesto.

—Sí —confirma Fabián—, César me lo contó. Hasta ese día, nunca lo había dicho abiertamente ni delante de gente que no fuese de su entorno más cercano. Ciro, Ciro es muy buen tío, Munia. Y me alegra que ese plan de mierda no lo llevases a cabo y más me alegra que estés con él.

—Bueno… —La voz de la conciencia dictamina que estar lo que se dice estar…

—Estás con él y sabes que no es solo atracción. —Fabián da el tema por zanjado, y no quiero seguir mintiéndome o engañándolos.

—Estoy confusa —admito.

—Lo que estás es loca por él —concluye Loreto antes de levantarse y dirigirse a la cocina a por una botella y unas copas—. Brindemos —dice cuando llega a nuestra altura—. Por Fabián y César —propone.

—Por Ciro y Munia —añade Fabián, y sonrío.

—Por Loreto y David.

—Porque nunca más estemos solos. Porque siempre seamos uno.

No es necesario añadir nada más. Todo está dicho.

41. LA FAMILIA COMO ARMA DE DOBLE FILO

CIRO

—Estoy loco por ella.

—¿Y lo sueltas así, sin florituras? ¿Sin excusarte o justificarte?

—¿Y cómo esperas que lo diga? Es la realidad. Lo que hay. No hay más que eso, César. Me gusta Munia, no me había dado cuenta de lo peligroso que era este juego entre los dos y de que lo que decías de que la fina línea que hemos estado recorriendo todo este tiempo podía cruzarse en un santiamén era cierto. Tal y como me ha pasado.

—¿Y ella?

—¿Ella qué? —le devuelvo la pregunta a mi amigo.

César hace un rato que llegó. Hoy ambos hemos trabajado hasta tarde, últimamente, si mi amigo no está con Fabián, viene directo a casa, y pasamos horas y horas hablando o sin hacer nada, da igual, la cosa es estar acompañados.

—¿Ella qué siente?

—No te puedo decir. No hemos hablado de eso. Tal vez, si lo hiciésemos, Munia se asustaría. No sé… Me da cierto recelo decirle sin pudor que esto para mí no es un simple rollo o un juego de los nuestros y que un cartel con la palabra «compromiso» se encienda y huya. Munia tiene un carácter especial, que me encanta, sin embargo, no deja de ser así. Necesitamos, los dos, tiempo y espacio para asimilar la situación. Incluso hay momentos en los que a mí mismo me sobrepasa porque Kiara…

—Kiara es pasado desde hace mucho tiempo —murmura César por decimoquinta vez.

—Lo sé, es decir, no es que esté comparando ambas relaciones, es más, ha habido momentos en los que he pensado: «¿Me he fijado en Munia por olvidar lo que tenía con Kiara?». Por avanzar, como me dijiste cuando tuve la cita con Estefanía.

Mi amigo asiente ante mi reflexión.

—¿Y a qué conclusión has llegado? Yo lo tengo claro, no obstante, quiero escuchártelo decir en voz alta.

—Si de verdad fuese una excusa o una de esas tablas de salvación de las que se suele hablar cuando sales de una relación y te encuentras perdido, sin salida aparente, me habría fijado en cualquier otra. En Esteffi, por ejemplo, o en alguna que hubiese aparecido antes.

—Eso de que un clavo saca a otro clavo… nunca lo he visto como algo a tener en cuenta.

—Ni yo. Sabes que lo de Kiara fue complicado por todas las implicaciones que tuvo, y Munia, Munia ha sido un soplo de aire fresco en mi vida. Nada que ver, César. Lo que ha surgido entre nosotros es real y así quiero hacérselo saber. No es un capricho cualquiera, quiero conocerla, quiero probar, saber a dónde nos lleva y si esto que tenemos se convierte en otro chasco, pues tendré, de nuevo, que asumirlo.

—Eres muy valiente, Ciro. De verdad. Cuando pasó todo, que pensé que no levantarías cabeza. Estuviste taciturno durante meses. Ni siquiera tu escapada a Ericeira…

—Ericeira es mi refugio particular.

—Lo sé y ni siquiera esas vacaciones, que programamos de un día para otro en las que ambos entendíamos que ese tiempo-espacio era necesario para que cicatrizase, lograron hacerte sentir mejor.

—Era imposible, César. El dolor no se va de un día para otro.

—¿Y Munia ha sabido aplacarlo?

Niego en un par de ocasiones antes de atreverme a continuar hablando. Lo de Kiara sigue doliendo, ya no por ella, por todo en general y por mí mismo. Por la explosión que generó su partida.

—Munia no ha hecho nada, ni siquiera lo sabe. Munia ha aparecido o quizá no, no es esa la forma de explicarlo —reformulo—, Munia ha cambiado la percepción de lo que tenía hasta ahora, del vacío, de esa inseguridad, de ese rechazo. Lo bonito de lo que tengo con Munia es el hecho de que ella me ha enseñado, sin saberlo, que las cosas no son blancas o negras, que el dolor no es eterno ni efímero, que los errores de verdad que nos enseñan y que todo termina pasando y aprendemos de ello.

—Tienes que hablar con tus padres —me dice César a colación de lo que le acabo de decir.

—Lo sé —admito dándole la razón puesto que la tiene—. Lo he añadido a mi lista de asuntos pendientes.

—Cuando digo que lo debes hacer, no me refiero al próximo año, Ciro.

—Lo sé. —Sonrío de nuevo porque ya he formulado demasiados «no sé»—. Lo intenté la semana pasada. No puedo garantizarte que esté preparado para ello.

—Lo estás. Lo estás porque, aunque no seas del todo consciente, has empezado a dar pasos en pro de avanzar. Muestra de ello es que te planteas hacer cosas con Munia y no hablo de cosas sucias, hablo de citas. —César alza las cejas y entiendo que su comentario esconde una provocación porque él es así, le encanta meterse conmigo cuando puede.

—Quiero que se venga el próximo fin de semana conmigo —lo suelto así, sin meditar, porque esa idea lleva rondándome la cabeza desde hace días, desde que todo ha empezado a evolucionar entre nosotros—. Y no quiero que se acojone.

—¿Es en serio? ¿La vas a llevar…?

—Sí. Me apetece. El otro día, en casa…

—¿Antes o después del monumental polvo? —me pincha.

—Antes —le digo alzando las cejas—. Después discurrí poco —bromeo una vez más—. El otro día, cuando estaba aquí, en este salón, parecía como si siempre hubiese formado parte de este espacio. Suena ridículo, ¿verdad? —averiguo al observar la cara de pasmo de mi amigo ante mis palabras.

—No. Me gusta cómo suena —admite dándome un par de palmadas en el hombro.

—Tengo la intención de que forme parte de todo y pretendo que sepa lo de Kiara. No quiero secretos entre nosotros y me parece que unos días, los dos solos, será un buen escenario para abrirnos.

—Estoy de acuerdo contigo —aduce César—. Me gusta verte así. Te lo mereces, Ciro. De verdad que sí.

Asiento porque ni siquiera sé qué contestar a eso.

—Te toca a ti poner tu vida en orden, amigo mío.

César deja escapar una sonrisa de esas forzadas, una de las que me dan a entender qué es lo que quiere y que las cosas no funcionan así ni son tan fáciles, y que conste en acta que lo sé.

—Lo mío no es tan sencillo, Ciro. Mis padres no van a cambiar de opinión. Imagino que siguen esperando que aparezca en casa y les diga que es una broma de mal gusto, no sé, puede que esperen que me haya confundido de fecha y en vez de estar en verano estamos en diciembre y celebro el día de los inocentes con ellos como centro de la broma.

—No soy quién para decirte lo que sucederá o no. Puede que recapaciten cuando comprueben que vas en serio y que no es una guasa —admito.

—No. —Su negativa suena profunda y contundente—. Tú no estabas allí el otro día, Ciro. No fuiste testigo de la cara de asco que pusieron cuando les dije que era gay. —César, una vez más, ironiza soltando una carcajada carente de emociones y, en caso de tenerlas, lo que menos trasmite es diversión—. Me miraron con vergüenza, sentían verdadero asco de mí. Fue horrible. De todas y cada una de las hipótesis que pude llegar a formular en mi cabeza, de esas realidades paralelas que imaginas, ninguna se acercó a eso que viví allí. Estoy muy jodido, Ciro. Muy jodido y muy solo.

—No digas eso, César.

—No me vengas con la típica frase de que no estoy solo y que te tengo a ti. Eso ya lo sé. Cuento contigo, es más, fuiste la primera persona con la que hablé sobre mi sexualidad. ¿Sabes qué es lo más triste de todo? —me dice mirándome con fijeza. La pena se refleja a la perfección en su mirada—. Lo peor es que parece que las personas con una sexualidad distinta a la de la inmensa mayoría o a la que está bien vista, como quieras definirlo, tenemos que salir del armario una y mil veces y que siempre tenemos que sentirnos avergonzados de ello, y no es justo. ¿Qué pasa? ¿Que tú eres más normal que yo porque solo follas con tías?

El discurso de César me provoca náuseas. Lo digo en serio, ¿de qué clase de sociedad formamos parte? ¿Por qué tenemos que justificarnos por lo que somos, a quién amamos o con quién nos acostamos? ¿Por qué tiene que ser mejor una persona que mantiene

relaciones sexuales con una persona del género opuesto que uno que folla con alguien de su mismo sexo? ¿Qué cojones hacemos? O… ¿por qué seguimos sin hacer nada ante todo esto? Impertérritos, inamovibles, dejando que tachen a los demás de algo que no son cuando siguen siendo personas con valores iguales que los nuestros. ¿No se supone que el amor es libre? Y si es así, si es libre como nos jactamos de decir, ¿por qué no hacemos nada? En la vida hay que posicionarse, hay que actuar y ser fieles a nuestros principios, y yo lo que veo es que el «sálvese quien pueda» sigue rigiendo la sociedad en la que vivimos. Si nosotros no cambiamos, no podemos pretender que nuestro entorno cambie.

—Sé a lo que te refieres, César, y soy consciente de lo que me dices. Igualmente y, aunque lo sepas, estoy aquí, estuve aquí y estaré aquí —matizo—. Y seguro que tu hermana también lo está.

—Fátima me llama cada día. Intenta hacer entrar en razón a mis padres… —Mi amigo no termina la frase, la deja en el aire y mira en otra dirección. Le duele. Esta situación es real y le provoca dolor, joder.

—¿Y?

Se toma unos segundos antes de contestar, sigue observando la ventana y la noche que se abre paso por ella.

—No quiero que siga haciéndolo —suelta, abatido—. Le he dicho que lo deje, no necesito que interceda por mí o que termine enfadada con ellos por mi culpa. Es una guerra que tengo perdida incluso antes de comenzarla.

—Esto no es una guerra —añado mosqueado, no con César, con lo injusto de la situación—. No lo es, es…

—Es una gran putada —me interrumpe mi amigo—. Sin embargo, no pasa nada, Ciro. Era lo que esperaba, aunque quizá no tan radical, no sé, me imaginaba otra escena, que hubiese enfado, sí, pero no que me echaran y que hayan ido pasando los días, y yo siga sin saber nada de ellos. No que se avergonzaran de mí como lo hicieron.

—¿Y Fabián? ¿Qué dice él?

El semblante de mi amigo cambia cuando el nombre del amigo de Munia sale a la palestra.

—Fabián es…, ¿cómo lo defino?

—Ya sé que es una mosca cojonera —le digo a modo de burla—, no es necesario que añadas nada más.

César sonríe.

—Fabián se ha comportado conmigo de una forma increíble. Hay días en los que me alegra un montón que aquel viernes coincidiésemos todos en el restaurante porque… me gusta —admite sin andarse por las ramas—. Me gusta estar con él. Es divertido y pícaro, siempre tiene un comentario capaz de sonsacarte una sonrisa, está como una regadera… y puedo hablar de cualquier cosa sin pensar, sin dudar. Con él y contigo puedo ser yo mismo sin recelo.

—Joder…, ¿eso quiere decir que tengo que aceptarlo en esta pequeña familia? —le pregunto mientras nos señalo a ambos para que entienda que hablo de nosotros dos.

—Es probable, aunque no sé si él te acepta a ti.

—¿Por qué? Si yo soy un trocito de pan.

—Munia, aquí, diría que un trocito de pan duro.

—Duro me pone ella —bromeo.

—Calla, cerdo, y pon la película ya.

Me carcajeo antes de darle al *play*. No, no vamos a ver *La familia crece*, aunque eso sea lo que está sucediendo entre todos nosotros.

42. ESCRIBIENDO…

Ciro Bravo:

Munia, tengo un secreto que contarte.

Estoy en el despacho, esperando a que Pilar me llame para contarme las novedades sobre la propuesta del programa cuando mi teléfono suena.

Munia Visier:

¿Secretos, tú? Por favor, Ciro, si ya sabe todo el mundo que la tienes pequeña. No es necesario que lo confieses.

Vale. Lo sabemos todas, el lema «rosadita y gordota» que instauró Loreto tras lo de David ha pasado a formar parte de nuestras cabecitas locas tras lo sucedido con Ciro. Sin embargo, no puedo dejar pasar la oportunidad de meterme con él. Es como el anuncio ese de los relojes: «No es lo que tengo, es lo que soy».

Ciro Bravo:

No creo que sea el mejor momento para que me escribas este tipo de mensajes, Munia, sobre todo, porque por mi cabeza pasan cientos de cosas que puedo hacer para demostrarte que eso que acabas de decir es falso.

Sonrío por lo creído que se lo tiene. Cosa normal y corriente si lo veis desnudo y eso.

Munia Visier:

Ciro, sigues siendo igual de listillo que siempre. Un poco más de humildad no te vendría mal. Digo, no sé cómo lo ves tú.

Ciro Bravo:

¿Eso también piensas escribirlo en tu chat personal? Apuesto a que se llama: «Ciro, mi nuevo dios en la tierra». ¿He acertado?

Munia Visier:

Ni de lejos y no insistas porque no pienso enseñártelo.

Ciro Bravo:

Yo sí que pienso enseñártelo. No hablo del móvil. Ni de ningún chat personal. Aunque quizá debería hacerme yo uno para escribir cosas tuyas. Cosas que no pienso decirte.

Munia Visier:

¿Esperas que caiga? ¿Es una de esas triquiñuelas para que me ponga ansiosa y te haga preguntas? No siempre te puedes salir con la tuya, zoquete.

Ciro Bravo:

Ansiosa quiero que te pongas, mira por dónde.

Munia Visier:

Eres más cerdo que Morcilla.

Ciro Bravo:

Morcilla quiero darte.

Me carcajeo alto cuando leo sus mensajes, a cuál, peor.

Munia Visier:

Estás muy mal de lo tuyo, Ciro. Una ducha de agua fría y todo se soluciona.

Ciro Bravo:

¡Qué fácil lo ves tú todo, arpía! Vente un momento a mi despacho, tengo una cosita que enseñarte. Te va a sorprender.

Me descojono de nuevo. Saco captura de pantalla de estas conversaciones y las pongo en mi grupo personal. Joder, es que son divertidas.

Munia Visier:

No, gracias, yo «cositas» no quiero ver ninguna. Y sorpresas las justas, que son malas para el ritmo cardíaco.

Ciro Bravo:

¿Sabes una cosa que es buena para el ritmo cardíaco? Empieza por «f» y termina por «r».

Munia Visier:
Cerdo.

Ciro Bravo:
¿Lo has averiguado?

Abro Google con presteza.

Munia Visier:
Por supuesto: festejar, fabricar, formatear, fingir, fecundar…

Ciro Bravo:
¿Te has puesto a buscar palabras en Google que empiecen por «f» y terminen por «r»?

Munia Visier:
¿Cómo lo sabes? ¿Me espías?

Ciro Bravo:
Te conozco. Y más que te quiero conocer. Anda, ven a mi despacho. Hay otra cosa que quiero enseñarte, pero para eso tienes que… empieza por «a» y termina por «e», ¿qué es?

Munia Visier:
¿Vamos a jugar al juego del ahorcado? Por saber. Hasta hace nada decías que yo tenía que ir a clase de primaria o de infantil, fíjate, eso no lo apunté en mi chat, de ahí que lo tenga y lo retroalimente. En fin, que hasta hace nada era yo la infantil, y ahora eres tú el que me propone juegos con letritas.

Ciro Bravo:
Arro…e. ¿Qué es?

Munia Visier:
Arrojarte al vacío con una piedra atada al zapato.

Ciro Bravo:

Frío, frío.

Siempre pico, en serio, siempre.

Munia Visier:
¿Arroparte?

Ciro Bravo:
Más bien relacionado con una cosa que implica quitarse ropa.

Canalla.

Munia Visier:
Arrastrarte por el suelo.

Ciro Bravo:
Tibio. Una parte de tu anatomía sí que va a tocar el suelo.

Munia Visier:
🙄🙄🙄

Ciro Bravo:
Venga, te doy otra pista por si resulta que hoy estás dispersa.

Munia Visier:
Zoquete.

Ciro Bravo:
Eso no empieza por arro… y termina por e.

Munia Visier:
¿Y? Cualquier excusa es buena para decirte lo que eres.

Ciro Bravo:
Resuelvo: arrodillarte.

Munia Visier:
😂😂😂
Tú lo flipas, zoquete.

Ciro Bravo: 

Te doy cinco minutos para que tu boca cubra mi polla. Si te arrodillas o no, lo dejo a tu elección.

El teléfono suena cuando estoy a punto de ir sin dudar.
La carne, la carne es débil, lo sabéis, ¿verdad?

43. DEFINIENDO TÉRMINOS

—Deja que te cuente la novedad, es probable que te quedes loca —le explico a mi tía antes de darle un largo sorbo a un zumo que me he preparado después de llegar del trabajo.

—Miedo me dan tus novedades. ¿Está relacionada con tu noviete?

—Noviete, lo que se dice noviete…

La conciencia, ya sabéis, no le hemos puesto nombre y esas cosas, y mi conciencia a veces es muy *porculera* y decide ella tomar las riendas de mis pensamientos y posteriores palabras.

—Lo que sea. Yo no me mensajeo con guarradas varias si el chico no me gusta.

—Eso es porque en tu época no había teléfonos móviles. Y Luis pasa de esas cosas, él es muy práctico —le cuestiono a mi tía.

—Anda lo que ha dicho la cabrona de mi sobrina. ¡Luis! —grita mi tía por el teléfono—. Dice Munia que eres muy soso y que te falta chispa.

—¡Yo no he dicho eso! —protesto como si él me fuese a escuchar.

—Panda de chaladas —suelta ese que se hace llamar mi tío. Puede que él no me escuche a mí, sin embargo, yo lo he entendido a la perfección.

—Insisto, no es mi noviete, es… ¿Ciro?

Joder, qué triste, si es que ni siquiera sé cómo definirlo y tampoco me queda claro si hemos llegado a ese punto en el que quiera definir algo, vamos a ver, que, siendo sinceros y poniendo los pies en la tierra, nosotros solo compartimos sexo, nos mensajeamos y, bueno…, yo me muero por ver qué pañuelo lleva hoy. Quizá eso es amor, porque son horrendos y que yo quiera verlos es un gran paso. Ni el hombre cuando puso el pie en la luna se atrevió tanto como con mis palabras.

—Ahmmm, ya, una gran explicación. Para ser una chica que presenta un programa de televisión y que tiene que saber improvisar y hablar… lo acabas de hacer de pena.

—Lo sé, Rita, lo sé… Es que es complicado. Hasta hace un par de semanas no me había planteado absolutamente nada más allá de

querer ahorcarlo con mis propias manos o cortarlo en cachitos y esconderlo bajo las baldosas del baño —le narro recordando la reunión en la que Pili nos contó los cambios que iban a haber en el programa y cómo nos afectaban a nosotros—. En cambio, ahora… me planteo cosas, cosas que tienen finales felices… y no sé, no quiero confiarme, no quiero volver a pasar por eso que ya pasé.

—No me vengas con esas, Munia. ¿No me jodas que estás pensando en Jorge una vez más?

—No, no…, no pienso en él de esa forma. Pienso en la traición, en las cosas que hacía a mis espaldas… ¿Y si Ciro también es así? Nos conocemos, es verdad, eso no puedo negártelo, no obstante, ¿y si lo que Fabián me contó es cierto?

—¿Y si lo es, pero con matices? —aduce mi tía haciéndome reflexionar sobre ello.

—Ya —admito con un monosílabo.

No tengo ni la más remota idea de qué añadir, es cierto que empiezo a ser una pésima oradora.

—El pasado tenemos que dejarlo enterrado, dejarlo atrás y solo alimentarnos de él para continuar hacia adelante y tener bien claro lo que no queremos. Es probable que con lo que has aprendido, si te encontrases a Jorge, ya no actuases de la misma manera porque te enseñó, aprendiste, mejoraste, avanzaste… ¿Me explico?

—Por supuesto —le digo dándole la razón. Cuando la tiene, la tiene.

—Pues listo. Estamos en constante evolución. Mírame a mí —me pide— o escúchame, porque estamos hablando por teléfono —bromea—, hasta hace nada seguía obcecada en tener un bebé, en tenerlo de la forma habitual, ya sabes… —matiza—, y me he ido dando cuenta de que cerrarse en banda a otras opciones es de estúpidos. La felicidad no la dan las ideas absurdas, la felicidad la dan las decisiones que se toman con la mentalidad abierta y con las ganas de disfrutar de los cambios que vengan. Puede que el plan inicial sea una mierda y que te cierres tanto a él que no seas capaz de darte cuenta de que hay más opciones y son tan válidas como las otras. Y eso es lo que tienes que entender, Munia —me aconseja—. Razonar y asimilar que Jorge era tu plan inicial y ese plan era una

mierda y que los planes que vienen después, llámese Ciro o Pepito de los Palotes —dice y me carcajeo ante ese nombre, siempre me ha hecho gracia—, ese plan mola casi tanto o más que el primero, ¿o no?

—¿La verdad? —inquiero.

—Siempre, entre nosotras siempre ha funcionado de esa forma.

—La verdad es que me muero de ganas de llamarlo noviete.

Nos reímos las dos. Me alegra que Rita esté bien y más animada.

—Mañana tenemos una reunión importante —me cuenta bajando la voz.

—¿Una reunión sobre… mi sobrino o sobrina?

—Más bien tu primo o prima —aclara mi tía.

—Bah, chorradas, sabes que nosotras somos más que tía y sobrina —apostillo.

—Estoy nerviosa. Sé que es un trámite y que tenemos que empezarlo, que puede que no sea sencillo y que haya momentos en los que vea todo oscuro —me narra con tono bajito.

—Luis estará a tu lado para apoyarte como siempre ha hecho.

—¿Sabes, Munia? Si alguna vez, cuando hemos tenido problemas, cuando el camino ha sido pedregoso, cuando hemos discutido y me han dado ganas de arrancarle la cabeza de cuajo —me dice alzando la voz de nuevo—, si alguna vez he tenido ganas de mandarlo todo a la mierda o he tenido dudas sobre lo nuestro, si alguna vez ha sucedido eso, que lo ha hecho, tengo que dar gracias por haber luchado por lo que tenemos con uñas y dientes porque Luis… Luis, Munia, Luis es el hombre de mi vida y cada día tengo más claro que, sin él, todo esto sería imposible. Ya me habría quedado por el camino hace tiempo…

Me emociona escucharla hablar de lo que tiene con mi tío de esa forma. Que el paso de los años no haya disminuido el amor que sintieron desde el principio y que solo haya reafirmado lo que en su día anunciaron a los cuatro vientos. Que el amor sí perdura en el tiempo y sí es posible querer cada día más, pese a los baches, a los problemas, a las desavenencias, a todo lo que puedes encontrarte a lo largo de la vida y que, al levantarte cada mañana o al acostarte

cada noche, siempre sea esa persona la que quieras tener a tu lado cuando el sol salga o la luna se ponga.

—No quiero llorar. Soy una tía fuerte.

—Y enamorada —me dice mi tía para romper el momento.

Un par de leves toques en la puerta me hacen alzar la cabeza cuando estoy a punto de rebatirle ese verbo que acaba de mentar Rita. Y argumentar los motivos por los que se equivoca, porque se equivoca, ¿verdad?

—Están tocando —le cuento mientras me levanto—, seguro que es Loreto, que vendrá a dejarme a la cerda para irse a fornicar con el noviete. Lo de ella sí que es un noviete, no lo mío —le cuento.

—Deja a la chica, que está loca por él. Al menos ella lo admite.

Camino en dirección a la puerta y coloco mi mano sobre el pomo.

—Yo no he dicho que no me guste, he dicho que no hemos definido nada, que es bien distinto —apostillo intentando razonar con mi tía. Es jodidamente complicado hacerlo cuando cree que tiene la razón. Y yo soy como ella en ese sentido, cuando creo tener la razón soy una cabezota de tres pares de cojones.

Cuando abro la puerta, me doy de bruces con la última persona que esperaba encontrarme.

—Ciro…

—Sí, de ese chico llevamos hablando como…, ¿cuarenta y cinco minutos? —Estoy segura de que ha despegado de su oreja el teléfono para ver la duración de nuestra llamada. Esa es mi tía.

—Buenas noches, arpía, ¿me echabas de menos?

—No jodas… —suelta mi tía que ha debido de escuchar las palabras de Ciro.

—Tengo que dejarte —musito.

—Ni de coña. Siempre he querido escuchar las conversaciones de los demás y más con tu noviete, a ver cómo le dices que estás loquita por él.

Doy por sentado que Ciro ha escuchado lo que mi tía acaba de soltar porque su sonrisa se ensancha tanto que temo porque le llegue a la raya del pelo. ¿Tiene raya en esa melena tan perfecta que posee? Mierda, ya estoy pensando de nuevo en cosas que no debo. Si es que me distrae, ¡me distrae!

Mi noviete…, perdón, es decir, Ciro… entra en el apartamento y enreda uno de sus dedos en mis mechones. Ahora es cuando viene la pulla sobre el nido de pájaros y eso.

¡Pues no! Me quita el teléfono, cosa mucho peor. Era una estratagema.

—Aquí Ciro al aparato, como hablabais de mí, puede que sea buen momento para presentarme.

Joder, la que hace las presentaciones en esta historia soy yo, no él. Trozo de carne con ojos.

Algo debe de decirle mi tía al otro lado porque la suave carcajada de Ciro envuelve la habitación.

Maldito. Cómo me gusta el maldito, quiero decir.

—No hemos definido términos, sin embargo… —Lo deja en el aire. ¿Términos? ¿Qué le ha dicho mi tía?

Comienzo a dar pequeños saltos en torno a Ciro, y él lo único que tiene que hacer es moverse a un lado y a otro para evitarme. En este momento sí que me da rabia ser tan bajita y estar descalza, aunque… el otro día para follar no nos hicieron falta centímetros. En ningún aspecto, puestos a matizar.

—Devuélveme el teléfono. Rita, cierra el pico —le grito al otro lado.

Ciro se ríe de nuevo, y yo me arrepiento de inmediato de haber dicho esto porque, conociendo a mi tía, estoy bastante segura de que ha hecho justo lo contrario a lo que le he pedido.

—Interesante —suelta Ciro de repente.

—¿Interesante? ¿Qué es tan interesante? —replico.

Ciro no me contesta, y yo comienzo a parecer uno de esos calentadores de agua cuando están a punto de ebullición porque me noto el calor en el cuerpo y las ganas de asesinarlo de nuevo y esconderlo bajo una de las baldosas del rellano del piso de arriba. Por eso de que, si no es en mi planta, quizá no me señalan a mí como la posible culpable con tanta facilidad.

Ciro me tiende el teléfono y lo observo suspicaz. Miro la pantalla, y mi tía ha colgado.

Abro el chat personal y escribo:

Ciro come pepino

Asesinar a mi tía en cuanto la vea. Sin piedad.

Y le saco una foto a Ciro, que adjunto, para recordarme el motivo de ello.

—¿Ese es tu chat? ¿Me lo vas a enseñar? —me pregunta socarrón.

Niego.

—¿Me vas a contar qué te dijo mi tía?

—No puedo, son secretos.

—Te recuerdo —le digo tirando de memoria—, que en los mensajitos que nos enviamos esta mañana me dijiste que tenías que contarme un secreto. —Toma, ahí te lo dejo, listillo.

—Y así es. Visto que no te pasaste por mi despacho a cumplir mi fantasía, he tenido que venir aquí por dos motivos y, ciertamente, la visita está siendo de lo más interesante.

—¿Por mi tía?

—Y por esa camisa larga que tienes puesta.

—¿Y el secreto? ¿Y lo de mi tía? —lo pregunto todo porque la curiosidad me puede.

—¿Qué gano yo si te lo cuento?

Medito. Las cosas básicas son las mejores.

—Empieza por «a» y acaba por «e» —le suelto socarrona. ¡Ja! Chúpate esa. Al final el «ja» me va a molar mucho y lo voy a tener que eliminar de mi chat personal como motivo de asesinato—. ¿Necesitas una pista? —añado burlona.

—Me has convencido —aduce.

Y, antes de que nos metamos en otro juego, Ciro me besa con ansias. Y sí, lo admito, ya he perdido un poco el sentido otra vez.

44. LA CARNE ES DÉBIL

—Deja de engatusarme con tus sucias, aunque efectivas, estratagemas. Dime lo que te ha contado mi tía. —Lo del secreto puede esperar.

—Primero promete que vas a cumplir con tu palabra.

—Yo siempre cumplo con mi palabra, ¿acaso no te das cuenta de que llevo mucho tiempo metiéndome contigo? —Ciro se cruza de brazos esperando una explicación al respecto, que, gustosa, le voy a facilitar—: me prometí, cuando te conocí, que te haría la vida imposible. —Sonrío con suficiencia y desfachatez.

—Pues no lo estás haciendo del todo bien porque eso que dijiste que harías nos ha llevado hasta el punto en el que estamos, así que estoy encantado con que hayas decidido buscarme las cosquillas. Ahora puedes buscarme otra cosa. O empiezo yo, da igual —suelta guiñándome un ojo.

—Zoquete —le digo una vez más—. En serio, Ciro, tienes que ir a clases de humildad, la chulería se te desborda por todos los poros de tu piel. Es más, te vas a ahogar en ella.

—¿Quieres saber con lo que te vas a ahogar tú?

—¿Vas a utilizar las letras para hacerte el listillo de nuevo?

—Cómo te gusta jugar a mi juego —añade pícaro—. Por eso me gustas tanto, Munia.

En esta ocasión, soy yo la que alza la comisura de sus labios mostrándole mi mejor sonrisa y lo hago como una lela. Empiezo a odiar cada vez menos el que se salga con la suya.

Y… a lo que vamos. Los problemas de uno en uno y las cuestiones también.

—¿Cómo has dado con mi casa? —Aquí el presentador alza una ceja interrogante. Sí, la pregunta trae cola porque la respuesta la conocemos todos—. Lo mato —claudico.

—Me la debía porque tú te presentaste en mi casa sin avisar…

—¿Temías que te encontrase con otra? —Una leve punzada me recorre por dentro al imaginar a Ciro con otra chica. Y que la historia se repita una vez más.

—No hay otra —zanja sin un ápice de duda en su voz, incluso diría que le molesta el hecho de que lo diga en voz alta—. Solo tú, Munia. No necesito a nadie más que a ti —insiste.

—Eso me satisface —le contesto. Lo digo en serio. Una vez más, Ciro alza la ceja inquiriendo algo, reclamándome lo que quiera que sea que espera—. ¿Qué?

—¿No piensas contármelo? —me provoca. Lo hace con su tono, haceos a la idea.

—¿El qué?

—Somos novietes, ¿no? Los novietes…

—Me cago en Rita y en Fabián, puestos a repartir.

—Uhhh, ya salió la arpía de nuevo —aduce haciendo una pausa por si decido contestarle—. Así que tu tía Rita es tan particular como tú. Por lo que veo, todos tenéis un punto especial. Hasta la cerda.

—Que no te oiga, es probable que te coma en un santiamén. Y no somos novietes, son cosas de mi tía, ya sabes… —me justifico un tanto abochornada.

—¿Quieres que definamos lo que tenemos? —indaga.

Sí, sí quiero, porque odio no saber lo que somos y odio que pueda haber otra persona. Igual tengo complejo de perro y me encanta ir marcando mi territorio.

El teléfono de Ciro suena y la respuesta se queda en el aire.

Alza la vista cuando lee quién es el responsable de la llamada y contesta.

—Hola, Esteffi… —Ha atendido la llamada solo por joderme. ¿En serio? ¡Qué clase de maldad tiene este hombre!—. ¿Nuestra cita? —Me mira y espera mi reacción. No digo nada, aunque, de nuevo, lo del agua en ebullición se hace patente—. Claro, lo pensaré y te diré algo pronto. Vamos viendo. —Silencio. Calor—. Sí, yo también me lo pasé muy bien. —Y me guiña un ojo. Descerebrado de los cojones. Mira que intento controlar mi genio, sin embargo, me lo pone complicado si se comporta así. ¿Apalizarlo está contemplado como opción? Por favor, decidme que sí—. Estupendo. Gracias por llamarme. —Encima con cordialidad—. Nos vemos. Un beso. —¿Un beso? ¿En serio?

Pongo los ojos en blanco cuando cuelga y me encamino hacia la cocina. Necesito tomar algo porque de repente me noto la garganta seca. No son los celos. No son los celos.

—Uno, dos y tres, yo me calmaré… —susurro bajito.

—¿Decías algo, arpía?

Arpía, dice. Insensato. Provocador.

—¿Estás contento? —le demando.

—Pues sí, la verdad. —Ciro comienza a caminar por la casa como si fuese suya. Supongo que hace lo mismo que yo hace días. Relleno un vaso de agua bien fría y me lo bebo de un trago—. Estoy aquí, en tu casa, contigo y con una conversación pendiente.

—Pendiente… —ironizo—. Pendiente no tenemos nada.

De verdad que me parezco a esas novias celosas que lo que quieren es sacarle los ojos a su pareja sin más. ¿Pareja? Ojo al dato. Lo he dicho sin pensar.

—He contestado a esa llamada porque…

—¡Ya sé por qué lo has hecho! —exclamo, casi gritando.

—Ah, ¿sí? —interroga—. Dime, ¿por qué lo he hecho?

¿Por tocarme las narices es una opción factible? Un punto a su favor es que lo ha hecho delante de mí, no como Jorge.

—Porque quieres sacarme de mis casillas. Te encanta hacerlo. Si fuese deporte nacional, serías medallista.

Otra de esas sonrisas petulantes que muestran que está en superioridad de condiciones. Si es que…

—Y según tú, Munia —dice acercándose a mí, casi casi rozándonos, pero sin hacerlo—, ¿por qué querría yo sacarte de tus casillas?

—Porque te fastidia que yo tenga el control. —Toma, ¡chúpate esa, Ciro Bravo!

—¡Ja! —Lo suelta igual que el primer día y, en esta ocasión, reacciono de otra forma bien distinta. Me tiemblan las piernas y sí, quiero ponerle etiqueta, joder, quiero hacerlo y quiero que esa tía deje de llamarle. Ya está, se tenía que decir y se dijo (de nuevo)—-. ¿Sabes lo que creo yo? —Un paso más, un suspiro cerca de mis labios. Se adelanta un poco y su boca se acerca a mi oído. Empiezo a dejar de razonar cuando el olor de Ciro me embriaga. Huele a

mar…, a limón, a jazmín, a una combinación de olores que me fascina. Huele, incluso, a chulería, y eso…, eso me hace temblar de puro deleite. Claudico y niego—. Lo que creo, Munia, es que estás celosa porque Estefanía me haya llamado, porque quiera tener otra cita conmigo, porque… en el fondo… sabes que solo quieres que tenga citas contigo y que sea un cerdo, solo contigo.

Sus manos se posan sobre mis caderas sin darme cuenta de ello. El vaso que aún tenía en la mano, ya vacío, cae al suelo y un estropicio de cristales resuena cuando se hace añicos a nuestro alrededor. Joder, me da igual. ¿Quieres romper toda la vajilla? Tuya es, Ciro. Tuya soy. Sus labios se posan entre el final de mi cuello y el nacimiento de mi hombro y lo muerde a la vez que sus dedos recorren mis muslos en sentido ascendente. Peligrosamente cerca. Extremadamente cachonda con esos simples y sencillos gestos.

—Mierda —mascullo perdida en las sensaciones que me provoca.

—Dilo —me pide—. Di que tengo razón. —Y me muerde de nuevo mientras comienza a tirar de mis braguitas para quitármelas—. Dilo —insiste.

—Mierda —repito cuando balancea mis bragas frente a mis ojos.

Tengo la vista nublada por el deseo. La prenda termina rodeada de cristales y acerca su boca con crudeza para darme uno de esos besos que me dejan sin sentido.

—Esto es muy sencillo, Munia. De primero de primaria —aclara—. Tú me dices lo que quiero escuchar, y yo te doy lo que necesitas.

Altanero y prepotente. Seguro de sí mismo.

Su índice se cuela entre mis piernas y la inercia hace que las abra para él.

—Defínelo tú —le pido ahogando los jadeos por las atenciones que profesa a mi clítoris hinchado.

—No, Munia. No te lo voy a poner tan fácil. Quiero que lo digas… Sé que quieres decirlo.

Suena tal y como creéis.

—Somos…

Su dedo se cuela en mi interior y dejo caer la cabeza hacia atrás, presa del placer. El vacío se cuela entre nosotros y clavo mi mirada

en la suya. El deseo se refleja en ellos y dudo de si es su propio anhelo o el mío el que descifro.

Botón. Cremallera. Pantalón. Bóxer de barcos de vela azules, verdes y amarillos. Ridículo. Sexi.

Sonrío. Me imita.

Cubre la distancia que nos separa y sé que esa es su arma definitiva para conseguir lo que quiere.

Es sencillo, quiero decírselo, quiero hacerlo, quiero definirlo, quiero que exista ese cartel entre nosotros, sin embargo, me gusta que sea él quien pretenda sonsacármelo. Un juego. Otro más de los tantos que tenemos.

—¿Piedra, papel o tijera? —interroga acercando su polla inhiesta a mi abertura. Alzo la ceja cuestionando sus palabras—. Si sale piedra, lo definiré yo. Si sale papel, lo harás tú…

—¿Y si sale tijera?

—Si sale tijera…, te follaré y, con eso, ambos sabremos a quién pertenecemos sin tener que decirlo.

Asiento aceptando la propuesta.

Ambos llevamos la mano tras la espalda y nos retamos con la mirada.

—Piedra… Papel… Tijera…

Y ambos sacamos la mano.

Tijera. Los dos hemos sacado tijera.

—Empate —le digo con voz trémula, ansiosa por lo que toca ahora.

Su polla me embiste, y jadeo por la profundidad de la penetración.

El mejor juego de mi vida.

45. ¡VESTÍOS, COÑO!

Los gemidos se convierten en la banda sonora de la habitación. Madre mía, madre mía, es bastante complicado razonar de esta forma.

No hemos definido lo que tenemos o no con palabras. No de esa manera.

Lo típico en las relaciones es hablarlo, ¿no? Es decir, establecer el término y ¿por qué no?, gritarlo a los cuatro vientos, y nosotros, una vez más, hemos decidido nadar a contracorriente y dar por sentado lo que somos y seremos sin necesidad de verbalizarlo. Espero no tener nunca que contar la historia de cómo Ciro y yo empezamos a salir juntos, sería de lo más atípica e, incluso, vergonzosa.

—Mírame —me pide Ciro con su polla dentro de mí.

Mis piernas están enredadas en sus caderas y sus manos alrededor de mis nalgas, presionando el punto exacto para que mi cuerpo se rinda al placer. La mezcla de la fricción de mi clítoris y las embestidas de su miembro son delirantes.

Abro los ojos y hago lo que me pide.

—Me volviste loco desde el primer momento en el que te vi —me cuenta sin dejar de moverse. Suave, despacio, tormentoso.

—Y tú a mí —le contesto con sinceridad.

—La locura ha formado parte de lo que somos —aduce.

Una embestida enérgica y profunda.

Gimo alto y fuerte.

—Y seguirá siendo así —confieso—. No pienso ponértelo nada fácil, zoquete —le respondo arrogante.

Aprieto mis piernas contra sus caderas para que haga, una vez más, eso que me vuelve loca. Follarme fuerte y duro, tal y como a mí me gusta que lo haga.

—No esperaba menos de ti —me confiesa a la vez que me penetra con intensidad una vez más.

Nuestros labios van al encuentro de los del otro, intentando aplacar la pasión y la necesidad que despiertan nuestros

movimientos. Mis caderas buscan las suyas y el entrechocar de nuestros sexos retumba en la cocina.

Las cosquillas comienzan a formarse, la electricidad entre nosotros se hace patente y es el preludio del orgasmo, de uno que me va a dejar completamente lánguida. Ciro lo sabe, lo nota porque sonríe. Coge mis manos y las coloca alrededor de su cuello y las suyas vuelan a mis nalgas. Me levanta y gira conmigo entre sus brazos. Mi espalda impacta contra la pared a la vez que su polla se adentra hasta lo más profundo de mi coño.

Ni siquiera soy capaz de protestar o de agradecer que lo haga, que me folle de esa forma, que lo haga todo tan intenso como siempre ha sido la relación que tenemos porque me corro.

Su boca se traga mi gemido como mi coño hace con su polla. Su lengua encuentra a la mía y la posee. Lo hace como ha hecho con mi cuerpo y con mi alma. Y se deja ir, dentro de mí, de mis labios, de mi sexo. Nos dejamos ir en todos y cada uno de los sentidos de la palabra.

—¿Munia?

Separamos nuestros labios y ambos giramos la cabeza en la dirección de la que proviene la voz.

—Mierda —mascullo intentando entender lo que sucede.

—No me lo puedo creer —susurra Ciro sonriendo.

—Joder, no te rías, que no es divertido.

—¿Munia? —prosigue Loreto.

Nota mental para mi chat personal: quitarles las llaves a mis amigos por si te pillan follando en la cocina.

La cara de Loreto es un poema cuando entra a la cocina. ¿Es que no hay más habitaciones que visitar?

—Esto no es lo que parece —suelto.

Sí, vaya, qué frase más buena para decir en este momento. No es lo que parece cuando aún Ciro sigue dentro de mí, mi espalda está apoyada en la pared de la cocina, mis brazos sobre su hombro y mi chico —porque ya puedo decir que es mi chico, no se le puede llevar la contraria al juego de piedra, papel o tijera— está desnudo de cintura para abajo.

—Al menos, tápate los ojos —bromea Ciro.

Le doy un golpe en el hombro, y mi amiga parece más que complacida con la situación.

—Date la vuelta —le pido.

Lo hace, no obstante, antes me dedica un mohín.

—Ahora que estaba la cosa interesante —protesta.

Cuando Loreto se ha dado la vuelta, Ciro me baja. La camiseta desciende, y él se da la vuelta para vestirse. Agarro a mi amiga del brazo y salimos de allí las dos. No me fío de que vaya a guardar la compostura y no se dedique a observar para luego hacer bromitas sobre ello.

Tropiezo con la cerda, que parece haberse percatado de que alguien queda por allí y quizá se va a presentar. Porque ya sabemos que la morcilla es muy sociable. O sociable selectiva porque conmigo tiene un amor-odio muy raro.

—¿Estabais follando como posesos en la cocina?

—¿Preguntas o afirmas? —le respondo.

—Joder, Munia, joder… Acabo de flipar en colores —me espeta sin dudar.

Coge el teléfono y marca mientras me deshago de la ropa, cojo prendas limpias y me voy directa al baño medio desnuda.

La dejo contándole a Fabián, con todo lujo de detalles, lo que acaba de presenciar. ¿Entendéis por qué tenía que darse la vuelta? Porque, a estas alturas, ya Fabián sabría cómo tiene la polla Ciro. Me doy una ducha rápida.

La puerta se abre y me giro para comprobar que no es Loreto y lanzarle un zapato.

—Mmmmm —me dice Ciro cuando entra y cierra.

—Ni se te ocurra acercarte. Tienes tú más peligro que una chocolatina por fuera de la puerta de un colegio —le digo leyendo su mirada.

—Tú eres mi chocolatina.

—¿No te da vergüenza que nos hayan pillado? —Niega—. Puñetero ego que tienes cuando quieres —le digo.

Ciro se acerca y me pellizca un pezón. No me puedo creer que esté pensando de nuevo en follarme después de lo que acaba de

suceder. ¡Y después de haberse corrido hace cinco segundos y medio!

Coge mi mano y la lleva hasta su polla. Dura.

—Ni de coña —le digo.

—Uno rapidito —me provoca.

Me lo pienso. En serio, me lo pienso y está mal porque debería estar negando como una loca y no lo hago.

—Ni de coña —repito de nuevo intentando ser razonable.

Ciro pasea su mano por mi pelo y me miro al espejo.

—El nido de pájaros ha vuelto —me suelta riendo a carcajadas antes de irse—. Que conste en acta que tu nido de pájaros siempre me ha gustado —murmura—. Y lo bajita que eres también —añade —. Tal vez para chupármela no te tienes ni que arrodillar —me dice el muy…

Miro hacia ambos lados, cojo el dentífrico y se lo lanzo. Impacta contra la puerta porque debe de haber leído mis intenciones y ha salido antes.

—¡Zoquete! —le grito desde el interior.

Me meto en la ducha y me enjabono rápido. No hemos utilizado protección. Joder, si es que no discurro. Bendita píldora anticonceptiva.

Cuando salgo, algo más decente y con el pelo más domado, me encuentro con Ciro, Fabián, César y David en mi salón.

—¿Loreto? —Porque todos sabemos que esto ha sido cosa de ella.

—¡Sorpresa!

—Quiero ver la diana —me dice Ciro.

César esconde una risilla y lo miro mal.

—Tú antes me caías bien —le contesto.

Alza los hombros restándole importancia.

—No le hagas caso, está frustrada porque os hemos contado lo de la diana.

—Y lo del chat —añado a lo que acaba de decir Fabián—. Te mataré porque, además de eso, le has dicho dónde vivo —respondo señalando a Ciro para que lo entiendan todos.

—Dime que no te ha gustado mi visita sorpresa —inquiere mi chico. Ainss, si es que es decirlo y ya se me pasa el mal humor. Soy

una chica fácil, lo veo claro.

Asiento.

—Los he pillado en la cocina —indica Loreto.

La cerda, no mi amiga, vamos a ver, hablo de Peggi, está tumbada a los pies de Ciro. La señalo.

—Nos hemos hecho amigos —comenta como si tal cosa.

—¿Y a qué viene esta reunión? Porque no me jodáis que vosotros también folláis, y yo no me planto en vuestra casa para hacer ningún tipo de reunión.

—Pues… —empieza Fabián.

—¡En la cocina! —grita Loreto, por si alguien no se había enterado.

—Si llega a verte desnudo, mañana sale en las noticias, que lo sepas.

—Me andaré con ojo —suelta Ciro guiñándome un ojo.

—Nos apetecía hacer algún tipo de reunión todos juntos. Nunca lo hacemos —cuenta Fabián.

—Lo hacemos cada semana y jugamos a los dardos —les digo sonriendo de medio lado—. Tú tienes muñecos vudú, y yo, dianas.

—Se le da de pena, debes saberlo —narra Fabián.

—Mejoro en cada partida —me defiendo.

—¿Qué tienes en la nevera? —me pregunta Fabián, que, como siempre, se quiere hacer con la cocina.

—¿Agua? Y puede que algún yogur caducado.

—Pues ya que visitasteis la cocina, bien que podíais haber hecho la lista de la compra —especifica Loreto.

—Podemos comer cerdo agridulce —le digo señalando a la morcilla. Lo hago solo por fastidiar—. Así le ahorramos a David el mal trago de tener que aguantaros a las dos, con una ya tiene bastante —me burlo.

—A mí la cerda no me molesta —dice el susodicho.

Peggi alza la cabeza y lo observa, diría que hasta con amor. Vendida, eso es lo que es, una vendida. Ellos llegan los últimos y les hace cariñitos y a mí, que llevo tiempo aguantándola, me lo paga comiéndome los zapatos sin ponerse ni roja. Es que… esto se cuenta y no se cree.

—¿Ves por qué es tan lindo y por qué estoy loca por él? —formula Loreto.

Me acerco hasta ellos y tomo asiento al lado de Ciro, que me hace un hueco cuando me ve llegar.

—Pedimos algo y comemos. Jugamos a los dardos, y César y yo estamos saliendo juntos.

Diría que todos estamos conteniendo la respiración o asimilando lo que acaba de decir o las dos cosas, ya no sé.

Loreto es la más rápida de todas porque aplaude como una loca.

—¿Qué me he perdido? —inquiero aturdida.

—Munia y yo somos novietes. —Se ríe Ciro al decirlo.

46. UNA DE CHINO, POR FAVOR

No sé si contengo la respiración o si quiero ahogarlo de nuevo con mis propias manos al más puro estilo Hollywood. Lo de los instintos asesinos con Ciro, definitivamente, empieza a preocuparme.

Loreto sigue aplaude que te aplaude. Ella no tiene nada que decir porque ya nos había dejado claro hace tiempo que con David va en serio.

—¿Qué me he perdido? —añade Fabián con ese tonito, ese…, ese con el que quieres matarlo a él también. Aunque lo de lincharlo lo he dicho ya varias veces, ¿no? No me van a quedar baldosas libres para esconder cadáveres.

—Chino —dice César.

Surrealista me parece todo esto. Aquí confesando cosas, y él diciendo lo que quiere que comamos. Espero un tiempo prudencial, por si Loreto quiere aplaudir por eso también.

—Lo hemos echado a piedra, papel o tijera —prosigue Ciro.

Le dedico un gesto reprobatorio. Cuando dije que sería de lo más surrealista confesar cómo habíamos definido nuestra relación no era con la intención de tener que dar explicaciones ya. Ya de ya, quiero decir. Inminentes y eso.

—Ciro… —le advierto.

Busco en la habitación el teléfono y decido abrir mi chat personal. Nada de escribir, las cosas claras: audio que te pego:

—Detalles a tener en cuenta desde que no hablamos. Lo de asesinar a Ciro sigue en pie. —Lo observo y sonrío de forma falsa. Me guiña un ojo con picardía y me tiembla hasta la coronilla. Si es que así no se puede. Una criminal blanda, ¿dónde se ha visto eso? —. Matar a Fabián sigue en pie. —Otra miradita de esas. David no entiende nada porque intercala vistazos entre todos como si esperase encontrarlos tan fuera de onda como lo está él.

—Munia tiene un chat personal —aclara Loreto al notar su desconcierto. César no dice nada, este lo sabe.

—Fabián es un chivato que le ha contado de tu existencia a todos. —Se lo digo al chat como si él fuese a sentir la misma animadversión

que yo ahora mismo. Ingenua también soy un rato, ya veis—. Mi tía Rita me la debe porque… Eso te lo escribo luego —rectifico tras ver la sonrisa de suficiencia de Ciro. Sabe que si lo digo en alto tendré que admitir lo de que somos novietes y no rolletes. Que, a ver, salió tijera y… ya sabéis lo que sucedió luego, no quiero ponerme *cachondona* delante de mis amigos—. Ciro y yo estamos juntos, lo admito. Me pone cerda.

Y al trozo de beicon no se le ocurre otro momento para tirarse un pedo que este. Es como esa explosión que se da cuando la gasolina y el fuego entran en contacto, pues tal que así, como los platillos cuando chocan para celebrar que se ha dado un notición.

—¡Qué puñetero asco! —suelta Fabián, que se levanta con la camiseta tapándole la nariz y acercándose a las ventanas para abrirlas de par en par.

—¿Veis por qué no somos amigas? —especifico para no parecer la mala de la película.

Mientras la casa se airea, porque no sé qué le habrá dado de comer Loreto a esa cosa para que el ambiente se atufe de esa manera, nos vamos a la cocina a decidir, entre los panfletos que tengo colgados de la nevera, qué elegimos de comer.

—Sabía yo que del odio al amor hay un paso —indica Fabián, que ha venido conmigo y con Loreto.

—Calla, ¿estás con César? ¿Cómo puede variar tanto en tan poco tiempo?

—¿Me lo dices o me lo cuentas, Munia? Porque te recuerdo que no eres la más indicada para decir eso cuando habéis dado el siguiente paso —me recrimina mi amigo.

—Follar en la cocina es un siguiente paso —suelta Loreto a la vez que lee la segunda parte del folleto, yendo directa a los principales. Lo de mirar los entrantes como que no.

—Estábamos solos y nos dejamos llevar —matizo—. Lo que me recuerda…, las llaves de mi casa. —Tiendo la mano para que me las devuelva.

—Ni de coña. Vendré a hurtadillas y no haré ruido al entrar por si os pillo en plena faena y le veo el cimbrel al chico. ¿Es rosadita y gordota?

—A ti te lo voy a decir —musito.

Fabián se descojona de la risa delante de nosotras, y terminamos haciendo lo mismo. Me hace gracia, ¿vale? Que no soy de piedra por muy fría que parezca a veces o que haya intentado fingir en ocasiones.

Leemos todos el papel o fingimos hacerlo porque somos de ideas fijas y nos gusta lo de siempre y meditamos sobre la situación y los cambios. Sé qué es lo que estamos haciendo, los conozco y por sus cabezas pasan pensamientos como los del otro día en los que veíamos cómo habían cambiado las situaciones entre nosotros.

—Oye, chicos… —Rompo el silencio—. Soy muy feliz de que seáis felices. Valga la redundancia —confirmo dejando escapar una risilla.

Loreto es la primera en poner su mano sobre mi hombro y apretar su cuerpo contra el mío.

—Yo también —admite—. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que aquel día en el que coincidimos aposta en el restaurante para averiguar información sobre Ciro, nos pudiese llevar al lugar en el que estamos ahora —murmura para que no nos escuchen.

—Yo no me imaginé que iba a conocer a César. Joder… ¡Quién me ha visto y quién me ve! —apostilla Fabián.

—Esas cosas pasan —lo consuelo—, el amor y eso. Es como una maldición, te toca y te fastidias. No se elige y tal —argumento sin ponerme tontorrona. Que soy muy sensible, aunque no lo creáis.

—Te dije que Ciro es buen tío. César lo adora —nos cuenta Fabián.

—Porque no me queda más remedio —interviene el susodicho.

—Upsss —balbuceo cuando me giro y me encuentro con el gesto divertido de César—. Menos mal que no estábamos criticando. —Y que no llegó antes y escuchó lo de la poca casualidad de aquel viernes. Eso también debería contárselo a Ciro, ¿verdad? Quizá cuando hablemos largo y tendido del tema de Kiara. Que, visto lo visto, tampoco va a ser hoy.

—Os he pillado sacando trapos sucios —añade César antes de colocarse a la espalda de Fabián y abrazarlo por detrás. Tan lindos…

Sonreímos como lelas, y se dan cuenta de ello porque arquean sus cejas cuestionando nuestro rostro.

—¿Qué? Sois tan monos —dice Loreto.

—Lo somos —asevera Fabián.

—Ciro, ¡por aquí hablan de nosotros!

Pongo los ojos en blanco y, antes de que venga el susodicho a la cocina y que no quepamos, nos encaminamos hacia el salón.

—¿Qué decías de mí, arpía?

—¡Ja! —ironizo. Se da cuenta porque sonríe con presunción, y a mí, por si hay dudas, se me caen las bragas. Por cierto, ¿mis bragas? ¿Y los cristales de la cocina?—. Esta vez no he sido yo —le corrijo.

—He sido yo —admite Fabián—. Estaba diciendo que eres un buen tío porque César puede contar contigo.

Me esperaba cualquier reacción, no sé, que Ciro aplaudiese, que bailase al son de *We are the champion*s o algo similar y, al final, las cosas no siempre son como las imaginamos, los acontecimientos sorprenden y te pillan con los pantalones bajados. Como cuando Ciro se levanta y le da la mano a Fabián, que la acepta gustoso, tan gustoso que le mira la piel y sonríe. Estoy rodeado de chalados. Ya sabéis lo que se dice: dime con quién andas y te diré quién eres. Todos hemos asumido, a estas alturas, que nadie está bien de la cabeza y que, para colmo, nos gusta no estarlo.

—César sabe que yo formo parte de lo que es porque nos conocemos desde siempre. Ha sido mi tabla salvavidas cuando he estado jodido. —Trago nudos porque estoy convencida de que habla de Kiara y de lo que quiera que haya sucedido entre ellos. Loreto interpreta lo mismo porque me da un leve y sutil codazo—. Y también sabe que estoy muy orgulloso de él, de lo valiente que ha sido y, aunque tengo ciertas reticencias a admitirte en esta familia de dos —señala en dirección a ambos—, no me cabe la menor duda de que vas a apoyarle como se merece, Fabián.

Puede sonar un poco a broma porque Ciro tiene esa forma de hablar en la que parece que no siempre te habla en serio, sin embargo, estoy convencida de que esto que ha dicho no ha sido una guasa más, es una advertencia enmascarada con unas palabras cordiales y aparente afabilidad.

—Puedes contar con ello —matiza Fabián mientras cabecea afirmando.

—Y tú, ¿David? ¿Qué tienes que decir a todo esto? —le pregunto —. ¿Loreto ya te ha contado la cantidad de cosas que tuvo que romper en el piso para llegar hasta ti?

Por lo colorada que se pone Loreto, no, está claro que no le dijo nada y…, donde las dan, las toman.

—Mala pécora —me insulta.

—Eso por ponerte *guarrona* con lo de la cocina —le explico.

—Y lo que te queda —me amenaza saliéndose con la suya.

—Las llaves.

Tiendo de nuevo la mano, y el grupo se ríe a nuestra costa. Todos deben de estar al tanto de lo que ha pasado en esa habitación y sé quién es la culpable de ello, su nombre empieza por L…

—Ni de coña.

Mi amiga se aleja y se sienta con David.

—¿Sabéis? —El susodicho toma la palabra ahora que hemos terminado de meternos la una con la otra—. Yo sabía que ella provocaba todas esas catástrofes, es más, en alguna ocasión fui yo mismo el que las causaba…

—¿Fuiste tú el de la pata del sofá? —cuestiona Fabián a lo que David asiente.

—Qué listo es mi niño —lo premia Loreto. Solo le falta agarrarlo por los mofletes y sacudirlo como a veces hace con la morcilla.

—¿Pedimos? —insiste César. Lo miramos—. Me muero de hambre.

Entretanto todos deciden lo que quieren cenar, Ciro me envuelve entre sus brazos y, aunque parezca una tontería, me siento como si este gesto hubiese formado parte de lo que somos desde siempre.

—¿Has cogido tú mis bragas? —le pregunto mirándolo de soslayo.

No contesta, sin embargo, como siempre, su sonrisa lo delata.

47. ¿QUÉ QUIERES?

CIRO

Las cosas entre nosotros van viento en popa. Munia está dándose una ducha en mi baño. No en el suyo, en el mío, por lo que podéis interpretar que pasamos mucho tiempo juntos, y eso… me fascina.

La semana ha pasado volando. Hemos compartido muchas tardes de películas o series, noches de sexo desenfrenado, porque, como bien le digo a ella para justificarme, tenemos que recuperar el tiempo perdido. Han sido años de pullas, así que ahora… serán días de poll… Corto ya, ¿verdad?

César ha venido algunas noches a casa, solo o con Fabián, y me gusta mucho el entender que de verdad hemos ido todos encontrando nuestro lugar.

Hubo momentos en los que tuve ciertas dudas de que lo de Kiara me dejase levantar cabeza y confiar de nuevo en alguien, sin embargo, no dejo de pensar en lo auténtica que ha sido Munia desde el principio, sin esconder nada, ya fuese animadversión o deseo. Y yo…, pues fluyó, sencillamente fue así. Como las mejores cosas en la vida, llegan sin más y arrasan con todo a su paso.

Observo, apoyado en el respaldo del sofá, cómo se pasea por mi casa, como si fuese suya, y sonrío por ello. Esa misma sensación lleva desde el primer día que pisó este apartamento rondando por mi cabeza. El ser consciente de que su presencia me fascina, me hace sentir completo en muchos sentidos.

Me atrevo a decir que es una de las cosas que más me gustan de la relación que mantenemos Munia y yo, y es que, a pesar de estar juntos porque así lo hemos definido —aunque sea de una forma poco convencional—, seguimos siendo los mismos. Nuestras conversaciones, nuestras pullas, nuestros piques constantes, nuestras ganas de ser los primeros en todo y en nada…, no obstante, lo hemos mejorado aportándole empatía.

No he sido capaz de hablar con ella sobre mi familia y, por suerte, ella tampoco ha preguntado sobre ello. Sé que es curiosa, va en su

naturaleza y siempre lo ha sido, aun así, es como si entendiese que hay cosas para las que hay que tomarse un tiempo y que no surgen cuando queremos. En cambio, ella sí que me ha puesto al día de la relación que mantiene con sus padres y, sobre todo, con su tía Rita, que ya sabemos que es tan peculiar como lo es ella.

—¿Qué miras? —me pregunta. Sumido en mis pensamientos, regreso al apartamento.

—Pensaba… —contesto sin más.

Munia entorna los ojos intentando averiguar sobre qué sin contestar. Se acerca y se coloca a mi lado. Esas camisas largas que utiliza para andar por casa son un peligro de verdad.

—¿En qué? —indaga llena de curiosidad.

—Siendo sincero… —Hasta cierto punto, claro—. En lo nuestro y en cómo ha ido evolucionando. En cómo hemos seguido siendo los mismo a pesar de formalizarlo.

Sé que se muere de ganas de contradecirme y decirme eso de «novietes, lo que se dice novietes» o alguna de las suyas.

—Me alegro de que lo hayamos hecho —matiza dejándome sin palabras.

Me giro cuando termina de formular su frase y la escruto. Lo de que Munia es bastante impredecible nos ha quedado claro a todos desde el principio y eso me ha resultado fascinante desde el momento en el que la conocí. Tal vez se ríe en mi *gepeto* cuando me ponga amoroso. O se ríe de mí, que eso también se le da de fábula. Casi casi tan bien como volverme loco.

—Ya lo puedes decir —la reto observándola.

Alza la vista y aparta su mirada de sus piernas desnudas. Desnudas, sí, de ahí el peligro de su camisa tres tallas mayor y la escasez de todo lo demás.

—¿Exactamente el qué? —me demanda con escepticismo. Supongo que ella tampoco sabe si me estoy burlando de ella.

—Pues no sé… Te falta decir algo así como: «¡Ja! Te lo creíste» o «Caíste en la trampa, zoquete» —ironizo poniendo su vocecilla.

Munia, en cambio, se parte de risa, y no puedo evitar contagiarme de su buen humor.

—Lo digo en serio, Ciro. Aunque te cueste porque todos sabemos que eres muy corto de miras —me provoca.

Mientras ella sigue apoyada en el respaldo del sofá, me coloco frente a ella y la sitúo entre mis piernas. Llevo mis dedos hasta su barbilla y la observo con inquietud. Alzo su mandíbula y conectamos nuestras miradas.

—Me gusta esto que tenemos —le confieso—. Me gusta que haya sido así, que sea sencillo y natural. Me gusta que aquel viernes fuese el detonante de todo esto, de lo que compartimos ahora —admito a bocajarro.

No tengo miedo de decirle lo que siento, de decirle que no es solo atracción o que la definición «novietes» para mí comienza a quedarse corta.

—Y a mí —me dice—. Lo que me lleva a decirte… —Su espalda se pone recta y me atrevo a aventurar que lo que va a verbalizar tiene que ver con cierta persona y cierto tema que no hemos vuelto a tratar—. Tienes que dejarle las cosas claras a Estefanía si de verdad quieres que esto funcione entre nosotros. Es decir… No quiero actuar como una novia celosa ni mucho menos. —Un mohín se instala en su gesto, y no es consciente del placer, en el amplio sentido de la palabra, que me produce esa posesión que deja salir cuando quiere —. Sin embargo, preferiría que esto fuese cosa de dos y no de tres, cuatro o cinco —balbucea.

Arqueo una ceja por el recelo que acompaña la última parte de su frase y la inquietud que le produce decirlo. ¿Qué sucede, Munia? ¿Qué fantasmas te asolan a ti?

—Estefanía no significa nada. —Es todo lo que me aventuro a decir—. Nada —insisto haciendo hincapié en esta última palabra.

—Tuviste una cita con ella. Os besasteis.

La envuelvo entre mis brazos, y ella recuesta la cabeza sobre mi pecho, a la vez que yo apoyo el mentón sobre su pelo.

—De eso tiene un poquito la culpa César —le explico—, y yo otro poco, porque interpreté mal sus palabras.

—Sigue —me pide sin separarse de mí y envolviéndome ella en su abrazo.

—César tenía una teoría, de esas que a él tanto le gustan. Me dijo que necesitaba volver a tener citas y se refería a ti. Parece ser que mi amigo tenía una teoría sobre el odio y el amor, y en ella había dos factores añadidos: tú y yo —le cuento.

—Esa teoría me suena de algo, la verdad —susurra en mi pecho y sus palabras me llegan amortiguadas.

—Hemos acabado siendo dos tontos dando vueltas en círculo cuando el destino final ya lo teníamos marcado y estaba tan cerca que lo teníamos enfrente.

Mi teléfono comienza a sonar justo cuando le quiero preguntar más sobre su respuesta de antes. Munia separa su cabeza y alza la ceja.

—No me jodas —escupe un poco mosqueada. Lo dice por la llamada del otro día, cuando también estábamos juntos.

Me río a la vez que me separo de su cuerpo.

—Le diré que estoy saliendo con alguien y que somos novietes —murmuro acortando la distancia hasta donde se encuentra el aparato. Lo digo bromeando, sin embargo, hay bastante de verdad en mis palabras. Es lo que quiero hacer.

El número que se refleja en la pantalla no es el de Estefanía, ni siquiera se especifica el interlocutor. No es necesario, sé bien quién es. Lo borré de mi agenda uno de esos días en los que entendí que nuestra relación se había roto en mil pedazos.

Munia espera a que conteste, y yo me limito a dejar que suene entre mis dedos. Sopesando opciones. Asimilando la situación. Cavilando sobre los posibles motivos de la misma.

—¿No contestas? —investiga.

Rechazo la llamada como he hecho tantas otras veces, no con él, con Marcos, sino con mis padres.

—No es importante —explico. Y en mis palabras hay una súplica: «No me preguntes, por favor, no lo hagas, Munia. No ahora».

Ella asiente y se limita a sonreírme con dulzura, como si entendiese lo que he pensado y no he verbalizado. Munia, la chica que sabe entender a la perfección las emociones, porque puede que ella haya pasado por lo mismo que yo y entienda que hay momentos para sincerarse y que esos momentos llegan cuando tienen que

llegar, cuando el alma se rompe y necesita de un abrazo distinto al que puede dar un cuerpo. Cuando entiende que, para recomponerse, a veces, solo es necesaria una presencia y no una palabra.

48. SEGURO QUE SON COSAS TUYAS

Oh, là, là…

En la sala de maquillaje me encuentro con la firme intención de que Loreto haga algo de su magia.

Tengo unas ojeras considerables y el motivo de ello, puestos a jugar con vosotras también, tiene nombre de chico, empieza por C y era mi archienemigo, conocido en estos momentos como mi noviete. ¿Apuestas?

Ciro come pepino

Escribiendo…

Ciro recibió una llamada hace días que no contestó. Es probable que no quisiera que yo estuviese presente y que tuviese relación directa con Kiara. No pregunté. No quiero hacerlo. He llegado a la conclusión de que, si quiere contarme algo, saldrá de él. De la misma forma que yo le explicaré, llegado el momento, lo de Jorge.

La puerta se abre y sin siquiera alzar la cabeza saludo o increpo, según se vea.

—¡Por fin te has dignado a venir!

Mi amiga carraspea de forma sutil y entonces reacciono. No viene sola, Esteffi la acompaña. Yupi, qué divertido todo.

—Y no me ha dicho cuándo vamos a quedar, cosa que no entiendo porque nos hemos besado. —Aquí Esteffi sigue parloteando sin cesar sobre lo que ya podemos intuir, ni pajolera gracia.

—Puede que esté ocupado.

—Con otra. —Mi apunte, uno importante, todo sea dicho, termina enmascarado por otra frase de la experta en moda. Lo de ignorarme se le da de fábula.

—No lo creo. Ciro está loco por mí. —¡Ja!—. Me atrevo a decir que se está haciendo el interesante. Ya sabes —susurra como si no me fuese a enterar—, cuanto más difícil nos lo ponen, más ganas tenemos de ir detrás de ellos.

Eso es cuestionable. A mí si un tío me da largas, te digo ya que yo paso de él como de comer caca de Morcilla. Ejemplo bastante

claro, ¿no? Pues eso.

—Pregúntale sin rodeos —suelta Loreto.

Ciro come pepino

Escribiendo…

Contarle a Ciro esta conversación porque aquí la chica «moda» se cree que la cosa entre ellos va en serio, y me toca la moral. ¿Celos? Un poco solo.

Total que, mientras yo pongo la oreja como la mejor, Esteffi lloriquea porque Ciro no le ha dado fecha, y mi yo más malvado se frota las manos en el infierno, riendo a carcajada limpia al más puro estilo muajajajajaja. Ya veis, soy una villana escondida en el cuerpo de una presentadora de un programa de divorcios. Visto así, me gusta lo malo de la vida. El del amor y las flores es cosa de Ciro. En fin, que me lo paso bomba a su costa.

Ciro come pepino

Escribiendo…

Muajajajaja.

Munia Visier:

Esteffi está aquí lloriqueando porque no la has llamado. Tengo la ligera sensación de que está decepcionada y que se muere por mordisquearte esas nalgas prietas que tienes, zoquete.

Perder la oportunidad de mensajearse con Ciro es estúpido. Se ha convertido en otro de nuestros juegos favoritos.

—Ciro tendría que hacer algo con este tema —resuelve Loreto cuando cierra la puerta y nos quedamos a solas. Giro la silla y me quedo frente a la mesa y el espejo lleno de bombillas.

—Ya. Es uno de sus asuntos pendientes. —Alzo los hombros—. Ya sabe lo que pienso al respecto. Loreto asiente y la percibo taciturna. —¿Sucede algo?

Ella niega y se dedica a dar vueltas por la zona buscando la brocha que ella solo conoce.

—Nada —apunta al rato. Como si fuese con retardo o algo así.

—¿En serio? —inquiero. A papá gorila, plátanos verdes…

Ella deja escapar un suspiro, gira la silla y se queda frente a mí, coloca ambas manos sobre los reposabrazos y se acerca reduciendo la distancia. Ojo, que me acojono y todo.

—David está raro. Muy raro para ser exactos, desde el fin de semana.

—Define fin de semana porque el otro día estaba perfectamente. Es más, se integró en el grupo como si nada, lo vi en su salsa, puestos a definir la situación.

—Sí —asiente confirmando sus palabras—, hablo de después de eso, al día siguiente. No nos hemos besado ni tampoco me ha pedido que vaya a su casa, ni siquiera ha llamado preguntando por Peggi, y él siempre está pendiente de mi bichito.

Bichito lo que se dice bichito… Más bien bichote, eso sí, mejor este apunte me lo callo. Chitón.

—Bueno, ya que voy a darte un consejo de esos que tanto os gustan a ti y a Rita…, ¿no es mejor que hables con él? Lo digo porque…

—Ya sé por qué lo dices —me interrumpe gritando. Upsss, sé de una que está entrando en pánico y no soy yo—. Por lo que te decimos de que hables con Ciro sobre Kiara.

—*Yes, very well fandango*. —¿Qué? Estoy de buen humor, porque Ciro va a flipar cuando me vea en su programa—. Lo que te quiero decir —apostillo retomando el tema— es que lo mejor es que no te comas la cabeza, que ya sabemos que tú eres experta en eso y que le preguntes sin rodeos.

—¿Y si me dice que me deja? ¿Que se ha dado cuenta de que no me quiere?

—¿Querer? A ver, Loreto…

Una pequeña punzada me hace recapacitar. Sí, claro que puede querer a David, es más, ¿quién coño soy yo para cuestionar sus sentimientos cuando soy la primera que está loca por Ciro y sabe que esto se me ha ido de las manos desde hace mucho tiempo? Si me tiemblan las piernas con solo mandarle un mensaje y esperar a que me conteste…

—¡Claro que le quiero! Joder… ¡Estoy loca por ese hombre! —grita.

Mi amiga se gira y me da la espalda y no hace falta ser demasiado lista para entender que se siente mal.

—Loreto… —Me incorporo y me acerco a ella, me quedo a su espalda y la abrazo Intentaría apoyar el mentón en su hombro, no obstante, con tacones y todo, soy más bajita que ella—. Odio que seas tan alta, tan tiposa y tan inteligente. Y te odio por admitir lo que sientes por David sin temor alguno. Eres la mujer más valiente que conozco y te quiero muchísimo —le digo.

Loreto se suelta de mi abrazo y me mira con sus preciosos y grandes ojos, emocionada.

—Dime que quieres a Peggi y me caso contigo. —Hasta en un momento así, en el que sé que se siente mal y un poco perdida, intenta bromear.

—A Morcilla también la quiero… a la barbacoa y con salsa —bromeo.

Mi amiga farfulla algo entre dientes y me abraza.

—Yo también te quiero. Ahora que estás enamorada eres menos insoportable, hace unas semanas no había Dios que te aguantase. Quizá era la falta de sexo.

Gruño, claro que lo hago, si es que me provoca, ¿cómo no hacerlo?

Pilar entra cuando aún estamos una en brazos de la otra. Carraspea, lo que hace que alcemos la vista, nos separemos y sacudamos nuestros vestidos como si tuviésemos motas por todos lados.

—Qué lindas las dos —ironiza mi jefa.

—Ya ves, de vez en cuando mola eso de decirnos lo mucho que nos queremos —apunta Loreto.

Pili le sonríe y se acerca.

Vuelvo a tomar asiento mientras ella se apoya sobre la mesa de al lado para no entorpecer el trabajo de Loreto, que comienza a sentirse en su salsa y a sacar potingues y más potingues. Es triste, pero cierto que, con todas las veces que he pasado por aquí, no

sepa ni qué es cada cosa. Solo botes y pinceles o brochas, o las dos cosas.

—Bien —dice como si nada Pili—, ¿estás lista?

—Claro —respondo convencida de mis palabras.

—¿Tienes algún plan? —indaga—, ¿algo que decir o hacer?

Niego.

—No. Voy a improvisar.

Loreto sonríe.

—¿Se lo vas a hacer pasar mal? —me interroga mi amiga, que, por supuesto, está al tanto de todo.

—No sé. Quiero que sea divertido —admito.

—No lo hemos anunciado, nadie lo sabe, así que… ¡Va a ser un bombazo! Hemos pensado en repetirlo este fin de semana y darle algo más de publicidad, con eslogan y todo.

Alzo una ceja sorprendida.

—¿Eslogan?

—Claro —contesta como si fuese lo más obvio del mundo—. Se nos han ocurrido varios: «Luces, cámara, ¡follón!» o «De enemigos a amantes…». *Enemies to lovers*, ya sabes.

Muy apropiado, vaya que sí, teniendo en cuenta que eso es lo que ha sucedido. Pongo los ojos en blanco, y mi jefa no se da cuenta porque Loreto está trabajando por la zona. Como el que poda las plantas, pues igual con mis ojeras.

—Si mi opinión cuenta en algo…

—Por supuesto —me corta Pili antes de que continúe.

—Prefiero «Luces, cámara, ¡follón!», es más pegadizo. —Que lo otro es…, cuando se entere va a flipar de lo real que es, casi que prefiero no tentar a la realidad ni nada de eso.

Cojo el teléfono de nuevo y veo que tengo un mensaje de Ciro. No lo leo aún, lo primero es lo primero.

Ciro come pepino

Escribiendo…

¿Lo vamos a contar en el trabajo? Comentarlo con Ciro.

—Bien. Pues eso haremos. Pásatelo bien y disfruta del día. Tal vez encuentras el amor.

Loreto cree que es el mejor momento para toser con fuerza, y Pili le da un par de palmaditas por si se ha ahogado. Con la lengua que tiene se puede ahogar en algún momento. Al menos, no dice nada del tema, porque con Fabián le faltó tiempo para soltar todo.

Ciro Bravo:

Mmmm, interesante juego de palabras. Si quieres, puedes mordisquearme otra cosita, suave, muy suave, como a mí me gusta. Tengo programa en media hora, ¿por qué no vienes y te enseño a lo que me refiero?

Tecleo con celeridad.

Munia Visier:

Estoy trabajando, no es el momento de atender tus peticiones sexuales.

Si él supiera…

—Ohhh, qué cerdos que sois —apostilla Loreto.

—¿Tú no estabas triste? —inquiero.

—Se me ha pasado —me suelta guiñándome un ojo—. Sois tan monos los dos. Ainsss, si es que esto ya lo veíamos venir desde hace tiempo.

—Mentira. Habéis jugado a los dardos conmigo y se los hemos clavado en los ojos —le cuento como si eso fuese suficiente argumento para tirar abajo su seguridad.

—¿Y? Una cosa no quita la otra. Amor en el trabajo. —Suspira mi amiga.

—Calla —le pido.

Ciro Bravo:

Puedes atenderlas tú o lo hará Esteffi. Creo que estaría encantada.

¡Ja! Tú te la has buscado, Ciro Bravo, prepárate para sufrir. Esto, una vez más, es la guerra.

49. LUCES, CÁMARA, ¡FOLLÓN!

Le veo plantado en el plató, con las tarjetitas en la mano, la chaqueta azul que tanto me gusta verle puesta, una camisa blanca debajo de la misma y un pañuelo de calamares. Joder, ¿es en serio? ¿No le da vergüenza ponerse eso? Si danzan en su propia tinta.

Está de psiquiátrico.

Tal vez con ese me puede tapar los ojos de nuevo y empiezo a ver las cosas de otra forma… Ahí lo dejo.

Presenta como siempre lo hace, con esa frase tan manida y que tan buena acogida tiene, y me quedo allí plantada observando la seguridad que irradia el maldito. Soy bastante consciente de que esto lo hacemos casi todos los días y que es normal que llegue un momento en el que ya los nervios se evaporen y estemos como en casa, sin embargo, Ciro parece no solo estar en su casa, sino en su propia salsa. Y no precisamente negra como la tinta del calamar.

Se dispone a presentar a las candidatas a encontrar el amor y, como ya me advirtió Pili, mi nombre no figura en esa lista, sino que se lo van a chivar por el pinganillo en última instancia. ¿Os morís de ganas como yo de ver su reacción? Soponcio en tres, dos…

Las tres chicas comienzan a desfilar y a pavonearse delante de él. Este tipo de cosas me enervan, solo un poco, ¿vale? Que ya tengo claro que lo del sentimiento de posesión es más propio de otras épocas y que ahora abogamos por la libertad de las personas y tal, eso sí, como se le acerque alguna la arrastro por los pelos, digo… Sonreiré y le diré que aproveche mientras pueda, que la que lo va a morder suave y lento luego voy a ser yo. Y usaremos ese pañuelo tan horripilante. Qué me pone pensar en él sobre mis ojos…

Cuando la última chica se ha sentado, observo cómo mi chico se lleva el dedo índice a su oreja y, para quién no sepa lo que le están contando, su cara podría parecer divertida, no obstante, el desconcierto que se refleja en ella y la mirada iracunda que me dedica cuando taconeo hasta donde él se encuentra es… pura satisfacción maléfica y perversa para mí. En esto de la guerra, tendría que haber un marcador para saber cómo va la partida.

Me coloco a su altura y dejo que la cámara nos enfoque. Ciro entrecierra los ojos y me recorre un leve escalofrío cuando en su mirada veo el reflejo de lo que me haría en ese preciso instante para castigarme. Mmmmm. Anticipación.

—¡Buenos días! —exclamo en voz alta—. Zoquete —le suelto bajito y con retintín antes de dirigirme hacia la silla que acaban de colocar para mí.

Me contoneo con una seguridad aplastante, una que casi no me cabe en el cuerpo, cosa normal con lo pequeñita que soy, y a cada paso que doy estoy más convencida de que la idea ha sido la rehostia. Vale la pena solo por verle la cara de pasmo a Ciro.

—Munia Visier… —musita a modo de presentación—. Pensaba que a ti te iban más los divorcios.

Sonrío de medio lado.

—Ya ves, soy una caja de sorpresas —susurro, a lo que Ciro me guiña un ojo con picardía.

Presenta a los chicos, y yo me limito a darle la mano a mis compañeras. No se hace de forma habitual, sin embargo, mi madre y mi tía dicen que tengo que tener modales en la televisión, fuera de ella me permiten decir tacos y tonterías varias de esas que suelo soltar, sobre todo, cuando me pongo nerviosa.

En teoría, no podemos verle la cara a los chicos ni ellos a nosotras, estamos separados por un biombo muy cuqui; tenemos que hacer pruebas y preguntas y en base a eso elegir. *El amor es para siempre* es un programa sencillo, de esos que no necesitan una trama interesante, a la gente le gusta ver lo que hacen, les va el morbo y quieren saber la decisión final y si el amor triunfará.

Sin dedicarme ninguna mirada más, comienza la acción. El público está expectante, esperando a que me toque hacer algo, me observan con curiosidad cuando me levanto y me dispongo a tocar con los ojos vendados, sin pañuelo hortera sino con un antifaz que simula unos ojitos con corazones, las facciones de los chicos en cuestión.

Participo sin pudor alguno, al público le gusta eso, que seamos nosotros mismos o que añadamos un poco de descaro si es necesario.

Pestañas largas, barbas enormes, mentones con un afeitado apurado, pelo largo, pendiente…, por lo que veo, hay variedad en el tema, macarras y chicos serios. De inmediato hago cábalas sobre los tipos que pegarían con las que son mis compañeras porque yo elegiré por elegir, sin mayor pretensión que esa, teniendo en cuenta que interesarme, lo que se dice interesarme, solo lo hace uno.

Pelo alborotado, barba de varios días, mentón marcado, ojos grandes, pestañas enormes, cuello firme, hombros duros como piedras, brazos tensos, pecho fornido. Chaqueta… ¿Chaqueta azul? ¿Pañuelo? ¿Calamares en su tinta?

Sonrío al saber quién es el chico que hay frente a mí. Me muerdo el labio, aunque me hago la inocente, no pienso dar pistas de que he averiguado a quién estoy palpando. Me pregunto si dejará que lo hagan todas.

Ya veis cómo funcionan las cosas, yo espero sorprender a Ciro y siempre hay un giro de los acontecimientos que hace que eso suceda de otra forma bien distinta a la que lo hace.

Una chica me sujeta de las manos y me lleva tras el biombo. Me quito el antifaz y se lo entrego a la vez que le dedico una mirada de suficiencia a Ciro. Su lengua se pasea por los labios y de inmediato me la imagino recorriendo cada centímetro de mi piel. Que sí, que sí, que ya sabemos todos lo que Ciro es capaz de hacer con su lengua, si supierais que en la intimidad lo hace todavía mejor…

Giro la cabeza un segundo y me encuentro con Loreto, que sonríe de medio lado. Ya sabía yo que esto no se lo perdía por nada del mundo. Y a su lado, Esteffi, que no sé cuándo ha llegado, supongo que se habrá corrido la voz y que necesitaría ver con sus propios ojos lo que sucede. Muy buen semblante no es que tenga en este momento. Podría expulsar humo por las orejas si la dejasen. Sé de una que está celosa y sé de uno que debería aclarar términos. Él lo sabe, y yo no tengo que meterme en ese asunto. Actuar como una novia celosa no está contemplado o eso quiero repetirme porque ya sabéis que hay instintos que me cuesta contener, los asesinos y tal.

Cuando enfoco la vista de nuevo en el presentador, observo que ha seguido mi mirada y que se ha dado cuenta de la presencia de

Esteffi. Me juego la mano derecha a que sabe lo que he pensado. Un leve asentimiento me confirma las sospechas.

—Bien, decidme —comienza a indagar—, ¿qué habéis sentido al tocar? ¿Os ha gustado? —Y esta pregunta, cómo no, la formula mirándome directamente a mí.

El público sonríe y esperan algo, lo que sea.

No soy la primera en responder, guardo silencio porque, que sea la presentadora del programa *El amor tiene fecha de caducidad*, no quiere decir que tenga que tener protagonismo. Yo he venido aquí a fastidiar a Ciro, no a acaparar la atención.

Mi compañera, una chica menudita, como yo, y rubia, llamada Aroa, se deshace en halagos para el macarra, es decir, el chico de barba larga, pendiente y cuerpo fornido tipo La Roca. Normal, cualquiera no se quedaría muerta con un tipo así.

Y no es la única, el chico parece haber causado furor. Me lo imagino sonriendo de medio lado, en plan: soy el rey del mundo, me las llevo a todas de calle. Espero que, al escuchar la voz, le acompañe, solo nos faltaría que tuviese la voz de un pitufo y adiós a todo el sexapil que pueda tener el chaval.

—Munia, ¿y tú qué opinas?

Me recoloco en el asiento y alargo el momento. Lo de crear expectación me gusta y es importante. Es como cuando estás en la mejor parte del programa, en la que van a decirse de todo menos bonito y cortas para ir a publicidad, pues igual.

—Yo he sentido algo… Algo extraño con uno de los chicos a los que he tocado. Como un calambre intenso —les cuento exagerando muchísimo.

Ni calambre ni leches, no obstante, a la gente le mola porque algunos, incluso, se echan hacia adelante y descansan la barbilla en los codos que tienen apoyados sobre sus rodillas.

—Ajá…, ¿crees que ha sido una chispa?

—Sí —admito sin dar rodeo alguno—. Exacto. Como si hubiese metido la mano en agua y luego el dedo en un enchufe. —Sonrío porque ambos sabemos que esa broma se la hice hace ya bastantes semanas y mentarla tiene un significado diferente. Entre nosotros hay chispa y mucha.

—Bien —pronuncia satisfecho—, ¿y por quién has sentido eso? ¿Primero, segundo, tercero o cuarto candidato?

Y digo yo, si él se ha cambiado por uno de los chicos, igual hay alguno al que no he tocado. ¡Qué tramposo! Quizá ese me habría gustado.

Finjo un mohín antes de alzar la mano y enseñar dos dedos.

—Por el número dos —matizo.

La risa del público no se hace esperar. Observo a Loreto, que aplaude dando saltitos, y a Esteffi, que se siente genial con mi respuesta. Se temía que le fuese a quitar a su chico, anda, no, que es el mío. Mala pécora.

El número dos es un chico de lo más sencillo y eso me ha gustado. No tenía barba, sus orejas no eran especialmente grandes, sus dedos no eran largos y tampoco finos, tenía las manos suaves por lo que es probable que su trabajo sea cualificado; oficina, ordenador… Ese tipo de cosas. No era muy alto, aunque Ciro sí que lo es y encajamos a la perfección, sin embargo, ese es otro asunto que ahora mismo no toca mentar. Y tenía unos labios gorditos, como a mí me gustan.

—El número dos —repite Ciro.

En su gesto no se refleja la diversión. O, lo que es lo mismo, maldita gracia le ha hecho. Yo sí que dejo escapar una risilla. ¿Se creía que iba a caer rendida ante él? Vaya, hombre, vaya.

—Sí. Estoy deseando que llegue la ronda de las preguntas, tengo ciertas curiosidades.

Ciro traga con fuerza y aprieta las tarjetas contra su pecho. Está mosqueándose y… ¿está feo que diga que me gusta? No quisiera tener que recordaros que fue él el que hace nada me dijo que Esteffi estaría dispuesta a resolver sus problemas sexuales.

El marcador de la guerra debería estar presente, en serio, iría ganando yo seguro.

—Pues allá vamos, no podemos dejarte sin conocer más al afortunado chico que puede tener una cita contigo esta noche.

Sí, no sé si eso lo sabéis o no, pero, como soy la de las presentaciones y la que os tiene que explicar cómo funciona esto, es el momento de que os diga que si alguna, varias o todas las parejas

coinciden en su elección —porque ellos también nos tocan y nos hacen preguntas, no solo nosotras—, tenemos una cita con el chico elegido. No lo paga el programa, tampoco os vayáis a pensar.

Nos toca el turno de ponernos en pie y cerrar los ojos. En este caso, no nos ponemos el antifaz, sino que tenemos que permanecer con los ojos cerrados para que nos puedan tocar bien.

Y vaya que si nos tocan bien. Yo fui algo más sutil de lo que lo están siendo ellos. Solo les falta apretarme las tetas. Alguno las roza sin querer queriendo, os lo digo ya.

Regresamos al sitio, y Ciro está rojo como un tomate. El mosqueo que carga es considerable y en este momento hasta me siento mal por él. Se me pasa cuando veo a Esteffi allí de pie, sonriéndole con descaro e imagino que mentando la cantidad de guarradas que le quiere hacer cuando se acabe el programa contra la primera pared que pillen.

Suspiro y contengo el instinto asesino.

Me lo merezco un poco porque… yo empecé o no, no sé, ya he perdido la cuenta con esto de que siempre estamos igual.

—Ronda de preguntas —anuncia Ciro tajante.

Comienza a preguntar a cada una de nosotras por nuestros gustos musicales, comidas, familia, mascotas… ¿La cerda cuenta como mascota? Porque casi que pasa más tiempo en mi casa que en la suya. No, decido no nombrarla…

—Mi mascota favorita es mi compañero de cadena, es tan…

—¿Mono? —me interrumpe Ciro.

Niego efusivamente.

—Horripilante, como la cerda de mi mejor amiga —matizo.

Las carcajadas resuenan de nuevo en la estancia y le guiño un ojo a Loreto, que se pone seria. Me hace una leve peineta con la mano, ya, suponía que esa sería su respuesta porque lo de darme un chancletazo como que no es factible ahora mismo. Ahora mismo, he dicho… Si llego con marcas mañana sabréis el motivo de ello.

Debería poder, en vez de anotar en mi chat personal esta respuesta, grabarla y guardármela. Ciro se contiene, y yo me muero de risa por dentro.

Evito volver a meterme con él en los siguientes cinco minutos y dejo que mis compañeras se explayen preguntándole a los chicos por pasadas relaciones. Paso palabra porque eso sí que no pienso responderlo. Sin embargo…, ya sabía yo que no iba a ser todo tan fácil.

—Y dime, Munia, ¿cuál ha sido tu última relación? Porque entiendo que no estás con nadie. —Sí, sí, ya, toma dardo envenenado. Esto vale por cinco puntos míos como poco.

—Mi última relación fue con un bote de helado. Creo que no hay hombre en la tierra capaz de soportar el carácter que tengo —matizo. Lo digo en tono de burla para que la gente se sienta conforme con la respuesta. No pienso sacar a la palestra el asunto de Jorge, sus infidelidades, que trabajaba con mi tío Luis y que por eso lo conocí. Mucho menos que mi tío tuvo que trasladarlo porque yo pensaba que me moriría de pena si seguía viéndolo, y él aceptó porque…, porque fue la oportunidad de deshacerse de un lastre como yo y todas las chicas que había dejado.

El semblante me cambia al recordar esos momentos, esos años, esa época tan jodida. Todo lo que supuso en mí su aparición y su desaparición. La traición, la soledad, el abandono, el desvincularse de mí y de todo lo que envolvía nuestra relación. Y lo que se llevó con él.

—Yo lo soportaría… —murmura uno de los chicos al otro lado. Si no me equivoco, Juan Manuel, el número dos, al que he elegido yo desde el principio. Ni siquiera su respuesta me saca una sonrisa, aunque pretendo que así sea.

Ciro retoma el programa y sigue entrevistando al resto de las chicas. Alguna le pregunta a él por su situación sentimental, y contengo la respiración por saber qué dice. Se nota que está curtido en este tipo de cuestiones porque sale del paso con sutilidad y elegancia. Toda la que le falta al pañuelo.

Llega el momento de vernos las caras y decidir si, al final, nos vamos con nuestra cita o decidimos irnos solos. Tengo que mantener la película hasta el final, puesto que es lo que le he prometido a Pili que haría. Ella no sabe que Ciro y yo hemos dado un paso adelante en nuestra relación y como tampoco sabemos qué va a ser de

nosotros en una semana, cuando todo acabe, pues quizá este tema que tengo pendiente de tratar con Ciro es hasta ridículo porque puede que en unos días la que se sumará a la larga lista de desempleados del país seré yo y no él.

Las cosas han cambiado tanto en estas tres semanas… Al principio quería ser yo la que ganase la partida, tramando un plan contra él para que acabase de patitas en la calle, y me siento ridícula por esa guerra estúpida. No soy capaz de imaginar el venir todos los días a trabajar y que Ciro no esté rondando por los pasillos o buscándome las cosquillas como —tan bien— suele hacer él.

Aroa aplaude cuando ve a La Roca frente a ella. Sí, se parece, ha elegido bien. Quizá yo tenía que haberlo hecho también porque Juan Manuel…, en fin, que es guapete y tal, sin embargo, no es Ciro. Y yo, ¿para qué engañarnos?, con quién quiero una cita es con él.

El chico se sitúa frente a mí y me da dos besos con decisión. Se los devuelvo por inercia y observo a Ciro una vez más. Las tarjetas van a quedarse desintegradas si sigue apretándolas de esa manera. Le sonrío con suficiencia y gira la cara.

El programa termina, sí, y todos tenemos una cita esta noche.

—¿Te espero fuera? —me pregunta mi cita de esta noche.

Asiento. ¿Qué le voy a decir? Lo de que este programa era para fastidiar a Ciro no está contemplado.

Loreto me espera en el pasillo. Echo un vistazo a Ciro antes de abandonar el plató y ni me mira. Aún hay público, por lo que no me puedo acercar hasta él.

—Tal vez la he cagado, Loreto —le confieso a mi amiga cuando me coloco a su altura.

—¿Qué dices? Esto me ha servido de algo.

—Tú dirás —le pido.

—Para darme cuenta de que ese chico de ahí está loco por tus huesos, Munia.

Miro hacia atrás y lo veo de espaldas. Me encantaría abrazarlo ahora mismo.

—Yo… Yo no estoy loca por él. Lo mío es amor.

50. TENGO UNA CITA

Me dirijo al baño para refrescarme tras el intenso momento. No hablo solo del programa en cuestión, que, dentro de lo que cabe, ha estado genial, excepto cuando me preguntaron por mis relaciones anteriores, no sé cómo no me di cuenta de que eso sería de esa forma si en todos los programas sucede igual. Supongo que estaba más centrada en el espectáculo en sí que en el hecho de que conocieran más de mi vida.

El amor.

¿Quién me iba a decir a mí que esto iba a suceder? Es decir, que la relación que en un principio compartíamos Ciro y yo iba a derivar en esto. Ya se sabe, se dice y se cuenta que del odio al amor hay un paso y viceversa, sin embargo, lo de Jorge me dejó tan marcada que no pensé que fuese a poder confiar en nadie más. Ciro tiene sus miserias y sus secretos de la misma forma que yo tengo las mías o los míos, como sea… El caso es que he confiado en él, a pesar de lo que dijo Fabián en mi casa, de lo que escuchó decir a César y de que esa conversación no la he mantenido aún con Ciro.

Eso me lleva a barajar dos opciones: la primera de ellas es que puede que esté mal de la cabeza de verdad y que el amor ha nublado el poco raciocinio que tengo y me ha hecho tomar otra dirección bien distinta a la que había planeado desde un principio. La segunda opción es que, cuando te enamoras, confías en esa persona porque crees que todo lo que tenga que venir es salvable, que no hay nada que pueda interponerse entre ese sentimiento que tan grande nos queda en ocasiones y que, como ya os he dicho otras veces, no es todo blanco o negro, hay matices y en los matices hay tanta información como en las verdades absolutas.

Yo he decidido confiar en Ciro porque él también lo ha hecho conmigo. Nos hemos dado la oportunidad ambos de empezar algo dejando atrás nuestro pasado porque las personas que aparecen y tambalean tu mundo no tienen que pagar por los errores cometidos por otras. Siendo sinceros, no quisiera tener que cargar con los errores que haya cometido Kiara en su día o que Ciro pague por los

fallos de Jorge, porque son dos personas diferentes y eso, eso es algo que he aprendido en estas semanas.

Puede que antes hubiese tenido otro planteamiento, uno fruto del dolor o de que no había llegado nadie a mi vida que me hiciese replantearme situaciones, momentos, vivencias o sensaciones. Caricias y abrazos, confianza plena, sin embargo, las personas evolucionamos y aprendemos, caemos, nos embarramos, estiramos las alas y despegamos el vuelo y eso, eso tiene su momento. No es aquí y ahora, no es pasado y presente, ni siquiera futuro, no es cuestión de tachar días del calendario porque la fecha no está estipulada. A veces es una caricia, otras un abrazo y otras una palabra. Muchas veces es una persona que despierta un sentimiento profundo e inesperado, que te da alas cuando solo tenías plumas. A veces, eres tú misma que decides que, tras caer, solo te queda emprender el vuelo buscando tu lugar en el mundo.

Y yo…, yo lo he hecho. Puede que Ciro haya sido el causante, puede que fuese la valentía de Loreto al admitir sus sentimientos sin pudor, quizá ha sido Fabián y lo práctico que es o mi tía Rita, de la que estoy muy orgullosa. O un compendio de todos ellos, de la valentía, del descaro, del amor, de la paciencia, de la humildad, de la amistad y del arrojo.

Puede que esto formase parte del destino y yo solo haya tenido que desplegar mis alas y emprender el vuelo de verdad.

Alzo la vista y mi propio reflejo me hace sonreír. Sí, es bonito darse cuenta de estas cosas. De lo que consigues si avanzas y de lo que descubres si te dejas llevar.

Salgo del servicio decidida a encontrar a Ciro y darle una explicación sobre lo sucedido. No lo hallo en su despacho cuando llego. Frustrada, me encamino al mío para recoger mis cosas e irme. No nos olvidemos de que tengo una cita.

Enciendo la luz y cierro la puerta.

—Te estaba esperando, pequeña arpía.

Su murmullo me hace dar un salto. Me llevo la mano al pecho.

—Me has asustado —lo increpo.

Ciro se acerca a la puerta y cierra con llave. Sonríe cuando nuestras miradas se encuentran de nuevo. Sonríe como él solo sabe

hacerlo, y me derrito allí mismo como la tinta del calamar.

—¿Quieres contarme algo, Munia? —me pregunta. Es tan típico de él decir eso.

Cambio de idea de forma radical, nada de explicaciones, mejor volvamos a lo que conocemos. Nuestro juego.

—No. No entiendo a qué te refieres —tiño de ironía mis palabras y me apoyo en la mesa de mi escritorio—. Tampoco es el momento de escenitas —le advierto—, tengo una cita esperándome.

Ciro alza las cejas y camina hacia mí con decisión y seguridad.

—Te diré como yo lo veo. Eso que has hecho hoy ha sido una sucia jugarreta —me explica—, sin embargo, ha sido divertida… para ti.

—Oh, sí, ya te digo que sí. Excepcionalmente divertida —apostillo.

Aprieto las manos contra la madera del escritorio, empiezo a ponerme nerviosa por su cercanía.

—No entiendo cómo no pude darme cuenta de que tramabas algo —añade.

—Porque eres un poquito corto de miras —le anuncio. Ciro se carcajea frente a mí. Acerca sus dedos a mi mejilla y mi cabeza va a su encuentro como si tuviese vida propia, buscando el contacto y provocándolo—. Tenemos que hablar.

Ciro asiente dándome la razón. Ni siquiera le he dicho que el tema es Esteffi.

—Lo haremos, claro que lo haremos, pero no en este momento, porque mi chica tiene una cita —susurra con cierto retintín en sus palabras. Trago con fuerza cuando se acerca hasta mi oído—. Mi chica —repite. Muerde del lóbulo de mi oreja tras decir las últimas palabras, y ambos sabemos que con ese sencillo gesto me tiene en el bote. Maldita sea.

Apoya su mano sobre mi pecho, justo donde se encuentran los botones de mi vestido y por un momento siento cierto pánico porque los rompa. Es cuidadoso sacando cada botón del ojal y, con cada uno que se abre, el frío me llega a la piel erizándola a su paso. Un simple y sencillo avance de lo que me sucede cuando, tras eso, llegan sus labios.

—Si este es mi castigo, bien merecido me lo tengo —suelto dejando caer la cabeza hacia atrás.

La mano de Ciro se posa, una vez más, sobre mi pecho y me empuja con delicadez.

—Este va a ser tu castigo, sí —me advierte con un tono de voz ronco y profundo.

Sigo las indicaciones de su mano y me dejo caer sobre la mesa. Una mano sobre mi pierna, la otra sobre la que queda colgando. Sus dedos subiendo mi falda y la firme convicción de que a mi ropa interior le queda un suspiro antes de ser retirada. Se cumple todo lo que preveo.

Suaves y lentos jadeos se escapan de mi garganta cuando sopla sobre mi clítoris.

—Joder, Ciro, no seas malo —le pido. Está jugando conmigo, y ambos somos conscientes de ello.

—¿Yo? No entiendo por qué dices eso, la reina del juego eres tú, ¿verdad, pequeña arpía?

Puede que sea hora de confesar que «pequeña arpía» en un contexto sexual me pone a cien.

Uno de sus dedos se desliza en mi interior a la vez que llega el primer lametón. Certero y directo. Profundo y lascivo. Malvado.

Alzo mis caderas en busca de un poco más cuando se retira y vuelve a soplar.

—No hagas eso —le requiero.

—Quién te ha visto y quién te ve, Munia. Tú, rogando.

—Exigiendo —le contradigo.

—Eso ya me cuadra más —añade con la diversión bailando en sus labios. Labios que no tarda en posar de nuevo sobre mi clítoris, envolviendo entre ellos ese pequeño botón y chupando de forma ávida.

El juego de la provocación es excitante y envolvente. Mi centro palpita por la necesidad imperiosa de que siga. Necesito correrme.

—Sigue.

—¿O qué? —me pregunta alzando la vista. Su mirada se encuentra conmigo. Su cabeza entre mis piernas es más de lo que puedo soportar.

—Tengo ciertas necesidades sexuales que atender —murmuro rememorando sus palabras de hace unas horas. Antes de que me provocase.

Ciro asiente y eso me desconcierta. Nunca suele ceder a la primera de cambio, en eso nos parecemos mucho los dos.

Su boca se posa de nuevo sobre mi clítoris y su lengua comienza a jugar. Una de sus manos abre mi centro para devorarlo por completo mientras la otra embiste en mi coño. Estoy empapada.

Mis caderas comienzan a moverse augurando un orgasmo devastador en cuestión de pocos minutos. Llevo mis manos hasta su pelo y lo agarro, indicándole que, por favor, pase lo que pase, no deje de chuparme tal y como lo está haciendo en este momento.

Ni la madera dura ni la posibilidad de que mi vestido se moje ni de que los gemidos que salen de mi garganta puedan ser escuchados por alguien que recorra el pasillo ahora mismo hacen que deje de moverme. Él tampoco lo hace. Me chupa, me lame y me folla con sus dedos.

—Sigue —jadeo—, sigue, por favor, sigue. —Si pudiese, si tuviese un mínimo de raciocinio en este momento, me reiría de mí misma por rogarle, en esta ocasión, de verdad.

Ciro me hace caso hasta que casi pierdo el control y en ese momento, justo en ese momento, se separa de mi cuerpo.

—Munia —me dice. ¿Qué? No atino a responder—. Se te hace tarde y tu número dos te está esperando.

Frente a mí sitúa dos dedos, el índice y el corazón, los dos que yo le mostré en plató cuando elegí. Los dos que hasta hace escasos segundos estaban dentro de mi coño.

Saca su puto pañuelo de calamares y se limpia con él. Lo guarda en el bolsillo del pantalón.

Me guiña un ojo y sale de mi despacho dejándome desmadejada sobre la mesa.

Sí, lo sé, Ciro cinco millones de puntos, y Munia…, Munia una frustración de dos pares de cojones.

51. EMPIEZO A COGERLE EL GUSTO A LOS AZULEJOS

Como podéis imaginaros, la cita fue peor de lo esperaba. No sé ni qué superlativo darle al adjetivo «mierda», porque eso exactamente es lo que mejor la define.

El chico en cuestión puso de su parte para hacer de la velada algo memorable. Yo, como es obvio, intenté ser encantadora, salvo que lo único que podía pensar era en lo cachonda que estaba y lo que me había hecho Ciro. No me lo merecía, ¿verdad?

Intenté cortar el tema de forma sutil en varias ocasiones, pero aquí José Manuel estaba encantado con el primer plato, el segundo, postre, café y copa. Yo me quería ir desde que me pusieron delante el entrante. El único entrante en el que yo pensaba era en Ciro comiéndome el kiwi. Así os lo digo, sin florituras ni nada. Dos horas y media después, que bien podían haber sido dos lustros, nos despedimos por fuera.

No me hice un Esteffi ni mucho menos, le dije que me había gustado mucho —sí, eso fue mentira, aunque de las pequeñas y tal — y que le deseaba lo mejor. Me hizo un puchero, a lo que yo sonreí, y no necesitó más para entender que la cosa no iba a evolucionar ni a avanzar ni nada de nada. Al menos este no tiene cabeza de chorlito como una que yo me sé.

No hace falta daros muchas pistas de dónde me encuentro, porque tampoco sois Esteffi. Aporreando la puerta del chico que me robó un orgasmo, o que me privó de él o las dos cosas, me hallo.

El susodicho se toma su tiempo para abrir y, cuando me planto frente a él, pasa lo que todos sabemos que tiene que pasar.

Me lanzo contra su cuerpo, enredo mis piernas en su cintura y lo beso de forma descarnada.

Ni saludos ni leches. Esas cosas están sobrevaloradas ahora mismo.

—Bien, que me recibas sin camisa es de agradecer —le suelto antes de colar mis manos entre la cinturilla de su pantalón—. Que no tengas calzoncillos también es un punto a tu favor.

Ciro sonríe sobre mis labios y su lengua se cuela dentro de mi boca. Su sabor, de pronto, lo inunda todo y, teniendo en cuenta que yo ya venía con poca cordura, acaba con la que me quedaba.

Comienzo a moverme como si fuese un koala entre sus brazos. Escucho que la puerta se cierra a mi espalda y es que ni siquiera había barajado la opción de que nos pudiese ver alguien. Lo de tener público lo podría contemplar.

Mi espalda choca contra la primera pared que pilla a mi paso y bajo las piernas. De nuevo, Ciro me mira y me percato de lo bajita que soy.

Su mano no se entretiene como hizo en el despacho. Sujeta los extremos del vestido y rompe los botones. ¿Puedo estar más cachonda en este momento? No, definitivamente, no.

—Parece que me echabas de menos —murmura antes de posar sus labios sobre uno de mis pezones.

Mi mano va directa a su polla. Dura y firme. Bajo los pantalones apresurada. El vestido cae a nuestros pies, y Ciro me contempla con ansias.

—Ni de puta coña me vuelvas a hacer eso —le digo haciendo alusión a la escenita del despacho.

Enredo de nuevo mis piernas en sus caderas, coloco ambas manos sobre sus hombros y su polla se sitúa en la entrada de mi coño. Me aprieto contra él en una invitación silenciosa para que me embista de una jodida vez. Qué mal hablo cuando estoy cachonda. Pierdo los papeles, aunque ya sabemos todos que los he perdido desde la primera presentación, que fue la mía.

—Lo mismo te digo —murmura.

Se clava bien hondo llenándome con su polla, gorda y dura. Enhiesta. La saca con suavidad y, cuando estoy a punto de gritar por el vacío, me vuelve a embestir. Dejo caer la cabeza hacia atrás y me aprieto aún más contra él.

Me folla fuerte, duro, sin pensar, primarios, deshaciéndonos uno en los brazos del otro, intentando alargar el momento, pero, a su vez, intentando correrno s como dos posesos que necesitan su chute diario de droga, de la droga que somos él y yo cuando estamos juntos.

Mi espalda choca contra la pared una vez más y puede que mañana tenga algunos cardenales, sin embargo, serán todos bien recibidos y no opondré resistencia si vuelve a follarme de esta forma.

—Joder —farfulla Ciro.

Su boca busca la mía y me corro ahogando un grito, tragándoselo él con su beso.

Ciro sigue bombeando dentro de mí y sé que se va a correr porque me mira, me mira de esa forma en la que lo hace siempre, como si estuviese en casa. Y lo sé porque esa sensación es la que tengo yo cada vez que estamos juntos.

Nos quedamos así, un rato, quietos, intentando recuperar la respiración y que nuestros latidos se relajen.

—¿A que no te parezco tan pequeñita? —le interrogo.

—Nunca me has parecido pequeñita. Eres exactamente como tienes que ser, perfecta para mí —susurra depositando un suave beso en mis labios.

Ciro sale de mí y observo la tela en el suelo, hecha una piltrafa.

—Me has roto mi vestido nuevo.

—Mejor. —Sonríe—. Así dejarás de ponerte lunares.

Me dirijo hacia el baño, y Ciro me sigue.

—Dejaré de ponerme vestidos con lunares el día que dejes de llevar esos pañuelos tan horripilantes.

Mi chico se carcajea, y dejo escapar una risilla.

—Ha habido días en los que esos pañuelos han rodeado tus ojos y no he visto ni una sola queja de ello.

—No me acuerdo de eso, tal vez deberías hacer algo para refrescarme la memoria.

Sí, lo que hace es meterme bajo la ducha con agua fría. Grito un poco, tan poco que diría que Loreto igual se ha enterado. Independientemente de eso, soy incapaz de dejar de reír.

—Tenemos que hablar —me dice mientras me enjabono el pelo. Ya sé por qué huele a jazmín y a cítricos y por qué yo también adoptaré ese olor.

—Sí, tenemos que hablar —apostillo en esta ocasión.

—Tú dirás —me pide dándome la palabra. Me pierdo un poco en lo que le iba a decir porque es complicado concentrarse cuando tienes a Ciro frente a ti, enjabonándose. Pasando sus dedos por su piel y deteniéndose en ese preciso momento en su miembro. Su mano vuela a mi barbilla y la alza—. Estoy aquí arriba —ronronea.

—Ehmmm, sí. —Acepto que tiene razón y que puede que me haya quedado un pelín embobada con cierta parte enorme de su anatomía—. Esteffi. Quiero hablar de Esteffi.

Ciro me sonríe canalla, y juro que me dan ganas de matarlo. Observo los azulejos, valorando la posibilidad de esconderlo tras ellos.

—Hablaré con ella…

—Bien —acepto.

—Siempre y cuando me digas que sí —continúa. Lo había interrumpido y ni siquiera me había percatado de ello.

¿Sí? Joder, le diría que sí a cualquier cosa que me pidiese ahora mismo.

—Depende. No voy a dejar de meterme contigo. Es mi deporte favorito. —Sonrío con deferencia a la vez que me meto debajo del chorro para quitarme el jabón del pelo.

Ciro pasea sus dedos por mi pelo mojado, con toda seguridad, sorprendido porque todo ese nido de pájaros se haya convertido en una melena de lo más normal.

—Pensaba que tu deporte favorito era yo —susurra bajito. Se acerca hasta mí y el agua comienza a mojarle su pelo también— y montarme como una amazona —finaliza. Se me eriza el vello del cuerpo y los dedos de mis pies se cierran por la imagen que sacude mi mente. Yo sobre Ciro. Su polla dentro de mí. Moviéndome. Acrecentando la fricción de los cuerpos. Un orgasmo. Dos. Mi nombre. El suyo ahogado en mis labios—. Y no, te garantizo que no me gustaría que dejases de ser la Munia que conozco, es más, se perdería el encanto. A mí me gustas así, como eres… Me encantas… Y no sigo porque no quiero asustarte.

Joder, cómo me gustaría tener ahora mismo mi teléfono aquí para incluir esa frase. La anoto mentalmente para hacerlo luego.

Quizá esa es la percepción que he dado durante todo este tiempo, la chica que se asusta con facilidad o que se esconde detrás de una burla o un comentario rudo para evitar que me hagan daño o alejando a la gente en la que no confío por la razón que sea, y Ciro se ha percatado de todo ello, sabiendo leer y entender lo que siento y lo que soy.

Deslizo mis dedos por su mentón y me siento afortunada de haberle dado una oportunidad a todo esto. A estas semanas que hemos compartido, al juego, no uno cualquiera, al que empezó desde que Ciro se coló en la cadena poco después de mí.

—Yo diría sí a cualquier cosa que me pidieses —murmuro cerca de sus labios. Apoyo mis manos sobre sus hombros y me pongo de puntillas. Sus brazos se ciernen sobre mi cintura y nuestros cuerpos se funden en uno.

—Bien. —Deposita un suave y cálido beso en mi frente—. Haz la maleta porque nos vamos mañana a primera hora.

Y tras eso, sin apenas dejarme asimilar lo que haremos o dejaremos de hacer, nos besamos. Y os tengo que decir que los azulejos sirven para mucho más que esconder cadáveres. Ahí lo dejo.

52. POCO MÁS DE SEIS HORAS

No recordaba haber visto nunca a Ciro conducir. Ni siquiera sabía que tenía coche, y Loreto y yo tampoco habíamos hecho elucubraciones sobre ello.

Poco más de seis horas de trayecto, varias paradas obligadas para estirar las piernas, bebernos una botella de agua apoyados en el maletero del coche, reírnos a carcajadas porque no acertaba una cuando le tiraba palomitas a la cabeza y besos furtivos mientras recorríamos kilómetros y kilómetros de autovía, he llegado a la conclusión de que Ciro es un experto conductor.

Tonterías que piensa una cuando se muere por bajar el cristal de la ventana del coche y gritar a los cuatro vientos que este hombre que maneja el vehículo con presteza, que sonríe cuando tiene que parar para ceder el paso a un grupo de cabras que se han perdido o que roza mi pierna, cubierta con otro vestido lleno de lunares simulando un accidente bastante poco fortuito, me tiene completamente hechizada.

—¿Qué? —investiga cuando llevo un rato observándole.

He intentado simular que no siento nada más allá de la atracción que tenemos, de esa chispa de la que os llevo hablando desde hace mucho y que no me importa para nada el futuro, sin embargo, sería faltar a la verdad —una vez más— no admitir que la atracción está bien, no obstante, hay más que la chispa, que con él está presente desde que lo conocí, y que el futuro me importa más de lo que quiero dar a entender.

Un futuro con Ciro…

—Sabía que tenías unos días de vacaciones, lo que no me esperaba es que me incluyeses en ellas —verbalizo. No es el momento de decirle nada más allá de eso. Tal vez este fin de semana se llena de verdades y emociones. Quizá va siendo hora de que así sea.

Ciro sonríe de medio lado, y se me volatilizan las bragas cada vez que lo hace.

—¿Y eso ya lo has escrito en tu chat?

—¿El qué?

—Que querías venirte de vacaciones conmigo y que dudabas de cómo pedírmelo —declara con socarronería.

Niego en varias ocasiones e intento ponerme seria, sin embargo, soy incapaz de aguantar ese gesto en mi rostro y termino claudicando ante una sonrisilla.

—Sigues sin acudir a clases de humildad. Eso te resta puntos en la escala del mejor novio.

Ciro se carcajea tras mis palabras, y yo hago lo mismo.

—Te gusto así, exactamente así —expone con toda la chulería que le cabe en el cuerpo.

—Mentiría si dijese lo contrario, sin embargo…

Saco el teléfono de mi pequeña bandolera y entro en mi chat.

—¿Aún quieres saber el nombre? —le pregunto mirándolo divertida.

—Por supuesto, de ti quiero saberlo todo —aduce.

Entro en la aplicación de mensajería instantánea y le muestro la pantalla en plan visto y no visto.

—Ya está —le digo.

—Sabes que eso no es justo. Estoy conduciendo, eres una pequeña arpía.

—Te gusto así, exactamente así —replico repitiendo sus palabras.

Sube la falda de mi vestido verde con lunares blancos y aprieta mi muslo con sus dedos. Es un contacto firme y delicado a la vez, lleno de ternura, aunque a simple vista no lo parezca. Observo su mano ahí, sobre mi pierna, y me parece que hubiese estado toda la vida tocándome, como si este tipo de conversaciones, de gestos, de risas y de mimos hubiesen sido la constante en nuestras vidas.

Nos apeamos frente a una pequeña casa blanca con ventanas azules cerca de la playa. Ciro no me ha dicho en ningún momento hacia dónde nos dirigíamos, sin embargo, al coger la autovía intuía que Portugal era nuestro destino. Eso sin contar con que sus indicaciones, a la vez que me obligaba a meter varias prendas en una maleta de viaje, era que fuesen veraniegas y que me olvidase de la ropa interior porque poca falta me haría en estos días que íbamos a compartir juntos.

—Hemos llegado —confirma cuando para el motor y abre la puerta—. Espera, espera —me pide cuando interpreta mis intenciones. Sale del coche y lo bordea. Sonrío como una tontorrona cuando se coloca al lado de mi puerta, su mano detrás de la espalda y la reverencia con la que me recibe cuando la abre—. Bienvenida a mi pequeño paraíso en la tierra —confirma.

Me acerco hasta él y deposito un suave beso en sus labios.

—Mi paraíso en la tierra eres tú.

Si se sorprende por la sinceridad abrumadora de mis palabras, no lo muestra. Lo único que hace es enredar sus dedos en mi melena, bajar la cabeza y capturar mis labios, para, tras eso, devorarlos con un beso de lo más ardiente.

No me incomoda el hecho de haberle dicho lo que sentía en el momento, he entendido que, con Ciro, da igual el momento, las cosas solo fluyen y hay que expresarlas, que no vale de nada callar lo que necesitas que sea gritado a los cuatro vientos.

Cuando nuestros labios se separan, me da una vuelta sobre mí misma y mi vestido de vuelo gira sin cesar.

Me acerco al maletero para recoger mi *trolley* y observo las vistas desde la parcela.

Huele rico, huele a mar y a hinojo, huele a la mezcla de la naturaleza salvaje con el salitre que flota en el aire.

Sigo los pasos de Ciro, que se acerca hasta la pequeña valla de una casita. La abre sin utilizar la llave y el sendero está rodeado por pequeños jardines con flores frescas.

—¿Cómo conoces este lugar?

Las imágenes del Instagram de Ciro cuando, por aquel entonces que parece tan lejano ya, nos intercambiábamos fotos con cacas en los hombros, bigotes o pollas dibujadas a mano alzada se hacen patente. Estamos en ese sitio. En el sitio donde su imagen sin camiseta y con unas bermudas de lo más variopintas me dejaron sin habla.

—He veraneado aquí desde que tengo uso de razón.

Extrae una llave antigua del bolsillo trasero de su pantalón, la deposita y abre con sumo cuidado, como si no supiese qué se va a encontrar.

Permanezco en silencio y dejo que mis ojos se habitúen a la oscuridad de la pequeña casa. El salón es del mismo tamaño que mi apartamento, tiene varios sofás dispuestos en torno a una puerta acristalada, también azul cobalto y la cocina al lado.

—Madre mía —le digo mientras dejo mi maleta a un lado y me acerco para disfrutar de las vistas que se entrevén por la cortina blanca. Me dispongo a abrir la puerta y el aire del mar se cuela en la estancia de inmediato—. Joder —musito.

Una enorme playa de arena tostada se abre paso ante mis ojos y me quedo embobada mirándola.

Sí, es el mismo lugar de las fotos. El lugar en el que estaba ella también.

Me giro dispuesta a preguntarle algo, pero, de inmediato, me quedo sin palabras al verlo allí, plantado, con los brazos cruzados, la sonrisa de medio lado y la curiosidad bailando en sus ojos. Y me digo a mí misma que no hay que abrir rendijas para que se cuele la desconfianza cuando hay temas que es cuestión de tratar sin más.

Y, por encima de eso, un espacio no lo forman las personas que han estado en él anteriormente, un espacio lo forman las sensaciones que se abren cada vez que lo visitas.

—¿Te gusta? —me pregunta al ver mi reacción. Alzo una ceja porque la respuesta es de lo más obvia.

—Me encanta —murmuro.

Salgo a la pequeña terraza, apoyo las manos en la madera y al instante percibo su cercanía. Sus manos se colocan al lado de las mías y su pecho tras mi espalda.

—Pasaba los veranos aquí, con mi hermano y mis padres. —La voz se le entrecorta cuando menciona a su familia. Nunca lo hace y temo preguntarle, ahondar en el tema, temo romper el momento y me repito que, si quiere contármelo, lo hará—. No tenemos propiedad en la zona, ni siquiera sé si mis padres alguna vez se lo plantearon, solo recuerdo que cada verano volvíamos y que pasábamos horas correteando en esa playa. Haciendo castillos de arena, cavando todo lo hondo que pudiésemos para meternos dentro. Ahí aprendí a hacer surf y descubrí que no hay mayor libertad que la que se siente cuando nadas dentro de un océano.

Intento darme la vuelta, y Ciro se incorpora permitiéndome que me ampare entre sus brazos.

—Las fotos son de aquí, ¿verdad? —le pregunto dando voz a mis pensamientos de antes.

Ciro afirma sobre mi cabeza.

—Siempre vuelvo. Cuando estoy perdido, vengo. Cuando me siento triste, vuelvo. Cuando estoy feliz, también lo hago. Y quería que formases parte de esto, de los recuerdos que atesoro de este lugar. Crear unos nuevos de nosotros y eclipsar los pasados.

—Los de ella —susurro. Lo hago tan bajito que ni siquiera me planteo que lo haya escuchado, sin embargo, sí que lo ha hecho.

—Los de todos en general.

No añado más tras su rotunda afirmación, sino que permanezco expectante.

Su teléfono comienza a sonar interrumpiendo nuestro abrazo. Ciro se separa y me muestra el remitente. Es César.

Descuelga y, como si esa intimidad que compartíamos se hubiese esfumado de golpe y porrazo, se recompone antes de insultar a su amigo de forma cariñosa. Una sonrisa se escapa de entre mis labios y, de inmediato, saco el teléfono e inmortalizo el lugar.

Tecleo con celeridad en el grupo que tengo con Fabián y Loreto y adjunto la foto para dar veracidad a mi titular. No es que no supieran que me iba de fin de semana con Ciro, lo que ninguno conocía era el destino.

Munia Visier:

Esto es una puñetera pasada.

Adjunto otra fotografía, una en la que salgo yo guiñándoles un ojo y enseñándoles la lengua a ambos. Las respuestas no se hacen esperar.

Loreto:

Te odio muy mucho.

Fabián:

Espero que hagáis algo en esa playa que sea digno de recordar. Algo impúdico para ser más precisos.

Y un par de guiños acompañan su mensaje.

—¿Todo bien? —cuestiona Ciro cuando se acerca hasta mí.

—Perfecto —le confirmo alzando la cabeza y guardando el teléfono.

—De eso nada —me increpa—, es el momento de ver ese chat que tienes.

—Va a ser que no —replico con tono borde y cortante—. Te lo enseñé antes, no es mi problema que seas un carcamal y no hayas leído rápido. Tal vez tendrías que volver al cole, eso sí, que añadan clases específicas de humildad para ti y por partida doble —le recrimino con sarcasmo.

—Venga, vamos, tenemos que ir a por provisiones para estos días —me advierte.

—¿Y ya está? ¿No vas a insistir en que te lo enseñe? —Me sorprende que claudique a la primera de cambio.

—Por ahora. He cedido por ahora.

Me guiña un ojo antes de arrastrarme al exterior de la casa.

Bienvenidos a Ericeira. Bienvenidos al presente.

53. ERICEIRA

CIRO

Munia y yo hemos intentado deshacer la maleta ya en varias ocasiones y, en todas y cada una de ellas, hemos desistido porque…, porque me lo pone jodidamente complicado.

Pensaba que sería diferente, que regresar a Ericeira con ella traería de vuelta determinados recuerdos para los que no siempre se está preparado.

No puedo obviar que ha sido así, que la imagen de Kiara en esa playa, esperando a que me bajase de la tabla, acudió a mi mente con el rumor de las olas y que hubo momentos en los que Marcos apareció de soslayo, sentado a su lado mientras ella me esperaba.

No supe leer entre líneas y darme cuenta de que algo sucedía ya por aquel entonces. Es verdad lo que dicen: no hay más ciego que el que no quiere ver.

Munia, por el contrario, se ha adaptado a la casa, a las vacaciones, a mis silencios cuando no he querido decir nada más que unas pocas y parcas palabras sobre el tema y ha sido capaz de cambiar de conversación haciéndome sentir tranquilo y en paz.

César me llamó al llegar. Supuse que había calculado el tiempo para poder descolgar cuando pisase este pequeño pueblo de Portugal y conocer de primera mano lo que sentía estando en él con una nueva persona. No se sorprendió cuando, con total sinceridad, le dije que me sentía bien, en casa, tranquilo y en calma y que me aventuraba a afirmar que había pasado una página que durante mucho tiempo no creí que fuese posible pasar.

No hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista.

Munia se da una ducha, y yo permanezco sentado en la habitación que vamos a compartir estos días que pasaremos aquí.

No puedo mentiros, ni siquiera engañarme y no admitir que las cosas han evolucionado de una forma que hace semanas no pensé que podrían suceder.

Munia se ha convertido, de una manera u otra, en el epicentro de ese cambio, ha convertido un juego de competitividad, de morder el polvo —como ella lo llamó aquel día en el que, por fuera del despacho de Pilar, nos dijimos que no nos lo íbamos a poner fácil y así fue—, en algo distinto.

Siempre cumpliendo nuestras promesas. Hemos mordido el polvo y lo hemos hecho los dos, el uno con el otro.

Salgo a la pequeña terraza que hay en la planta superior y, si ya las vistas de la playa desde abajo eran espectaculares, desde aquí quitan el aliento.

Me decido, lo hago, ni siquiera a César se lo dije cuando me llamó, sin embargo, va siendo hora de que se cierren asuntos y que deje a un lado culpas que no tienen por qué cargar.

Un par de tonos después, la voz femenina de mi madre me responde.

—Ciro… —Parece ahogar un gemido cuando contesta. No está acostumbrada a que la llame, para ser más específicos, ni siquiera está acostumbrada a que le conteste a uno de sus intentos de contacto conmigo.

—Mamá.

Si pudiese verla, ahora mismo estaría de pie, apoyada sobre la encimera de la cocina, con la mano en el pecho y el gesto compungido.

—¿Sucede algo?

¿Es así? ¿Pasa algo? ¿Algo nuevo? Niego a pesar de que ella no pueda verme.

—No, nada, nada nuevo, quiero decir. Solo… Solo quería decirte que he conocido a alguien.

Mi madre ahoga una exclamación y entonces lo noto. Está llorando.

—Ciro… —susurra de nuevo con la voz tomada—. Eso es…, es maravilloso —finaliza.

Y ella, tan bien como yo, sabe que esto que hemos compartido es un gran paso, un acercamiento, un intento de dejar atrás los lastres del pasado y de dejar de culparlos por algo que no han hecho,

porque mantenerse al margen fue su decisión y tengo que aprender a aceptarla puesto que ambos somos sus hijos.

—Se llama Munia y es mi compañera de trabajo —matizo dándole algunos detalles—. Es pequeñita, mamá, pero matona. —Me río tras decirlo porque es así. Recuerdo cómo me dijo que los perfumes y los venenos venían en frascos pequeños, y no puedo más que darle la razón. Ella es exactamente eso, una mezcla de algo suave y fuerte.

—Me alegro mucho, Ciro, muchísimo —me indica mi madre.

Y sé que lo dice de verdad, que se alegra por todo lo que conlleva. César estaría muy orgulloso de mí si supiese lo que acaba de suceder. Quizá este viaje haya sido una excusa para reencontrarnos, para acercarme más a Munia, para aprender a admitir que esto dejó de ser un simple juego hace mucho y para entender que el pasado hay que dejarlo atrás cuando corresponde. Sufrirlo, sentirlo, velarlo y enterrarlo, como un sentimiento más, como un sentimiento menos.

—Deberías traerla a casa —me pide.

Asiento a pesar de que no me puede ver.

—Lo haré. Primero tengo que aclarar unas cosas con ella.

Imagino a mi madre cabeceando y afirmando en este momento, tal y como hice yo antes.

Primero tengo que ser sincero y contarle todo.

Sus pasos resuenan en la madera de la habitación y me giro para verla llegar. El pelo mojado y suelto, los pantalones cortos, una camisa de volantes y los lunares, los jodidos lunares que tanto le gustan.

—Tengo que dejarte —murmuro.

Se abre de nuevo un pequeño silencio entre nosotros, que apenas dura unos segundos, en los que Munia duda entre abandonar la habitación o permanecer allí.

—Gracias por llamar, Ciro —musita mi madre.

—De nada —respondo.

—Te quiero —me dice.

Yo también, sin embargo, no lo digo, tal y como me gustaría hacer, sino que despego el teléfono de mi oreja y cuelgo sin más.

—¿Todo bien? —me pregunta Munia.

Asiento dándole una respuesta a su pregunta.

—Mejor que bien. Vamos —le pido—. Tenemos que hacer algo bonito con esta tarde increíble que tenemos por delante.

Preparamos una cesta llena de cosas que poder llevarnos a la playa, algunas bebidas, algo de fruta y unos sándwiches. No he podido decirle que no a Munia cuando ha metido varias latas de aceitunas, parece ser que es el nuevo chocolate.

Salimos por la puerta del salón y bajamos el camino de madera que precede la llegada a la arena. Las chanclas dejan de ser una prenda para pasar a ser un accesorio.

—No tenía que haberme lavado el pelo —musita cuando llegamos a la orilla.

La tumbo, y ella protesta porque se le va a llenar de arena. Me río al ver cómo se retuerce bajo mis brazos sin saber que, cuanto más se mueva, peor será. O quizá es la más lista de los dos y la realidad es que le importa un pimiento la arena y lo que quiere es eso, provocarme para que no la deje tranquila y le haga cosquillas.

Con las gafas de sol puestas, me tumbo yo también, y Munia se coloca de lado, apoyando su melena sobre mi pecho. Me dedico, durante un rato, a juguetear con su pelo.

—Antes te parecía un nido de pájaros y ahora tienes cierta fijación por mi melena —me reprocha.

Alzo la cabeza, y ella no me mira.

—Siempre me ha gustado tu pelo —admito sin pudor alguno.

Gira la cabeza y sé que me observa. Lo intuyo por el movimiento que percibo en mi cuerpo.

—¿Estás de coña?

—No —niego con sinceridad—. Nunca he hablado más en serio. Tampoco me molesta tu estatura, solo que, pequeña arpía, como a ti te fastidiaba que te lo dijese, tenía que jugar mis cartas. Ya sabes.

—Eres un zoquete —me insulta.

Me río, la pellizco con suavidad. Se incorpora y la observo por si le he hecho daño en el juego y se ha enfadado. La encuentro mirándome, con las manos sujetando sus piernas y el semblante serio.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—¿Qué ha sucedido para que las cosas entre nosotros cambien de esta forma?

—¿Te refieres…? —No termino la frase porque Munia la interrumpe.

—Me refiero a nosotros, no nos aguantábamos, Ciro. Hemos pasado más tiempo intentando jodernos que ayudándonos o soportándonos.

—Yo nunca te he odiado —le explico—. Tampoco pienso que tú lo hayas hecho, es sencillo —le cuento—, hemos jugado a uno de nuestros tantos juegos y al final las circunstancias han cambiado porque soy arrebatadoramente seductor, y te diste cuenta de que no podías ni querías obviar mis encantos.

Un puñado de arena cae sobre mi barriga y me quedo perplejo. Munia se levanta con celeridad y comienza a correr hacia la orilla, huyendo. Sabe que es más fácil huir por la zona en la que la arena está mojada.

Los bañistas y surfistas que aún quedan en la playa nos miran con suspicacia, parecemos eso, eso que todos creen, dos enamorados que no tienen miedo a demostrar que se necesitan y que el juego es una forma de demostrarse lo que sienten el uno por el otro. Y esa es la definición exacta para esto que tenemos. Empezó siendo un juego y se ha convertido en necesidad.

—Sabes que te voy a pillar, arpía.

—Puede, sin embargo, no pienso ponértelo fácil —me grita desde la distancia.

—Nunca —sentencio—, nunca me lo has puesto fácil.

54. DESPLEGAR LAS ALAS

Todos sabíamos que era una guerra perdida. Es más, yo era consciente de ello cuando lancé el primer puñado de arena. La ventaja que tenía era la sorpresa y la aproveché a mi favor, como he hecho en otras situaciones de la vida.

Sé que apenas nos separan unos metros porque Ciro es rápido, y yo voy lenta aposta. No hay nada más divertido que saber que te va a pillar y que las consecuencias serán memorables.

Como cuando su mano se posa sobre la parte trasera de mi camisa. Como cuando me giro y me quedo frente a él. Como cuando me dice «buh», y yo le beso como recompensa.

Todavía con el corazón acelerado por la carrera, me carga sobre sus brazos y se adentra en el mar.

Grito y pataleo porque la ropa acaba hecha una piltrafa.

—Ya puedes quitarte la arena del pelo —bromea.

Lo salpico con fuerza, y Ciro se acerca a mí sin importarle mi intento de tsunami.

Alzamos la vista y la fijamos en las personas que aplauden desde la orilla por nuestras tonterías, y Ciro, el muy canalla, se dedica a hacer reverencias, como si fuese un artista que acaba de completar su mejor función.

Me subo a su espalda, y él se tira hacia atrás, haciéndome tragar agua.

—Eres un patán —lo insulto cuando salgo de nuevo a la superficie.

—¿Dónde ha quedado el zoquete? —me recrimina.

Sonrío.

—Eres un zoquete y un patán —añado victoriosa.

Me lanzo a sus brazos y me encaramo a sus caderas.

—Ha sido una mala idea meternos en el agua con tanta ropa. Sería mucho más interesante que este minúsculo bikini, que podría rodar sin contemplación alguna, fuese la única prenda que se interpusiese entre nosotros.

—¿Ves? —interrogo como si yo hubiese llegado a esa conclusión antes que él—, eres un zoquete.

Su lengua se cuela dentro de mi boca y se me olvida el lugar en el que estoy, el público que podemos tener y todas las normas de decoro que estipula la sociedad. Al cuerno con todo eso, solo somos Ciro y yo.

Pasamos un rato jugando en el agua como dos niños pequeños a los que les da igual lo fría que esté o el poco sol que hace.

Cuando el atardecer comienza a dar paso a la noche, salimos, calados de frío, medio tiritando medio riendo.

—Si acabo en urgencias con neumonía será culpa tuya y solo tuya —le digo.

Regresamos a la casa con la cesta casi vacía, la ropa mojada y las chanclas en las manos, sin preocuparnos de lo que llevamos puesto y lo que no.

Es extraño y sencillo a la vez, la forma en la que dos personas que se creen polos opuestos terminan desplegando el vuelo juntos, guiándose uno al otro.

Ahora soy yo la que recibe una llamada cuando habíamos hecho un pacto silencioso de una ducha juntos.

Ciro arquea la ceja esperando a que omita la responsabilidad de contestar, sin embargo, lo hago porque es Loreto y para ella siempre tengo tiempo.

Le enseño la lengua a Ciro y me deja sola en la habitación.

—Usted dirá, señorita Loreto. Te advierto que no pienso quedarme a la cerda cuando regrese, ya puedes chantajearme con lo que quieras o decirme lo rosadita y gordota que la tiene David. —Que aquí todas sabemos que las artimañas de mi amiga son bastante inteligentes.

—Me ha dejado…

Ahogo un gemido cuando suelta esa frase y me siento como una completa gilipollas al instante por haberle dicho lo que le he dicho.

—Joder, Loreto, joder…, perdona, soy una estúpida —me disculpo.

—No, no —niega ella bajando el tono de voz.

Ciro aparece en ese momento y le dedico un mohín. Sabe que algo sucede y alza los brazos intentando que le facilite alguna

explicación. Hago un gesto para que espere y sigo hablando con Loreto.

—¿Qué ha pasado, Loreto?

—Me ha dejado —repite mi amiga.

—Eso ya lo has dicho, lo que quiero es que me digas el motivo por el que lo ha hecho —le pido.

—La edad. Eso es todo lo que sé, nos llevamos muchos años y supongo que la gente habla, su familia… —Lo deja en el aire.

—¿No me jodas que le ha dado por pensar en el qué dirá la gente? Eres consciente de que os lleváis dieciséis años, ¿verdad? No cincuenta.

—Yo soy muy consciente —repite mis palabras—, por lo visto, él no.

Ciro me abraza por detrás a la vez que aguardo a que Loreto me explique los pormenores de la situación.

—¿Has llamado a Fabián? —le pregunto.

—No. No quiero que se plante en casa y rompa veinte tuberías a propósito. Mucho menos que lo busque y lo abra en canal. —Fijaos, al menos mi amiga ironiza—. Me ha dicho que soy especial, Munia, especial… ¿Cómo le dices a una persona que es especial y luego la dejas? Ya sabía yo que algo sucedía… Me lo veía venir desde hace días.

Recuerdo la conversación de ayer con Loreto antes del programa con Ciro en la que me decía que lo notaba raro, tenía que haberle dado más importancia de la que le di en su momento.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que se puede ir a la mierda —resuelve.

Ciro se carcajea y me separo de él. Está más que claro que ha escuchado la conversación, lo que no quiero es que mi amiga sepa que tenemos espías.

Lo aparto de un manotazo y se sienta en la cama.

—Bien hecho. Los tíos son todos unos gilipollas —zanjo.

Ciro alza una ceja, y mi amiga deja escapar un suspiro.

—No digas eso, Munia. Ciro no lo es. —Lo escruto con la mirada, sí, sigue escuchando la conversación, y alza los pulgares. Loreto, después de esto, pasa a ser una de sus mejores amigas—. ¿Por qué

me tocan a mí todos los tíos inmaduros? Los que dicen que me quieren y luego hacen lo opuesto a eso, a querer.

Exhalo todo el aire porque no tengo una respuesta para su pregunta. Eso mismo he querido saber yo cientos de veces, el motivo por el que alguien proclama a los cuatro vientos un sentimiento que después carece de base sobre la que asentarse. Es hipocresía pura y dura.

—Supongo que es cuestión de semántica —le digo—. Porque, cuando se quiere, se hace con el corazón —matizo.

Ciro afirma con la cabeza, y yo hago lo mismo que él.

—Me duele, Munia, me duele porque yo lo quiero de verdad, sin embargo, no pienso dedicar ni un solo minuto de mi tiempo a compadecerme. Si él no ve que eso es una estúpida excusa, y prefiere hacer caso a la gente y a sus cuchicheos, es que no era para mí. Y hay alguien ahí fuera que me espera, como tú con Jorge, como Ciro, que llegó para sanar esa herida abierta.

No quiero hacerlo, no quiero que nuestras miradas se crucen, no quiero confirmar que, al igual que todo lo demás, ha escuchado las palabras de mi amiga y que el nombre de Jorge baila entre los dos. No obstante, lo hago, porque necesito corroborar que en cierto modo así es y que, ese lastre tiene que ser soltado, aunque sea de una forma poco madura porque no haya sido yo la que lo haya mentado.

—Loreto, tú vales mucho.

Mi amiga no me escucha.

—¿Sabes qué? —me pregunta.

—¿Qué?

—Pienso decírselo a Fabián y pienso plantarme en su casa. Le diré a Peggi que le cague en la puerta porque eso es lo que se merece, un mojón como un camión, y sabemos que Peggi es la más indicada para ello. —Me río cuando la morcilla sale a la palestra—. Lo digo en serio, si salgo mañana en los periódicos locales, por favor, llévame tabaco a la cárcel o aceitunas, que valen oro, o lo que sea, pero visítame allí y no dejes que Peggi coma muchas galletas porque se pondrá morcillona y lleva una dieta estricta.

—Una dieta estricta de zapatos —apostillo.

—Bah. —Mi amiga le resta importancia a mi pulla y sigue maquinando—. Y, cuando me abra la puerta con su perfecto cuerpo de cuarentón bien definido, le diré que no va a encontrar a nadie como yo en su puta vida y me iré con toda la dignidad que me cabe en el cuerpo, es más, voy a crearme un chat personal como tú y lo llamaré: «La gran cagada», ya sabemos el motivo de ello y tiene nombre de cerda.

Me descojono ante lo que cuenta mi amiga, aunque ambas sabemos que no debo hacerlo porque, a ver, digamos lo que digamos y, aunque tiremos de ironía y sarcasmo, a Loreto la acaban de dejar y es injusto el motivo de ello porque la edad es solo un número.

—Cuando regrese, me lo tienes que contar todo o, mejor aún, grábalo y lo comentamos. Como los programas de Ciro, exactamente igual —le digo riendo de nuevo.

—Te dejo. Voy a llamar a Fabián.

—¡Espera! —exclamo aturdida—, ¿es en serio?

—Tan en serio como que me llamo Loreto Ayala, no te jode. Que yo por las buenas soy muy buena y por las malas soy la peor de todos los bichos. Sabía que tenía que llamarte para aclarar las ideas y pensar en algo.

—En realidad, el de las venganzas es Fabián, yo poco he dicho.

—Me has ayudado a aclarar las ideas, no te restes mérito —me indica.

No seré yo la que le quite la razón.

—Mantenme informada.

—Por supuesto.

Nos despedimos con cariño y quedamos en que me llamará para contarme lo que ha pasado. Cuando cuelgo, con el teléfono todavía en las manos, me acerco hasta donde está Ciro, entierra su cabeza sobre mi pecho y hablo. Por fin lo hago.

—Jorge es mi ex. Me dejó después de haberse liado con medio Madrid. Lo último que supe de él es que había dejado embarazadas a tres mujeres distintas estando conmigo. Por eso me cuesta tanto confiar en los hombres. Por eso a veces me comporto como una

imbécil. Por eso suelo alzar un muro, a pesar de que no se lo merezca nadie.

Y cierto es que decirlo en voz alta es un alivio. Es Ciro y sé que, si yo me caigo, él estará ahí para desplegar mis alas.

55. VERDADES Y EMOCIONES

No espero que Ciro me apremie a que continúe hablando, tampoco a que diga ninguno de sus comentarios mordaces para hacer que este momento deje de ser incómodo y se convierta en una broma más. No sé qué aguardo, sin embargo, nada de lo que sucede, eso seguro.

—Kiara es mi exnovia. Estuvimos juntos cinco años. Nos conocíamos de toda la vida. Estaba embarazada. —Contengo la respiración cuando lo dice porque es lo que Fabián contó en mi casa hace semanas, delante de Loreto, que la había dejado estando embarazada—. El bebé que esperaba era de mi hermano Marcos, con el que mantenía una relación desde hacía meses sin yo saber nada. Sin que nadie supiera nada.

No, no es lo que esperaba encontrarme cuando Ciro me contase su verdad.

Ciro se tumba sobre la cama y me arrastra con él para que me acomode sobre su pecho.

Ha llegado el momento de abrirnos y dejar entrever las heridas que con tanto recelo hemos guardado estos años.

—Conocí a Jorge muy jovencita. Trabajaba con mi tío Luis, el marido de mi tía Rita, y ya sabes lo que pasa cuando alguien te encandila a la primera de cambio, que crees que nada es capaz de superar ese sentimiento. Lo vi y me quedé prendada de él. Era el chico perfecto: trabajador, responsable, simpático, carismático, lleno de vitalidad y, por supuesto, guapísimo. Su sonrisa me tenía hipnotizada. El único problema es que no solo me tenía obnubilada a mí, sino a todas las chicas con las que mantenía una relación.

Ciro me aprieta contra su cuerpo para infundirme un calor que no siento. Me costó contarle esta historia a Loreto y a Fabián porque, desde que pasó todo, pensé que el guardar dentro las traiciones hacía que doliesen menos, como el que esconde en su diario truculentos secretos que no quieres que nadie averigüe porque te pueden tachar de algo que no eres, pues exactamente así.

—Estaba enamorada de él. Es más, cuando me enteré de las demás relaciones tuve el descaro de sentirme traicionada porque creía que yo era la que había permitido que eso sucediese, porque él me había sido infiel y todo era culpa mía por no darle lo que buscaba. Hasta que entendí que no era así y que yo, en cierto modo, había sido la que había traicionado a la familia de Jorge. Estaba casado, tenía un hijo y varios en camino con otras mujeres. Por supuesto, su pareja no era consciente de nada de eso. Sentí una tremenda pena por ella y por mí. Ambas vivíamos en un mundo paralelo y desconocíamos de la existencia de todas las demás. —Ciro no dice nada a la vez que sigo expulsando a bocajarro todo lo que llevo guardado dentro desde hace años.

»Me hundí. Pensaba que no lo haría porque, al fin y al cabo, él tenía una familia, sin embargo, lo hice porque había sido lo bastante ingenua como para hacer planes de futuro, y en todos ellos aparecía él. Yo era joven. —Un leve «¡ja!» cargado de ironía sale de mi boca, como el que se ríe de una forma falsa para romper un momento de tensión—. Y creía que era todo bonito. Me imaginaba con la puta casa perfecta, un gato, un perro y dos niños; niño y niña. Y todo eso con él. —Hago una pausa para aclarar mis ideas, para saber cómo seguir contándole mi historia. Ciro me besa en la sien y de inmediato entiendo que esto es lo que necesito, soltar lastre—. Cuando sucedió todo, cuando explotó, cuando mi tío Luis y mi tía Rita me dijeron que tenían que hablar conmigo, no les creí. Pensaba que era una estupidez de esas que se cuentan para que tu sobrina pise la tierra porque yo, por aquel entonces, planeaba una boda.

—¿Y él…? ¿Él te lo permitió? —Ciro formula la pregunta con la congoja llenando el espacio y eso, eso me hace sentir más unida a él. Empatía. Está empatizando conmigo de la misma forma en la que yo lo hago con él.

—Sí. Es decir… —reformulo la respuesta porque tiene ciertos matices—. A él le daba igual porque desde un principio sabía que no habría boda ni perro ni gato ni hijos. No habría nada porque eso lo tenía él ya. Sin mí.

—¿Y su mujer? ¿Nunca…?

No dejo que termine su frase, lo interrumpo antes porque sé lo que quiere decir.

—Supongo que se habrá enterado, esperaba tres hijos de otras mujeres. —Me remuevo entre sus brazos al decirlo en voz alta, no es lo mismo recordarlo que darle voz—. Mis tíos fueron mi tabla de salvación. Lo trasladaron y evitaron que tuviese que enfrentarme a ese problema. Me enfadé porque en mi estúpida cabeza lo que yo veía es que me separaban de él, que era el hombre que yo quería. Hasta que lo vi con mis propios ojos, ya sabes, hasta que no te dan la cachetada no te lo crees.

—Sí —musita—, no sabes cuánto te entiendo.

Y sé que es así, porque intuyo que, sin saber la historia al completo, él tuvo que cerciorarse de que ese hijo no era suyo. Entiendo que no hable de sus padres, de su hermano, de ella… Y, aun así, a pesar de todo, Ciro es el más valiente de los dos porque ha sufrido en sus propias carnes la traición y conmigo…, conmigo se ha dejado llevar sin dudar.

—Lo seguí a su casa, segura de que todo era mentira, y… Y allí estaba, desde la calle se veía a su hijo correr y lanzarse a sus brazos y luego darle un beso en la sien a su mujer. Sentí repugnancia, sentí pena por ella y vergüenza de mí misma, de haber permitido que todo llegase hasta ese punto, por no haberme dado cuenta de las señales. «A mi casa no, en este restaurante no, es mejor que nos veamos donde haya poca gente…». Ingenua de mí —mascullo levantándome y dirigiéndome a la terraza, de pronto, la habitación se me antoja pequeña y me falta el aire.

—Pero, a pesar de todo, seguiste adelante.

Escucho cómo Ciro se levanta y me sigue afuera. Nos apoyamos ambos en la barandilla de madera y nos quedamos ensimismados con las vistas del lugar.

—Sí. No obstante, en aquel momento pensaba que no sería capaz de superar nada. Y, entonces…, entonces empecé a trabajar en la cadena y se convirtió en el epicentro de mi vida, me volqué en mi trabajo y se convirtió en lo más importante… Y llegaste tú para ponerlo todo patas arriba. —Necesito decírselo, necesito contárselo, ha llegado el momento de hacerlo y de confesarle la verdad, de que

entienda que, aunque nos guste jugar y de lo bien que eso se nos da, ya no funciona de esta forma, para mí ha dejado de ser un juego, dejó de serlo hace mucho, incluso antes de que no quisiese averiguar su secreto…, el secreto que me ha confesado y que me daría la llave para que abandonase la cadena y quedarme con el puesto. El puesto…, si hasta eso me parece superfluo y sinsentido. Un puto trabajo por encima de una persona.

Las palabras mueren en mis labios cuando Ciro comienza a hablar.

Secreto.

Su secreto.

Ese por el que hace semanas habría dado lo que fuese por averiguar y en este momento también lo haría por borrarlo de su pasado. De su vida.

—Éramos la pareja perfecta. De esas que estaban predestinadas a casarse, a formar una familia sin siquiera haberlo pensado, sin embargo, nuestros padres sabían que así sería incluso antes de que la idea rondase por nuestra cabeza. La perfecta Kiara con su sonrisa permanente en los labios, su larga melena dorada, su cuerpo menudo y con un «sí» siempre en sus labios. Sí, hasta el final. Hasta con mi hermano.

»Veraneábamos aquí y pasábamos largas horas en esa playa. —Alza la mano y la señala, se transporta al lugar, lo sé, porque yo hice eso con mi narración. Un secreto. El suyo. El mío—. Hacíamos surf, corríamos por la playa, tomábamos el sol, paseábamos, cualquier momento era bueno para compartirlo. Y encajaba, todos lo hacíamos.

»Siempre estuve muy unido a mi hermano, te puedes hacer a la idea; dos varones que se llevaban pocos años, que tenían los mismos gustos, las mismas aficiones… Compartíamos tanto que al final llegamos a hacerlo con la chica.

Ciro me observa, me dedica una mirada de soslayo y no es necesario que me indique cómo se siente porque el dolor se refleja en su mirada.

—Se quedó embarazada y me dijo que era mío. Y la creí. Por supuesto que lo hice porque, independientemente de la relación que

tenía con Marcos, que por aquel entonces solo implicaba amistad o eso era lo que yo creía, pensaba que me quería.

»No hice preguntas, no me hacía falta porque la quería y en ningún momento creí que ellos tuviesen algo más. La complicidad la asocié a la amistad; los gestos de cariño, a dos cuñados que se querían de forma fraternal…, y luego todo explotó. Y me lo contaron.

—¿Cómo…? Es decir… —Ni siquiera sé cómo formularlo en voz alta, cómo enunciar la cuestión y le agradezco a Ciro que haya sabido interpretar mi pregunta y se haya adelantado.

—Ellos lo sabían, sin más, sabían que era de ellos. Y Kiara y yo, por aquel entonces, no pasábamos por nuestro mejor momento. El sexo está muy bien, Munia, lo sabemos —ironiza dándole un punto de inflexión a la conversación y dejando entrever al Ciro canalla y chulo que conozco y al que quiero, sí, exacto, al que amo—, sin embargo, está mejor cuando lo haces con alguien por el que de verdad sientes algo y te gusta. Ella no quería que yo la tocase, cosa lógica y normal si sentía algo por mi hermano, a diferencia de Jorge —me indica—, Kiara estaba enamorada de Marcos, por mucho que a mí me jodiese admitirlo. —Me dolería la mordacidad de ese comentario si no entendiese que ni Ciro lo ha dicho para fastidiarme ni les falta razón a sus palabras.

»Y, a pesar de todo, lo que más me dolió no fue que ellos se enamorasen, porque estas cosas suceden, Munia. Lo que me dolió fue que ellos mantuviesen esa relación durante tanto tiempo y no fuesen capaces de decírmelo. Hasta mis padres lo sabían, y yo fui el último tonto en enterarme, cuando ya esperaban un bebé.

—No quiero justificar…

—Ya. Ya sé lo que vas a decirme —me interrumpe de nuevo. Me coloco de lado y lo observo, Ciro hace lo mismo y lleva una de sus manos hasta algunos mechones rebeldes y los coloca tras mi oreja —, tenían miedo de decírmelo por mi reacción. —Asiento ante lo que acaba de decir porque eso es lo que pensaba—. Lo sé —admite—, sin embargo, no me merecía nada de eso. Me hizo creer que el niño era mío a sabiendas de que no era así. Es más, creí que, a pesar de que ellos tuviesen algo, ese niño era mío, Munia. Mío.

»Me veía siendo padre, trayendo a mis hijos a esta playa, haciendo castillos de arena y enseñándoles a hacer surf. —Suelta una carcajada irónica y sus ojos se posan sobre la playa que se dispone ante nosotros—. Soy un zoquete, ya ves, tienes toda la razón del mundo —bromea al final.

Me acerco, poso mi cabeza sobre su pecho y lo estrecho entre mis brazos. Los suyos, al instante, imitan mi gesto, y nos quedamos así un par de minutos, recapitulando, asimilando nuestros pasados, cazando nuestros fantasmas o dejando que se pierdan juntos.

—Eres un zoquete, es cierto, sin embargo, eres mi zoquete y te quiero.

Me separo y alzo la vista con miedo a lo que me encuentre, a que no sea correspondido, a que no cale como espero que lo haga, a que vea burla en su mirada como vi en la de Jorge cuando le dije que era un imbécil. A que la decepción lo eclipse todo. Y nada de eso es lo que percibo.

Hay comprensión, hay empatía, hay armonía, hay pasión, lujuria, cariño, amistad y amor… Por encima de todo, hay amor.

—Y tú eres mi arpía, Munia. —Contengo la respiración cuando no lo dice, cuando no es lo que esperaba—. Y te quiero. Te quiero mucho —finaliza logrando que me tiemblen las piernas.

Valiente. Ciro es el más valiente. Ha caído, ha sufrido y, aun así, ha luchado por esto mucho antes que yo.

Me abrazo de nuevo a él y a su cuerpo.

Valientes. Hemos sido valientes, porque, a pesar de las decepciones y del dolor, no nos hemos rendido ninguno de los dos.

Gracias a ese pasado, somos quienes somos y estamos donde estamos.

Juntos.

56. ASÍ ES LA PIEL

Nos encaramamos en la barandilla como si de dos adolescentes se tratase. Observamos cómo la tarde va dando paso a la noche y hablamos sin parar. Le explico cómo entablamos amistad Loreto y yo, cómo la cerda apareció en nuestra vida, Fabián y sus múltiples relaciones. Mis padres, mi tía y su futuro como mamá… La noticia de la adopción, todo. Le hago partícipe de todo lo que sucede a mi alrededor porque siento la necesidad de que Ciro me conozca, de que sepa todo de mí, de no dejar nada por descubrir, y él…, él me responde sin dudar.

César, su vida, sus problemas, la importancia que le genera que su familia ponga trabas a algo que es absurdo; a la condición sexual de las personas, a la capacidad de elegir el amor.

—Me gustaría poder solucionarlo, Munia, evitarle el sufrimiento que siente porque, aunque César intente disimular, aunque se haga el valiente, está roto por dentro.

—¿Sabes? Fabián tiene razón, César tiene mucha suerte de tenerte —le digo. No lo hago a modo de halago, que también, sino porque esa forma en la que habla de César me da a entender que de verdad no podría contar con un mejor amigo como él.

—El que tiene suerte de tener a César en mi vida soy yo, Munia. Es un tío increíble. Ya me lo demostró cuando pasó lo de Kiara y también contigo. —Mi chico me guiña un ojo cuando suelta esa última frase y soy bastante consciente de que quiere que le pregunte, que me interese y eso es lo que hago.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Cuando tuve la primera… y última cita con Esteffi. —Que la nombre me produce cierto pellizco dentro, porque sí, porque recuerdo ese beso y también que fui yo la que lo picó para que se lo diese, sin embargo, eso no quita que me fastidie—. Fue un poco por culpa de César. —Alzo la ceja inquiriendo, este último comentario me ha dejado descolocada—. César creía que era el momento de volver al mercado, no fue así como me lo dijo —matiza tras ver mi gesto—. Quería que tuviese citas y que me diese la oportunidad de conocer a

alguien. Y Esteffi fue mi primera opción porque era fácil. —Ciro se ríe antes de volver a posar la vista sobre el sol, que se pone lentamente en el horizonte—. Y César se refería a ti. Tengo la ligera sensación de que él ya se había dado cuenta de que entre nosotros había algo, no le pongamos etiqueta, ya sabes. Cuando le dije que la cita sería con ella, no dijo nada, en cambio, cuando le conté que había sido un fracaso absoluto me dijo que eso él ya lo sabía y que del odio al amor hay un paso.

—Sé que suena ridículo —lo interrumpo—, pero no podría ser más cierto. Por lo menos en nuestro caso.

Ciro se incorpora y salta la barandilla. Me tiende la mano y se la entrego. Salto sobre su pecho y me da una vuelta, giramos los dos, uno en brazos del otro.

Nuestras manos se acoplan y nuestros dedos se enlazan a la perfección. Bajamos las escaleras y nos disponemos a salir de la pequeña casita en dirección a la playa.

—Es el mejor momento para pasear —me cuenta.

Asiento ante su comentario. Nada me apetece más que dar un paseo y crear nuevos recuerdos. Unos nuestros, sin lastres.

—Puede que me equivoque —le explico—, no obstante, me atrevo a decir que nuestros amigos, incluso mi tía, se dieron cuenta antes que nosotros de que algo estaba naciendo. —Ciro me observa con cierta fijación y de inmediato sé que quiere decirme algo—. Dilo —lo apremio.

—Detrás de toda esa animadversión que te profesaba, yo sabía que había otra cosa. Lo sabía desde hace tiempo, es decir —añade, se adelanta y se coloca frente a mí, caminando de espaldas a la playa—, me gustaba buscarte las cosquillas, me gustaba que me respondieses, me encantaba meterme con tu estatura y con tu nido de pájaros, hasta con esos modelitos de lunares que tanto te gusta ponerte y que me encanta quitarte. —Una nueva sonrisa descarada se coloca en su rostro y me emboba, lo hace como lo ha hecho siempre y una vez más, insisto, él ha sido el más valiente de los dos porque es consciente de que tras eso había algo más, y yo solo me empeñaba en buscarle los contras a lo que teníamos. Si hasta

trazamos un plan maquiavélico para que lo pusiesen de patitas en la calle…—. Y a ti te encantan mis pañuelos horteras, lo sé y lo sabes.

Dejo escapar una carcajada, una muy poco femenina, una de esas que cargan ironía y sarcasmo.

—No. —Paso de la risa a la seriedad en un abrir y cerrar de ojos —. Ni de coña —recalco—. Solo me gustan cuando los usas en determinados momentos—. Alzo las cejas, socarrona, en un par de ocasiones, y Ciro se planta frente a mí de un salto.

—Eres una arpía muy mala —me suelta.

La forma, el tono y sus palabras hacen que la anticipación baile entre los dos.

—Lo soy —confieso sin pudor alguno—. Y puedo ser peor aún —satirizo una vez más.

—Ah, ¿sí?

Lo empujo cuando se coloca frente a mí y comenzamos otro de nuestros tantos jueguecitos.

Da un nuevo paso y recorta la distancia, y me arrepiento al instante de no haber tenido mi móvil aquí para escribir lo que tengo frente a mí, para contarle lo que hemos confesado en voz alta y decir, sin pudor alguno, que le quiero, que aquellos mensajes de hace semanas han sido relegados a un segundo plano, a una anécdota más de las tantas que conforman nuestra relación.

Sin duda alguna, será muy divertido contar nuestra historia, cómo hemos pasado de odiarnos o creer odiarnos a querernos por encima de todas las cosas. Con lastres incluidos, sin secretos que abran brechas entre nosotros.

Comienzo a dar grandes zancadas con las zapatillas en las manos, y Ciro me observa con picardía.

—Tienes que darme un mínimo de ventaja —le pido.

—¿Munia pidiendo clemencia? Por favor, ¿dónde está mi chica y qué has hecho con ella?

—Zoquete.

Se ríe y asiente. Se lleva las manos a los ojos y comienza a contar en alto.

—Uno, dos, tres, cuatro…

Cuando mi cabeza razona lo que hace, sin saber qué número será el último porque esa regla no la hemos estipulado en ningún momento, comienzo a correr como alma que lleva el diablo. No tengo dónde esconderme porque estamos en la playa, sin embargo, el fin de este juego, lo que realmente lo hace interesante, es que me pille.

Que me pille como siempre ha hecho. Y dejarme pillar.

—¡Quince! —grita. Joder, no me ha dado tiempo de correr demasiado.

No contamos con público que nos observe y sonríe al darse cuenta de que somos una de esas parejas fuera de lo común. Me carcajeo alto cuando miro hacia atrás y lo veo acercándose, recortando la distancia entre los dos, con su pantalón de flores y su camisa blanca, su pelo alborotado y descalzo.

Sin pañuelo hortera.

Lanzo los zapatos y los dejo caer en cualquier sitio, es absurdo correr con ellos en las manos. Ya tendré tiempo de recuperarlos después.

Y me pilla. Me pilla rápido. Sujeta mi cintura entre sus brazos y me envuelve entre ellos. Damos vueltas en la playa, mirándolo desde arriba.

—¡Ja! Soy más alta que tú.

—Siempre has sido más, en todo, mucho más.

Me deja caer con lentitud entre sus brazos y con cada roce se intensifica todo. El lugar, el rumor de las olas, la arena bajo nuestros pies, la noche que cae, las estrellas que brillan, el espacio que se vuelve perfecto. Lo únicos que somos cuando estamos juntos. Lo completa que me siento cuando sus labios se posan sobre los míos y el fuego que se despierta en mi interior cuando su sabor lo inunda todo.

—Joder, Munia, te quiero —musita separando sus labios de los míos.

—Joder, Ciro, te quiero —repito para que entienda que eso que acaba de decir, taco incluido, somos nosotros dos.

Mis dedos se posan sobre el bajo de su camisa y me deshago de ella sin mediar palabra. Cuando la prenda deja de interponerse entre

los dos, me pongo de puntillas de nuevo y le beso una vez más, con mis manos apoyadas sobre su perfecto torso.

Las suyas danzan por encima de mi vestido y coloco sus dedos sobre el ojal.

—Ni se te ocurra romperme mi vestido favorito.

—Tienes miles de estos.

—Ninguno de este verde. Es verde aceituna —le digo como si ese dato aportase algo, no sé, como el que dice que está hecho de oro.

Aun así, sus dedos comienzan a soltar los botones con sumo cuidado y, con cada uno que consigue abrir, me acaricia.

De pronto mis pechos se hacen cada vez más pesados y mis pezones se yerguen. Mi mano va en busca de la cinturilla de su pantalón y lo bajo con presteza.

—Algo bueno tiene que tener mi altura —formulo con palabras llenas de parodia.

—Tiene muchas cosas buenas, de hecho. —Me guiña un ojo y mi vestido termina cayendo al suelo.

Lo único que se interpone entre él y yo es una braguita negra, sencilla, que no tarda nada en desaparecer.

Me arrodillo frente a él y le guiño un ojo con picardía.

—¿Te refieres a esto? —demando antes de depositar un suave beso sobre la punta de su polla. Dura, por supuesto.

—Munia… —murmura cuando se percata de mis intenciones. No responde a mi provocación, sin embargo, no hace falta que lo haga.

La introduzco en mi boca. Entera, sin dudar. Hasta el fondo, como le gusta y como me gusta. Su sabor se hace patente de inmediato y me encanta. Mi mano se coloca alrededor de su miembro y, entre engullida y engullida, la muevo.

Los gemidos y los jadeos que escapan de su boca me muestran si lo estoy haciendo bien, si lo estoy volviendo loco, tan loco como quiero volverlo.

Sus manos se enredan entre mis mechones y acompasa el movimiento de su polla a mis lamidas.

—Me encanta follarte esa boquita que tienes. Es el único momento en el que no dices nada, en el que guardas silencio.

Me provoca, me incita, sé que lo hace, lo sabemos ambos. Su sonrisa lo delata.

La trago hasta el fondo y su mirada llena de picardía por lo dicho se oscurece y se llena de deseo, de un deseo llevado al límite. Su gesto cambia y se torna febril. Lo hago de nuevo. Sus manos me acompañan.

Y, de repente, el vacío se hace eco en mi boca. Mi espalda queda de frente a la suya. Sus manos se posan sobre mis caderas y su polla se sitúa en la entrada de mi coño.

La mueve por mi hendidura, confirmando sus sospechas.

—Te pone cachonda chuparme la polla —me dice. Una vez más, incitándome a que le conteste.

Lo hace. Claro que lo hace.

Me muevo contra su miembro para indicarle cuánto hay de verdad en sus palabras. Ciro gime cuando lo hago y de inmediato se cuela dentro de mí con una embestida larga y profunda.

Me siento llena y completa.

—¿Sabes que ahora mismo nos podrían ver? Y que mañana podríamos salir en las noticias como los presentadores pervertidos que han follado en una playa de Portugal.

Podría ser, claro que podría, sin embargo, pregúntame si me importa ese pequeño detalle.

Voy a su encuentro de nuevo, indicándole lo mucho que me la pela que nos pillen y que lo que de verdad me trae de cabeza es que me folle fuerte y duro. Como hace siempre. Como nos gusta a los dos.

Jadea cuando lo hago y lo repito una vez más.

—Eres mi perdición. Lo has sido desde siempre.

Bombea dentro de mí sin dudar. Una embestida acelerada, seguida de un movimiento circular de su cadera, logrando llenarme por completo y se retira con suavidad, deleitándose del placer de volverme loca.

Mis manos se enredan en la arena. Una de las suyas va al encuentro de mi melena. La enreda entre los dedos y tira de ella hacia atrás a la vez que me folla con fuerza.

El rumor de las olas se entremezcla con nuestros sexos chocando, con sus gemidos, con mis jadeos. Con la locura que implica tenerlo dentro.

Y eso, justamente eso, comienza a formarse. Las ganas se acumulan en cada poro de mi piel, la anticipación lo remueve todo, la locura ocupa cada recóndito espacio entre nuestros cuerpos, el picor que precede el orgasmo vaga por nuestras pieles y me dejo ir. Cierro los ojos cuando el orgasmo llega, asolándolo todo, y percibo que sus embestidas se hacen más profundas, más fuertes, más intensas, más duras y certeras…

—Munia… Joder, Munia…

Mi nombre en sus labios, la puta mejor banda sonora que he escuchado jamás.

Alas. Ciro despliega mis alas. Y yo…, yo despliego las suyas.

Solo nos queda volar.

57. LA GRAN CAGADA

El regreso a la realidad se torna peor de lo que me había imaginado. Ciro volvió conmigo, sin embargo, él dispone de un día libre más, por lo que hoy no puedo darme el lujo de ir en su busca para provocarlo.

He quedado con Fabián para desayunar y que me ponga al corriente de todo. Loreto ha decidido sumarse a última hora, así que hemos quedado por fuera de la cadena para poder charlar un rato antes de entrar a trabajar.

Aguardo a que mis amigos lleguen. Fabián es el primero, y accedemos a local para pedir una mesa.

—Tengo poco tiempo —me advierte—, he quedado con César para desayunar.

—Ah, muy bien —ironizo—, ¿piensas desayunar dos veces?

—Y tres si me deja llevarlo al baño y echar uno rapidito. —Sonríe mi amigo sin vergüenza alguna.

Le dedico una mirada condescendiente.

—¿Cómo está Loreto?

Fabián resopla.

—Estoy muy mosqueado con David. Me caía bien, ¿sabes? No esperaba nada de esto. Estaba con César el sábado y logramos entre los dos calmarla porque vino hecha una furia diciendo que iba a llevar a la cerda a la puerta de su casa para que le cagase y ponerle un cartel o no sé qué. Ni siquiera sé de dónde sacó tal idea.

Alzo la mano como la que se sienta en el estrado a declarar.

—Culpa mía —confieso.

—Muy tuyo, sí, no sé cómo no se me pasó por la cabeza que podías tener algo que ver.

—No fue a propósito, ¿sabes? —me defiendo—. Hablamos por teléfono y la verdad es que… me sentía mal por no estar a su lado. Una cosa llevó a la otra y tramamos un plan. Vamos —me disculpo —, nada que no sea muy propio de lo que ya hacemos nosotros, porque está más que claro que lo de los planes se nos da de lujo.

—El de Ciro fue idea mía…

—De ese tema tenemos que hablar —le advierto.

Fabián asiente y espera a que prosiga, sin embargo, la llegada de Loreto lo cambia todo.

—¡A los buenos días! —suelta sonriente.

Nos quedamos estupefactos al ver el buen humor que carga nuestra amiga y asimilando su saludo, definitivamente, lo que esperaba encontrarme era cualquier cosa menos esto.

—¿Qué pasa? —intercede Fabián.

—He hecho algo malo, muy malo… —nos cuenta.

Ay, madre…

—¿No me jodas que tiene que ver con el plan del sábado? —inquiere Fabián.

—Tiene, por supuesto que tiene. Eres un puñetero cortarrollos —suelta nuestra amiga.

Alzo la mano para pedir algo de beber, porque tenemos poco tiempo.

—Tres cafés con leche —demando.

—Y tres chupitos de aguarrás —pide Fabián llevándose la mano a la sien como si eso fuese a calmar la que se avecina.

—¿Qué has hecho?

—Yo no, Peggi.

—Ay, madre —digo yo en esta ocasión—. Que la hemos cagado.

—Nosotros no, Peggi —insiste nuestra amiga.

Ella se ríe como si hubiese sido la mejor trastada del mundo. No quiero imaginarme lo que los padres de Loreto deben de haber sufrido mientras era una renacuaja.

—Es tu culpa —me dice Fabián—. Le diste alas.

Alas…

—Lo admito… Un poco de culpa sí que tengo.

—No —niega Loreto, anticipándose a mi disculpa—. Munia no es la culpable de nada de esto. El culpable es David. Se ha comportado como un auténtico imbécil y me ha dejado porque resulta que le importa la edad. ¿Y sabéis lo que creo?

—Ay, madre. —De nuevo Fabián le da voz a nuestro acojone.

—Creo que lo que quería era follar conmigo, tirarse a una jovencita…

—¿No decías que él también es jovencito? —la acusa Fabián entre risas.

—Y lo es, pero en este preciso instante estoy mosqueada, así que cállate y deja que me desahogue.

—Todos sabemos que David es un tío guapo que está como quiere —añado. Loreto me pone mala cara. Es el resquemor, lo sabemos todos, sin embargo, es el momento de despotricar por el bien de mi amiga—. Lo retiro.

—Bien. Como os decía, lo que quería era follar con una jovencita como yo y se ha dado cuenta de que todo esto se le viene grande. Me dijo que me quería, ¿lo entendéis? ¿Cómo alguien puede decir eso tan libremente y a los dos días dejar de querer? ¿Me lo explicas? —me pregunta mirándome. ¿Acaso es capaz de leerme la mente y saber que eso fue lo que pasó con Ciro y conmigo este fin de semana?—. ¿Me lo explicas? —inquiere dirigiéndome esta vez a Fabián. Vale. No me leía la mente ni nada de eso. No tenemos que ir a ningún programa.

—Estás enfadada y es normal que pienses de esa forma, Loreto. En unos días estarás más tranquila.

—Los cojones —apostilla mosqueada. Nuestros cafés con leche llegan en ese momento y ni siquiera les prestamos atención—. En unos días volveré a su casa y le dejaremos otro mojón. Uno por cada mentira que ha formulado.

—Si lo quieres castigar, sin duda, es el mejor camino. —Fabián tira de sarcasmo y, aunque esté mal, yo me descojono, no me podéis negar que no esté bien llevada la broma.

—Lo malo será cuando se dé cuenta de quién ha sido porque David no es gilipollas —especifico.

—¡Anda que no! —replica mi amiga.

Guardamos silencio los tres y aprovechamos para remover cada uno su taza. Fabián mira el reloj.

—Me voy a mudar —añade Loreto al cabo de un rato.

Chasqueo la lengua con desaprobación.

—No tomes decisiones precipitadas, te gusta tu casa.

—¿Y? No es la única casa que hay en Madrid. No le tengo apego a las cosas materiales y… no quiero seguir teniendo que verlo cada

poco tiempo. Yo le quiero —nos dice—, ¡le quiero de verdad! —grita.

—Loreto…

Alzamos la vista cuando una voz conocida musita su nombre. Mi amiga se envara y se queda mirándonos. No se gira como debería, aunque en su gesto puedo leer el desconcierto y, al cabo de los segundos, la decepción.

—Joder… —murmura Fabián por lo bajo.

—Loreto —repite David tras ella.

Esperamos a que reaccione, que diga algo, que haga algo, que monte una escena o que, sencillamente, le diga lo que piensa y cómo se siente, sin callarse nada, sin embargo…, Loreto siempre ha sido muy proclive a romper todos nuestros esquemas.

—Aquí huele a mierda.

Fabián abre la boca como si de la explanada de la feria se tratase. Yo ahogo un gemido, y David…, David sonríe ante su respuesta.

Loreto abandona la cafetería sin despedirse, de nadie.

—Chicos… —nos dice David cuando mi amiga se ha ido.

—¿Has dejado que se marche? —le pregunta Fabián.

David alza los hombros, y yo comienzo a tener dudas de si ha venido a pedirle explicaciones por la cagada, a burlarse de ella o si de verdad hay algo de arrepentimiento en él.

Fabián se incorpora ofendido tras su pregunta, me da un beso y abandona la cafetería. Observo la hora y me quedan quince minutos antes de tener que entrar a la cadena.

—Solo quedamos tú y yo —añade David tomando asiento frente a mí.

—No vas a encontrar en mí una aliada, porque siento decirte que eres un puñetero imbécil, David. Yo estaba de tu lado —le reprocho con total sinceridad—. Pensaba que sentías algo por mi amiga y solo has sido un maldito error para ella. Has conseguido que se ilusione, que crea en tus palabras, que se deje llevar, y luego la has dejado por una estúpida excusa de mierda que no tiene ni pies ni cabeza.

David asimila mis palabras con estoicidad, espera a que termine de hablar y se limita a asentir.

—No hay nada de lo que has dicho en lo que no tengas razón. Y me he dado cuenta. He venido a buscarla.

Observo mi taza, ya casi vacía, y alzo de nuevo la mano para pedirle otro a la camarera. David se gira y enseña dos dedos para que le pongan lo mismo a él.

—Me dejé llevar por el qué dirán, Munia. Le presenté a Loreto a mi familia hace unos días. —Agrando los ojos porque eso no me lo había dicho. De pronto, me siento mala amiga, porque quizá he estado mucho más pendiente de mi vida, de mi relación con Ciro, del trabajo, de todo antes que ella—. Y lo primero que me dijeron es que era una niña. Que qué iba a pasar cuando ella tuviese cuarenta, mi edad, y yo cincuenta y cuatro o peor aún…

—Son solo catorce años, David. No treinta y, aunque así fuese, aunque hubiese tres décadas de diferencia, es un número, y estoy segura, más que segura diría, de que a Loreto eso se la sopla muchísimo porque lo que ella siente por ti es de verdad.

—Lo sé… —se sincera—. Y también sé que la he cagado. Nunca mejor dicho, porque recibí el mensaje.

—Te lo merecías. Y también te merecías esto de ahora. El desplante.

—Me merezco todo, lo sé, por eso he dejado que se fuese, porque no quería que me lo pusiera fácil. Loreto es una chica maravillosa y la quiero de verdad, quiero que forme parte de mi vida siempre, me da igual lo que digan, lo que hagan, la quiero conmigo. Cerda cagona incluida.

Me hace gracia que en el *pack* incluya a la cerda, es más, estoy convencida de que, si ella escuchase cómo la tiene en cuenta, ya estaría pidiéndole matrimonio.

—Loreto ha estado colada por ti desde que vive en tu piso y sé, de primera mano, que lo que siente por ti es real.

David asiente y se lleva la taza a la boca. Hago lo mismo, y nos damos unos segundos de silencio.

—Yo también siento por ella algo especial.

—Se va a mudar —le confieso.

—Por supuesto. —Sonríe—. Se va a ir conmigo —se aventura a añadir.

Asiento sonriendo tras la seguridad que irradian sus palabras.

—Te lo va a poner difícil —le digo.

—Contaba con ello y, por eso, necesitaré tu ayuda.

Bebo. Miro el reloj. Tengo que irme.

—Cuenta conmigo —le digo. Me marcho de la cafetería y, justo antes de llegar a la puerta, me giro—. Gracias por los cafés.

Salgo de allí con el convencimiento de que mi amiga, por fin, tendrá su final feliz.

58. SI LAS PAREDES TUVIESEN OÍDOS

Obviamente, no le digo nada a Loreto de lo que ha sucedido en esa cafetería tras ella haberla abandonado ni del plan, porque, en primer lugar, lo desconozco y, dos, porque me encantará participar en lo que quiera que tenga David preparado para ella y mantener la sorpresa hasta el final.

Munia Visier:

Te echo de menos, ¿podemos volver a Ericeira? A esa playa…

Le envío un mensaje a Ciro antes de entrar a la sala de maquillaje.

Mientras espero, sentada por fuera, a que termine con Esteffi, me dedico a llenar mi chat personal de las cosas bonitas que me han pasado con Ciro en estos días. Medito sobre si eliminar todos los comentarios feos que hemos compartido, sin embargo, no lo hago porque eso forma parte también de lo que somos y de nuestra relación. Sin ese pasado, no estaríamos disfrutando de este presente.

Sustituyo el nombre del chat, lo de «Ciro come pepino», suena gracioso e incluso pegadizo, no obstante, ya no tiene el mismo sentido que tenía antes.

«Ciro, come chumino» es mucho más apropiado, ya me entendéis. Lo leo varias veces partiéndome de risa por mi ocurrencia. Sí, definitivamente, es más nosotros.

Ciro Bravo:

Confiesa, pequeña arpía, lo que quieres es volver a aquella playa y revivir las perversiones que hicimos en ella. Como no hemos salido en las noticias ni periódicos nacionales, quieres redimirte. Tal vez te gustaría que nos pillasen, ¿algo que contarme, arpía?

Sonrío por inercia cuando leo su pregunta, esa que siempre me ha hecho. Hay cosas que permanecen inalterables.

Esteffi abre la puerta, y Loreto se queda apoyada en el marco de la misma. La recién llegada no para de lloriquear por lo que quiera que le ha tocado hoy.

—Pasa —me pide mi amiga, intentando cortar el rollo.

—Te mantendré informada —musita Esteffi tras despedirse de Loreto sin siquiera dedicarme un saludo por pura educación.

Entro y me dirijo a la silla.

—¿Qué le pasa hoy? ¿Acaso se le ha roto una uña? —ironizo. Que nunca me ha caído bien lo sabemos todos, sin embargo, con todo el tema de Ciro, pues podéis haceros a la idea de cómo están las cosas.

—Sigue lloriqueando porque Ciro no le ha dado una cita, aunque me ha dicho que le ha mandado un mensaje para verse, ¿lo sabías?

Niego.

Munia Visier:

¿Has quedado con Esteffi y no me lo has dicho?

No pienso dejar que la desconfianza baile una sardana entre nosotros.

—Pronto lo sabré —le cuento a Loreto tras enseñarle el mensaje que le acabo de enviar.

—¿Estuvisteis follando en la playa?

Enfoco la vista en el móvil a ver cómo se ha enterado del asunto porque esta mañana me pareció de muy mal gusto abarcar el tema teniendo en cuenta el estado de mi amiga. Bastante mal me sentía ya por haberme ido de fin de semana, a pesar de que me enteré de lo sucedido estando ya en Ericeira.

—¿Has leído el último mensaje? —la increpo.

—El penúltimo —cuenta guiñándome un ojo.

Bufo y pongo los ojos en blanco. No contesto, por supuesto.

—Oye, Loreto…, con respecto a lo de hace un rato…

—No quiero que me digas nada sobre David, Munia. No quiero. No me interesa. Él eligió y decidió…

—Ya, pero quizá…

—¡No! —zanja con decisión—. Voy a mudarme, y David dejará, además de ser mi novio, de ser mi casero —replica. Escondo tras una máscara de indiferencia lo divertido que me resulta la situación porque, si el plan que trame él sale bien, es probable que mi amiga sí que se mude y que haya barbacoa en el jardín, esa con la que siempre hemos bromeado, aunque la cena no sea la morcilla o no esa morcilla que come zapatos sin ponerse ni colorada—. Quiero que me cuentes qué tal tu fin de semana, cómo te va con tu novio, ¿puedo llamarlo novio? Sí, claro que sí, y qué planes tienes con él. Puedes entrar en detalles, ya sabes, no está muy bien por tu parte que cuentes demasiado si tenemos en cuenta que mi vida sexual se va a limitar de nuevo a mí misma.

—Ya sabes que la de los detalles eres tú —la amonesto.

—Era… —El teléfono vibra de nuevo sobre la mesita y lo ojeo—. Puedes leerlo, que sé que te mueres de ganas.

Lo sujeto y lo desbloqueo.

Ciro Bravo:

Sí, he quedado con ella. Al fin y al cabo, tengo que contarle que tengo novia y que es muy celosa. Y que eso me pone muy cerdo.

—Anda, mira, a Ciro también le gustan los cerdos, ya sabía yo que me caía bien.

—Deja de leer los mensajes ajenos —le reprocho intentando hacerme la ofendida.

Loreto comienza a moverse por la habitación a la vez que Ciro y yo seguimos intercambiando mensajes. Unos más subidos de tono y otros más romanticones.

—Puede que dejase de leer mensajes ajenos si me contases más detalles de tu fin de semana romántico con Ciro, el presentador del momento —satiriza mi amiga.

—Loreto… —Mi voz suena un poco a ruego, porque no me parece de buena amiga contarle lo bonita y perfecta que es ahora mi vida teniendo en cuenta la situación por la que atraviesa su relación. Aunque se vaya a solucionar todo o eso quiero que suceda.

—Estoy bien. David es pasado, él quiso que así fuese. Me repondré, como hiciste tú, y llegará alguien que sí me valore y que no le importe la edad, mi trabajo, mi estatura o lo afilada que tengo la lengua —declara.

Asiento porque…, además de que tiene razón en sus palabras, no quiero hacerla sentir mal.

Me incorporo y me apoyo sobre la pequeña mesa. Me observo las manos porque ni siquiera sé por dónde empezar.

—Todo parece un sueño, Loreto…, y me da pavor despertarme —claudico.

Mi amiga suspira, un poco por mis palabras y otro poco por la incertidumbre que trasmito en ellas.

—Le quieres, ¿verdad?

—Joder, sí… Quizá en otro momento habría bajado la cabeza y habría evitado contártelo, como hice con lo de Jorge o con todas las cosas que me asustan, en cambio, con Ciro es diferente. Todo lo es. Me da igual el programa. Quedan apenas unos días para que uno de los dos deje de formar parte del equipo y eso que para mí era vital, el trabajo, que se convirtió en el epicentro de mi vida, ya no lo es tanto. He aprendido que hay cosas que importan más, he aprendido a priorizar, y Ciro es una de mis prioridades —le cuento.

—¿Y lo que dijo Fabián? ¿Lo que escuchó aquella noche en casa de César?

Niego y vuelvo a llevar mi vista hasta mis manos.

—Sí que dejó a su novia estando embarazada —le digo.

Loreto ahoga un gemido y comienza a dar vueltas por la habitación, desesperada.

—Munia, joder, Munia…, ¿qué clase de hombre hace eso? Estás loca, ¿cómo vas a estar con un tío que hace eso?

Sonrío de medio lado y la dejo que despotrique a gusto, esto de mantenerla en vilo hasta el final me mola.

—Loreto, relájate —le pido cuando ha dejado de hablar minutos después—. La dejó estando embarazada porque el hijo que esperaba no era suyo. Era de Marcos, su hermano —explico.

Mi amiga frena sus pasos en la habitación y me mira con los ojos como platos.

—¿Qué?

—Su hermano y su novia tenían una relación sin que Ciro lo supiese, Loreto. Estaban juntos desde hacía meses y esperaban un bebé. Por eso Ciro la dejó. Fabián tuvo que haber interpretado mal las palabras de César aquella noche.

—¿Estás segura? —indaga.

—Sí, no tengo dudas. No voy a averiguar por ahí, preguntando por doquier a todo el que conozca el pasado de Ciro cuánto hay de verdad o no en todo este asunto, le creo. Me lo ha contado, y yo he decidido creerle y darle un voto de confianza. No puedo estar siempre dudando de todos. Ciro no es Jorge y no tiene que pagar por los errores de otro de la misma forma en la que no me gustaría que Ciro me hiciese pagar a mí por los errores cometidos por su ex.

—Tú no te vas a enamorar de su hermano. Bastante te ha costado admitir lo que sientes por él.

Cabeceo afirmando porque no les falta razón a las palabras de mi amiga.

—Le quiero —repito.

—Lo sé —murmura mi amiga.

La conversación cesa cuando Pili entra en la sala de maquillaje. Está eléctrica, como si se hubiese tomado varias bebidas energizantes sin pausa.

—¡Te estaba buscando! —me grita girando la silla y poniendo sus manos en los reposabrazos.

—¿Qué he hecho?

—El programa del otro día fue… ¡La hostia! —exclama.

Pili comienza a dar vueltas por la habitación contando la cantidad de llamadas que recibieron, los datos de la audiencia y mil cosas más. Y yo solo pienso en lo que sentiría Ciro ahora mismo si estuviese aquí y en las ganas que tengo de contarle que esto también ha sido gracias a él, aunque la idea haya sido mía. Cada día estoy más convencida de que juntos somos la bomba.

—Con estos datos tenemos que hacer algo. He solicitado una reunión con el señor Jiménez mañana mismo. Felicidades, Munia. Y felicidades a Ciro también. Tengo que llamarle —murmura saliendo de nuevo de la sala de maquillaje.

Y tal vez…, tal vez sí que hay alguna solución plausible que no pase porque alguno de los dos pierda su trabajo.

Sonrío. Ciro va a flipar cuando se lo cuente esta noche.

59. MORDER EL POLVO

CIRO

—Lo que no entiendo es el motivo por el que han cambiado de idea y resulta que quieren verme. —César, tumbado en mi sofá con las piernas en alto, como el que se encuentra en un diván, me narra lo acaecido en cuanto a su tema familiar.

—Puede que se hayan dado cuenta de que no eres un enfermo y que no les vas a contagiar nada.

Es estúpido, lo sé, lo sabemos todos, sin embargo, esas palabras las han utilizado haciendo referencia a mi amigo en alguna ocasión y no está de más dejarle claro lo ridículo que me parece ese asunto.

—Ya. La homosexualidad se cura con pastillas, ya lo sabes. Puta sociedad retrógrada —masculla ofendido y no le falta razón—. No sé qué hacer. Hay una parte de mí que tira del lazo familiar y me dice que vaya, que acuda a su casa y que lo intente, que quizá no sea una tomadura de pelo y que queda una pequeña esperanza de que me acepten tal y como soy.

Me incorporo y doy varias vueltas por la habitación.

—¿Te estás escuchando? —le demando con seriedad.

César se incorpora, sus piernas siguen en el reposabrazos, en cambio, apoya su cuerpo en los codos. Me observa buscando la coña en mis palabras. No la hay, que no la busque.

—Claro. Lo hago. Me escucho y doy voz a mis pensamientos.

Bufo en respuesta a sus palabras.

—No tienes que arrastrarte por un poco de cariño, César —lo increpo. Que él no tiene la culpa de nada, eso lo sabemos los dos, sin embargo, ya está bien de hacerlo sentir inferior o pequeño—. No vayas donde no te quieren tal y como eres. No puedo creerme que estés meditando sobre ello. ¿Acaso no eres feliz así? Siendo libre.

—Lo soy, claro que lo soy —explica alzando un poco la voz—. Y mentiría si te dijese que no me apetece que todo surja con normalidad, que pueda ir con Fabián a comer los domingos, tomar

café por las tardes o salir a pasear sin pensar en quién me pueda ver y qué puedan decir.

—Me parece mentira que digas eso.

—Necesito el beneplácito de mis padres —confiesa—. No soy tan valiente como crees, Ciro.

Niego con efusividad.

—Sabes perfectamente que no lo necesitas. Piénsalo. —Me acerco hasta mi amigo y me coloco al borde del sofá. César se recuesta, apoya las manos sobre el pecho y mira al techo del salón de mi casa —. Hace semanas vivías con el pánico absoluto de que tus padres se enterasen y con la angustia de no poder contárselo, de no saber cómo hacerlo y su reacción. Tuviste el valor, tomaste las riendas y ¡joder!, César, que jamás en la vida me he sentido tan orgulloso de alguien como de ti, porque, a pesar de ese miedo, actuaste, fuiste fiel a lo que sentías y aceptaste el rechazo con estoicidad, y soy tu puto fan. —César se coloca de lado y me abraza en esa postura tan extraña. Estoy emocionado porque de verdad, mi amigo se merece todo lo mejor del mundo, no solo por aguantarme y permanecer a mi lado todos estos años, sino porque tiene un corazón inmenso—. No he terminado. —Carraspeo con suavidad porque estoy emocionado, no solo por decirlo, sino por sentirlo con esta intensidad—. Eres su hijo, César, y estoy convencido de que te quieren, sin embargo, si no se disculpan, si hay reproches, recriminaciones, malas intenciones en sus palabras, desprecio y humillación…, tienes que apartarte, por mucha aceptación que necesites por su parte. Yo voy a estar aquí siempre. Fabián te adora, no hay más que verlo. —Mi amigo suspira tras mis palabras, sé que es recíproco, aunque no quieran ponerle etiqueta—. Y hemos formado un grupo de lo más variopinto… No estás solo y no los necesitas.

—Te has puesto tontorrón, ¿ehhh? El amor te tiene loco perdido —ironiza César, incorporándose y colocándose a mi lado—. Y me alegro mucho de que así sea —finaliza.

Lo observo de soslayo y no soy capaz de decirle nada, de emitir ninguna réplica porque la verdad es que tiene toda la razón al decirlo. Munia ha logrado cambiar la situación, incluso yo, yo mismo

al conocerla, al entender que las reglas del juego se habían transformado y que algo sucedía, me ha quedado lo demasiado claro que sí, que me he vuelto un tontorrón y que la culpable es la pequeña arpía.

—No sé si eres el más indicado para decirme nada cuando has caído tú también.

Mi amigo deja escapar una sonrisilla y se levanta, encaminándose hacia la cocina.

—La aparición de Fabián ha sido un giro en la trama que no me esperaba. La noche de la cena me resultó extraño todo; la conexión, el desparpajo, nuestro primer beso, cómo subió al apartamento y pasamos tiempo juntos. Y, desde entonces, no hemos dejado de vernos y de compartir momentos, confesiones, de conocernos en el amplio sentido de la palabra y sé que a ti te ha sucedido lo mismo con ella. Te dije que necesitabas tener una cita…

—Lo sé.

—Y diste un rodeo antes de dar con ella. Que, a ver —me dice observándome mientras trae dos cervezas y las coloca sobre la pequeña mesa de centro—, Esteffi es un pibón, no obstante, a ti te gusta que te den caña.

Me descojono tras las palabras de mi amigo, que, si bien me conocéis, sabréis que no pueden ser más acertadas de lo que lo son, porque Munia ha captado mi atención desde el principio, desde que la vi, por eso, por no ser la típica chica. Y sé que compartimos más cosas de las que en un principio imaginaba.

—La quiero. —César me dedica una sonrisa condescendiente y me tiende la lata.

—Por el amor, por la sinceridad, por la familia que se elige, por los que te apoyan desde siempre, por las amistades inalterables y por el sexo desenfrenado.

—¿El sexo desenfrenado? —lo interrogo.

—No me hagas ponerte colorado —musita mi amigo alzando las cejas en un par de ocasiones.

Nos carcajeamos y nos dejamos caer en el sillón hacia atrás, cerveza en mano.

—Este fin de semana en Ericeira ha sido… —Clavo la vista en mi amigo—. Ha sido maravilloso, he visto una Munia que, si me dices hace semanas que existe, te lo niego en rotundo y sí, sí que está y ha sido todo un descubrimiento.

—¿Y Esteffi?

—He quedado con ella mañana. Para hablar y dejarle claro el tema. Me cae bien y no es mala persona, aunque Munia dice que no se fía de ella. Tengo que decirle que estoy saliendo con la arpía —sonrío tras mis palabras, si me escuchase...

—¿Lo vas a hacer público?

—Sí. —Asiento tras mi afirmación—. ¿Por qué no? No tengo nada que ocultar. Al fin y al cabo, es nuestra vida privada y eso no va a afectar en nada al trabajo.

Damos buena cuenta de nuestras cervezas y aprovecho para contarle lo que hicimos el fin de semana, la llamada a mis padres, y él me explica los planes que tiene en mente con Fabián y lo ilusionado que está, cosa que no es necesario que me explique porque no hay más que verlo.

Cuando nos despedimos, enciendo la tele y pongo *El amor tiene fecha de caducidad*. Munia está realmente guapa. Me quedo un rato parado observando lo bien que se le da ser la presentadora de ese programa y lo mucho que le cuesta mantener el tipo cuando el chico le explica que se ha ido con otra porque su mujer es una loca insufrible. Si no la conociese bien, diría que le da igual todo, sin embargo, debajo de esa fachada de tía dura, las ganas de asesinar al tío le pueden.

Me dirijo a la habitación dejando de fondo el programa, con la intención de ducharme y preparar algo de cenar antes de que llegue Munia, en cambio, el teléfono suena sobre la mesa del salón y regreso sobre mis pasos.

—¿Sí?

—Ciro Bravo.

—Sí, soy yo —musito—. ¿Quién es? —¿Ha sucedido algo? ¿Mis padres?

—Te llamo desde la cadena, soy la secretaria del señor Jiménez. —Mierda—. Nos gustaría que vinieses por aquí, puesto que hay algo

que quieren hablar contigo.

Medito sobre las distintas opciones. Es cierto que, en unos días, acaba el plazo que nos dijo Pilar que estipulaban para saber qué programa es el que iba a permanecer en antena. Fijo la mirada en el televisor, y mi chica se está riendo en este momento. Ella está hecha para eso, para ser presentadora.

—Sin problema. Estaré allí en media hora.

—Si es antes, tampoco pasa nada —finaliza la chica en cuestión.

—Estaré ahí en cuanto pueda.

Nos despedimos con cortesía y me digo que la ducha puede esperar hasta después. Me cepillo los dientes para eliminar el rastro del alcohol y me encamino hacia la cadena con cierto nerviosismo.

No puedo evitar pensar en qué sucederá tras esta reunión y si es porque ya ha sido tomada la decisión.

Pase lo que pase, estaremos juntos.

60. DOS PUTOS DÍAS

Dos días son los que llevo sin saber nada de Ciro. Nada de nada.

Al principio pensé que podía ser una de esas bromas de mal gusto, de esas que solo le hacen gracia a él porque todos sabemos el humor que se gasta el muy zoquete.

No está en casa, tampoco responde a mis mensajes y estoy a un par de ellos de que me puedan denunciar por acoso. Se lo ha tragado la tierra.

—Date prisa, tengo una reunión con Pilar a primera hora —le digo a Loreto mientras tomamos un café en el bar de enfrente a nuestro trabajo.

—¿Sigues sin saber nada de él? —me pregunta.

—Nada. —Bajo la cabeza, agobiada con el tema—. Tampoco lo he visto en la cadena y estoy preocupada. No es normal en él. César me dijo ayer que le había surgido un asunto y que no me preocupase.

—No me cuadra nada, te habría respondido a los mensajes.

—Lo único que se me ocurre es que sea algo relacionado con sus padres, con Marcos y con Kiara —le explico a Loreto, que termina de tomarse el contenido de su taza.

—Puede ser. Pregúntale a Fabián a ver si sabe algo.

Asiento porque no se me había pasado por la cabeza la idea de hacerle un interrogatorio a Fabián del asunto a ver si él posee algo de información que yo no.

Salimos a la calle y le indico a Loreto que voy a llamar. Ella se marcha en dirección al trabajo.

El teléfono suena en varias ocasiones y no responde. Miro con fijeza la pantalla sin entender nada.

Cruzo y, cuando me dispongo a entrar, el teléfono repiquetea en mis manos. Doy un bote y de inmediato pienso que es Ciro el que me llama para contarme que le han abducido los extraterrestres o que ha sido pasto de la mafia rusa, lo que sea que justifique su desaparición y su total mutismo en estos dos días.

—Fabián —respondo casi que perdiendo la voz.

—Munia, buenos días, ¿ha pasado algo?

Joder que si ha pasado.

—No sé dónde está Ciro, lleva dos días sin hablarme. Nada de llamadas, mensajes y juro que he tirado de artillería pesada porque lo he llamado zoquete y eso nunca falla.

Escucho a mi amigo suspirar al otro lado de la línea y juro que noto un nudo en la garganta.

—Si me llamas para que te cuente algo o esclarezca la situación, siento decirte que no tengo ni pajolera idea de nada, en resumen, porque no he visto a César desde ayer por la mañana que desayunamos juntos.

—Lo llamé —le digo.

—¿Y?

—Me contestó —replico—. Me dijo que Ciro tenía que hacer cosas y que ya me escribiría. Me sonó raro, pero no quiero desconfiar de nadie.

—No, no…

—¿Crees que César me mentiría? —Las dudas comienzan a hacerse latentes y de verdad que empiezo a hiperventilar—. No entiendo nada, Fabián.

—No creo que César te haya mentido. Lo llamo y te cuento cuando sepa algo. Deja de darle vueltas a la cabeza, Munia. Yo tampoco veo a César desde ayer y no pasa nada.

Fabián tiene razón, no tengo por qué desconfiar a la mínima de cambio. No quiere decir que esté con otra o con otras, que haya vuelto con Kiara o que, al final, ese hijo sí que sea suyo. No obstante, lo lógico es que, si tuviese algo importante que solucionar, me hubiese hecho partícipe, ¿verdad?

—Vale. Gracias —le digo—. Llámame cuando sepas algo, Fabián. Estoy preocupada.

—Tranquila —me calma.

Corto la comunicación y observo la hora.

No me da tiempo de pasar por mi despacho antes de la reunión que tengo con Pilar a primera hora. Voy con ganas de tener novedades sobre nuestro programa, porque ni siquiera me dio tiempo de decirle a Ciro lo bien que había salido todo y que a Pili se

le había ocurrido una idea para que al final ninguno de los dos tuviese que irse.

Tal vez, tras esta reunión, las noticias son mucho mejores y todo sale a pedir de boca, no sé.

Intento calmarme y entrar llena de positividad a ese despacho.

Pico la puerta y, cuando me invitan a pasar, entro. Todas esas buenas vibras desaparecen cuando veo que Pilar no está sola, la acompaña el señor Jiménez. No sé hasta qué punto esto tiene algo de bueno.

—Pasa y siéntate, Munia —me pide Pili.

Me acerco hasta ellos y tomo asiento. La silla que ocupo es la misma en la que me senté semanas atrás cuando Pilar nos comunicaba a Ciro y a mí que habría cambios y que esos cambios no iban a agradar a alguno de los dos.

Recuerdo la sensación que me embargó en ese momento, cuando supe que lo que se había convertido en el epicentro de mi vida durante años y en lo que me había refugiado tras lo de Jorge, iba a suponer un duro golpe si el final no era el esperado: que mi programa prevaleciese en el tiempo y no el del que, por aquel entonces, era mi archienemigo.

Y, ahora, las cosas han dado un giro del todo inesperado. Me da igual tener que irme yo, dejar el trabajo y que sea Ciro el que siga presentando su programa porque, al final, tengo que admitir que he ganado. Sí, lo he hecho, porque he encontrado a una persona que me complementa por encima de todas las cosas y que me ha enseñado a confiar de nuevo, no solo en él, sino en mí misma y en mis capacidades para enfrentarme a las relaciones.

—Te hemos citado porque, como bien sabes, esta semana se termina el plazo que marcamos para saber qué programa iba a permanecer en antena y cuál sería sustituido. —Cruzo una leve mirada con Pili, y ella tuerce el gesto—. Pues bien, *El amor tiene fecha de caducidad* permanecerá en antena. Felicidades, señorita Visier. —Las palabras salen de su boca y, lo que se supone que tendría que ser motivo de celebración, no es más que un fiasco.

—¿Por qué? —Necesito entender qué sucede. ¿Es por eso por lo que Ciro ha desaparecido? ¿Qué ha sucedido?

—Bueno —intercede Pili—. El programa del otro día, y corrígeme si me equivoco —comenta mirando al señor Jiménez—, fue un bombazo absoluto. Los índices de audiencia no podían ser mejores de lo que lo fueron y hemos recibido cientos de llamadas y correos pidiéndonos que vuelvas, que participes, saber qué fue de tu cita… Sin embargo…

Las palabras de Pili mueren en sus labios.

—Sabemos que tienes una relación con Ciro, Munia. —De nuevo, es el señor Jiménez el que toma la palabra—. Y la política de la empresa no prohíbe las relaciones entre los compañeros de trabajo, ahora bien, no creemos que un chico que deja a su exnovia estando embarazada sea el presentador más indicado para un programa en el que se busca el amor. Imagínate qué dirá el público de eso, Munia, hazte una idea de nuestra reputación, del qué dirán, de si nos juzgarán por ello.

Me llevo la mano a la boca cuando razono sus palabras, cuando las interiorizo y asimilo lo que acaba de decir. Un chico que ha dejado a su novia estando embarazada. ¿Qué? ¿Cómo?

Me levanto de golpe.

—¿Cómo sabéis eso? ¿Quién os lo ha contado?

—Eso es lo menos importante —me dice Pilar.

—No, para mí sí es importante. —No me puedo creer que Loreto lo haya contado, ¿acaso todo eso de que es feliz si yo lo soy era una mentira? ¿Tan dolida está por lo de David que ha preferido ir aireando nuestros secretos?—. Para mí sí es importante —repito como una autómata.

—La señorita Estefanía Martínez nos lo notificó hace dos días.

Mierda. Mierda. Mierda.

—¿Estefanía? —Apoyo los puños en la mesa y me siento completamente desconcertada.

—Sí. No voy a entrar en detalles. Debo agradecerle que nos lo haya comunicado porque considero que es importante que nosotros tengamos esa información para tomar medidas al respecto.

—Sabéis que eso forma parte de la vida privada de Ciro, ¿verdad? Sabéis que ninguno de vosotros tiene que juzgarle por las decisiones que toma o que deja de tomar, ¿no? Y, por encima de todo, sabéis

que habéis metido la pata hasta el fondo porque Ciro dejó a su novia estando embarazada, sí, pero ese bebé no era de él.

Pilar se incorpora y se lleva las manos al pecho. El señor Jiménez permanece impasible ante mis palabras.

Me giro y me encamino hacia la puerta con la furia recorriendo mis venas, haciéndose eco en mi cuerpo, en mi cabeza, con la rabia ocupándolo todo a su paso.

Sujeto el picaporte y, antes de abrir, me vuelvo hacia ellos.

—Aunque sé que habéis elegido, que la decisión está tomada, os adelanto que yo tampoco voy a seguir presentando mi programa. Podéis buscar a otra o decírselo a la señorita Martínez. Seguro que estará encantada de aprovecharse también de eso.

Abandono el despacho dando un sonoro portazo y con todas las cartas sobre la mesa.

Ciro cree que he sido yo la que lo he contado y por eso se ha ido. «¿Dónde estás, Ciro? ¿Dónde estás?».

61. LA TRAICIÓN TIENE NOMBRE PROPIO

CIRO

Deambulo como un autómata por la playa. La arena sigue colándose entre mis dedos y las olas siguen alcanzándome mientras paseo, sin embargo, las sensaciones no son las mismas de hace unos días, ni siquiera se acercan. Me falta algo.

Me falta Munia.

Munia…

El dolor y la opresión que siento cuando pienso en ella, en la forma en la que confié en sus palabras, la sinceridad que creí que irradiaba cuando me contaba que ella también había sido traicionada y la empatía que mostró cuando le dije todo, cuando me abrí a ella y expuse sin pensar lo que me había sucedido con Kiara y Marcos, ese dolor del que os hablo dudo mucho que desaparezca.

Las personas tenemos que prepararnos para las traiciones, para el dolor que ocasiona una pérdida e, incluso, para las desazones que acumularemos a lo largo de la vida. Lo sé, sé que es de esa forma. Sin embargo, había algo que me decía que con Munia no sería de esa manera. Que las cosas serían diferentes y que sus traiciones y las mías nos harían indestructibles.

Hasta que todo toma forma.

Cuando entré en ese despacho, con el señor Jiménez presidiendo la mesa, con su hijo al lado y sin rastro de Pilar, entendí que algo sucedía, algo atípico, porque Pilar siempre había sido la encargada de comunicarnos los cambios.

Y, luego, con un argumento sólido como lo es que un presentador de un programa al que la gente acude con la intención de buscar un amor de verdad, uno que perdure en el tiempo, no podía haber dejado a su novia estando embarazada porque iba en contra de lo que «vendíamos», de lo que queríamos que creyese la gente cuando lo viesen, la esperanza de que todo el mundo podría encontrar a su media naranja y que sí que existían los finales felices; colocaron frente a mí un despido, uno justificado, según podéis ver.

«Lo soy y puedo ser aún peor…».

«Haría cualquier cosa por mi trabajo».

«Se convirtió en lo más importante para mí».

«Vas a morder el polvo».

Ha jugado conmigo y su fin siempre ha sido el que ha sido: ser la presentadora y que su programa prevalezca en el tiempo.

Has ganado, Munia.

Regreso a la misma casa en la que nos hospedamos los días que estuvimos aquí. Un poco masoquista sí que soy porque, inevitablemente, observo las diferentes estancias y las imágenes de nosotros dos besándonos, compartiendo abrazos, secretos, un mordisco, un pellizco, sexo… Todas esas imágenes me llegan como si de una bomba se tratase, explotándome en la cara y recordándome que sigue doliendo y que puede, incluso, herir más que la primera vez porque con Kiara me pilló desprevenido, pero se supone que, en esta ocasión, tenía que haber aprendido a protegerme de otra manera, cosa que no conseguí porque me entregué y no lo vi venir.

Me tumbo en la cama y observo las notificaciones que tengo. Varios mensajes de Munia que no pienso leer. Elimino el chat que compartimos todo este tiempo sin pararme a leer sus mensajes porque eso solo incrementaría el sentimiento de traición y bloqueo su contacto. Hay también varias llamadas perdidas, de mi madre, de mi padre y de César.

Le devuelvo la llamada porque él no tiene culpa de que yo me sienta como una basura y porque le dije que estaría para él cuando me necesitase y yo, yo sí que soy un hombre de palabra que, cuando siento algo y lo expreso, lo llevo a cabo hasta el final.

César siempre ha sido mi apoyo, y yo siempre seré el suyo. Pase lo que pase.

—Oye, Ciro, ¿qué pasa? ¿Qué coño pasa? —farfulla al contestar. Las palabras malsonantes nunca han sido un punto fuerte de César, por lo que, seguro, está mosqueado.

—No pasa nada, todo está bien… —le miento.

—Déjate de historias. Munia me ha llamado mil veces y ha venido por aquí. No sabe dónde estás, y yo tampoco lo sé, cosa bastante

rara dada nuestra relación y la confianza que tenemos. ¿Podrías explicarme lo que sucede? He intentado contactar contigo, Ciro, me tienes preocupado.

Una punzada de dolor me sacude cuando mi amigo me cuenta que Munia se ha interesado por saber dónde estoy. ¡Qué buena actriz que es!

—Estoy en Ericeira —musito dejando los pensamientos destructivos a un lado.

—¿Qué? ¿Qué haces ahí? ¿Qué ha pasado? No puedes desaparecer sin más, Ciro.

—Me han despedido, César.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Procedo a relatarle con todo lujo de detalles lo sucedido desde hace dos días hasta este momento, sin dejarme nada en el tintero, hablo, y César me escucha sin interrumpirme.

—Y ella se ha aprovechado de todo esto para quedarse con el puesto. ¡Que el puesto me la pela, César! Es más, si ella me hubiese dicho que quería quedarse, que para ella eso era importante, que necesitaba ese trabajo porque la hacía feliz, yo me habría ido, porque la entiendo, porque la quiero, porque es lo más importante para mí, ella y su felicidad, en cambio, jugó sus cartas e hizo trampas. Otro de nuestros tantos juegos, intentar ganarse mi confianza, acercarse a mí fingiendo sentir algo, ¡me dijo que me quería! —Exploto lleno de furia—. Y ¿para qué? Para ganar, porque Munia Visier nunca pierde —musito abatido.

—Ciro… —Mi amigo toma la palabra, aunque hace una leve pausa, meditando qué decir o cómo argumentar y justificar lo sucedido.

—No te preocupes, lo tengo asumido, no pasa nada. No tengo que volver a verla. Una vez me pueden traicionar y puedo volver a caer la segunda, la tercera ya es de gilipollas.

—No digas eso —me reprende mi amigo—, no es justo. No sabes lo que va a suceder en el futuro.

—Eso ya me lo dijiste en su día, César. Tienes que cambiar de discurso.

—Tú también me dijiste que tengo que ser yo, intentar ser feliz y que no me importe lo que especulen los demás.

—Y sigo pensando igual —resuelvo. Me incorporo y me quedo apoyado en el respaldo de la cama.

—Pues yo creo que no tienes que cerrarte a nada. Es más, de la misma forma en la que yo les he dado una oportunidad a mis padres, tú deberías dejar que Munia se explique. ¿Acaso no te ha escrito? —Alzo los hombros como si él me fuese a ver a través del teléfono.

—Me da igual. Me ha utilizado, me ha mentido. Lo ha hecho —zanjo—. Y preferiría no hablar más del tema en cuestión. Munia es pasado.

—Munia está preocupada, eso no se finge, si de verdad hubiese jugado contigo, si se hubiese aprovechado de lo que le contaste a su favor, no preguntaría por ti. Ni te escribiría.

—Está fingiendo en eso también, es probable que para quedar bien.

—No lo creo. —Mi amigo tiene un tono de voz que no da pie a réplica, y juro que me encantaría creerle, que me encantaría confiar en él, en lo que me dice, sin embargo, perdonadme que no lo haga porque también en su día me dijeron que no estaban enamorados, que el bebé era mío, y resultó ser otra mentira más y una bien gorda.

—Ciro, por favor, ya sabemos que cerrarse en banda no es lo correcto.

—¿Y qué lo es? —grito ofuscado. Perdiendo los papeles—. ¿Qué lo es?

—Dejar que se explique. Lo hiciste con Kiara.

Niego. Niego con fuerza. Niego a pesar de que la opresión que siento me corta el aliento. Niego, aunque me duela, aunque me rompa por dentro no darle la oportunidad de explicarse. Soy incapaz de hacerlo.

—Me dejé llevar a pesar de todo y sentí…, siento, porque eso sigue estando aquí y es lo que me carcome por dentro, ser incapaz de hacer borrón y cuenta nueva, de olvidarla, de cerrar los ojos y no verla abrazándome, besándome o llamándome zoquete. Porque la

quiero de verdad, César, sin embargo, tengo que dejar de hacerlo y lo haré. Como hice antaño.

—Sabes que siempre te he apoyado y que, cuando has tenido razón, he sido el primero en dártela, ahora bien, no me pidas que te apoye en esto porque creo que te estás equivocando.

—Siempre lo hago, ¿no? —ironizo.

—No, Ciro, siempre has sido mi amigo, un tío con un gran corazón, que entiende las circunstancias de las personas.

—¿Y qué circunstancias esperas que entienda de todo esto? Dime, César, ¿cuáles?

—No lo sé… Ojalá pudiese decirte lo que pasa y sucede. Si no dejas que se explique… Yo lo hice, aun sabiendo que me podría doler hacerlo.

—Tú eres mejor persona que yo —matizo.

—No. —Un suspiro se cuela por el auricular y entiendo que César pierda la paciencia.

—Sí lo eres, siempre lo has sido, César.

—Ciro, por favor.

—No quiero hablar más de ella. Cuéntame, dime qué ha sucedido. Dame una buena noticia.

César guarda silencio unos instantes, meditando sobre lo que le digo, sobre si seguir intercediendo o si hemos llegado al punto en el que, por más que insista, no va a conseguir nada más. Sé que ha claudicado cuando le cambia el tono de voz y lo suelta.

—Las cosas no van a ser fáciles. Aunque puedo decir que hay un ligero acercamiento. Mi padre no se ha levantado de la mesa ni me ha dicho que soy un puto enfermo cuando le he dicho que estoy saliendo con alguien…

—¿Le has dicho…?

—Y ese alguien se llama Fabián —me corta para terminar.

Me carcajeo un poco imaginando el rostro contrito del padre de mi amigo al escuchar el nombre, con los labios apretados mordiéndose la lengua por no poder soltar una frase de las suyas, de retrógrado y desalmado, y, en cambio, pensando en la tranquilidad de mi amigo al ver que no recibía un desprecio más.

—Ya era hora —finalizo.

—Fátima me ha ayudado muchísimo —me dice haciendo alusión a su hermana—. Y mi madre también.

—Ya era hora —repito— de que entendiesen que era mucho más lo que perdían que lo que ganaban —matizo.

—Ya… —admite mi amigo—, yo no iba a dejar de ser quien soy.

—Es que no tienes que dejar de serlo, César, es ridículo. ¿Pensabas fingir ser una persona diferente? ¿Marchitarte por el camino por el simple hecho de tener la condición sexual que ellos decidiesen? Pues no lo veo.

—Fabián me ha enseñado muchas cosas. Me ha demostrado que no hay que avergonzarse —se sincera—. Aquella noche, en la cena, cuando me dijo a bocajarro y sin pudor alguno que se alegraba de que fuese gay, cuando vi en su mirada la resolución de sus palabras…, tuve envidia, porque yo quería ser igual de libre que él.

—Y lo eres. Ese miedo del qué dirán ha quedado atrás. Ya no importa eso, solo importa el futuro. Las cosas buenas que te esperan escondidas tras cada esquina, cada recoveco. Lo feliz que te hace Fabián.

—¿Y qué hay de tu felicidad, Ciro? —me pregunta. La cuestión me arde en el pecho, como si me hubiesen clavado dardos llenos de veneno.

—Será lo que tenga que ser.

¿Qué otra cosa puedo decirle?

62. CONSEJOS QUE VALEN ORO

—La rajo, te juro que a la tipa esta la rajo. Ya no es mi compañera de trabajo. Que dé gracias a que, cuando salí del despacho, ella no estaba en la cadena porque, en definitiva, la sangre habría llegado al río.

Mi tía Rita ha aguantado con estoicidad durante dos horas mis lágrimas y mi furia, porque sí, las he ido alternando una y otra.

—Explícame una cosa —intercede mi tía porque a mí ya se me ha ido la boca y no puedo parar—, ¿por qué esa chica haría eso?

Me giro como el que recibe un empujón sin ser esperado.

—Porque ella quería salir con él y está resentida porque haya sido Munia la que haya logrado enamorar a Ciro.

Tuerzo el gesto y el disgusto tiene que verse reflejado en mi semblante tras la aclaración por parte de Loreto.

—Efectivamente.

Me dejo caer en el sofá, al lado de mi tía. Ella siempre ha sido mi paño de lágrimas, siempre he contado con ella cada vez que todo ha explotado. Cuando sucedió lo de Jorge, fue la primera en actuar, en permanecer a mi lado, en sacudirme cuando fue necesario, cuando lo único que repetía era que Jorge era el chico al que amaba, y ella, ella supo que no era así, que esa palabra se quedaba muy grande y, aun así, calló y supo aguantar cada lágrima.

—¿Sigue sin contestarte? —me pregunta.

Le tiendo el teléfono que sujeta entre sus dedos y me mira con tristeza.

—¿Qué? —pregunto.

—Te ha bloqueado, seguro —confiesa Loreto, que se ha asomado cual suricato a mirar.

Le quito el teléfono de la mano y compruebo lo que ha dicho mi amiga. No me figura su foto de perfil. Loreto saca su teléfono y me lo enseña. En su wasap aparece una foto de él, una que le hice yo en Ericeira sentado en la playa, con sus gafas de sol puestas, el pelo alborotado y esas bermudas horteras que tanto le gustan.

Quiero llorar, en serio, ¿por qué a mí?

—Joder. —Sollozo tapando mis ojos con las manos. La única esperanza que tenía era seguir intentando llamarle, escribirle, que leyese mis mensajes, sobre todo, los últimos en los que le expliqué lo sucedido, que hubiese entendido que no lo he traicionado y que no soy la culpable, al menos directamente, de lo acaecido.

Mi tía coloca su mano sobre mi hombro para intentar consolarme.

—¡Todo me sale mal! —exclamo abatida.

El portero de la casa resuena. Loreto se apresura a abrir, y yo me quedo allí, tirada en los brazos de mi tía, compadeciéndome de mi mala suerte.

Rita me acuna entre sus brazos, y Fabián entra en el salón como si hubiese sacado un diez en su último examen sin siquiera estudiar. Ahora mismo le odio por ello, lo juro.

—Vaya, Munia, te has quedado «sin-puesto y sin novio» —me suelta chulo pachulo.

Me incorporo y le lanzo lo primero que pillo, que no es otra cosa que una zapatilla de andar por casa de mi tía. Rompo un jarrón y no acierto. ¿Se puede tener peor suerte en esta vida?

No me recriminéis que me ponga dramática, porque, tras lo ocurrido, me lo he ganado a pulso.

—Hasta eso me sale mal —lloriqueo una vez más.

Loreto suspira y se coloca al otro lado.

—Tus bromas no son graciosas, Fabián.

—A ver… —intenta explicarse—. A Loreto la ha dejado David por su edad y ¿qué ha hecho ella? Llevarle a la cerda para que le cague en la puerta, dejándole un mensaje subliminal con tal acto, y a Munia la deja Ciro, porque siento ser yo el que te diga que te ha dejado. —Otro cholazo, con igual fin, es decir, he acertado una mierda—. ¿Y qué hace ella? Lloriquear como una nenaza en vez de mover cielo y tierra para encontrarlo.

—¡Me ha bloqueado, estúpido! —grito lanzándole el móvil, que, por suerte, pilla porque ahora que soy pobre no tendré ni para comprarme uno.

No, no he tenido suficiente dosis de dramatismo. De nada.

—Sí, sin embargo, no contabas con mi astucia.

—Astucia, dice… —Yo sigo erre que erre, ofendida, que conste.

—Y te he traído a un aliado en esta guerra. Porque Munia Visier nunca pierde, ¿verdad?

Alzo la cabeza, aunque las lágrimas sigan descendiendo por mis mejillas, mis ojos estén hinchados como globos y mis mejillas coloradas como tomates, y lo hago con la esperanza de que sea Ciro el que lo acompaña, no sé, que lo haya encontrado por ahí, en una calle cualquiera o tenga la localización activada y lo traiga por la oreja. Nada. Mis fantasías siguen siendo solo eso, burdas quimeras.

—Hola, César —saluda Loreto.

Mi tía se incorpora y se acerca para presentarse. Me levanto y me aproximo yo también. Nadie tiene culpa de mi desgracia y de lo gilipollas que soy cuando quiero.

—Lo siento —le digo—. Soy lo peor.

César se acerca y coloca las manos sobre mis hombros y lo suelta.

—Yo sé dónde está —me dice.

Una leve esperanza se abre paso entre tanta mierda y siento el impulso de contarle lo que ha sucedido, no quiero que piense que me he comportado mal con él, que lo he hecho aposta, para ganar, para quedarme con el puesto, para que Ciro perdiese, para traicionarlo.

—No he sido yo, César, de verdad que no lo he hecho con la intención de joderlo. Ciro tiene miserias y le quiero con ellas, de la misma forma que él me quería con las mías. Con mi mierda de carácter, con mis respuestas absurdas e infantiles, con mi nido de pájaros, con mis vestidos de lunares y con mi metro y medio de estatura. Y yo le quiero tal cual es… —musito.

—Fue Estefanía, lo confirmó Pilar —indica Loreto—. Tuvo que habernos escuchado cuando estábamos hablando en la sala de maquillaje.

—He dejado mi trabajo —le suelto a César.

Él asiente dándome un voto de confianza, aunque sé que me cree, lo veo en sus ojos.

—Ciro piensa que lo has hecho con toda la intención del mundo, que has intentado que él confiase en ti con el único propósito de salirte con la tuya.

Me dejo caer de nuevo en el sofá de cualquier forma y me tapo los ojos con las manos, una vez más, sí, porque me siento abochornada por todo. En este momento Ciro debe de estar pensando mil cosas feas de mí y me duele que así sea porque sé que ha sufrido muchísimo con Kiara y no quiero que sienta que la historia se repite y que lo traiciona otra persona en la que confía.

—Según lo veo yo —interviene Fabián abrazando a César por la espalda—, tenemos dos opciones —recalca—, o bien vas a buscarlo, o bien vas a buscarlo.

—Eso es una sola opción, zoquete —le suelta Loreto.

Y el nudo en la barriga empeora porque «zoquete»… Ciro ha sido, es y será mi zoquete.

—Me ha bloqueado —le cuento a César y a Fabián una vez más. Sí, he entrado en bucle.

—¿Y? —inquiere su amigo.

—¿Y si no quiere verme? Le he enviado muchísimos mensajes y en ellos le conté lo sucedido. No me contestaba a las llamadas y tenía que decírselo.

—Pues díselo en persona. Está en Ericeira.

Lo observo con fijeza. ¿Cómo no se me había pasado por la cabeza?

—Tienes que ir —murmura mi tía—. Tienes que luchar por lo que quieres y, si te rechaza, al menos decirle la verdad, lo que ha sucedido y regresar con la cabeza bien alta, pero con tu verdad expuesta.

Sí, definitivamente, tengo que hacerlo, aunque antes…, antes tengo varios asuntos que resolver y uno de ellos tiene nombre de traidora.

63. LA TRAIDORA

Entro en la cadena como si el día anterior no me hubiese autodespedido, ¿eso existe? No lo sé, sin embargo, hay cosas que debo resolver. He pasado por todos los estados habidos y por haber: enfado, dolor, traición, dramatismo… Y, ahora, ahora solo impera el mosqueo que cargo porque todo esto es injusto y así pienso exponerlo.

El teléfono resuena en mi bolso y lo saco.

David:

Todo preparado. A las tres en casa de Loreto.

Contesto con un emoticono, el del pulgar alzado, y entro en el edificio con la resolución ocupando todo el espacio.

Recorro los pasillos y me planto frente a la puerta de Pilar. Mi exjefa, ¿quién hubiese dicho esto hace unas semanas? Su secretaria no está, mejor, así que toco y espero a que me ceda el paso, cosa que sucede al instante.

Entro y, si Pili se sorprende, no lo demuestra.

—Buenos días —me saluda condescendiente.

—Buenos para el que los tenga —contesto ofendida.

Ella asiente y supongo que se ha percatado de que mi estado de ánimo no es el mejor. Guarda silencio esperando a que sea yo la que tome la palabra y eso es lo que hago.

—Sabes que la habéis cagado bien cagada, ¿verdad?

Pili se recoloca en su asiento, dejándose caer hacia atrás.

—¿Por qué? ¿Porque hemos perdido a los dos presentadores del momento? Sí, no me lo recuerdes porque lo tengo muy presente desde ayer.

No me he parado a pensar en qué han hecho con nuestros programas y, con total sinceridad, todo eso me la suda muy mucho. ¿Quién me ha visto y quién me ve?, esto no lo habría dicho la Munia para la que este trabajo es lo más importante que ha tenido en su vida.

—Eso es lo de menos —suelto.

—Lo de menos para ti —matiza Pilar colocándose su máscara profesional.

—Sí, tienes razón, para mí. Es más —me aventuro—, la culpa de todo esto es vuestra porque no habéis contrastado la información cuando os ha llegado.

—Vale —dice—, ahora lo entiendo todo… Vienes a defender a Ciro. —No es una pregunta, es una afirmación a la que me limito a asentir.

—No es justo que una tía os cuente una patraña, y vosotros no dudéis. Lo habéis despedido. —Intento no gritar, pero la ofuscación que siento me lo impide.

—¿Ciro te ha contado su versión?

Niego. Ojalá lo hubiese hecho, la verdad, ojalá yo estuviese aquí como su mensajera o para pelear por su reputación.

—Ciro no me habla porque cree que he sido yo la que lo ha vendido, ya sabes que nosotros, hasta hace bien poco, no nos llevábamos del todo bien y ha llegado a la conclusión, sin contrastar la información tampoco, de que he sido yo. Ahí lo tienes —le digo colocando mis manos con las palmas hacia arriba.

—¿Y por qué iba él a pensar que fuiste tú?

—Porque Ciro y yo llevábamos tiempo saliendo juntos y quizá cree que todo ha sido una treta para quedarme con el puesto. Estoy convencida de que es eso lo que piensa.

Pilar, de nuevo, ni se inmuta, y yo…, yo siento un pellizco enorme al decirlo en voz alta.

—Entiendo.

—No, no entiendes. Yo no lo traicionaría, y él cree que sí, así que he venido para contarte la verdad porque sé que Esteffi escuchó una conversación y la ha tergiversado, muy en su línea de cabeza hueca.

—Esteffi mantiene una buena relación con el hijo del señor Jiménez, cosa que sabemos desde siempre, y puede que por eso, justamente por eso, ella siga en la cadena. Porque su audiencia no es la mejor, no es una presentadora a la que tengan en alta estima, sin embargo…, ha sabido jugar sus cartas. Todas. Ella y el hijo del jefe se quedarán con vuestros programas y… fin —sentencia.

—Me parece patético.

—Ya. Lo ha hecho bien —eso es todo lo que dice sobre el tema. Pilar siempre ha sido una mujer correcta y estoy convencida de que está de acuerdo conmigo, aunque no lo quiera decir para no posicionarse—. Cuéntame la verdad, Munia.

Procedo a relatarle todo lo que ha sucedido en estas últimas semanas, omitiendo los detalles que son nuestros y solo nuestros. No hablo del dolor ni de la traición, de los problemas familiares que desencadenaron lo de Marcos y Kiara, sin embargo, sí que le explico que el hijo que esperaba su novia no era de Ciro y le narro lo sucedido al respecto, lo mismo que me contó Ciro. También la explicación que le di a Loreto en la sala de maquillaje cuando se lo revelé y el porqué de la reacción de Esteffi.

—Ella habrá escuchado parte de la conversación y la habrá interpretado a su antojo.

—Y lo habrá usado porque estaba ofendida —me corta Pili.

—Básicamente —recalco.

—Esto es un tema serio, Munia, muy serio —me indica.

—He venido porque quería que lo supieses, Pili, porque las cosas tienen que hacerse bien y no con embustes, porque si Ciro no trabaja aquí es porque se han dicho falsedades sobre su persona y no es justo que así sea. Ya no es una guerra entre nosotros por conservar el puesto, es el hecho de que se haya mentido y se le haya despedido por algo que no es real —remarco.

Pili asiente y me observa con calma.

—Yo lo sabía —finaliza—, sabía que, tras esas pullas constantes y esa guerra de pega, había algo entre vosotros, lo veía en vuestros ojos.

Sonrío, por primera vez en días, porque sí, sé que tiene razón. La tiene de verdad.

Me incorporo y me dispongo a salir tras tenderle la mano de forma cordial.

Ella la acepta y me acompaña hasta la puerta.

—Está en su despacho —me indica. Asiento—. Yo no te lo he dicho.

Sonrío maléfica a la vez que me encamino hacia allí. No sabe ella con quién se ha topado.

No me molesto en picar la puerta cuando entro. El gesto de Esteffi pasa de la tranquilidad a la estupefacción cuando se da cuenta de quién soy.

—No me esperabas, ¿verdad? Porque como ya no trabajo aquí… —Dejo escapar una carcajada maliciosa y malintencionada.

Sí, sigo de mala hostia por si hay alguna duda.

—¿Se te ha perdido algo?

Vaya, Esteffi sigue altanera y guerrera. Mejor, siempre me han ido los retos.

—Sí, a mí se me ha perdido mi chico y es por culpa de tu lengua viperina —le reprocho con toda la intención del mundo.

—¿Tu chico? Piensa que te he hecho un favor, Munia. —Al menos, no miente y admite frente a mí que ha sido ella, que todos lo tenemos claro, no obstante, es un punto a su favor que no le dé la vuelta ni tergiverse la información.

—¿Un favor mintiendo? —indago.

—Un favor contándole a los jefes que Ciro dejó a su novia estando embarazada. Podría haberlo hecho contigo también e, incluso, conmigo —indica.

—Contigo, lo dudo, porque no te hubiese tocado ni con un palo.

—Me dio un beso.

Esteffi se incorpora y se posiciona frente a mí y juro que las ganas que sentí anoche de arrastrarla por el pelo siguen ahí, presentes y latiendo con intensidad. Si es que hasta me hormiguean los dedos por hacerlo, sin embargo, me contengo porque no quiero montar un numerito. Que no me lo ponga tan difícil.

—Te dio un beso porque se lo dije yo, que lo hiciera y comparase con el que me había dado a mí anteriormente. Ya sabes con quién se quedó de las dos y sé que eso te jode.

—Vale. —Sonríe pérfida—. Y, si se quedó contigo, ¿dónde está ahora?

Upsss. Golpe bajo, sí, lo admito.

«Uno, dos y tres, yo me calmaré…».

Saco mi móvil ante su total desconcierto y escribo. No es el momento, no obstante, tengo que hacerlo.

Ciro come chumino

Escribiendo…

Esteffi sigue siendo mala persona. Ha sido sincera al admitir que fue ella la que lo dijo, aun así, me ha preguntado el motivo por el que Ciro no está conmigo. Por su culpa, obviamente.

—No está conmigo porque pensó que lo había traicionado yo. No tú —matizo. Y juro que sí, que se merece que la arrastre porque esa cara, justo esa cara que pone, me incita a ello—. Y te digo más, Esteffi, yo que tú me sentiría avergonzada porque la has cagado. —Parece que el «¡ja!» se ha puesto de moda porque eso es lo que sale de su boca.

»No te lo debería decir, sin embargo, lo voy a hacer… Ciro dejó a su novia estando embarazada, sí, pero no era de él. Así que… deberías sentirte avergonzada por lo que has hecho, por haber escuchado tras una puerta y haberte quedado con parte de la información, no sé qué clase de periodista eres si no contrastas los hechos. —Doy un par de pasos hacia atrás, disfrutando de la perspectiva y de la ansiada victoria. Y en su gesto veo el desconcierto y me satisface, claro que lo hace.

»La has cagado, Estefanía Martínez. La has cagado mucho.

Salgo del despacho sintiéndome tranquila por haber comenzado a poner cada cosa en su lugar, al menos, he hecho lo que debía, el resto… ¡Allá cada uno con su conciencia!

64. LA DESAPARICIÓN DE MORCILLA

Son poco más de las dos de la tarde y estamos en lo que David ha llamado: «Operación recuperar a Loreto» y Fabián y yo: «Las sandeces que se cometen por no haberlo hecho bien desde el principio».

Fabián y David han firmado una tregua porque mi amigo es un hueso duro de roer cuando alguien comete errores que considera estúpidos. Y no le quito la razón porque la verdad es que David la ha cagado bien cagada dejando a mi amiga por una estupidez como el qué dirán y la edad. Mierda. Todo me suena a mierda. O será que estoy hoy en modo tocapelotas porque he perdido a mi chico por un malentendido del que yo no he tenido culpa. O la mínima, porque sí que se lo conté a Loreto en el trabajo, a ver, ¿quién no ha hecho esas cosas alguna vez? ¡Si yo ni siquiera sabía que tenía público! En fin…

En teoría, Loreto sale a las dos y media de la tarde y vendrá a comer a casa o eso es lo que hemos sonsacado por wasap cuando hemos comenzado con esta operación.

Admito que estoy un poco nerviosa por Loreto, por Peggi, por mí, por Ciro… Por todo lo que tengo encima ahora mismo. Joder, necesito solucionar esto y que eso que dijo mi tía de exponer mi verdad se cumpla. Al menos, quedarme tranquila. Y tirarle de las orejas por haberme bloqueado…

—Yo a este plan le veo aguas —murmura Fabián.

—Lo de secuestrar a la cerda es un poco *heavy* —matizo.

—No la voy a secuestrar, la voy a tomar prestada, y aquí todos sabemos que la he cagado tanto que tengo que sacar la artillería pesada.

—No me apetece verte el cimbrel —musita Fabián—. No estás en la lista de mis personas favoritas en estos momentos —insiste.

David pone los ojos en blanco tras las palabras de mi amigo, que, como veis, sigue ofendido por lo sucedido.

—Déjale —le pido a Fabián—. Entiendo que quiera secuestrar al trozo de beicon porque es la única forma de que Loreto ceda y hable

con él.

—¡Exacto! —grita David—. Alguien con dos dedos de frente —susurra.

—Ya, claro, eso es porque no la conoces porque los planes de Munia son pésimos.

Lo son, tiene razón, pero no lo digo para hacerme la interesante. El colocar su cara en una diana fue la hostia, aunque quiera ponerse de digno. Lo que hay.

—Yo me llevo a Peggi a casa, y vosotros dos hacéis como si no supieseis nada del tema.

—A Munia se le va a notar. No sabe disimular.

—Eso es mentira —le recrimino—. Lo haré bien —le suelto.

David asiente, al menos alguien confía en mí.

Total, que bajamos los tres y que nadie se descojone cuando os explique que Peggi decidió ir dejando su rastro atufado por toda la escalera. Tal vez, con la peste que hay, cuando llegue Loreto sigue el rastro y sabe dónde está sin pasar por casa.

Esperamos en mi apartamento. Fabián se dedica a atiborrarse de lo que pille mientras yo hago la maleta. Tengo claro que, después de lo de Loreto, me iré camino a Ericeira en busca de Ciro.

—Oye, Munia… Tengo que comentarte algo.

Fabián toma asiento al lado de donde se encuentra mi pequeña maleta de viaje y se pone a juguetear con mi despertador.

—¿Qué sucede? —No sé si estoy en disposición de asimilar más mierdas, la verdad.

—Lo que escuché en casa de César la noche en la que lo conocí… La lie un poco. Lo he hablado con César porque me sentía culpable. Le he contado que la coincidencia no lo fue tanto y que habíamos urdido un plan para averiguar un secreto sobre Ciro. —Suspiro tras escuchar sus palabras—. Lo siento porque, en parte, esto también es culpa mía.

Recoloco la maleta y la sitúo encima de la mesa que hace las veces de escritorio y me siento a su lado. Observo cómo sigue jugueteando con mi despertador. Se lo quito y lo deposito sobre la mesilla de noche.

—Esto no es culpa de nadie. Es cierto que, en un principio, quisimos tramar un plan para desbancar a Ciro y también es cierto que, cuando todo empezó a cambiar, te dije que no lo llevaría a cabo, que no quería participar en eso y, además, sabes bien que, si no hubiese sido por ese plan que al final no tuvo su final, no hubieses conocido a César y no estaríais juntos, felices.

Fabián me da la razón con un leve asentimiento de cabeza.

—No debería beber y pensar a la vez.

—No deberías pensar nunca —bromeo.

—Calla, que mis planes son tremendos. Solo que entendí lo que me dio la gana porque estaba un poco perjudicado y porque no podía pensar en otra cosa que no fuese ese chico tímido que me estaba volviendo loco desde el mismo momento en el que lo vi.

—Y tienes la suerte de que ese chico también se haya fijado en ti.

—La tremenda suerte, para ser sinceros —me dice.

Nos colocamos uno frente al otro y nos fundimos en un abrazo.

—Siempre has sido un metomentodo —le acuso—. Ya lo hacías con nosotras cuando íbamos a tu cafetería a comer. Y no has cambiado en nada.

—Dudo que lo haga —dictamina.

—Mejor, porque yo te quiero así. Y ahora…

La puerta resuena en ese momento, y Loreto entra hecha una furia.

—¡Han secuestrado a Peggi! —grita fuera de sí.

Fabián y yo intercambiamos un par de sonrisas cómplices y seguimos al pie de la letra las indicaciones que nos ha dado David.

—¿Cómo? —Finjo.

—Como lo oyes. No puede haberse escapado. Peggi me adora, ella no huiría por su propia voluntad.

Parece que estuviésemos hablando de un niño de cinco años, en serio. Ojos en blanco aquí, por favor.

Fabián se incorpora, saca un sobre del bolsillo y se lo entrega.

—¿Qué coño es esto? —Y nuestra amiga explota—. ¿Qué cojones habéis hecho?

Siento miedo, en serio, se le está hinchando la vena del cuello y quizá la usa para ahorcarnos.

—Yo no sé nada —me defiendo como una auténtica mentirosa.

Loreto rompe el sobre y saca un pequeño papel.

—Es la letra de David.

—¿Sí? Vaya, qué sorpresa —ironiza Fabián.

La vena del cuello, en serio, siento miedo.

Querida Loreto:

Se dice que, a grandes males, grandes remedios y, ciertamente, el que lo haya inventado tiene toda la razón. La he cagado, me he comportado como un auténtico gilipollas y no merezco tu perdón, sin embargo, nunca he sido un hombre del todo bueno, así que pretendo comportarme mal si así logro que me escuches, al menos eso, y si me quieres besar, pues tampoco opondré resistencia alguna.

—Ohhhh —murmura Fabián, sin burla ni nada.

Loreto lo mira y le enseña el dedo corazón, con acritud, con mucha, además.

Si quieres recuperar a Peggi, no tendrás más remedio que venir a buscarla. Sabes dónde está, justo donde me dejaste su regalito la última vez. Allí te esperamos.

—Es David —repite como si no nos hubiese quedado claro.

—Tú verás lo que haces —le dice Fabián.

—¿Habéis sido cómplices?

Negamos. Somos unos mentirosos a punto de licenciarnos.

Loreto sale de allí hecha una furia.

—Te dije que no se me iba a notar nada —le suelto a Fabián.

—Te he escuchado —grita Loreto, que gira sobre sus pasos, y sí, nos tira un par de zapatillas a cada uno.

Yo no habré acertado anoche en casa de mi tía, ahora bien, ella ha hecho pleno al quince.

65. SI ME DEJAS HABLAR…

La llegada a Ericeira fue mejor de lo que esperaba. En mi cabeza se había formado un lío de tres pares de narices, imaginando las posibles catástrofes de conducir sola durante tantas horas; desde acabar al final de un barranco y ser pasto de los lobos hasta ser devorada por una marabunta de hormigas asesinas y lo primero que ingerían era mi lengua, por arpía. Si ya Ciro tenía razón cuando me decía lo que me decía.

Nada de eso sucedió, obvio, sin embargo, estuve muchos kilómetros compadeciéndome de la poca práctica que tengo al conducir y de no haber atendido lo suficiente en las clases.

Llegué más tarde de lo previsto y decidí preguntar por la zona para alquilar algo, aunque fuese una habitación. Las prisas son malas consejeras. Los dioses, después de putearme durante años, se han apiadado de mí y me brindaron una pequeña casa cerca de la que me había hospedado unos días antes con Ciro.

¡Joder! Parece mentira todo lo que ha sucedido desde entonces, es como si, en vez de días, hubiesen pasado meses e, incluso, años. Flipante.

Munia Visier:

Ya me he instalado. Ciro sigue aquí, ¿verdad?

La ventaja de esta treta es que tengo un aliado bastante potente y, gracias a él, puedo disponer de información y no me veré recorriendo las calles con uno de esos megáfonos a la voz de: «No te escondas, zoquete, que he venido a por ti» o «Si pensabas que te ibas a librar con tanta facilidad de mí, la llevas clara».

César:

Está en la casa, hemos hablado por teléfono hace nada y sigue ahí.

Contesto de inmediato.

Munia Visier:

¿En qué casa?

César:
En la misma que os hospedasteis cuando vinisteis juntos.

Cabeceo afirmando como si César pudiese verme.

Munia Visier:
¿Qué sabemos de Loreto y David?

Sigo preocupada por ellos, mi amiga tiene un carácter de mil demonios y estaba bastante claro que no se lo iba a poner fácil. Exactamente como Ciro a mí.

Suspiro dejando escapar todo el aire contenido tras esa afirmación que ha venido a mi cabeza. Lo sé, es así, está ofendido y lo entiendo, tengo que hacerlo.

César:
Soy Fabián. No ha llegado la sangre al río… aún.
😂😂😂😂😂😂😂😂😂

Munia Visier:
Mantenedme informada.

César:
Suerte con eso.

Voy a necesitar mucho más que suerte, la verdad.

No me detengo a colocar la maleta ni mucho menos. Dejo las cosas en la habitación, me doy una ducha rápida, porque no le recomiendo a nadie conducir durante tantas horas seguidas y no hacerlo, y me pongo mi vestido verde con lunares blancos.

Salgo al paseo y lo que me rodea me gusta aún más que la primera vez. Casas, muchas casas blancas con ventanas azules, el olor a salitre, el empedrado de las calles. Gente que viene y va con tablas de surf y trajes a medio poner, risas, alboroto y paz. No me extraña que este sea su refugio, que lo haya sido siempre.

Los nervios me sacuden con cada paso que doy en dirección a su puerta. Las ventanas están abiertas y estoy convencida de que la terraza también y ese es el motivo por el que las cortinas ondean. Me lo imagino sentado en la barandilla de madera, mirando el mar, a los surfistas coger olas y él muriendo de ganas de hacerlo. Muriendo de pena por lo que tiene que sentir una vez más y la traición con otro nombre, el mío.

Me envalentono y toco la puerta con decisión. No me voy a amedrentar ahora. Esto tengo que hacerlo por mí, por él, porque, como dijo mi tía, al menos que la verdad sea contada.

No se escuchan los pasos acercándose y las ganas de asomarme por la ventana imperan. Doy unos pasos hacia ella y fisgoneo como una *voyeur* patética. Si casi ni llego al alféizar. Maldito metro y medio.

—¿Buscabas algo?

La voz de Ciro me sorprende. Primero miro sus pies descalzos, asciendo por las piernas y me encuentro un bañador más hortera que los que utilizó los días en los que estuvimos aquí, no hay rastro de tela en su pecho y sí, ya se me ha olvidado lo que coño venía a decirle.

Esteffi. Mentiras. Despidos. Separados. Ya me acuerdo de todo.

«Ha abierto la puerta y te ha hablado. No está todo perdido».

—A ti. —Para qué darle más vueltas a las cosas si la realidad es la que es.

Ciro me observa con calma y la determinación, por un momento, brilla en su mirada.

Portazo.

—¡Oye! —protesto encaminándome hacia la puerta. Puede que sí que esté todo perdido—. Puñetero zoquete. Me tenía que tocar el más terco, de verdad, qué ojo que tienes, Munia —me reprendo a mí misma.

Apaleo la madera, me da igual montar un escándalo y me da igual todo.

Se abre y el golpe lo recibe Ciro.

—Puedes golpear todo lo que te dé la gana, no tengo nada que hablar contigo —me dice.

Y me vuelve a dar con la puerta en las narices.

Sigo aporreándola durante lo que me parecen horas. La gente pasa y me mira como si estuviese chalada y no andan del todo desencaminados.

La idea de que alguien llame a la policía empieza a parecerme bastante plausible, la verdad. Así que…, a grandes males, grandes remedios.

Ventana. Yo. Macetero. Saltar. Entrar. Agarrarlo por la pechera. No lleva camiseta. Agarrarlo por ese pecho fornido que lamería sin cesar. Dejar de pensar cochinadas. Matarlo. Eso mejor no. Plan inicial.

Ventana. Yo. Macetero. Saltar. Entrar.

Hago exactamente eso, para que digan que no pienso. Vaya que si lo hago.

Arrastro el macetero y doy gracias a que no sean cactus lo que contienen porque entonces estaría bien jodida. Lo siento por las flores, prometo trasplantar nuevas si las fastidio.

Me encaramo en el macetero posando las manos en el alféizar de la ventana y parece que la cosa funciona. Observo las flores y, por el momento, siguen intactas, salto y subo el culo. Meto una pierna y luego la siguiente.

—¡Ja! No contabas con esto.

Mierda. Para bajar tendré que saltar. Si me rompo la crisma, en mi epitafio que ponga: «Todo esto fue culpa de la cabezonería del zoquete de Ciro Bravo. Le quiero a pesar de todo». Bonito, ¿eh?

Salto y un estruendo resuena. Como ladrona sería del montón bajo.

Cuando me incorporo, oteo la habitación. No está. Al menos podía haberse quedado a observar cómo tocaba la puerta de forma incesante. El muy cenutrio pensaba que iba a cansarme. Este hombre no me conoce.

Camino con decisión porque, de perdidos, al río. Y lo veo tal cual lo imaginaba, sentado en la barandilla con la vista perdida en el mar.

—Eres un puñetero zoquete —le suelto. Como disculpa no tiene precio, la verdad.

Ciro se gira y mira tras de mí, analizando la forma en la que he entrado. Repara en la ventana y se gira de nuevo.

—Lárgate —me pide con un tono que no da pie a réplica—. Tú y yo no tenemos nada que hablar. Ha quedado todo claro.

—Anda que no —refunfuño. Camino en su dirección, y él sigue imperturbable. No me pienso ir, no al menos hasta que le diga lo que pienso—. Si crees que voy a hacerte caso, la llevas clara, Ciro. Tengo cosas que decir y voy a hablar, te guste o no te guste.

Se gira de nuevo y saca las piernas para largarse. Pero ¿qué coño…?

—Tú lo has querido —Sale de la terraza y comienza a subir las escaleras. Reacciono rápido porque sé que no tengo mucho tiempo y que, tal cual está, no va a dejarme hablar ni escucharme ni nada de nada—. Vete —me suelta.

Paso de tu culo. Bonito culo, por cierto. Me detengo a mirarlo unos segundos y sé que estoy perdiendo un valioso tiempo. Tiempo que no tengo, para ser exactos.

—Fue Esteffi la que le contó al señor Jiménez lo que había pasado, no fui yo. Nos escuchó en la sala de maquillaje a Loreto y a mí hablando, y ella interpretó lo que le dio la real gana. —Ciro entra en el baño y cierra tras de sí. No pienso parar. Alzo más la voz—. Yo jamás te traicionaría. Es verdad que, en un principio, quise machacarte e incluso tramamos un plan para encontrar un secreto que pudiese joderte la vida y quedarme con el puesto. Investigamos en tu Instagram y dimos con Kiara y sabíamos que allí pasaba algo. Lo de la cena de aquel viernes no fue casualidad, fue premeditado, con la idea de conocerte, de investigar y ahondar. Fabián se encaprichó de César y aquella noche él escuchó una conversación entre César y tú y me dijo que habías dejado a tu novia estando embarazada —lo suelto todo, no sé si me estará escuchando o no, sin embargo, tengo que soltar el lastre. Quitarme esto de dentro, ser sincera—. Y entonces todo cambió entre nosotros, entre Fabián y César, todo cambió entre todos y conocí a un Ciro que me gustaba y del que sabía que me iba a enamorar, si no lo estaba ya. Y entendí que no me iba a quedar con una conversación escuchada e

interpretada porque tú tienes tu verdad, y yo, la mía, porque siempre hay distintos puntos de vista y todos son válidos.

»Y no quise seguir adelante con ningún plan, lo único que quería era conocerte, estar contigo, pasar tiempo juntos, crear nuevos recuerdos, quererte, que me quisieras, que desplegases mis alas, y yo las tuyas, que emprendiésemos el vuelo y volásemos tan alto que el cielo se nos quedase pequeño. Y ganas, Ciro, y ganas de que el firmamento tuviese nuestros nombres. —La opresión que he sentido en estos días se desvanece por completo al decirlo, al contarlo todo. Poso mi mano sobre la madera y dejo que la energía fluya a través de mí. Que sienta, aunque sea en la distancia, que le quiero. Le quiero a morir.

»Te quiero, Ciro, y eso nada ni nadie lo va a cambiar.

Ahora es cuando él debe abrir la puerta, sujetar mi cara entre sus manos y besarme. Y volar. Eso también. Volar alto y de verdad. En cambio…, no se percibe sonido alguno dentro, no se abre la puerta, no hay manos envolviendo mi cara ni labios comiéndose otros labios. Solo silencio. Silencio que rompe y que asusta. Silencio que desgarra por dentro. Silencio que destroza los sueños.

Mi mano se desliza por la puerta hasta que el contacto solo es un recuerdo. Como nosotros, una caja llena de recuerdos. Doy varios pasos hacia atrás y miro la playa. Libre. Como yo, que soy libre por haberlo dicho. Por haberlo soltado sin dejarme nada en el tintero.

Y valiente. Pase lo que pase, he sido valiente.

66. DE VUELTA AL PASADO

CIRO

No sé cuánto rato lleva mi mano apoyada en la madera de la puerta, encerrado en ese baño, viendo cómo la tarde daba paso a la noche y la noche, a la madrugada.

Algo dentro de mí me dice que esa chica con la que he compartido momentos increíbles me dice la verdad, que no es otra de esas burdas mentiras que engrosan la bola haciéndola más y más grande con la intención de salir indemne de la situación. Puede que lo más lógico hubiese sido abrir la puerta, encerrar su cara en mis manos y decirle que me importa una auténtica mierda que aquella cena fuese orquestada con un propósito pésimo y que, quizá, esa misma cena fue el desencadenante de todo lo que vino después. De los momentos increíbles que pasamos, de nuestras pieles conociéndose, de mis labios ahondando en cada recoveco de su cuerpo y de sus palabras envolviendo todo. De nuestros te quiero, de nuestros «zoquete y arpía», de nuestros encuentros furtivos y la locura que acompañó cada paso que dimos. Juntos, uno al lado del otro. Y esa parte que me dice que eso es lo que debí hacer se dejó amedrentar por otra bien distinta que me pedía a gritos que no volviese a confiar, que pasar de nuevo por lo mismo no era una opción y que, de una forma u otra, puede no ser verdad porque…, si fue Esteffi, ¿cómo es que no me lo dijeron cuando plantaron el despido frente a mis ojos?

La noche da paso al día y me pilla sin pegar ojo. Me levanto al amanecer y me hago un café que me tomo en la terraza, viendo a los primeros bañistas acercarse a la orilla, a los grupos de surfistas adentrarse para aprovechar la marea y las primeras olas de la mañana y a los que prefieren pasear cuando el sol aún no es insoportable en pleno verano.

Subo a la primera planta y sujeto entre mis manos mi tabla, esa en la que me pasaba horas y horas subido antes y que dejé de lado cuando los recuerdos dolían demasiado.

Me dirijo hacia la playa y las ansias me pueden. Las sensaciones regresan y, para mi sorpresa, los recuerdos no son los que en su día fueron. Kiara sentada al lado de Marcos, hablando durante horas, miradas que decían mucho más que palabras y un final en el que yo sobraba.

En cambio, es otra persona la que me espera por fuera, sentada sobre una toalla, con toda probabilidad llena de lunares blancos, con los pies sumergidos en la arena, los rizos dejándose mecer por la brisa del mar, el olor a salitre impregnándolo todo, el sol bronceando su piel, piel que me dedicaré a recorrer y a adorar durante horas cuando el sol se haya puesto o sin haberlo hecho, cuando nos dé la gana o nos puedan las ansias.

Sonrío de medio lado por las imágenes tan perfectamente orquestadas que bombardean mi cabeza y me sumerjo entre las frías aguas de Ericeira.

Pierdo la noción del tiempo en el mar, cabalgando sobre las olas y salgo cuando el sol se coloca sobre nosotros. Deposito con cuidado la tabla sobre la arena y me dejo caer a su lado, cerrando los ojos y dejando que el ritmo cardíaco recupere su estado habitual.

—¿Ciro?

Abro los ojos sorprendido cuando reconozco la voz. A la perfección. Me incorporo y me quedo plantado frente a ellos. Marcos, Kiara y mi sobrino Alan.

¿Qué…? Reacciono de inmediato.

—Hola, pequeñajo. —Le tiendo la mano para que me choque los cinco, y él lo hace sin dudar, a pesar de que apenas me conoce.

—Ciro. —Mi hermano duda entre tenderme la mano o darme un abrazo. No sabemos cómo actuar. El pasado sigue estando presente.

—Marcos —murmuro tendiéndole la mano. Uno de los dos tiene que dar el primer paso—. Cuánto tiempo.

—Mucho. —Su voz se pierde entre nosotros cuatro—. Demasiado.

Sus manos siguen unidas, como el día en el que me contaron que estaban juntos, que se querían y que ese bebé que esperaban no era mío sino fruto de su amor. Del que llevaban profesándose mucho tiempo.

Me siento ridículo y, en parte, hasta egoísta porque el amor no se elige. El amor te elige a ti. El amor puso en mi camino a Munia tras lo de Kiara y ese sentimiento me ha demostrado que se puede querer a varias personas a lo largo de la vida y que tienes que aprovecharlo cuando llega, cuando es de verdad, cuando te brinda la oportunidad de hacerte feliz.

¿Y si la parte sensata de mi cabeza me decía la verdad? Que ella no lo hizo para traicionarme, para quedarse con ese puesto. ¿Y si de verdad fue Esteffi? Ha venido a buscarme, maldita sea.

—Mucho tiempo —confirmo volviendo al presente y a las personas que tengo frente a mí.

—No esperábamos encontrarte aquí —susurra Marcos.

—Vengo de vez en cuando, ya sabes, este es mi sitio especial —musito sonriendo.

Kiara asiente y en su gesto veo la incomodidad propia de dos personas que sintieron o creyeron hacerlo.

—Ciro, quería pedirte disculpas —me dice ella.

La interrumpo alzando la mano y negando con la cabeza. No puedo vivir siempre cargando lastres del pasado. Son mi hermano, mi cuñada y mi sobrino. Tengo que seguir adelante, como hizo Munia, como ha hecho César con el rechazo de sus padres. Como hacemos todos en la vida. Seguir adelante dejando esas marcas grabadas, aunque no se vean.

—¿Estáis bien? ¿Sois felices? —les pregunto a ambos.

Ellos asienten y sé que dicen la verdad cuando comparten una mirada cómplice, y Marcos le revuelve el pelo a mi sobrino.

—Se parece a ti —le digo a mi hermano.

Él asiente dándome la razón.

—Queríamos que Alan conociese esto. Que viva esto tal y como lo hicimos nosotros.

Las imágenes, una vez más, se suceden.

Mis propios hijos correteando cada verano por la playa, corriendo cuando una ola intenta alcanzarles y mojarles los pantalones que su madre les ha puesto y que han prometido no manchar, castillos de arena, surf, bañadores horteras. La arpía y el zoquete viendo el sol ponerse.

—¿Queréis…? —balbuceo—. ¿Queréis que almorcemos juntos? ¿Tomar algo?

El gesto de Marcos permanece imperturbable, en cambio, en el de Kiara la sorpresa se refleja en él.

Alan tira de la camiseta de su padre y bajamos todos la mirada hacia él.

—¿Quién es este señor, papi?

Sonrío y me agacho, colocándome a su altura.

—Soy tu tío Ciro, el que más mola del mundo —ironizo.

Alan me mira y sonríe.

—Encantado, tío. Soy Alan Bravo y tengo tres años. Tres —recalca enseñándome los dedos—. Esto es tuyo —cuestiona señalando la tabla. Asiento—. Quiero subirme y volar, ¿es como la alfombra mágica de Aladino? —me dice.

—Casi, casi —le contesto—. Algún día te enseñaré. —Le guiño un ojo y me incorporo de nuevo—. ¿Qué me decís? —interrogo retomando el tema.

Marcos se acerca y entonces lo hace. Me abraza, y yo… le respondo al gesto.

—Ya era hora de que todo volviese a su lugar —me dice.

Almorzamos por la zona y nos ponemos un poco al día de las novedades. Ellos saben bastante de mí porque me han visto en la tele, les explico que me han despedido y agradezco que no pregunten los motivos porque eso sería volver a sacar cosas que he decidido dejar un poco atrás.

Mi teléfono resuena sobre la mesa y sonrío al imaginar la cara que pondrá César cuando lo cuente lo que ha pasado y las casualidades de la vida. El destinatario de la llamada no es mi amigo.

—¿Sí? —respondo.

Les hago un gesto a mi hermano y a su mujer para que me disculpen y comienzo a caminar por el paseo de madera sin un destino fijo.

—Ciro, buenas tardes, ¿te pillo bien?

Afirmo, a pesar de que sé que no me va a ver.

—Sí, claro, dime Pilar.

—Estoy al tanto de todo y el señor Jiménez también. Me hubiese gustado llamarte antes. Teníamos que resolver algunas cosas para poder tomar decisiones —afirma llena de vehemencia.

—¿De qué «todo» me hablas?

—¿No has hablado con Munia?

—No. —No es mentira, no lo he hecho porque, como sabéis, la he dejado hablar sin intervenir ni siquiera con la intención de creer sus palabras.

—Vino hace un par de días, nos explicó lo sucedido con Estefanía y nos dijo que nos habíamos equivocado. Obviamente, teníamos que contrastar la información porque es la palabra de una contra la palabra de la otra. Estefanía, al final, nos ha explicado que había escuchado la conversación mientras Munia se maquillaba antes de su último programa.

—¿Último? —No entiendo nada.

—Sí que estás perdido, sí. Munia ha presentado su dimisión, ya no trabaja con nosotros y, en un principio, su programa lo iba a presentar Estefanía. La hemos despedido porque no queremos que trabaje en nuestro equipo alguien que se comporta de esa forma, que no contrasta la información, que actúa por despecho y que levanta falsos testimonios contra los compañeros, y por eso te llamo…

Munia… ¿Entonces? Joder… Soy un puto zoquete de verdad. Me doy la vuelta y observo la hilera de casas que dan a la playa. No sé ni dónde está… Me cago en la puta.

—No sé dónde está Munia… Nosotros…

—Ya sé que estabais juntos. Me da igual eso. Lo que quiero es que volváis porque tenemos una oferta que haceros. A ambos.

—¿La has llamado?

—Por supuesto —remarca como si fuese lo obvio—. No contesta. Pensaba que podía estar contigo.

—No, conmigo no… Pero creo que sé por dónde anda o quién puede saberlo. —Una leve sonrisa enmarca mi cara—. Te llamaré luego —le digo—. Tengo que hacer algo.

Cuelgo el teléfono y marco sobre la marcha. Observo a mi hermano y a Kiara profesándose carantoñas y no, no duele, no duele

nada. Ya no.

—¿Ciro? —me pregunta.

—El mismo. Necesito que me ayudes a encontrar a Munia.

—¿No estáis juntos?

—No, porque me he comportado como un zoquete.

—Cuéntame algo que no sepa.

—Necesito encontrarla —repito. Eso también lo sabe.

Fabián se carcajea al otro lado.

—Te ayudaré si dejas de ponerte esos pañuelos horteras.

—No te pases. —Me río.

—Está bien. En el fondo me gustan. Dime, Ciro, ¿qué quieres saber?

Que comience el juego.

67. QUE COMIENCE EL JUEGO

Me he pegado gran parte del día sentada en la terraza, observando las olas e imaginando cómo sería pasar cada verano aquí. Los paseos por la tarde, sumergirse cada día en el mar, perseguirnos y morir de risa por un ataque de cosquillas cuando seamos pillados, hacer el amor en la terraza, gritar con cada orgasmo robado, besar, morder, morir de deseo… Y en todos esos pensamientos figura un solo nombre.

Entro en la pequeña casa y comienzo a hacer la maleta. No vale la pena seguir aquí.

Enciendo el teléfono y me dispongo a llamar a mi tía Rita desde que coge cobertura, sin siquiera mirar las notificaciones. Tengo que contactar también con Loreto. Espero que no haya recuperado a la cerda comezapatos y que David me haya hecho ese favor de nada al perderla. Sonrío al imaginar la situación, Loreto, definitivamente, lo mataría si eso ocurriese.

Los tonos se suceden unos tras otros, y no me contesta. Así que opto por llamar a mi amiga.

—Eyyyyy, Munia —responde contenta. Eso es buena señal.

—¿Qué tal todo?

—Pssss… ¿Te pillo en mal momento?

—No, no, tranquila.

—¿Qué ha pasado con David?

—Secuestró a Peggi. —Me carcajeo por la forma tan dramática en la que lo narra—. Aun así, lo he perdonado porque me la ha devuelto sana y salva —me explica.

—Fue un plan descabellado, sin embargo, sabes que, si no llega a tomar medidas drásticas, tal vez no le hubieses dejado hablar.

—Obvio. Me dejó por una estupidez como una casa. Por la edad, ¿tú me entiendes? ¿Quién coño deja a alguien por la edad? ¿En qué siglo estamos?

—Ya —murmuro con la sonrisilla en la cara, me encanta ver a Loreto así, contenta y feliz—. En la cafetería, aquella mañana…, me dio pena.

—Ya, y a mí —susurra—. Lo digo bajito porque no quiero que me escuche, se supone que soy una tía dura, ya sabes, un hueso duro de roer y tal.

—Todos nos equivocamos y merecemos poder explicarnos.

Mi amiga suspira al otro lado del teléfono.

—¿Y Ciro? ¿Estáis juntos?

Observo la habitación como si fuese a aparecer en cualquier momento y me sorprendiese.

—No. Nada —claudico.

—¿Cómo que nada? ¿Dónde estás?

—Estoy en Ericeira, recogiendo las cosas, me vuelvo. No tiene sentido permanecer más tiempo aquí. Lo he intentado y no ha salido bien. De todas formas, tengo la tranquilidad de haber venido hasta aquí y haber expuesto lo sucedido.

—Pedazo de imbécil —masculla Loreto—. Tú no —declara—. O un poco sí —susurra—. Es David, que está por aquí, ya sabes. Reconciliación, fornicar en todas partes durante horas. ¡Y vaya aguante que tiene para ser un cuarentón! —grita, en esta ocasión, me temo que sí tiene la intención de que lo haya escuchado—. Ciro es un imbécil. Deberíamos secuestrar sus pañuelos horteras, es un gran plan. Un juego divertido.

—No, no —niego sin pensar—. Yo he hecho lo que tenía que hacer y ya está. Me vuelvo a Madrid y se acabó. Esta vez pararé para mear, que ayer me hice un recorrido bastante poco agradable. Por cierto, he llamado a mi tía, ¿sabes algo de ella?

—No. He estado ocupada haciéndole un traje de saliva a David y eso —confiesa mi amiga. Y me la imagino con una sonrisa ladina y maliciosa en la cara y divertida por la situación.

—En fin… Nos vemos mañana o pasado, cuando te sacies de tu hombre —murmuro.

—¿Podrías quedarte con Peggi unos días? Es que… ¡Te haré la cena durante una semana a cambio!

—Ya, claro, esa excusa me la sé yo ya. La técnica más vieja del mundo y nunca jamás la has cumplido —la provoco.

—Ya, bueno, es cierto, en fin…, ¿te la quedas a cambio de su grata compañía?

—¿Podré cenar beicon?

—Siempre y cuando no salga de su cuerpecillo, sí.

—Cuerpecillo, dice —ironizo.

—¿Entonces?

—Pasaré a recogerla cuando llegue.

Mi amiga grita al otro lado y cuelgo el teléfono.

—Cuando llegues puede ser cualquier día entre hoy y una semana, ¿verdad?

Grito cuando la frase termina de ser formulada. Me llevo las manos al pecho por la impresión y el teléfono se me cae al suelo.

—Maldita sea —farfullo recogiéndolo.

—Esa boca, arpía…

Lo miro de mala forma, que lo quiero mucho, pero me ha quitado quince años de vida sin exagerar ni nada.

—¿Cómo has entrado?

—Tenías una ventana abierta. Yo que tú tendría más cuidado porque puede colarse gente por ella.

Una mirada reprobatoria de nuevo. ¿A qué está jugando?

—¿Qué quieres? —Voy directa al grano.

Sigo metiendo mi ropa en la maleta y voy moviéndome por la habitación sin mirarlo siquiera. Está tremendamente guapo con esa camisa sin mangas, esos pantalones de palmeras, tablas de surf y caravanas, con las gafas colgando de la camisa y el pelo enmarañado. Maldita sea, ¿se puede estar más bueno de lo que está? Gracias, señor, por castigarme de esta manera.

—A ti —me dice resuelto. Sin un ápice de duda en su voz.

¿Qué?

—¿Estás majara o qué? Ayer me echas como agua sucia y ahora vienes al más puro estilo allanador de moradas para decirme esto.

Miro de nuevo hacia todos los lados buscando la puñetera cámara oculta.

—Técnicamente, no te eché como agua sucia. Te fuiste porque quisiste.

Que ya sabemos que tengo una puntería de mierda, sin embargo, cojo una chancla y se la lanzo. No le doy, no hace falta que os

preocupéis, sigue siendo tan guapo y sexi como lo ha sido siempre. Y testarudo, eso también, y deslenguado…, vale, vale, ya me callo.

—Maldita sea.

—Tendremos que practicar la puntería. Ahora entiendo que no acertases una en la diana —ironiza el muy…

—Sabrás tú la puntería que tengo y la que no.

Me hago la dura, lo sabemos todos, porque la realidad es que me muero por lanzarme a sus brazos. Ha venido. Ha venido, aunque me haya dado un susto de muerte y me esté buscando las cosquillas. No puede ser de otra manera tampoco porque siempre hemos sido así, es nuestra esencia.

—Sé que eres una deslenguada, que no estás muy bien de la cabeza, que dices que no te gustan mis pañuelos horteras, sin embargo, esperas a ver cuál me pongo al día siguiente. Sé que te encanta meterte conmigo, que te gusta que te folle contra las paredes, brusco, fuerte y duro. Sé que te gusta tu trabajo y que es lo segundo más importante de tu vida. —Alzo una ceja y lo cuestiono—. Lo primero más importante somos nosotros: tu familia, tus amigos y yo. —Sonríe canalla por haberse metido en el *pack*—. Sé que te quejas de la cerda, pero te encanta quedarte con ella. Sé que tienes miles de vestidos con lunares y que tu tía es como tu hermana. Sé que tienes un gran corazón, aunque te empeñes en esconderlo bajo respuestas afiladas. Sé que pretendías hacerme morder el polvo y que, en realidad, lo que querías es echármelo y, lo más importante de todo, sé que me quieres, que me adoras, que estás loquita por mis huesos, que no puedes vivir sin mí…

—Vale. Lo he captado. —Intento esconder la sonrisa, sin embargo, me lo pone bien jodido el mamón.

—Y sé que no fuiste tú la que contó todo. Que fue Esteffi. Me llamó Pilar.

Toma jarro de agua fría.

—Es decir… —Medito sobre lo que voy a soltar porque…, porque la ha cagado—. ¿Te has dado cuenta de que no lo he hecho porque te ha llamado Pilar y te ha contado la verdad? Porque, de no haberlo hecho, todavía desconfiarías de mí, ¿es eso? —le recrimino. Otra

chancla que vuela y esta sí que le da—. No tengo tan mala puntería, zoquete. —Victoria para la nena.

Ciro recoge ambas chanclas y se acerca hasta donde me encuentro. Pasa de largo, sale al balcón y las lanza.

—¿Qué haces? ¿Estás mal de la cabeza? —Me asomo a ver dónde han caído—. Irás a buscarlas tú —farfullo molesta.

—No podrás irte sin ellas.

—Anda que no —le suelto.

Se quita las gafas con extrema lentitud y las posa en mi pelo. Lo observo moverse y soy incapaz de reaccionar. Sujeta varias prendas de mi ropa y se acerca de nuevo a la terraza.

Reacciono y me lanzo a su espalda para evitar que haga eso que creo que va a hacer y que…, en definitiva, hace.

Pierdo los papeles porque es un loco. Está como una auténtica regadera.

Corro escaleras abajo y salgo a la calle, bordeo la casa y empiezo a buscar mi ropa, que, por desgracia, sigue cayendo.

—Como tires algo más, te la corto y se la doy a la morcilla.

Sonríe. El maldito, sonríe y lanza varias prendas más.

Las recojo todas y espero por si sigue haciendo el estúpido.

Cuando han pasado varios minutos, decido volver para matarlo, obvio. Esta va a ser una historia con un final chungo, os lo advierto, me lo está poniendo muy jodido el zoquete este.

Me encuentro la puerta cerrada, así que comienzo a aporrearla para que abra. Miro la ventana, la ha cerrado.

—¡Te voy a matar! ¿Me has escuchado? Te voy a matar.

—¿Quién es la loca ahora? Que sepas que están todos los vecinos escuchándote.

—No hablan español. —Porque no lo hablan, ¿verdad? No, fijo que no.

—Algo entenderán.

—A ti, desde luego, dudo que te entiendan porque te voy a cortar la lengua y se la echaré a la morcilla.

—¿Quieres entrar? —me pregunta.

Bufo.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Acaso no acordamos que íbamos a ir a primaria para que dejases de ser tan ridículo?

—Que yo sepa, te dije que tenías que ir tú y solo tú. No obstante, te acompañaré a la puerta para que no te pierdas.

—Eres insoportable —grito. La verdad es que sí que parezco una posesa.

—¿Quieres entrar o no? —insiste.

—Claro que quiero. Esa es mi casa, yo me hospedo ahí. ¡Abre! —le ordeno.

—Bien. Pues pídeme perdón.

—¡Encima! —grito enfurecida—. ¿Que te pida perdón yo a ti? ¿Estamos locos o qué?

—Muy bien de la cabeza nunca has estado, Munia Visier —me suelta.

—¡Abre!

—Pídeme perdón.

—¡Ni de coña! Abre o te rajo.

—Uuhhhh —ironiza—. No te escucho, pídeme perdón y te dejaré entrar.

Medito sobre mis opciones. No me puedo ir porque no tengo encima las llaves del coche ni el móvil, la ropa ya es lo de menos, aunque ahí tenga mis vestidos favoritos. Tengo que hacer algo y sé que si no le pido perdón no me va a dejar entrar porque lo conozco y es de lo que no hay. Es casi tan cabezota como lo soy yo. En fin.

—Perdón —balbuceo.

—No te escucho —me dice—. Un poco más alto.

Caradura.

—Perdón —le suelto elevando un poco el tono de voz.

—Hay interferencias —me dice.

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón!

Lo imagino sonriendo, de medio lado, con los brazos cruzados y con la victoria refulgiendo en su mirada.

La puerta se abre y aparece exactamente como os lo he descrito, eso sí, con los brazos relajados, cosa de abrir la puerta y eso.

No aguardo a que me pida que pase, cargo contra él como si de un animal salvaje se tratase. No intento lo de la puntería porque sé

que soy pésima, así que, puños por delante, lo voy a apalizar.

Lo malo es que me conoce lo suficiente como para saber por dónde van los tiros y sujeta mis manos entre las suyas imposibilitando mi venganza.

Me acerca. Estamos muy muy juntos.

Nuestras respiraciones se entremezclan y se me acelera el pulso.

—Ya eres mía —me dice.

He sido suya siempre.

—Estoy muy mosqueada. Me has lanzado la ropa, me has dejado fuera, te has colado en mi casa y me has creído porque te ha llamado Pilar…

—Ese no es el orden y tampoco es la realidad. Te creía. Algo dentro de mí me decía que tenía que creerte…

—Deja de replicar. Me dejaste ir —contrataco.

—Y he venido a por ti. Con allanamiento de morada incluido.

Tiene razón. Ha venido y ¡qué coño! Me ha encantado este jueguecito.

—Deja de sonreír como si hubieses ganado.

—Es que he ganado.

—¿Qué has ganado?

—A ti, por supuesto.

Y, tal y como imaginé ayer, sus manos sujetan mi cara, sus labios se acercan a los míos y nos besamos como si esta vez fuese, de verdad, la primera vez.

—Elige una —me pide.

—¿Una qué?

—Una pared.

Miro hacia todos los lados.

—No entiendo nada.

—Elige una —repite.

Señalo una pared, la azul, que tiene colocadas varias estrellas de madera y desde la que se ve el mar.

—Esa.

—Buena elección.

—¿Para qué…?

No termina la frase y sus manos comienzan a ascender por mi vestido, alzándolo a su paso, erizando mi vello, incitándome.

—Para follarte. Para follarte contra ella, Munia.

Y os confieso que la elección no podía haber sido mejor. Con Ciro cualquier pared es buena, porque ese juego, nuestro juego, siempre ha conllevado una perfecta ejecución.

EPÍLOGO

Un año después…

—¡No insistas! Es imposible que este cenutrio me guste. ¿Tú lo has visto bien? Si no podemos ser más distintos.

—Es culpa de ella. No esperaréis que le dé la razón en todo si no la tiene.

—¡Es que la tengo!

—A ver, chicos, según como yo lo veo…, deberíais probar varias cosas para saber si eso que vuestros amigos opinan es real —intercede Ciro apaciguando a las fieras.

—Tal vez, desde fuera, se tiene una perspectiva diferente de la situación. Hay cosas que otros dan por sentado y que, metidos en vuestro día a día en esos piques que tenéis, no percibís —matizo dándole la razón a Ciro.

El chico en cuestión observa con fijeza a su compañera de piso y en sus ojos veo el reflejo de algo que nada tiene que ver con la animadversión.

—Por ejemplo, Munia odiaba mis pañuelos. Estos —dice girándose y enseñándolo a la cámara. No hay nada más hortera que un pañuelo con una caricatura de él. Ciro y su enorme ego—. Y ahora le encantan. Es más, no podría vivir sin ellos —musita.

—Ya, claro. Cada noche antes de acostarme pienso en cuál elegir para meterle en la boca y asfixiarlo. Pero con cariño, con mucho cariño.

El público responde a nuestras provocaciones con una larga carcajada, y Ciro se lleva la mano al pecho como si le hubiese roto el corazón.

—Eso no es lo que me dice en privado —musita tapándose la boca como si yo no fuese a escucharlo.

Le resto importancia y me centro en los dos chicos que han venido a nuestro programa, al que presentamos Ciro y yo.

Tras la llamada de Pilar, hace casi un año, han cambiado muchas cosas. Hemos vuelto ambos a trabajar juntos en la cadena y como presentadores, sin embargo, en esta ocasión, no fue en nuestros

habituales programas, ahora presentamos un nuevo formato para el que, en teoría, estamos hechos y que, de nuevo, es un éxito. *Del odio al amor hay un solo paso* se emite varias veces en semana y, aunque al principio pensamos que esto de presentar un programa juntos, trabajar juntos y vivir juntos podría ser complicado, no ha sido tal y como pensábamos.

Hemos congeniado a la perfección los dos en todos los sentidos. Discutimos, joder que si lo hacemos, es que es imposible no tener ganas de asfixiar a Ciro varias veces a la semana, incluso estando en antena, porque no es capaz de callarse y provocarme, a lo que yo tampoco soy capaz de no reaccionar.

Según Pili, esa es nuestra esencia y lo que hace que el programa sea tan real, porque eso es justamente lo que somos nosotros, dos personas que creían odiarse y que al final no han podido quererse más de lo que lo hacen.

—Probad a hacer algo juntos, es decir, salir a cenar fuera de casa. Intentad hablar sin mataros…

—Imposible —rebate la chica a Ciro—. Lo quiero matar cada segundo de cada minuto de cada día. —Y sonríe provocadora.

—Te matarías antes si te mordieses la lengua —le responde él.

—Te entiendo. Si Munia se mordiese la lengua, medio planeta explotaría.

Le doy con las tarjetas.

—En casa verás.

—¿Veis lo que tengo que aguantar? Y es así con todo.

—Pobrecito —ironizo—. Tendré que soltarle la correa un poco más, al menos, para que llegue a la ventana —musito sardónica.

Con el acuerdo tácito de que seguirán la propuesta de Ciro y que, dentro de varias semanas, volverán para ver la evolución, que no hace falta ser muy listos para saber que van a terminar follando como conejos, terminamos el programa.

Entregamos las tarjetas y recogemos nuestras cosas.

—No tardes, arpía, tenemos que preparar todo para nuestro viaje. —Hago tiempo, como cada día, en mi despacho. Lo sabéis, solo por sacarle de quicio como a mí tanto me gusta hacer. Tengo todo recogido porque me he esmerado en hacerlo antes, sin embargo, no

tendría el mismo efecto en él si no le fastidiase por el camino—. Te he dicho que no tardes —me dice irrumpiendo en mi despacho sin siquiera tocar.

Lo espero sentada en la mesa al más puro estilo *Instinto Básico*. Piernas cruzadas y bragas colgando de uno de mis dedos.

Las descruzo, abro y vuelvo a cruzar ante su total estupefacción.

—Estaba entretenida con una cosita de nada.

Le lanzo las bragas horteras. Llenas de *emojis* malvados, regalo, cómo no, de Ciro Bravo, y el susodicho las sujeta y se las lleva a la nariz. Cerdaco que es.

—¿Hay algo que quieras contarme, arpía?

Me bajo de un salto y camino hacia donde se encuentra. Poso mi dedo en su pecho y saco el pañuelo de su bolsillo.

—Esta noche, tú, yo y este pañuelo —le digo.

—¿Por qué esperar a esta noche? —me provoca sujetando mi mano cuando comienzo a descender en busca del tesoro del presentador del momento.

—Porque tenemos una fiesta en casa de mi tía. Ya sabes, el nuevo miembro de la familia.

Le guiño el ojo y cojo mi bolso, dispuesta a salir y dejarlo ahí, no obstante…, Ciro es mucho Ciro, y eso ya lo sabemos todas.

Me empuja contra la puerta y me arrincona entre ella y su cuerpo. Su mano vuela hasta mi muslo y sube por la parte trasera del mismo. Sus labios se posan sobre mi cuello y descienden hasta mi hombro, repartiendo suaves besos y algún que otro bocado por el camino.

—Te salvas porque tu tía me cae bien.

Y, con mis piernas aún temblando, se separa de mi cuerpo. Lo observo de soslayo y me parece increíble la entereza que tiene habiéndome dejado a mí hecha una auténtica gelatina.

Tira de mi mano y me da un suave beso en los labios antes de salir. El tiro por la culata, eso es lo que me ha sucedido ahora. Iba de cazadora y he sido cazada. Y así con todo estando con él.

Llegamos a casa de mi tía un rato después y desde el rellano se escucha el alboroto que hay dentro.

Tocamos y nos recibe Loreto, seguida por la morcilla, que ya no es una cosa pequeña, vamos, podría llévame a trabajar todos los días si le comprase una montura, como la que usan los caballos, pero de su talla, porque comer sigue comiendo como una cerda.

—¡Munia! —grita mi amiga.

La cerda aprovecha el momento para olerme los zapatos, y yo, por supuesto, propinarle un zapatazo. Hay cosas que nunca van a cambiar.

—Tu amiga viene sin bragas —suelta Ciro entrando sin pensárselo. Vamos, como Pedro por su casa. Sigo flipando con lo bien que han congeniado.

—¡Es para no perder el tiempo! —grito aún en los brazos de Loreto—. ¿Qué tal?

—Perfectamente. David está dentro, con Luis y César. Fabián está en la cocina, ya sabes, esta noche comemos bien. ¿Cuándo os vais?

—Luego, mañana como mucho, tenemos que aprovechar las vacaciones.

Volvemos a Ericeira, como cada vez que podemos. Hemos quedado allí con Marcos, Kiara y el pequeño Alan. Ciro ha prometido que le enseñaría a hacer surf, conmigo ha desistido porque yo lo único que sé hacer con la tabla es tumbarme sobre ella, pero de barriga, ni siquiera de espaldas. Soy lo peor.

Ese lugar se ha convertido en nuestro refugio, y aprovechamos cada ocasión para escaparnos y pasar los días allí, es como si fuésemos otros, más libres, como si nuestras alas allí se desplegasen y no hubiese forma alguna de que dejásemos de volar.

Podría deciros que todo ha sido complicado. Mentiría si así fuese. Hemos aprendido, todos hemos aprendido, madurado, crecido, caído y levantado. Y seguimos aquí, al pie del cañón, intentando forjarnos cada día un nuevo futuro en el que lo único que sabemos es que estaremos todos juntos, como lo que somos, una gran familia que crece.

Sí, tenemos nuevo miembro, Joel ha llegado a la familia hace apenas unas semanas, un niño de cuatro años que necesitaba tanto a mi tía y a Luis como ellos lo necesitaban a él.

—¡Munia! —grita cuando me ve.

—Hola, pequeñajo.

—Ciro me ha dicho que me va a regalar un pañuelo como el que él lleva.

Pongo los ojos en blanco.

—No te dejes convencer, es una treta, son horripilantes.

—A mí me gustan —sentencia Joel.

—¿Has visto? ¡A él le gustan! —murmura Ciro sabiendo de nuevo que ha ganado.

Saco el teléfono y me envío un audio a mi grupo:

—Ciro sigue siendo igual de tocapelotas que ayer.

Mi chico se acerca, me abraza y me coge el teléfono.

—¡Ya es mío! —me dice.

Tira de mi mano, dejando al resto del grupo en el salón de mi tía. Ellos se ríen al vernos, una vez más, peleando como fieras.

—Devuélvemelo.

—Ni de coña. Llevo más de un año queriendo leer lo que escribes en el chat este y es mi oportunidad.

—Elijo esa pared —le suelto.

—¡Ja! No pienso caer en tus sucios juegos.

Juego… Esos somos nosotros, los que hemos jugado una y otra y otra vez y supongo que lo seguiremos haciendo porque si no, como bien dice Ciro, no somos nosotros.

—Veamos…

Empieza a navegar por el grupo y es tan consciente como lo soy yo de que lo dejo hacer. Y entonces, lee en voz alta…

Ciro come chumino

Estás preciosa esta noche…

—Esa fue la primera frase que me dijiste, en la cena —le recuerdo rememorando el momento. Ciro me da un beso antes de continuar leyendo. Tomo asiento en el lavabo. Va a flipar en colorines.

Ciro come chumino

En cuanto al beso, sigo rememorándolo e incluso, cuando me doy cuenta, toco mis labios para comprobar que fue real y no fruto de mi imaginación, ¿qué coño me está

pasando con Ciro?

Te gustó el beso casi tanto como a mí.

La chica con la melena alborotada aún no lo sabe, pero estoy convencido de que pronto tendré una cita con ella. Puede que, incluso, sea la primera de muchas. Ahhh, y yo también me muero por besarte.

Si alguna vez tuve dudas sobre las habilidades lingüísticas de Ciro, cosa de la que no me acuerdo en este preciso instante y que es probable que entendáis el motivo de ello, recordadme que la lengua se le da muy bien. Demasiado bien. ¿Cómo se llamaba el chat ese en el que tengo que escribir esto? Pues ese, ahí.

Somos perfectos, Munia. Sencillamente perfectos el uno para el otro.

Joder, Munia, joder. A ver qué hacemos ahora que nos hemos probado.

Me volviste loco desde el primer momento en el que te vi.

Y no, te garantizo que no me gustaría que dejases de ser la Munia que conozco, es más, se perdería el encanto. A mí me gustas así, como eres… Me encantas… Y no sigo porque no quiero asustarte.

Siempre has sido más, en todo, mucho más.

Joder, Munia, te quiero.

Joder, Ciro, te quiero.

¡Ja! Soy más alta que tú.

Siempre has sido más, en todo, mucho más.

Valiente. Ciro es el más valiente. Ha caído, ha sufrido y, aun así, ha luchado por esto mucho antes que yo.

Eres mi perdición. Lo has sido desde siempre.

Lo único que quería era conocerte, estar contigo, pasar tiempo, crear nuevos recuerdos, quererte, que me quisieras, que desplegases mis alas, y yo las tuyas, que emprendiésemos el vuelo y volásemos tan alto que el cielo se nos quedase pequeño. Y ganas, Ciro, y ganas de que el firmamento tuviese nuestros nombres.

Me emociona recordar todas esas frases que escribía, que transcribía, que significaban tanto, que eran nosotros en estado puro. Y ¡joder, cuánto nos queremos! Cada día más.

—Apunta esto también —me dice tendiéndome el teléfono. Lo sujeto entre las manos dispuesta a hacerle caso—. No te vas a librar de mí jamás, pequeña arpía.

Asiento y le tiendo el aparato.

Lee el mensaje que he escrito y no es para nada el que él me ha dictado.

Ciro come chumino

Vas a ser papá. La puntería la tienes perfecta, zoquete.

Y allí, en casa de mi tía, en ese baño, entre risas y besos, Ciro nos acoge entre sus brazos y elegimos muchas cosas ese día, como hacemos cada puñetero día desde que estamos juntos.

Elegimos querernos para siempre. Elegimos formar una familia juntos. Elegimos seguir haciéndolo tan mal como hasta ahora. Elegimos odiarnos un poco para después querernos tres veces más. Elegimos elegirnos cada puto día de nuestra vida. Elegimos desplegar las alas del otro y sonreír orgullosos cuando el vuelo se hace eterno.

Y jugar. Jugar, porque eso, eso se nos da jodidamente bien, siempre se nos ha dado a la perfección a los dos. Y elegir pared. Eso también.

AGRADECIMIENTOS

Empezar unos agradecimientos con una palabrota no es lo más apropiado, ¿verdad? No lo sé, pero es que… ¡joder! No os hacéis una idea de lo complicado que me resulta escribir estas líneas y eso que habéis pasado por ciento veinte mil palabras antes de llegar hasta aquí, sin embargo, eso ha sido coser y cantar en comparación a esto. Lo juro.

La parte complicada de plasmar estas líneas, sobre todo, es el no dejarte a nadie atrás, así que empezaré por pedir disculpas si hay alguien a quien no menciono, no lo he hecho aposta. Esto también lo juro.

La primera mención especial se la haré, cómo no, a mi chico y a mi hijo. Ellos han sido el motor para que pueda escribir y no solo eso, para hacer lo que verdaderamente me gusta y convertir mi pasión en mi profesión. Os quiero tanto que no os hacéis una jodida idea.

Raquel… Mi amante de las causas perdidas, mi chica positiva, mi alma gemela. No importa cuántas veces te diga que todo lo que estoy escribiendo es una puta mierda porque siempre que llega a tus manos solo tienes palabras bonitas que dedicarle a la historia. El apoyo es algo fundamental en este camino y sin ti mi andadura no sería igual de bonita. Hemos pasado por momentos muy jodidos juntas, lo sabes y es bastante probable que haya habido ocasiones en las que, sin ti a mi lado, me hubiese hundido del todo o lo hubiese mandado al carajo antes. Ojalá algún día confíe en mí misma una mínima parte de lo que tú lo haces. Le pones color al sendero. Gracias, amiga.

Querida Tamara Marín, a día de hoy sigo sin saber cómo nos hemos convertido en lo que somos. Lo nuestro va más allá de ser compañeras de letras. No puedo más que agradecerte que hayas aparecido en mi vida, que escuches todos mis audios, aunque sean de diez minutos, y tú me respondas con uno de treinta segundos, ja, ja. Haces mis días especiales. Gracias por permitirme formar parte

de tu día a día. Eres una gran persona y estoy orgullosa de ti, ya lo sabes. Te veré volar alto, muy alto.

Bea, mi Bea, qué jodida que eres y cuánto te adoro. Que sepas que nunca he conocido una inspectora como tú. Gracias por aguantarme cada día, por tus sabios consejos y por estar ahí a mi lado, juntas en cada paso. Todo esto es mucho más bonito contigo a mi lado.

Sheila…, ¿quién nos iba a decir que un libro viajero nos iba a unir de esta forma? Recuerdo como si fuese ayer nuestra conversación en la Feria del Libro y lo bien que lo pasamos hablando (que eso se nos da de lujo). Gracias por ser, por estar, por cogerme de la mano, por tus consejos, por tu ayuda, por tu apoyo y por leerme siempre de forma incondicional.

A mi familia, todos los que la forman y que están ahí siempre a mi lado, en cada paso que doy.

A mis compañeras de letras. Es increíble cuando te tienden una mano o el brazo entero sin esperar nada a cambio.

A todos esos blogs que, de forma desinteresada, te leen, te recomiendan, te hacen una reseña bonita, te animan a seguir adelante y te apoyan en cada nuevo proyecto. No somos nadie sin vosotras, así que… ¡Gracias!

Y por último, pero no por ello menos importante, a todas mis lectoras, las que están desde el principio, las que se han ido sumando a este viaje con cada nueva novela, las que me han descubierto con Ciro y Munia o las que me leen desde Alma y Jaime, da igual en qué momento os habéis subido a este tren, lo importante es que nunca os bajéis. Siempre lo digo y jamás de los jamases me cansaré de recordároslo: sois la caña de España o si lo preferís, que sé que es así, SOIS LA POLLA.

¡Nos leemos!

BIOGRAFÍA



¿Quién es Yanira García? Soy Canaria, vivo en Santa Cruz de Tenerife, aunque nací en un pequeño pueblo tinerfeño llamado La Matanza de Acentejo (tiene historia, sí). Siempre me ha encantado leer… Cuando era pequeña, sacaba libros de la biblioteca y los devoraba por la noche antes de dormir. Años después, encontré mi género y supe que me encantaba leer novelas románticas. En el año 2016 decidí que quería escribir una, tenía ideas que burbujeaban y me aventuré a ello.

Mis historias (por ahora) se caracterizan por tener personajes de esos que nos sacan alguna que otra carcajada, tener escenas sensuales y alguna que otra reflexión sobre la vida, la amistad, el amor, la lucha, los miedos... En fin, son historias a lo «Yanira Style».

Me encanta leer, hablar —por WhatsApp o teléfono también, jaja—, comer —cosas que engordan y son poco sanas—, me gusta la ropa cómoda, la playa y muero por tirarme al sol, y por encima de todo, debéis saber que resumir no es lo mío.

¡Nos leemos!

